

CC

ANNALS

PROBATION

DE

1870 - 76

PQ4683

.A3

R48

1883



1020027111



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



®



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RICARDO COVARRUBIAS

RECUERDOS DE 1870-71



OBRAS DE H. GINER DE LOS RIOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- El Colegio de Bolonia, (en colab.), obra ilustrada, pts. 6,50
Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmerón, 3,50.
Biología y Ética, (2.ª ed.), para la 2.ª enseñanza, 3.
Programa de Filosofía moral.—(Agotada.)
Programa de Psicología, Lógica y Ética, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.—(Agotada.)
La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.
Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.
Krause y Spencer, id. de id. con una biografía del autor, 2.
Mendelssohn, id., con una Historia abreviada de la música, 1.
Paris en América, por Laboulave, id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25.
Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.
Elementos de Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza.—(Agotada.)
Pío IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id., 3.
Poesías de Ríos Rosas, publicadas por H. G.—(Agotada.)
Anuario de la Institución libre de enseñanza, (Agotada.)
Fragmentos, relatos y traducciones, por H. G.—(Agotada.)
Amicis.—1870 y 1871, Recuerdos; un vol., pts. 3.
Amicis.—Constantinopla; 2 tomos, 5.
Amicis.—Holanda; un vol., 4.
Teoría del Arte ó Historia de las Bellas Artes en la antigüedad,
con un Programa de Arte y su historia, 1,50.

- Milton, drama en un acto, original y en verso, 1.
Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.
Los parientes del difunto, esbete lírico y en verso (id.), 1.
En busca de protección, juguete original en verso (id.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PREPARACION

- Estudios.—Fiambres.—Crítica.
Lógica, para la 2.ª enseñanza.
Obras completas de Ríos Rosas.

EN PRENSA

- Amicis.—La vida militar; 3 tomos, pts. 7,50.

RECUERDOS

DE

1870-1871

POR

EDMUNDO DE AMICIS

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR

H. GINER DE LOS RIOS

Segunda edición



MADRID
IMPRENTA DE AURELIO J. ALARIA
15, Estrella—Cueva, 12
1883

97999

31044

OBRAS DE H. GINER DE LOS RIOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- El Colegio de Bolonia, (en colab.), obra ilustrada, pts. 6,50
Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmerón, 3,50.
Biología y Ética, (2.ª ed.), para la 2.ª enseñanza, 3.
Programa de Filosofía moral.—(Agotada.)
Programa de Psicología, Lógica y Ética, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.—(Agotada.)
La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.
Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.
Krause y Spencer, id. de id. con una biografía del autor, 2.
Mendelssohn, id., con una Historia abreviada de la música, 1.
Paris en América, por Laboulave, id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25.
Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.
Elementos de Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza.—(Agotada.)
Pío IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id., 3.
Poesías de Ríos Rosas, publicadas por H. G.—(Agotada.)
Anuario de la Institución libre de enseñanza, (Agotada.)
Fragmentos, relatos y traducciones, por H. G.—(Agotada.)
Amicis.—1870 y 1871, Recuerdos; un vol., pts. 3.
Amicis.—Constantinopla; 2 tomos, 5.
Amicis.—Holanda; un vol., 4.
Teoría del Arte ó Historia de las Bellas Artes en la antigüedad,
con un Programa de Arte y su historia, 1,50.

- Milton, drama en un acto, original y en verso, 1.
Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.
Los parientes del difunto, esbete lírico y en verso (id.), 1.
En busca de protección, juguete original en verso (id.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PREPARACION

- Estudios.—Fiambres.—Crítica.
Lógica, para la 2.ª enseñanza.
Obras completas de Ríos Rosas.

EN PRENSA

- Amicis.—La vida militar; 3 tomos, pts. 7,50.

RECUERDOS

DE

1870-1871

POR

EDMUNDO DE AMICIS

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR

H. GINER DE LOS RIOS

Segunda edición



MADRID
IMPRENTA DE AURELIO J. ALARIA
15, Estrella—Cueva, 12
1883

97999

31044



PQ4683
A3
R48
1883

FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

ES PROPIEDAD.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

AL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN FACUNDO RIAÑO

Dedica este trabajo

EL TRADUCTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

018

0000

853

A



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

A LA JUVENTUD ITALIANA

Al ocurrírseme coleccionar en un solo volúmen los siguientes artículos, temí que los asuntos por su distinta índole y forma, pudiesen convertirse en una sencilla miscelánea. Pero accedí despues á la insinuacion cortés del Editor, al considerar que estos artículos tienen entre sí importante relacion, puesto que se refieren en gran parte á sucesos ocurridos en Italia en los años 1870 y 1871—desde la inauguracion de los osarios de San Martino y Solferino á la apertura de la galería de los Alpes, de la entrada de nuestro ejército en Roma, al cambio de residencia del Gobierno—sucesos de los cuales puede ser útil y agradable, á la juventud especialmente, conocer aquellas particularidades que la imaginacion se representa, que reciben del sentimiento vigorosa vida, y que suelen perderse, puesto que la Historia no las puede recoger ni la prensa periódica guardar. He pensado que este libro pudiese hacer el oficio de testigo ocular de aquellos hechos, y al cual se pudiera preguntar:—¿Qué has visto? ¿Qué has oído? ¿Qué has pensado?

A los escritos relacionados con los anteriores hechos he añadido otros, los que, sin alterar la índole del libro, le dan atractivo y variedad; artículos á los cuales dieron lugar hechos que me ocurrieron ó que escuché referir en estos dos años; de modo que lo contenido en el libro—abstracción hecha de la batalla de Solferino y San Martino, incluida como necesario preámbulo á la descripción de la fiesta de los osarios,—todo á la verdad ha sido pensado, oído y visto en el período de tiempo que el título del libro marca. Tratándose de hechos recientes, no he creído necesario disponer los artículos por orden cronológico; muy al contrario, me sujeto al que más agrado y gusto ha de dar en su lectura.

Es un libro en el cual se habla de patria, de guerras, de estudios, y de ello se habla con fé y ardor juveniles; por eso lo dedico á la juventud con la esperanza de que ha de leerlo no sin deleite; en una palabra, este libro dice al lector: "Trabaja y sé amante de tu patria."



ADIOS A FLORENCIA

[Florencia 27 de Junio 1871.]

«La muchacha.»—Yo no te he llamado, y te has entrado en mi casa con aires de amo descontentadizo á quien nada place, afectando desprecio hácia todo lo que quiero más. ¡Pedante ignorantísimo, que esto eres y no otra cosa! En tu ciudad no hay un cuadro ni una estatua hecha por los tuyos. Las casas todas son de un color; además cuando hablas, ni aunque te den un escudo puedes pronunciar una letra doble. ¿Y crees saberlo todo ya? ¡Y aun dices que soy del siglo pasado! Eres un mentecato.

El muchacho.—Y tu una flacucha que te enorgulleces con tus antepasados. En tu ciudad no es posible comer un par de buevos duros como Dios manda (histórico); no hay aceras, y cuando hablas te comes las letras y dices *verdad*, en vez de *verdad*.

Pueblo.—Si se agarran á la greña habrá que separarlos, que se pueden hacer daño, tened cuidado que le vá á morder en el cuello.

Un cualquiera.—(Después de separarlos.) No haya miedo, son dos bribones impostores. No la ha mordido, le ha dado un beso. (Risa general.)—(De una comedia nueva, titulada: *Así debía acabar*.)



Cn piamentés, que debía marchar á Roma, sintió la necesidad días há de enviar un saludo á la ciudad de Florencia, y pensó enviárselo desde la cima de la colina de Fiesole.

Cierta tarde, poco antes del ocaso, tomó el camino de la puerta de Pinti, solo como un peregrino, y

marchó adelante con la cabeza baja y caviloso. Las calles estaban desiertas.

Él que tantas veces había pasado en los días de fiesta, cuando van y vienen muchas familias de obreros, grupos de muchachos y parejas de enamorados, y pascantes, y carruajes, aquella tarde, viendo tan solo y triste el camino, sintió que era presa de tenaz melancolía. Subía muy despacio, se paraba ante las cerradas cancelas de la ciudad, ante los oratorios, las ermitas, las paredes pintarrajeadas con carbon, echaba de cuando en cuando una mirada sobre la campiña desde el punto más alto: todo era quietud y silencio. Encontró algún que otro mendigo, tropezó con una anciana que dormitaba en el escaloncillo de una puerta, llegó á Santo Domingo, y subió por el sendero más corto.

Durante la subida no se volvió ni una vez siquiera para mirar Florencia.

No quería desperdiciar el efecto de la magnífica y bellísima ojeada que se puede gozar desde arriba, delante del convento. Tal vez sea la última vez que la vea—pensaba—quiero verla bien, toda de una vez, cual si de pronto se rasgara un velo que á mis ojos la ocultase. Y hacía para sí los infantiles razonamientos, que en tales ocasiones se hacen, con el creciente afán de procurarse la ilusión de magna empresa.—¿Qué es lo que se vé desde allá arriba? ¿Qué ciudad hay en la llanura? ¿Dónde estoy? ¿A dónde voy?

Cuando hubo llegado á la ansiada cima, cerca del

banco que allí existe adosado al muro del convento, cobró fuerzas, y volvióse de repente para ver Florencia.

El espectáculo era aquel día más hermoso que nunca. El cielo brillaba con espléndida luz y parecía como que anunciaba con su limpidez tranquila, alegrísima paz; girones de nubecillas rojas dilatábanse en el horizonte; el resto, de azul purísimo; las cimas de las colinas lejanas semejaban rasgar el celeste manto; un aura primaveral refrescaba los campos deleitosos. Abajo, todo aquel espacio de collados y cañadas, parecido á inmenso prado cuyos suaves accidentes hubiesen brotado aquí y allá á la levísima presión de cariñosa mano, movida por caprichosa fantasía; todo cubierto de un verde claro, que se cambiaba en los altos picos en el verde oscuro de los cipreses, colocados en fila; y como coronamiento, prados cubiertos de flores, atravesados por caminos, por alamedas, por blancos senderos, que se cruzan y trepan hasta la elevada cumbre, y que precipitándose por el opuesto lado desaparecen y vuelven á aparecer más lejos; cabañas, grupos de caseríos, casas de campo sobre todas las alturas, limpias, brillantes, que no parece sino que brotan de las colinas para ser admiradas; más allá la ciudad en la vastísima llanura; cubierta de ligera niebla á través de la cual blanquean las lejanas casas, como en el mar blanquean las velas de las atrevidas naves; y sobre toda esta inmensa diadema de colinas, aldeas, alquerías, huertas, jardines, que parece que miran á Florencia, y quieren extenderse, cre-

cer y precipitarse en su seno: es el esqueleto de una ciudad inmensa en cuyo desarrollo no se puede pensar sin un sentimiento de terror; un espectáculo lleno de belleza que obliga á meditar, y de majestad que hace sonreír.

—¡Ah! exclamó el jóven, suspirando, sentándose en el banco vuelto de espaldas á Florencia para recoger mejor su pensamiento; dura ley es que cuando se abandona una ciudad, á más del disgusto de separarse de cariñosos amigos y dejar costumbres que nos eran gratas, deban romperse á la vez los apretadísimos lazos que con fuerza nos unían á los muros de las casas, á los pedestales de las estátuas, á los árboles de las alamedas... ¡Cinco años! Me parece que fué ayer cuando llegué á Florencia. Era en un desapacible día, estaba nevando y no había nadie por las calles. Me pareció entonces una tristísima ciudad. Apenas hubesalido de la estacion, tomé la vía de los Panzani; dirijo la vista, al paso, á la calle Tornabuoni que con aquellas casas de tan oscuro color, me hizo el efecto de una tétrica calle; anduve más, ví la catedral, me asomé á la vía de los Servi y me pareció el comedor de un convento; seguí adelante hasta la vía San Sebastian: peor! Parecíame que me ahogaba en aquellas callejas, parecíame que me faltaban el aire y la luz. Me disgustaban todas aquellas casuchas, unidas las unas á las otras, como personas que se empujan y oprimen sin piedad; con aquellas puertecillas; aquí parece una casa alta como torre, allá otra baja como abañá, una de fachada espaciosa y magnífica, otra

estrecha y mezquina, fuera de correcta alineacion; una entrante, otra saliente cual si brotasen al acaso...

Llovió muchos dias. Yo vivía en la calle Pietra Piana; en interminable inquietud paseaba desde la ventana á la puerta, mirando á la calle siempre, solo y pensativo. A cualquier portazo ó golpe atronador temblaba la casa cual si quisiera hundirse. ¡Si quedase sepultado en sus escombros!.. decía. Igual es morir así que de melancolía y de tristeza.

Despues vino el buen tiempo y con él la alegría.

Pasaron tres ó cuatro meses.

Un día, hermosísimo por cierto, observé que para ir, desde mi casa á mis ordinarias ocupaciones, había tomado todas las mañanas el mismo camino; y maravillándome de no haber pensado nunca en tomar otro, me pregunté la razon.—Es posible, me decía, que sea el efecto de la casa que hay en aquella esquina, y que veo en oscuro apénas salgo á la calle. También puede ser la iglesia que hay allí en frente. O las ventanas del palacio que hay al lado de mi casa y que siempre miro. O los bajo-relieves del palacio más pequeño que está cercano á la iglesia. O son todas estas cosas á la vez. Después, parándome en el centro de una plaza, comencé á preguntarme también y con la misma insistencia, qué era lo que me recreaba de tal manera y á punto tal de afectar, sin saberlo, el sentimiento y aspecto del que está en su casa; el por qué se despertaba en mí el deseo de apoyarme contra el muro y fumar en paz un cigarro, y por qué no me podía satisfacer el llamar á los amigos

que pasaban, hablar con ellos, formar tertulia y desperdiciar media hora en vanos y ridículos charloteos. Intenté, por fin, satisfacerme respecto á la costumbre que adquirí de andar despacio al volver una calle, de mirar á mi alrededor en cualquiera encrucijada, y de andar además con la cabeza erguida.

Cierta mañana advertí con sorpresa que conservaba en mi cerebro la imágen fija y distinta de unas cincuenta casas de diversas calles, de las cuales hubiera podido decir, sin riesgo de equivocarme, el color de la fachada, la forma de las ventanas y toda su ornamentación. Con más deleite miraba aquellas casas. Si anteriormente recordaba su imágen con claridad; y cuanto más las miraba, más y más me parecía que todas ostentaban rasgos fisonómicos propios; ¿qué sé yo? un significado, algo que me hacía reflexionar.

Una se me representaba como hecha á propósito para cenar con alegres amigos, y llevar bulliciosa vida: parecía sonreirse. Otra como retiro magnífico para entregarse al estudio, solo, recogido, y con gran biblioteca: de aspecto tan grave era! En la tercera imaginaba que solo se podría vivir en dulce y amoroso galanteo: tan gallarda y ligera era su forma como gentil el color! Érame necesario creer que los arquitectos habían sido jóvenes simpáticos: todos quisieron decir algo con aquellos diseños: todos se habían hecho comprender. Al pasar por aquellas calles, siempre se me venían á la memoria versos, escenas de novela, episodios históricos, cancioncillas de ópera.

Y cuando alzaba la vista hácia los palacios, las tor-

res, los campanarios y los grandiosos arcos, parecíame extraño que en vez de inspirar aquella súbita y profunda admiración, unida al sentimiento de terror que inspiran casi siempre los monumentos gigantes, en su lugar, y al querer expresar con palabras el mágico efecto de su belleza, tan solo vinieran á la mente los mismos adjetivos que se usan para designar un hermoso niño, una linda flor, una pequeñez cualquiera, como: gentil, galana, bizarro. Mirando aquellas torres, aquellos palacios, despertóse en mí el deseo vehemente y extraordinario de acariciar con mi mano sus contornos, de palpar sus relieves; y con este deseo, una especie de celosa solicitud por aquellas enormes moles de piedra, cual si temiese que la más mínima fuerza las pudiese maltratar ó destruir, y con esta solicitud una constante necesidad de mirarlas y remirarlas con la mirada del amante que envuelve, y oprime, y besa, y queda extasiado al fin ante el sér á quien tanto adora.

¡Pero si estas líneas se mueven—exclamaba para mí—en ellas hay algo que de ellas se desata y que se encamina al cielo; no tengo duda, hay vida en estas maravillosas formas!—Comencé á comprender ciertas adoraciones ardientes por la gloria artística de este país, y produjo en mí sin igual complacencia ver retratada en el semblante de los extranjeros que se detenían en la plaza, la misma expresión de maravilla y deleite. Tomé la costumbre de pasar y pararme en aquellos sitios, todos los días y á la misma hora. Advertí que cada día, aquella contemplación de al-

gunos instantes, despertaba en mí con más violencia nutrida sucesión de ideas nobilísimas y generosas. Sentí después que la facultad de aquella, para mí nueva manera de gozar, se animaba y extendía á otras manifestaciones del arte; que aquel gusto de lo sencillo y de lo grande se insinuaba ya en mi sentimiento y juicio respecto á cosas que con el arte no tienen relación alguna; á hechos, á personas, á costumbres: me parecía haber conseguido domar, por medio de aquel culto pagano, los briosos ímpetus y casi salvajes de mi ser, y dar á mi inclinación una blanda y suave medicina.

Por eso amé aquellas líneas, aquellas formas y colores; y no tuve yo por loco el *Pieruccio* de "El Asedio de Florencia", que, pobre y abandonado, encuentra todavía un sentimiento de secreto é inefable gozo al mirar con los ojos preñados de lágrimas, los monumentos de la adorada ciudad que le vió nacer.

Esto me sucedía á mí y á tantos otros. Mas para el que hubiese venido aquí en los albores de su juventud, con aquella irritable necesidad que obliga á manifestar los sentimientos del corazón, gritando:— ¡Mira!—y que brota siempre lleno de sencilla ingenuidad en los dichosos años en que se comienza á ser hombre sin haber dejado de ser niño;—para el que hubiese venido aquí con la convicción íntima de adorar alguna cosa, y de sentirse adherido á ella con fuerza irresistible, sin saber cuál, ni cómo, ni cuándo, con un presentimiento confuso, con inquieto deseo, encontrando dentro de sí aquella fuerza que se

agita y extremece y que no halla su camino;—para el que habiendo venido en este estado ha sentido, bajo el esplendor de este cielo y á la sombra de estos monumentos, rasgarse lo que cual tupido velo oscurecía su mente, y todas sus facultades vigorizarse con ímpetu gallardo y ordenarse con armonía, y del tumulto, infecundo al principio, del corazón y de la mente, estallar por la primera vez, toscas aún, pero ardientes y generosas, las imágenes, las ideas, los afectos;—para el que, sobre todo, haya recogido aquí con amor inmenso los conjuntos y palabras con que poder significar y expresar su pensamiento, fraternizando con el pueblo, y adivinar su sentir en su palabra, renaciendo á nueva infancia, por decirlo así, renovando casi su naturaleza, aspirando continua y ávidamente el áura vírgen de la vida italiana para reconstituir su sangre y amoldar el corazón y el cerebro, soberbio hoy de haber vencido, desesperado mañana por su derrota, pero siempre resuelto, pertinaz y apasionado;—para éste no habrá palabras ni homenajes bastantes con que significar el entrañable afecto y gratitud sin límites que debe sentir por Florencia, que fué su espíritu inspirador y su maestra.

Cuando á las últimas horas de la noche, en el silencio de su casa, después de largo y penoso trabajo hecho con nervioso afán, sentía precisión de apagar el fuego de la fiebre que parecía devorarle: Florencia, decía— ¡Ven!—Y ella le ofrecía la espléndida paz de sus serenas noches, el Arno tornasolado y la bella colina de San Miniato, iluminada por la luz

de la luna; y ante aquel espectáculo solemne y hermoso, se tranquilizaba su alma inquieta. Y cuando después de haberse fatigado en vano para dar forma y vida á un concepto oscuro ó á una imagen bella que allá entre nubes se aparecía en su mente, arrojaba la pluma desanimado y salía anhelante de su casa, Florencia, ofreciendo á su vista los milagros del arte amontonados en su famosa plaza, le decía:—¡Hé aquí la belleza!—Y en ella se fortalecía y hallaba paz para su ánimo, pensando que ella era italiana y que su orgullo de artista se humillaba sin dolor ante el orgullo legítimo y santo del ciudadano. Y cuando además en ciertos momentos de desconfianza desoladora y abatimiento mortal lloraba su probada impotencia y sus esperanzas engañosas, Florencia le repetía:—Millares de jóvenes, y cuán superiores á tí, no he visto bajo mis muros dejar caer desesperados la mano sobre un papel bañado con lágrimas ó un mármol hecho pedazos; dolores que destrozan el corazón y que matan prematuramente, he conocido yo y guardo su secreto; y eran varones de ánimo esforzado. Y tú, miserable, ¿qué pretendes, á quién acusas?... Y entonces reconocía su error, y en aquella saludable afrenta hallaba fuerzas y nuevo valor para combatir, sufrir y perseverar.

En este instante, y como movido por distinta inspiración, nuestro hombre volvióse de improviso hacia la campiña, y prorumpió con acento dramático en el cual resaltaba algo de profunda tristeza:—¡Adios, pues, bellas colinas de Settignano! ¡Adios, Pratolino!

¡Adios, Sesto! ¡Adios, verdes vallecillos, oratorios solitarios y tranquilas cabañas que tantas veces habeis hecho exclamar:—¡Bendita sea la paz!—¡Y cuántas otras, cansados de una fiesta carnavalesca, hastiados de los demás y de nosotros mismos, tristes, humillados, no hemos corrido antes del alba, llenos de anhelo afán hacia la campiña, como el sediento corre hacia el puro manantial; y correteando de colina en colina, de valle en valle, aspirando con ansia deliciosa el aura matinal llena de vida, hemos sentido desaparecer tristezas y remordimientos, y renacer con el vigoroso apetito y la alegría campestre, la fuerza y el ardoroso deseo del trabajo! ¡Adios, sencillos labradores, alegres viejecitas y bulliciosas jóvenes que parece que lleváis el galanteo en los ojos, y que tantas veces os sentásteis á la mesa en mi compañía, como viejos amigos; gentes afectuosas, que abríais los ojos con espanto, maravillados al ver sacar del bolsillo la cartera en que anotaba las ingenuas gracias de vuestro celestial lenguaje; y adios vosotros igualmente, descalcitos pequeñines, hacia quienes tenía precisión de inclinarme para escuchar mejor vuestras palabras, semejantes á notas de un canto lejano. Adios todos. ¡Nunca os recordaré sin lamentar mi ausencia! Desde las orillas del Tíber, volando con el pensamiento á las del Po, me detendré siempre en la ribera del Arno, para saludaros con toda la efusión de mi alma, siempre!..

Aquí nuestro amigo se detuvo, se turbó y quedóse algunos minutos inmóvil, baja la cabeza, y como

preocupado por tristísima idea. A poco alzó la frente y frunció las cejas con el aspecto del que empieza á ver claro en su imaginación lo que antes viera con vaguedad, y comenzó de nuevo en voz baja:

—...La plaza del Castello parecía como un mar de cabezas; en ella estaba agolpado en tropel el pueblo de Turin. Millares de voces cantaban el himno de Godofredo Mameli.

El entusiasmo rayaba en furor. Los diputados de Toscana habían llegado. Cien mil pupilas estaban fijadas en las ventanas de su casa. Al pie de ellas, la gente gritaba con vocerío atronador, y cada cual lo que quería, de manera que casi daba miedo: pudiera creerse que intentaban arrojarse sobre ellos y cojerlos. Se les quería ver, y verlos más, y volver á verlos después.—¡Que salgan!—se gritaba con acento de súplica;—que vaya cualquiera á rogarles que se asomen otra vez.—Decídeles que nos hablen.—¡Queremos conocerlos bien!—Sus nombres corrían de boca en boca: algunos pertenecían á familias ilustres y antiguas, que ya viven en la historia; otros, de reputado mérito en las Universidades conquistado por su saber; nombres famosos que se pronunciaban con reverencia; los demás no eran conocidos, pero sí acatados por la sencillez y franca rusticidad que prevenía en su favor. La multitud rodeaba á los pocos toscanos que vinieron con los diputados; se apiñaba á su alrededor con infantil curiosidad; quería escuchar su decantado acento; repetíanse sus palabras, y se cambiaban los tratamientos con la familiaridad propia de la edad de oro.

El nombre de *Fiorenssa*, como antes se digera, aunque fuese ya poco familiar entre el pueblo, era, sin embargo, usado para unirle á la imagen de algo augusto, de algo elegante y gentil; este nombre repetíase entónces con amoroso deleite. Florencia, á quien se creía tan lejana, parecía aproximarse como por encanto; que estaba allí, á nuestro lado, con sus bellísimas cúpulas y torres: ¡Dante! ¡Miguel Angel! ¡Maquiavelo! y otros nombres inmortales renacían en la mente y en los labios de aquel pueblo con nuevo sentimiento, como si fuesen nombres de vivos, de quienes trajesen aquellos diputados un saludo ó un recuerdo. ¡¡Florencia! Exaltada la mente al mágico poder de esta palabra, imaginaba distinguir allá á lo lejos multitud de escultores, de pintores y arquitectos que gritaban:—¡Viva!—desde muy lejos, agitando cíncles, paletas y coronas. ¡Oh! y cómo creía conocerlos á todos sin haberlos visto jamás. ¡Y cómo persuadía la solemnidad de aquel instante, la fusión de aquellos dos pueblos, de aquellas dos Historias! Era el Piamonte, el viejo soldado tostado del sol y cubierto de cicatrices, que depositaba un beso fraternal sobre la blanca y espléndida frente de la madre de las artes, de la cual diez años atrás, en Curtatone y fugitivo entónces, apenas si había podido oprimir la ensangrentada mano... Eran dos gritos sublimes, uno salido de Santa Croce y el otro de Superga, ahora convertidos en uno solo.—¡Este fué aquel día! ¡Ah! ¡No había indiferencia entónces! ¡No teníamos rencores!

—¿Indiferencia?—dijo de allí á poco, casi asom-

brado de haber dejado escapar esta palabra:—¿Rencores? Qué disparate—continuó moviendo la cabeza y sonriendo.—¿Pero quién lo cree? ¿Quién habla de ello ya? ¿Quién lo recuerda aún? Pues qué, ¿se vé todavía á las familias piemontesas, bien en las casas ó las calles, presentar mutuamente á sus pequeñuelos, de cinco años apenas, como ejemplares modelos en hablar el más puro y argentino toscano que se ha oído jamás, riendo de ello como de rara gracia infantil y comentarlo con una complacencia muy semejante á desdenfiosa altivez?

O los revendedores de periódicos de la misma provincia que se mofan de los recién llegados, por qué no vocean el artículo con el acento del país?—¡Sueños!—Interrogadlos.—”¡Señor!—os responderán;—hace ya muchos años; aquí han nacido nuestros hijos y nuestros hermanos menores; en este idioma y con este acento nos llamaron la primera vez y nos dijeron la primera palabra; aquí tenemos nuestras prometidas, nuestros amigos y parientes; en Santa Croce reposa nuestro Alfieri; ¿qué pregunta se nos hace, pues? ¡Esta es *Italia* señor! La ciudad en que nacimos es sagrada á nuestros ojos; pero Florencia es ya nuestra hermana y la adoramos”.

Esto dirán de fijo; y muchos añadirán también que no dejan la ciudad con el ánimo alegre, porque preven los días y las horas en que recordarán á Florencia con ternura llena de melancolía y desecho; porque son tan estrechos los lazos del corazón que á muchos une, cuanto era grande el ódio anterior.

¿Rencores? No es verdad, es calumniar á todos; lo mismo al que vá que al que se queda; lo sé de cierto.

¿Cómo? ¿Quién es el que murmura allá abajo? ¿Quién es el que parece negarlo? Ea, pues; sean los que fueren, de esta ó de la otra parte, cojámoslos en medio para ver si se atreven á decírnoslo cara á cara; y que las mujeres y las muchachas que aman, perdonan y olvidan, les obliguen á tenderse las manos y gritar:—¡Aprieta! Animo: abajo el sombrero, una vez más, delante de Santa Croce; la última mirada á su hermosa cúpula, y un saludo á las colinas, y adios; andad con el alma agradecida y serena. ¡Vive Dios! el que guarde todavía algo de amargura en su pecho, no es hombre de bien...

Y ahora mi último saludo á Florencia.

Y al decir esto se levantó, volvióse hácia la ciudad y lanzó un grito de sorpresa. Había oscurecido sin que él lo notase, y todo el valle estaba sembrado de luces. Experimentó en aquel instante la misma impresion que á veces se siente, cuando paseando de noche por el campo se mira hácia abajo, sin pensarlo, desde el borde de una altura y se vé la pendiente desde el principio al fin tan cuajada de inmensa multitud de lucecillas que parece toda encendida.

Todas aquellas luces, miradas con los ojos entornados, se convertían en vasta y luminosa llanura, que era como la imágen de gran lago de fuego.

De las larguísimas filas de faroles del contorno—parecidas á guirnaldas colocadas alrededor de la ciudad—derivábanse otras filas de luces que se extendían

por dentro y por fuera, en línea recta y curva, entrecruzándose, algunas interrumpidas aquí y allá; otras contínuas como un rayo de luz, y algunas casi ocultas del todo por los troncos de los árboles, viéndose detrás de ellos un resplandor difuso semejante al de un incendio; otras tan cercanas, que parecían hallarse á pocos pasos; otras lejanas, visible apenas, distinguiéndose á veces y á veces no, y en el llano y en las colinas, por todas partes, llamitas y grupos de puntos luminosos y vacilantes fulgores y un bellissimo y estrellado cielo semejante al reflejo de tranquilo é inmenso lago.—¡Ah!—exclamó nuestro amigo después de algunos instantes de muda contemplacion y agitando una mano hácia Florencia:

—¡Seductoral

Después lanzó un suspiro y murmuró:

—¡Adios, Florencia!

Y bajó. Había entrado la noche.



DISTRIBUCION DE PREMIOS

[Florencia 15 de Junio de 1871.]

La mañana de 15 de Junio de 1871, en el claústro grande de Santa María Novella, se verificó la distribucion solemne de los premios á los alumnos de las escuelas municipales.

Al ver los carruajes y las personas que se atropellaban en la plaza, y en la calle de la Scala hácia las once, nadie habría imaginado que tan gran muchedumbre fuese atraída por un espectáculo en el cual eran los actores principales, niños.

Pero hay muchas cosas de los chicos que hacen palpar el corazón de los hombres. Y bastaba echar la primera ojeada alrededor, penetrando en el pátio del claústro, para comprender que la distribucion de los premios era precisamente una de estas cosas á que antes aludia.

El patio, vasto como una plaza, cerrado de pórticos, dominado de amplia galería por un lado, y cubierto por un gran toldo, parecía á la vez sala y jar-

por dentro y por fuera, en línea recta y curva, entrecruzándose, algunas interrumpidas aquí y allá; otras contínuas como un rayo de luz, y algunas casi ocultas del todo por los troncos de los árboles, viéndose detrás de ellos un resplandor difuso semejante al de un incendio; otras tan cercanas, que parecían hallarse á pocos pasos; otras lejanas, visible apenas, distinguiéndose á veces y á veces no, y en el llano y en las colinas, por todas partes, llamitas y grupos de puntos luminosos y vacilantes fulgores y un bellissimo y estrellado cielo semejante al reflejo de tranquilo é inmenso lago. —¡Ah!—exclamó nuestro amigo después de algunos instantes de muda contemplacion y agitando una mano hácia Florencia:

—¡Seductoral

Después lanzó un suspiro y murmuró:

—¡Adios, Florencial

Y bajó. Había entrado la noche.



DISTRIBUCION DE PREMIOS

[Florencia 15 de Junio de 1871.]

La mañana de 15 de Junio de 1871, en el claústro grande de Santa María Novella, se verificó la distribucion solemne de los premios á los alumnos de las escuelas municipales.

Al ver los carruajes y las personas que se atropellaban en la plaza, y en la calle de la Scala hácia las once, nadie habría imaginado que tan gran muchedumbre fuese atraída por un espectáculo en el cual eran los actores principales, niños.

Pero hay muchas cosas de los chicos que hacen palpar el corazón de los hombres. Y bastaba echar la primera ojeada alrededor, penetrando en el pátio del claústro, para comprender que la distribucion de los premios era precisamente una de estas cosas á que antes aludia.

El patio, vasto como una plaza, cerrado de pórticos, dominado de amplia galería por un lado, y cubierto por un gran toldo, parecía á la vez sala y jar-

din. Los arcos de los pórticos, las columnas, las ventanas, estaban adornadas por pabellones, banderas, coronas, guiraldas de laurel y ramos de flores. En medio de uno de los lados se levantaba un pabellon circundado de plantas; á la derecha los bancos de los alumnos que iban á ser premiados; á la izquierda los sitios destinados á los padres; más allá, hácia el centro del patio, dos tribunas, una para la banda de música y otra para los arpistas que habian de acompañar el canto de las niñas. El resto del espacio hallábase cubierto de largos bancos colocados de modo que el público mirase á la presidencia, donde el alcalde debía llamar á los alumnos para darles los premios. Treinta piés derechos sostenian el gran dosel, así como el toldo de que se hizo mencion, y de las vigas se izaban gallardetes, oriflomas, estandartes y guiraldas que los unían entre sí. Cada cosa se hallaba arreglada con la sencillez y gracia propia del espectáculo y de los actores; colores vivos y fragancia por todas partes; placeres infantiles y un sitio alegre y risueño.

Antes de entrar, ya pudo gozarse de un espectáculo que predisponía el ánimo al más grandioso que habia de contemplarse despues.

En la calle de la Scala, y por la que se aproxima á la estacion del ferro-carril, el que se hubiese asomado á la verja de los jardines contiguos al claústro, habría observado aquí y allá á la sombra de los árboles, grupos de chicos, corros de niños inmóviles y silenciosos como compactos batallones en el acto de espe-

rar el combate. A las diez y media empezaron á colocarse de dos en fila, moviéndose en direccion del mencionado patio. Todo se había arreglado y concertado minuciosamente, y todo, con efecto, salió á pedir de boca.

Fué un momento delicioso el de verlos entrar.

De las tres ó cuatro puertas por las cuales aparecieron, semejaban torrentes cuyos diques se rompieran. Empezaron á desfilar y no acababan nunca. Escuelas elementales, escuelas técnicas, liceos, gimnasios, institutos privados; despues dos largas filas de jovencillos impetuosos venían poco á poco de la mano mirando alrededor con rostros de admiracion y sorpresa, y prorumpiendo en un continuado *job!* al penetrar en el vasto recinto; centenares de criaturillas que parecía que no podían mantenerse en pié y que necesitaban llevarlas de la mano para que no cayeran en el momento de bajar las escaleras del pórtico.

Despues de estos, otros mayores; luego los grandes y las muchachas; despues de las niñas, aquellas cositas diminutas de antes, y así sucesivamente.

Pobres y ricos, chaquetas elegantes y telas remendadas, zapatitos de charol y zapatones de becerro blanco se sucedían en las mencionadas filas; á veces hallábanse tan restringidas en pequeño círculo todas estas variedades, que con un solo abrazo hubiérase podido levantar en el aire un haz de hijos de marqueses, de tenderos y de obreros entrelazados á manera de cerezas sacadas en un puñado de gran cesto. Pero en todos, áun en los más pobres, aparecía

la huella de la mano materna; ropas viejas, pero cepilladas; nudos y lazos de corbata, hechos con gracia y gentileza; cabellos indómitos, dominados en parte por un peine pertinaz, pero que á trechos no consiguió aplacar ciertas crestas y remolinos...

A las once se empezó á abrazar con la mirada el conjunto del espectáculo.

Era un golpe de vista encantador.

En medio de todo, los muchachos—miles—estrechos, apretados, formando un empedrado de cabezas sobre fondo de color oscuro. Alrededor una corona de niñas, vestidas de colores claros y que hacían resaltar la circunferencia del círculo hasta en los puntos más lejanos, como si fueran guirnaldas de rosas, cerrando guirnaldas de pensamientos y violetas. Veíanse á un lado y otro del patio, en los últimos términos, aquellos vestiditos blancos, azules, amarillos, encarnados, y sobre aquella franja variopinta, una gran agitación de cintas, velos, abanicos, un gran movimiento de manitas y bracillos con resplandores graciosos, y torbellinos de diversos tocados y de cabelleras rizadas de todos los matices imaginables; era, en fin, verdadero seto vivo, florecido por todas partes y sacudido por el viento.

El perfume esparcido por el aire, acaso procedía de ellos mismos y no de las flores.

Largo espacio de tiempo se requirió para que cada cual estuviese quieto en su sitio. Antes, de banco en banco, y de lugar en lugar, hubo un ataque y un motín, hasta que las maestrás en voz baja consiguieron

ser obedecidas, no sin sonrisas picarescas y caras ocultadas. Alrededor de la tribuna de la música se necesitó gran trabajo para disponer á las cantantes, llamando de uno y otro lado á las artistas microscópicas con las voces de mando siguientes:—aquí las contraltos,—aquí las tiple, —á este otro lado *las solistas*.— Y todas iban atravesando por entre la muchedumbre hasta colocarse cada una en su puesto, anhelantes, con las caritas encendidas por el rubor y cuchicheando de tal manera, que aquel rumor confuso parecía el piar de una bandada de pájaros.

¡Cuánta vida y cuánta alegría!

No hablo del público; en el patio, bajo el pórtico, sobre la galería, por todas partes había gente. Debajo del dosel presidencial, un grupo de personajes ilustres, á quienes el público no curioseaba por falta de tiempo; pues no quería perder ni el más mínimo movimiento de aquel maravilloso espectáculo que ofrecieran los niños.

Los aspirantes al premio, sentados á la izquierda de la tribuna, se reconocían fácilmente por el aspecto del semblante. Por el rostro también se podía reconocer á los padres colocados en frente. Y entre derecha é izquierda se estableció una constante corriente de comunicacion, buscándose los unos á los otros con la mirada, haciéndose señas de comun inteligencia, sonriendo, y cambiando más vivamente este lenguaje, elocuente, aunque mudo, á cada orden ó acto del alcalde ó de cualquier otro que indicase la proximidad del principio solemne de la fiesta. La traducción de

todos aquellos simbólicos idiomas podía resumirse en una frase:—¡aquí estamos!—Felices instantes á la verdad, y conmovedor, ciertamente, el aspecto de aquellos padres, gentes de todas las clases sociales, ricos y pobres, confraternizando en un sentimiento de común placer.

Un aplauso general anunció que la función iba á dar principio: miles de niños saludaban al Alcalde mientras este recorría todos los lugares para cerciorarse de si se cumplieron sus órdenes.

La banda de la guardia nacional tocó una sinfonía. Acabada, todos callaron, y en medio del más profundo silencio el Alcalde Peruzzi pronunció el siguiente

DISCURSO

"Al contemplar, señores, el espectáculo de este vasto recinto, donde alrededor de miles de jóvenes se encuentran miles de ciudadanos, ninguno deja de comprender y de sentir lo verdaderamente popular y santo que hay en esta fiesta de la adolescencia y de la infancia. No admirará ciertamente á nadie el aserto, si considera cómo en todos los tiempos han sido populares las fiestas que mejor respondieron á las necesidades, á los afectos, á los deseos de los pueblos. Los pueblos para los cuales era condición de existencia vencer á los demás en fuerza y en destreza, traían entre la muchedumbre en triunfo á los vencedores en las luchas y en los juegos del Hipodromo y del Circo á fin de coronarlos en pública fiesta.

Hoy que por el contrario, tanto valen los pueblos

cuanto saben, hoy que la suerte de la patria se confía á instituciones, fecundas solamente si se realizan con sabiduría y virtud, hoy que para proveer á las necesidades del porvenir es menester desarrollar con inteligente trabajo los elementos de riqueza de la nación, hoy nuestras esperanzas están en la generación que avanza pisando ya nuestras huellas; y de aquí que sea universal el deseo y universal el propósito de que se prepare y adapte á las condiciones exigidas para fecundar los gérmenes esparcidos atrevidamente por unos cuantos en la generación á que nosotros pertenecemos y que ciertamente no está preparada lo bastante para desarrollarlos en todo cuanto requieren las reformas.

Por esto se han reunido aquí magistrados y ciudadanos, con objeto de demostrar á los profesores en qué precio se estiman sus benéficas fatigas, y á los discípulos cuánto espera de ellos la opinión pública. No lamentan los contribuyentes el aumento de los gastos municipales verificados para mejorar y multiplicar las escuelas; por esto jamás nos faltará el auxilio liberal, generoso, eficaz, de las señoras y de los ciudadanos, ora para vigilar las escuelas, ora para presidir los exámenes y concursos, ora para estudiar nuevas organizaciones y reformas. Por esto también crece rápidamente el número de los alumnos, los cuales en las escuelas elementales han superado al presente en la cifra de 2.212 sobre el año anterior; ya no bastan las escuelas para acoger cuantos solicitan ingreso, á pesar de que á las 138 clases que se tenían

en el precedente año se han agregado 25 habiéndose aumentado al propio tiempo el número de los 180 profesores á 211. Y si no obstante la cifra de los premios es menor relativamente en la actualidad con respecto al curso anterior, no debe en manera alguna deducirse de ello nada que desanime á maestros ó discípulos; sirva antes bien de estímulo el hecho, que, después de todo, significa que se aprecia más minuciosa y escrupulosamente cada día la importancia del rigor que emplea el Gobierno en la dirección de Instrucción pública.

Todavía queda mucho por reformar en la organización de la instrucción primaria si se ha de huir del peligro de la ignorancia; y á fin de que crezca con el número de los escolares el de los más estudiosos, es preciso emprender reformas que estimulen á los mismos con objeto de difundir más y más la cultura de la inteligencia y del sentimiento, y que su vida honesta temple el carácter y forme costumbres públicas.

Al dar hoy estos premios más apreciables que nunca por la severa parsimonia observada al conferirlos, me dirijo al propio tiempo con efusión á todos vosotros beneméritos profesores y queridos alumnos: á los maestros, para darles gracias; á los premiados, para que no se duerman en los laureles; á los demás, para que no les descorazone en el trabajo el aguijón de la envidia; sea para todos premio, ora la satisfacción de haberlo conseguido, ora el deseo de merecerlo en lo porvenir.

La suerte venturosa de nuestra patria conducirá á

algunos de vosotros á la ciudad de la cual Florencia fué hija amorosa en todo tiempo; y al daros el último amante adiós me sirve de consuelo la esperanza de que ante la majestuosa grandeza de nuestros mayores, se encenderá más puro el amor á la patria, á la virtud, á la ciencia é ireis progresando en los estudios en que os iniciásteis en estas escuelas, conservando de la ciudad, de los maestros, de los condiscípulos aquel recuerdo indeleble y afectuoso para el cual os prometo cordialísimo cambio.

Y vosotros que permanecéis aquí, no olvidéis que Florencia tiene hoy mayor necesidad que nunca de ciudadanos sábios y laboriosos; contemplad la antigua y la nueva grandeza de esta ciudad que para hacerse digna de hospedar á la Italia y á su rey, rompió atrevidamente sus murallas, se extendió fuera del viejo círculo de Arnolfo, proveyó á todas necesidades morales y materiales con longanimidad, y á la reputación y bienestar de sus ciudadanos añadió la conciencia de sus deberes. Estos deberes los cumpliréis desde ahora en adelante, ¡oh jóvenes! si os sabeis capacitar para desenvolver más tarde las fuentes de la privada y de la pública prosperidad con la virtud y el trabajo intelectual y material.”

Terminado el discurso que fué escuchado con regocimiento y aplaudido, al terminar se distribuyeron los premios á los alumnos del instituto Ximeniano, del Liceo, del Instituto florentino, de los Gimnasios y de las Escuelas técnicas. Los alumnos eran llamados uno á uno ante el alcalde que les entregaba

sus medallas acompañando la acción con alguna palabra de alabanza.

Adelantaban los adolescentes con paso incierto, algunos con el semblante pálido, otros sofocados por el rubor, todos con ojos brillantes y labios convulsos; se comprendía que aquellos corazones latían con fuerza y que necesitaban encontrarse solos, en un pequeño círculo, en casa, y allí dar rienda suelta á la enfrenada alegría. ¡Cuántos sudores, cuántos pequeños sacrificios de solaces infantiles, cuántas viglias fatigosas se presentaban á su mente en aquel punto, y con cuánta alegría se recordaban y con cuán profundo entusiasmo se bendecían!

Sobre ciertos rostros resplandecía el orgullo de la victoria; bajo ciertos cerrados entrecejos brillaban ojos soberbios: eran figuras nobles y hermosas.

Después de esta primera distribución de premios debían cantar las alumnas.

Y se produjo un silencio general.

Las voces al principio resonaron inciertas, notándose claramente la trepidación de los corazones en aquella emoción; pero poco á poco fueron convirtiéndose en seguras, resultando un alto canto sonoro conmovedor, arrancado del alma.

¡Parecía una oración, á la cual no se podría negar nada que en la plegaria se pidiese! En aquellos versos se invocaba á Italia; y venía á la mente el deseo natural de sorprender sobre aquellos labios de niñas este nombre querido y recoger, mientras lo proferían, la expresión de los semblantes y la luz de los ojos. Sería

una ilusión, pero se se había tomado por cosa real un deseo vivísimo que nos asaltó... nos parecía ver surgir de aquellas niñas, un pensamiento ideal en aquellas blancas y puras frentes de las futuras madres de obreros, de soldados, de filósofos, de artistas. Pero lo que es cierto, sin duda, es que aquel nombre pronunciado por ellas sonaba mejor que nunca á nuestro oído y salía de aquellas bocas inocentes purificado y bendecido; parecía que al pronunciarlo otorgaban un bien á Italia y nacía en nuestro pecho el anhelo de gritar:—¡Decidlo todavía!

Después del canto, fueron distribuidos los premios á los alumnos de las escuelas nocturnas y á las alumnas de las escuelas de adultos.

Aquí tocó su vez al canto de los niños; de repente reinó profundísimo silencio; estábamos como en el teatro en un instante de íntimo recogimiento.

Sonó la música.

De pronto, mil voces resonaron en el vasto recinto. Era un himno á Italia, al estudio y á la virtud; una música sencilla é inspirada. Un coro de artistas no hubiera llegado á conmover el corazón en una fibra tan honda. No se puede decir la gentileza, la frescura, la viveza y animación que revelaban aquellas voces libertadas de las pequeñas prisiones de aquellos pechos, ni con qué vigor virginal llenaban los aires con su eco. Cada minuto era mayor la afinación y la fuerza del canto; crecía por segundos el ardor de los niños excitados por el sonido de su propia voz; cada uno ponía algo suyo, en que desfogaba un

propio afecto, como si quisiese decir algo á sus compañeros de su emocion; infinita riqueza de tonos esmaltaba aquel canto; á las veces parecía una plegaria, otras un himno patriótico, ora la guerra lo enardecía, ora lo dulcificaba otros sentimientos; todos los semblantes diminutos miraban al cielo, todos los ojos radiantes expresaban la chispa del entusiasmo, y conmovía el aspecto de aquellos mil niños animados por un solo soplo. Los largos y pacientes cuidados de los maestros se manifestaban en un punto, al propio tiempo que quedaban recompensados con aquel canto. Sin embargo, resultaba tan espontáneo, que nadie hubiese creído fuese hijo del trabajo duro y penoso de la enseñanza. Todos estos pensamientos y todas estas observaciones se confundían en el ánimo de los espectadores, expresándose en una constante palpitation de admiracion afectuosa.

Distribuyéronse despues los premios á los alumnos de las escuelas elementales de niños, y entonces se adelantaron estos, siendo la escena más conmovedora y más hermosa.

¿Cómo—se decía al ver aparecer á los más pequeños,—aquella criaturita ha obtenido el premio? ¡Pero si parece que ahora empieza á andar! Ahora le dan el diploma; bueno será que lo tengan de la mano si no ha de caerse en las gradas: ¡pobre ángel!

Siguió la *Pregbiera del Moisés*, cantada por las niñas y los niños á la vez, perfectamente concertados y con un arranque admirable.

Luego se repartieron los premios á las alumnas de

las escuelas elementales de niñas, y la música, finalmente, terminó el espectáculo.

Empezando por el Alcalde, y acabando por el último maestro de las escuelas elementales, debería prodigarse alabanzas á todos, hasta á los muchachos que ataron los ramos de flores y á las mujeres del pueblo que han peinado á sus chiquillos, puesto que todo ha contribuido á la espléndida y solemne fiesta; otros lo harán, yo he dicho ya acaso demasiado, y añadiré solo pocas palabras.

Este espectáculo enseña é inspira. Ante él cada uno de aquellos mil niños de obreros ha podido decirse á sí mismo:—Sí, yo soy pequeño, pobre, me alimento de pan negro y me visto de trapos, me desconoce el mundo, sirvo de objeto de compasion á los pocos que me conocen; pero si quiero, si estudio, si trabajo, puedo reunir en un dia diez mil personas, á toda esta gente, la flor de los ciudadanos de mi ciudad natal, y obligarles á estar quietos y callados, como ahora, para oír mi nombre y hacerles adelantar la cabeza para verme y murmurar:—Hélo ahí,—y decir á sus niños vestidos de terciopelo:—Ya lo veis, imítadlo.—Puedo hacer que se sienten en aquel banco mi padre y mi madre, y que me miren cuando el alcalde me llame y yo atraviese solo, fijándose todos los ojos en mí, envidiándome unos y otros, hasta los señores.—Puedo hasta hacerles llorar de alegría, aquí, delante de todos, mientras toca la música y el público aplaude.—Puedo hacerlo, si quiero, y lo haré. Lo hicieron Fulano y Zutano, que son pobres como

yo, y no tienen más talento. Soy capaz de no acostarme por las noches. ¿No tengo luz? Yo haré que me den los vecinos los cabos de vela. ¿No tengo sitio en casa? Estudiaré, aunque sea en el soterrado. ¿Que me vendrá el sueño? Pues bien, me diré á mí mismo:— ¡Arriba, despiértate! y me despertaré y estudiaré.

¡Quién puede abarcar lo que en aquellos momentos, al son de la música y de los aplausos, se desarrolló en aquellos pequeños cerebros exaltados; qué gérmenes de nobles ambiciones se desenvuelven, cuántos bellos propósitos de sacrificios y de trabajos se elaboran, qué esperanzas, qué visiones lejanas de gloria y de felicidad surgen de improviso!

¡Quizá también aquel espectáculo causa secretos dolores! Muchos niños habrán trabajado y esperado, perdiendo al fin sus ilusiones; la medalla adornó el pecho de otro, y allí lo ven orgulloso y feliz; tal vez al volver á casa se dejarán vencer del descontento, arrojándose en brazos de los padres, anegados en llanto. No importa: son dolores saludables y fecundos. Años después, cuando sean hombres, y hayan sufrido tristes pasiones, y les aflijan desengaños; quizá en el momento en el cual el amor al trabajo, el sentido del bien, el propósito antiguo de honesta y tranquila vida, todo esto, en fin, al borde de arrancárselo del alma y perderse aquel individuo para siempre; quizá en aquel momento será para ellos un recuerdo poderoso y amante el recuerdo de haber llorado, escaldando sus mejillas lágrimas de pesadumbre por no haber conseguido la medalla de la escuela.

Es una enseñanza este espectáculo; es una inspiración para los niños, para los padres, para todos.

Infeliz aquél que al oír aquellos cantos no ha sentido algo en el alma que se abre y se dilata fuera del giro de los pensamientos y de los sentimientos habituales, algo como un largo espacio sereno que rompe de repente un cielo velado; aquél que en ese coro de voces no creyera sentir confusamente el sonido de una voz severa que le decía en tiempo atrás:— ¡Estudia!—y otra más sumisa y afectuosa, casi eco de la primera, que añadía:— ¡Sé bueno!—aquél que no haya sentido en aquellas voces una amonestación, un consejo, una excitación al trabajo; aquel que no haya experimentado el deseo de procurarse por medio de la actividad, un instante al ménos del gozo inefable que resplandecía en las pupilas de los premiados; aquél que no haya formado el propósito de dedicar á sus padres viejos y alejados, un rayo de la consolación altanera y serena que brillaba en el semblante de aquellos angelitos; aquél que no se haya amargado por no haberles proporcionado á sus padres tales consuelos cuando era niño, y no sienta la amargura de no haber pensado jamás en dárselo; aquél que no sintiéndose conmovido con una mezcla de infantiles mañas y de resoluciones viriles, no intente volver á empezar para reparar y ganar el tiempo perdido... ese no ha experimentado un sentimiento de gratitud hacia esos niños, los cuales, sin saberlo, nos censuran y nos enseñan tantas cosas...

Aquél, por último, que desespere de poder resucitar sus esperanzas y enardecerse con semejante ardor infantil... ese, ni ama á los niños, ni envidia la pureza de sus alegrías.

Pero el pensamiento no se detiene en aquel tropel de chiquillos que se vieron y escucharon; la fantasía nos lleva fuera del recinto en donde se les reuniera; entrevé miles de blondas cabezas, otras multitudes compactas, unas tras las otras cada vez más confusas hasta perderse á lo lejos en un difuso color de oro y rosa; y hasta en aquellos últimos términos llegan á nosotros músicas y cantos. Es toda la generación italiana que avanza, que se asoma á la vida saludando á la patria con un magnífico himno al trabajo. ¡Trae consigo una edad mejor; nosotros no la veremos: qué importa!

¡Benditas estas legiones de niños que nos la prometen y anuncian, advirtiéndonos que el tiempo es rápido y que ya nos alcanzan en la carrera de la vida, y nos amonestan, en fin, para que nos apresuremos á pagar á Dios, á la humanidad, y á la patria nuestra deuda de trabajo y de buenas obras!

¡Bendito sea este grandioso concierto de voces infantiles! Es el grito que inflama en nosotros,—flacos soldados,—el ardor de la batalla; tenemos necesidad de él, puesto que nos hace apresurar el paso y levantar la frente al cielo!



LA BATALLA DE SOLFERINO Y SAN MARTINO (1)

«Por la Italia se lucha: venced
Su destino en la espada os dará.»
Alejandro Manzoni.

APERCIBIDOS para la batalla se encontraban, de una parte un poderoso ejército famoso por largas y obstinadas guerras, por su severa disciplina, por sus gallardas virtudes de soldado, perseguido cuatro veces por la adversa fortuna, pero lleno aún del orgulloso atrevimiento, hijo de su antigua costumbre de omnipotencia é imperio; alentado por la presencia de un joven monarca, osada y tenazmente resuelto á solemne desquite: espartísimo en aquellos parajes, en formidables parajes atrineherado y apoyado en otros más formidables todavía.

(1) Impreso en un Album que presentaron los venecianos al prefecto senador Torelli.

Aquél, por último, que desespere de poder resucitar sus esperanzas y enardecerse con semejante ardor infantil... ese, ni ama á los niños, ni envidia la pureza de sus alegrías.

Pero el pensamiento no se detiene en aquel tropel de chiquillos que se vieron y escucharon; la fantasía nos lleva fuera del recinto en donde se les reuniera; entrevé miles de blondas cabezas, otras multitudes compactas, unas tras las otras cada vez más confusas hasta perderse á lo lejos en un difuso color de oro y rosa; y hasta en aquellos últimos términos llegan á nosotros músicas y cantos. Es toda la generación italiana que avanza, que se asoma á la vida saludando á la patria con un magnífico himno al trabajo. ¡Trae consigo una edad mejor; nosotros no la veremos: qué importa!

¡Benditas estas legiones de niños que nos la prometen y anuncian, advirtiéndonos que el tiempo es rápido y que ya nos alcanzan en la carrera de la vida, y nos amonestan, en fin, para que nos apresuremos á pagar á Dios, á la humanidad, y á la patria nuestra deuda de trabajo y de buenas obras!

¡Bendito sea este grandioso concierto de voces infantiles! Es el grito que inflama en nosotros,—flacos soldados,—el ardor de la batalla; tenemos necesidad de él, puesto que nos hace apresurar el paso y levantar la frente al cielo!



LA BATALLA DE SOLFERINO Y SAN MARTINO (1)

«Por la Italia se lucha: venced
Su destino en la espada os dará.»
Alejandro Manzoni.

APERCIBIDOS para la batalla se encontraban, de una parte un poderoso ejército famoso por largas y obstinadas guerras, por su severa disciplina, por sus gallardas virtudes de soldado, perseguido cuatro veces por la adversa fortuna, pero lleno aún del orgulloso atrevimiento, hijo de su antigua costumbre de omnipotencia é imperio; alentado por la presencia de un joven monarca, osada y tenazmente resuelto á solemne desquite: espartísimo en aquellos parajes, en formidables parajes atrineherado y apoyado en otros más formidables todavía.

(1) Impreso en un Album que presentaron los venecianos al prefecto senador Torelli.

De la otra, el ejército que lleva escrito en sus banderas: Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland; el ejército de sorprendente historia; los viejos regimientos aguerridos en africano suelo; orgullosos aún por el triunfo de Magenta, bizarros, impetuosos, audaces, altivos. Y á su lado un corto ejército, bajo el mando de un rey valeroso y querido, ardiendo en ira, en ira terrible acumulada en diez años, en diez años preparado para este día, con infatigable diligencia y solícito afán. Y á espaldas de estos dos ejércitos, el eco resonante aún del grito inmenso de libertad lanzado bajo el cielo de la redimida Milan, fresco todavía el perfume de sus flores, todavía ardientes sus lágrimas de gratitud. Y delante, más allá del enemigo y de los baluartes, más allá, como naciendo de las aguas, lejana, solitaria, rodeada de misterio gentil y melancólico, otra ciudad grande y desventurada, bella con belleza familiar para el alma, desde los primeros años en la fantasía de poetas y pintores; soñada de niños, deseada cuando mozos, amada después con la ternura más suave y delicada del amor de patria y compadecida siempre, con un sentimiento singular de piedad, como el que se experimenta por una hermana ultrajada: ¡Venecia!

El vasto espacio de terreno que está encerrado entre el Po, el Chiese, el lago de Garda y el Mincio, parece creado expresamente por la naturaleza para

impedir el paso de este río á un ejército que venga de Occidente. Una red intrincada y como tejida por difíciles y enhiestos cerros, abraza toda la parte del Setentrion; una llanura miserable y dilatada toda la del Mediodía. Penetrando por allí un ejército invasor viene á estrellarse ante parajes casi inespugnables; penetrando por aquí viene á dar en los pantanos del bajo Mincio y ante la fortaleza de Mántua. La red formada por los cerros y ásperas alturas, está comprendida en un gran cuadrilátero de ocho millas de ancho y doce de largo, cuyos vértices se apoyan en Peschiera, Volta Mantuana, Castiglione y Lonato, y que atraviesa un riachuelo, el Redone, que nace en las colinas de Occidente y desemboca en el Mincio.

La primer cadena de cerros rodea, desde Lonato á Peschiera, el lago de Garda; las otras corren casi paralelas á la primera, sucesivamente más altas y escabrosas, hasta la última que descende en línea recta desde Lonato hasta Castiglione, y tuerce después brusca y rápidamente hácia Volta Mantuana.

Los dos picos más elevados de esta cadena, que es la más alta y escarpada, son al Norte, Solferino, al Mediodía, Cavriana; entre los dos y como enorme muralla que enlaza dos baluartes enormes, San Casiano. Aquí todo es un nudo de empinadas alturas difíciles y peñascosas, las unas como trepando sobre las otras, amontonadas, erizadas de picos, enriscadas acá y allá, cuajadas de casas y torres, de peligrosísimo asalto, formidables para su defensa.

La más peligrosa de todas es la montaña de Solfe-

rino, coronada por la torre famosa, "El espía de Italia;" flanqueada por dos cerrillos á igual distancia situados y escabrosísimos tambien, el uno llamado de los Cipreses, los que con su espeso ramaje ocultan la cima por completo, el otro de la Iglesia; y cercano está el cementerio de la aldea, la cual se encuentra al Sudeste de la montaña á que dá nombre.

La cadena de riscos que se extiende á espaldas de ésta, que es la última, corre á lo largo de la orilla derecha del Redone, de Poniente á Levante; vuelve y se dirige á corta distancia de Solferino (donde se alza la colina de Nuestra Señora de la Descubierta), al Nordeste hácia Pozzolengo; formando de esta manera, para el que examina las alturas desde el llano, un segundo baluarte interno que tiene sus dos picos más fuertes en Pozzolengo y en Nuestra Señora de la Descubierta. Estos dos puntos forman con Solferino y Cavriana un cuadrilátero fortísimo en el cual desembocan todas las veredas que conducen al Mincio, excepto la que guarnece el lago de Garda, desde Lonato á Peschiera y la que cruza el llano hácia el lado de Mántua.

Esta serie de alturas continúa desde Pozzolengo hasta San Martino.

La meseta que toma este nombre de una iglesia que hay en ella, está situada á la izquierda del camino de Lugana, la cual vá desde Pozzolengo hasta la orilla del lago, cerca de Rivoltella, y al Sud de la vía férrea que une á Lonato y Peschiera. Las pendientes de la meseta, al Norte y á Poniente, son es-

cabrosas, escarpadas, tortuosas, sembradas de caseríos que hacen fácil y terrible la defensa, situados, como están, á guisa de reductos, que se miran y protegen. El sitio es formidable entre el caserío de Colombara, á la derecha del camino de Lugana, y la casa de Corbú de abajo, á la izquierda; más formidable aún entre la iglesia de San Martino, el punto llamado el Roccolo y la aldea Contracania, que son como tres baluartes unidos por ásperas rocas y protegidos por espesísimos cipreses.

Atraviesa la llanura la carretera de Brescia que cruza el Chiese en Montechiari; pasa por Castiglione, sigue adelante hasta Medole, de la cual toma nombre la llanura y continúa por Guidizzolo hasta Goito.

Tal es el campo de batalla.

Los austriacos, divididos en dos ejércitos, el I, compuesto de los cuerpos 3.º, 9.º y II al mando de Wimpffen; el II ejército, formado por los cuerpos 1.º, 5.º, 7.º y 8.º al mando de Schlick, estaban formados en batalla delante de Pozzolengo, Solferino y Guidizzolo.

El II ejército, formado á la derecha, tenía al 8.º cuerpo, al mando de Benedek, en Pozzolengo; el 5.º, al de Stadion, en Solferino; el 1.º regido por Clam-Gallas, en segunda línea en San Casiano y Cavriana, y el 7.º cuerpo, mandado por Zobel, detrás del 1.º.

El I.^{er} ejército, colocado á la izquierda, tenía al 3.^{er} cuerpo, bajo el mando de Schwarzenberg, y el 9.^o, bajo el de Schaffgotsche, alrededor de Guidizzolo, y el 11, mandado por De Veigl, á retaguardia, en Cerlungo y en Castel Grimaldo.

El cuartel general del emperador Francisco José estaba en Cavriana.

Los aliados se habían colocado en orden de batalla delante de Lonato, Castiglione y Carpenedolo.

El ejército francés, formado á la derecha, tenía el 3.^{er} cuerpo regido por Canrobert, en Mezzane; el 4.^o, al mando de Niel, en Carpenedolo; el 2.^o, al de Mac-Mahon, en Castiglione; el 1.^o, mandado por Baraguay-d'Hilliers, en Esenta; el cuerpo de la Guardia Imperial estaba en Montechiari.

El ejército italiano, colocado en la extrema izquierda, tenía la 1.^a division, mandada por Durando, y la 2.^a, por Fanti, en las alturas de Lonato; la 3.^a, bajo el mando de Mollard, en Desenzano y Rivoltella; la 5.^a, bajo el de Cucchiari, más allá de Lonato.

El cuartel general del emperador Napoleon se hallaba en Montechiari.

El ejército aliado se componía de ciento veinticuatro mil infantes, once mil caballos y quinientos veinte cañones; el austriaco, de seiscientos ochenta y ocho piezas de artillería, ciento cuarenta y seis mil infantes y veinte mil caballos. (1)

(1) Solo se mencionan las fuerzas que tomaron parte en la batalla.

Los austriacos, que habían pasado el Mincio la tarde del 23, decidieron el 24 abandonar la línea de Pozzolengo, Solferino y Guidizzolo, para ir á ocupar la de Lonato, Castiglione y Carpenedolo.

Los aliados resolvieron también dejar en el mismo día la línea de Carpenedolo, Castiglione y Lonato, para ocupar la de Guidizzolo, Solferino y Pozzolengo.

Era forzoso, por lo tanto, que los dos ejércitos se encontrasen.

Pero los austriacos debían ponerse en movimiento á las nueve; los aliados á las dos: el honor del ataque fué, por consiguiente, para ellos.

Napoleon había dado las órdenes para marchar.

El ejército italiano se encaminaría á Pozzolengo, siguiendo la cadena interna de los cerros.

El ejército francés la cadena externa y por la llanura: Baraguay-d'Hilliers á Solferino; Mac-Mahon á Cavriana; Niel y Canrobert, por Médole, á Guidizzolo.

El cuartel general del emperador y la Guardia Imperial se trasladarían á Castiglione.

Eran cerca de las tres. Los aliados estaban en movimiento de un extremo al otro de la línea.

El cielo brillaba hermosísimo, con un azul puro y trasparente, que iba perdiéndose hácia el horizonte, y aparecía en él como leve mancha rosácea y vaporosa.

Profundo silencio reinaba aún en todo el extenso teatro de la batalla.

Se oyeron los primeros tiros.

El 2.^o cuerpo, que marchaba hacia Cavriana, había encontrado á los austriacos cerca de la Casa Morino, á cinco kilómetros de Castiglione; las guerrillas de la vanguardia rompieron el fuego.

El 4.^o cuerpo francés, que se dirigía á Medole, encontró las avanzadas de la caballería austriaca. Los escuadrones de la vanguardia francesa las atacó y las rechazó á la aldea, la cual estaba defendida por infantería y artillería; Niel mandó á la division Luzy apoderarse de ella; ésta se formó en columna de ataque y avanzó.

El 1.^{er} cuerpo, que se encaminaba á Solferino, había encontrado ya al enemigo. Baraguay-d'Hilliers ordenó á la division Ladmirault atacarlo en el Valle Padercini. La division Forey lo había arrojado ya de Monterosso y de la aldea Fontane.

El 3.^{er} cuerpo, que había salido de Mezzane, pasaba el Chiese y marchaba hacia Medole por el camino de Acquafredda y de Castel Goffredo.

Las dos divisiones de caballería mandadas por Partouneaux y Desvaux avanzaban lentamente por el antiguo camino de Mántua, del lado de Guidizzolo tras el 4.^o y 2.^o cuerpo.

La 3.^a division del I cuerpo, mandada por Bazaine, se puso en marcha siguiendo á la primera.

Las descargas eran claras y distintas hacia donde se hallaba el ejército italiano.

La division Durando envió á Pozzolengo una columna exploradora, compuesta de tres batallones de cazadores, uno de granaderos, una seccion de artillería y un escuadron de húsares de Alejandría. Apenas hubo penetrado en el valle de los Quadri descubrió á los austriacos sobre la altura de Nuestra Señora de la Descubierta y rompió el fuego.

Otra columna exploradora de la division Cucchiari, compuesta del 8.^o de cazadores, de un batallón del II regimiento de infantería, de un escuadron de húsares de Saluzzo y de dos cañones, conducida por el teniente coronel Cadorna, se adelantó por la vía férrea, torció á la derecha por el camino de Luzana y continuó hacia Pozzolengo.

La division Mollard, que reconoce el terreno en la vía férrea y el lago de Garda, envió á vanguardia cuatro columnas exploradoras, dos de la brigada de Pinerolo y dos de la brigada de Cuneo. La primera de ellas, guiada por el general Mollard, siguió al teniente coronel Cadorna, hasta el sitio en que el camino de Lugana atraviesa la vía férrea, y desde allí avanzó hacia Pozzolengo por Corbú de abajo.

Todas estas columnas iban á caer sucesivamente sobre las avanzadas enemigas que se extendían desde Pozzolengo hasta Nuestra Señora de la Descubierta.

Los dos ejércitos austriacos se aprestaron para la defensa con prontitud extrema.

Eran cerca de las siete. La vanguardia del mariscal Canrobet llegó á esta hora á Castel Goffredo de-

fendida por viejas murallas y que se hallaba en poder de la caballería austriaca. El general Renault la atacó con tres columnas: una por la izquierda, otra por el frente, la tercera por el camino de Mántua. En pocos instantes y al impulso de hachazos vigorosos la puerta caía convertida en astillas, la aldea era tomada, disperso el enemigo. El cañon tronaba á la izquierda: era la division de Luzy que atacaba á Medole. Canrobert ordenó á la de Renault que acudiese rápidamente á aquel sitio; él mismo apresuró la marcha de todo el cuerpo de ejército.

Dos columnas de la division de Luzy, protegidas por artillería embistieron á Medole por distintos lados; Luzy en persona, y dada la orden á todas las fuerzas atacó la aldea de frente. Los austriacos resistieron al principio, pero rudamente cargados á la bayoneta se entregaron. Medole se ganó, se cogieron dos cañones y se hicieron mil prisioneros.

El 9.º cuerpo austriaco se aparejó para el combate al rededor de Guidizzolo, teniendo en su poder á Rebecco y Casanova. El grueso de las fuerzas avanzó para estorbar el paso del llano de Medole al general Niel.

Entre tanto el Mariscal Mac-Mahon, desde lo alto del Monte Medolano vió que una poderosa columna austriaca se desplomaba sobre la llanura y que las alturas entre Cavriana y Solferino se erizaban de cañones y bayonetas: oía el cañon de Baraguay-d'Hilliers: comprende que este se encuentra en grave riesgo teniendo en frente tan numerosas fuerzas: quería

socorrerle, no podía: érale preciso para ello separarse demasiado del 4.º cuerpo, el enemigo podía interponerse y atacarle de flanco y envolverlo: despliega una division en orden de batalla y envía á decir á Niel que intenta acercarse al 1.º cuerpo, que él se corra á la izquierda y cubra el claro. Niel le responde que no puede, que antes le es forzoso apoderarse de Medole, que intentará correrse á la izquierda después, cuando tenga cubierta el ala derecha por Canrobert, y que entónces podrá darse ayuda al 1.º cuerpo; en aquel momento no. En tanto, en el llano, entre el 2.º y 4.º cuerpos adelántase una fuerte columna erizada de lanzas y sables cuyos hierros, y al brillar del sol, la hacen aparecer como larga cadena de bruñido acero: húsares, lanceros, cazadores de Africa, ocho regimientos de caballería, las dos divisiones Partouneaux y Desvaux que vienen á ocupar su puesto en la línea de batalla entre Niel y Mac-Mahon.

El general Forey había rechazado á los austriacos desde Grole hasta la cima del monte Fenile. Desde el monte Fenile se abarcan de una ojeada todas las alturas del campo de batalla: era preciso apoderarse de él.

Los austriacos numerosos y firmes esperan el ataque. Todo el regimiento núm. 84, con su coronel á la cabeza los acomete:—¡Viva el Emperador!—Y Forey se encuentra ya en lo alto del monte Fenile. Ladmirault arroja de su camino á algunos destacamentos, y Bazaine avanza por el de Fontane y el de Grole.

Las columnas exploradoras del ejército italiano habían trabado el combate en Pozzolengo y Nuestra Señora de la Descubierta.

La vanguardia de la division de Durando rechazada del frente de Nuestra Señora de la Descubierta, y amenazada de flanco por una fuerte columna, se retiró sobre Fenile Viejo, hácia donde se hallaba el grueso del ejército. El general Durando, habiendo apreciado las fuerzas del enemigo desde el monte Tiracollo, dió orden á la brigada de Saboya de acudir inmediatamente á Venzago.

El teniente coronel Cadorna, comandante de la columna exploradora de la 5.^a division, llegó á San Martino sin hallar al enemigo, fué más allá, alcanzó la meseta: ni uno solo. Tomó hácia Pozzolengo, se acercó al caserío de Ponticello:—Alto;—las guerrillas han descubierto los primeros centinelas austriacos.—Pronto: un batallon por la izquierda, la artillería en el camino, en medio la caballería.

¡Fuegol—Los austriacos se baten en retirada. Reforzados poco después vuelven adelante. Cadorna pide socorro á la primera columna exploradora de la 3.^a division, que guiada por el general Mollard rodea á San Martino. Acuden dos compañías de cazadores á defender su flanco izquierdo amenazado. No bastan. El enemigo aumenta y adelanta. Cadorna se retira. Mollard avanza con todas sus tropas. Cucchiari llamado á tiempo por Cadorna se adelanta con gran diligencia. El enemigo está ya en Contracania.

La division Fanti espera la orden de avanzar hasta los alrededores de San Pablo de Lonato.

El sol resplandece con toda la régia pompa de sus rayos. El movimiento de la batalla se propaga con rapidez maravillosa. De una parte y otra larguísimas columnas de tropas, seguidas de lejos por otras columnas, avanzan, se ensanchan, como rios que inundasen el llano, se amontonan sobre los cerros como espesos matorrales, serpentean de ladera en ladera. Bosques de bayonetas centellean aquí y allá entre los árboles y los dorados trigos, y súbito brillan grandes llamaradas seguidas de fragoroso estruendo, ó largos y cortados rastros de chispeantes luces acompañadas como de precipitado estrépito de golpes. Lucidas y bien ordenadas tropas de caballería corren el camino al sonoro trote. Lijeras baterías se lanzan arriba por la pendiente, se preparan, vomitan fuego, y las cimas de los montes desaparecen tras de blancas nebulillas, y se estremecen los valles á la resonante explosion. Y por montes y por valles se principia á verter sangre y se comienza á morir.

Son las ocho. El cuerpo del mariscal Niel continúa su marcha hácia Guidizzolo, persiguiendo á los austriacos. Una brigada de la division Lucy llega á Re-

becco. Rebecco está defendido por cuatro regimientos del 9.º cuerpo. Lucy lo ataca y comienza una violentísima lucha; la artillería de uno y otro ejército truena furiosamente; las casas se ganan, se pierden y se vuelven á ganar con encarnizado teson y fiera matanza. Pero el austriaco, más fuerte, está firme en su puesto; Lucy pide auxilio; sobreviene al paso ligero el regimiento núm. 63 de la división de Vinoy; se vuelve al asalto; la brigada de Benedek, que ocupaba á Rebecco, es desalojada. Pero otra penetra en él, y el combate se restablece con más vivo furor. En tanto, la división Vinoy desemboca en la llanura de Medole, y el austriaco avanza con poderosa artillería para disputarle el camino. Vinoy forma rápidamente sus piezas en batería para cañonear al enemigo y dar principio á un sangriento y rudísimo combate. Más artillería viene en auxilio de Vinoy, de la reserva del 4.º cuerpo, y fulmina la muerte desde el ala izquierda. Más aún, más artillería llega de improviso y entra en línea. La enemiga cede, los austriacos se repliegan sobre Casanova, y Vinoy los persigue. Llega el general De Failly con la 3.ª división del 4.º cuerpo, y forma en batalla entre Vinoy y Lucy. Las acometidas se renuevan con más encarnizado é impetuoso furor.

Son las nueve y media. El mariscal Canrobert ha llegado á Medole. El emperador le avisa sobre un

cuerpo de veinte mil hombres que ha salido de Mantua; que vigile su ala derecha y al mismo tiempo sostenga la derecha del 4.º cuerpo. Canrobert envía inmediatamente una brigada de la división Renault al camino de Ceresa, y provee á su seguridad por el lado de Mantua.

En tanto, entre el 2.º y el 4.º cuerpos, las baterías de las divisiones Partouneaux y Desvaux han comenzado á molestar al enemigo. Un escuadrón del 5.º de húsares y otro del 3.º de cazadores de Africa, han atacado y puesto en fuga á varios pelotones de caballería é infantería y hecho multitud de prisioneros. A medida que la izquierda de las tropas de Niel gana terreno, avanzan las dos divisiones de caballería.

El austriaco engruesa sus filas en cantidad y prisa amenazadoras al frente del 2.º cuerpo. El mariscal Mac-Mahon abandona el camino de Mantua y vá á situarse delante del caserío de Marino, y desde allá envía al combate las divisiones de La Motterouge y de Decaen. La columna austriaca, seguida de una división de caballería, desciende y forma en la llanura al frente de él, teniendo delante un grueso número de piezas de artillería. Mac Mahon á su vez, en un abrir y cerrar de ojos, ordena en batalla cuatro baterías, y de ambas partes retumba el cañoneo con furiosa tenacidad; pero por poco tiempo: dos arzones de los austriacos se inflaman y revicentan en pedazos; su artillería, muy castigada y en mal estado, retrocede; un regimiento de húsares, que intenta tres ve-

ces envolver el ala izquierda francesa, es otras tantas veces rechazado con vigor por las descargas de la brigada de Gaudin de Villaine, y rechazado por fin sobre los cuadros austriacos en completo desorden y con numerosas pérdidas de hombres y caballos. Una bala de cañon había partido un brazo al general Auger.

La Guardia Imperial se encamina al paso ligero hacia Castiglione.

Napoleon, ha salido de Montechiari, llega á Castiglione, sube al castillo y observa el campo de batalla.

—Aun no creemos que los austriacos se hayan atrevido á pasar el Mincio— dicen los oficiales generales que están á su alrededor.

—Lo han pasado, es una batalla campal— responde Napoleon. Baja, monta á caballo, vuela á donde está Mac-Mahon, le da órdenes y á galope se dirige á la izquierda hacia Baraguay-d'Hilliers.

A la derecha del primer cuerpo, la brigada de Dieu, protegida por la artillería del Monte Fenile, ha llegado trepando de cerro en cerro y de risco en risco hasta Solferino; los austriacos por instantes se hacen más serenos y más tercios; la brigada de Dieu, adelantando con tantas dificultades y trabajo, intenta ir más allá y Dieu cae herido mortalmente.

Por la izquierda, Ladmirault, ha puesto en batería cuatro piezas que hacen horrible estrago en las tropas enemigas. La brigada de F. Douay y Négrier se lanzan simultáneamente al ataque. Los austriacos se retiran abriendo sus filas y descubren nueve batallones terri-

blemente compactos que reciben á los franceses con una tempestad de nutridas y abrasadoras descargas. Ladmirault herido en la espalda, ébrio de cólera, suéltase de sus ayudantes que le quieren detener y vuelve á mandar la division á pié, apoyándose en su caballo. El combate aumenta, se hace más rudo y tenaz. Los austriacos conocen el terreno palmo á palmo, palmo á palmo lo defienden. El momento es gravísimo. Ladmirault ordena que marchen al ataque las últimas reservas de la division; en el mismo instante otra bala le atraviesa un muslo.

—No es nada—les dice á los oficiales que acuden á socorrerle, y haciendo esfuerzos supremos continúa en pié, con un brazo crispado cogido al cuello del caballo, pálido y vertiendo sangre.

A poco vacila, y se sonrie; hace llamar al general Négrier, le entrega el mando de la division, le sacan fuera del campo de batalla, y se vuelve á mirar una vez más á sus bravos soldados que pelean y mueren por la libertad de Italia y el honor de Francia.

—¡Adelante el primer regimiento de zuavos!— Tal es la orden que envia Baraguay-d'Hilliers á la division de Bazaine que en aquel momento llegaba de Grole. La orden se ha cumplido: ahí están. ¡Marchan como un solo hombre y caminan á la muerte como quien vá á un festin! El regimiento avanza al paso ligero, ruiendo sordamente, como ruje la mar impetuosa al chocar contra las rocas; sobre sus rostros centellea la victoria; de aquellos anchos pechos que parecen de hierro, ha desalir el terrible grito, nuncio se-

guro de la muerte: los fusiles, agitados por las convulsas manos, chocan unos contra otros y las bayonetas al chocar producen un horrible estruendo.—¡Arriba! La mar desencadenada salta con impetu indomable, álzase un grito salvaje que se prolonga sobre la disputada pendiente cual si fuese repetido por el eco; la pendiente se cubre de cadáveres, los zuavos han llegado arriba. La artillería entre tanto muévase con gran trabajo sobre los altos cerros, cañonea á los batallones austriacos y reduce á escombros los caseríos de la garganta de Solferino. Una brigada del 5.º cuerpo, diezmada por completo, se retira del campo de batalla. Otras dos brigadas del mismo cuerpo se refugian en las alturas que rodean al pueblo y ocupan fuertemente la torre, el cementerio y el monte de los Cipreses, vigorizados por un poderoso socorro de gente de refresco. Estos sitios son formidables; las subidas son escarpadas y escabrosas, sobre todos estos lugares hace fuego la artillería; los defensores responden á cubierto del muro con infernal furor.—Derribad esas tapias á cañonazos—grita Baraguay-d'Hilliers. Una batería trepa á lo alto de una loma á trescientos pasos del cementerio y lo bate rabiosamente con tiros certeros: las tapias destrozadas vienen abajo como por sacudimiento de imprevisto terremoto y á la vez la artillería de Forey, sostenida por dos baterías de la reserva, apagan los fuegos de los austriacos sobre el monte de los Cipreses.

En el ala izquierda la suerte no favorece á las armas italianas. El general Durando que estaba en Ven-

zago, recibe la orden del emperador de incorporarse al 1.º cuerpo. El general envía inmediatamente auxilio al 1.º regimiento de granaderos y al 3.º batallón de cazadores que lucha en Nuestra Señora de la Descubierta. Reforzadas las tropas intentan el ataque; la 10.ª batería las sostiene; los cazadores á caballo de Alejandría dan una brillante carga; los austriacos se retiran. Se retiran para volver á la pelea, como siempre, con más vigoroso ardor. Dos batallones del 1.º de granaderos enviados al caserío de Piopa á reconocer un punto por donde atacar al enemigo, son atacados á su vez y rechazados. Los austriacos avanzan hasta la aldea de Soieta; en ella colocan una batería y ametrallan al 2.º de granaderos que avanza en derechura de Nuestra Señora de la Descubierta.

En la extrema izquierda, después de haber sido rechazadas las columnas exploradoras de la 3.ª y 5.ª divisiones, el general Mollard se resuelve á atacar á Benedek con el grueso de sus fuerzas. Llega por la vía férrea el general Arnaldi con la brigada Cuneo y la mitad de la 6.ª batería; alcanza á Casanova, tuerce á la derecha, marcha á campo travieso, se detiene y se prepara: el 7.º por la derecha en vanguardia con el coronel Berretta; el 8.º por la izquierda en segunda línea y á su frente el coronel Gibbone; aquél por Colombara y Contracania, éste por el Roccolo y la iglesia de San Martino. Adelántanse cuatro pelotones de caballería de cazadores de Monferrato y Saluzzo. Suena la señal del ataque; los regimientos se-

renos é impetuosos se ponen en movimiento: la caballería se lanza á rienda suelta; el enemigo vacila; los italianos cargan con violenta energía, se apoderan de tres cañones, son dueños de la altura.—¡Ya es nuestra!—grita ébrio de gozo el general Arnaldi, y cae derribado por enemiga bala. El general Mollard acude tembloroso.—¿Qué es esto? ¿Estais herido?—Arnaldi, gravemente herido en la rodilla, hace un esfuerzo para levantarse, no lo consigue y dos lágrimas ruedan por sus mejillas.—Valor—le dice con afectuosa piedad el amigo.—No lloro por mí—responde,—lloro por tí á quien no podré acompañar en los peligros, y hoy se prepara una jornada espantosa, ¿no lo ves?

Y señalaba por la parte de Pozzolengo, y Mollard mira, viendo indefinidas filas de enemigos que brillaban y se mueven confusamente sobre las alturas lejanas.

—Adios Arnaldi, y llevan á Arnaldi, asumiendo el mando de la brigada Cuneo, el coronel Berretta.

Los austriacos entre tanto rechazados se estrechan, vuelven á subir, reconquistan con ímpetu audaz las cumbres de la montaña. Los batallones italianos tornan al asalto unos tras otros, y á cada paso con mayor furia; dos veces siembra de cadáveres la cresta del monte; dos veces ganan la alta llanura; dos veces son rechazados. Nuevo coraje los enardece y al fin prevalece su arranque, arrojando de lo alto al enemigo y persiguiéndolo con furor.

Pero por poco tiempo. Por el lado que el bravo Ar-

naldi señalaba, el austriaco resuelto y engruesadas sus fuerzas, avanza, ensancha sus filas, amenaza por los dos flancos: á la izquierda la artillería; á la derecha el camino de hierro.

Los italianos resisten con valentía: el 3.^{er} batallón del 7.^o de línea y uno de cazadores de la 5.^a division defienden con su sangre los cañones; el comandante Solaro herido el primero, muere; cae herido el comandante Borda, cae el comandante Longoni, caen de diez en diez los soldados; pero todo es inútil. El enemigo es mucho más fuerte y vá ganando; los italianos se retiran lentamente disputando tenaces palmo á palmo el terreno; el coronel Berretta con tranquilidad de ánimo dirige la retirada, anima á la resistencia, enfrena la atrevida marcha de los que asaltan, ordena y repara; de repente se precipita de la silla al suelo: todos lo miran, una bala le ha atravesado el corazon.

Seguir resistiendo equivaldría á un derramamiento estéril de sangre. Mollard ordena la retirada en toda la línea; los italianos ceden el campo protegidos por dos baterías de artillería que manda el general Cucchiari con su division. Vencidos, pero no derrotados ni disueltos, heridos y ensangrentados, pero con los semblantes todavía resplandecientes de ira y de valor, pasan los soldados de Mollard al otro lado del camino de hierro á tomar aliento.—¡Ánimo!—El enemigo no permanecerá largo tiempo sobre aquellas alturas: vedla; ya llega la brigada Casale, se aproxima la brigada. Aquí el 5.^o y 8.^o batallón de

cazadores avanzan: la 5.^a division y el general Cucchiari están encima.

La division Fanti permanece siempre en San Pablo de Lonato.

Son las diez y media.

Napoleon desde las alturas ocupadas por el 1.^{er} cuerpo reflexiona un instante y resuelve. La victoria está en el centro, es preciso desbaratarlo para hacer que se replieguen las alas; se necesita lanzar á los austriacos de la cima de Solferino. La brigada Alton que todavía no ha entrado en fuego irá al ataque.

La brigada Alton, ordenada en columna de asalto, avanza; cuatro piezas de artillería la acompañan; el general Forey la conduce. Se vá á asaltar la torre, se vá á morir, pero en aquella cresta está la victoria: el emperador se halla allí, y mira, y con él Francia y el mundo contemplan el ataque.

La brigada Alton se lanza hácia la derecha de la torre resuelta y compacta; los oficiales se vuelven á los soldados: —¡Valor, ánimo!— Los soldados se arrojan con la cabeza baja y adelantan; ya suben, ya han ganado un buen trecho, todavía en orden suben más... De repente una horrible tempestad de metralla se esparce sobre sus cabezas, y balas de cañon y de fusil llueven por la izquierda, por la derecha, por el frente, rompiendo las primeras filas de la columna y llevándose tras sí miembros mutilados, trozos

de hombres y torrentes de sangre. Toda la brigada á la vista de aquella miserable catástrofe vacila y se entremezclan las compañías por pelotones, dudan, pero elevan al cielo un espantoso grito:

—¡Adelante la Guardia Imperial!

La guardia imperial estaba cerca; había ya recibido la órden de venir en auxilio del cuerpo de Baraguay-d'Hilliers. Napoleon manda á decir al mariscal Saint-Jean-d'Angély que impulse sin parar á la division Camou. La voz se esparce por el campo de batalla; adelante la guardia imperial; la nata y flor de la sangre francesa es la última fila que viene á vencer ó á morir; el peloton sacro de los momentos supremos coronado por los laureles de cien batallas, rodeado de majestad y de terror, espléndido é iluminado todavía con el último rayo del sol de Waterloo, formidable, venerando, solemne: ¡esa es la guardia imperial que avanza!

La division Camou se divide: la brigada Picard hácia las alturas de la izquierda; la brigada Maneque vá en auxilio de Forey contra los austriacos que bajan de Casa del Monte. Maneque ha dividido sus fuerzas en cuatro columnas. —¡Arriba!— Las brigadas Hoditz y Reznitchek esperan: mochilas á tierra, calen bayoneta y adelante. La infantería y la artillería austriaca disparan desde lo alto sin cesar; los cuatro batallones de la guardia, dejando en el suelo rastros de heridos, suben apañadas y cuanto más plomo cae sobre ellos más fieros se levantan. Hélos allí; suben á la bayoneta, al asalto. —¡Viva el emperador, viva la

Francia!— Los austriacos se replegan; ya sobre las alturas de Forco y Pellegrino fulguran las bayonetas de la brigada Maneque!

En aquel momento el batallón cazadores de la guardia gira al rededor de la aldea de Solferino, la toma por asalto, penetra en él y arroja al enemigo de sus posiciones, cogiéndole una bandera, ocho cañones y cien prisioneros.

Entretanto el general Forey, socorrido por dos batallones volantes de la guardia al mando del general Maneque, vuelve vigorosamente á la ofensiva. Advertido de que el enemigo pierde terreno, ordena el asalto á la primera brigada hasta tocar la altura de los Cipreses. Llega al galope el general Le Boeuf con dos baterías de artillería de la guardia: cubre con un nimbo de balas el aldeórrio, protegiendo los ataques de las dos brigadas Forey. La primera conquista entonces el monte de los Cipreses; la segunda la colina de la torre, y por último, por medio de un río de sangre, se apodera de la torre misma.

El general Bazaine arruina los muros del cementerio y lanzando al asalto á toda la division, arroja al enemigo y arrebató la bandera al regimiento Príncipe Wassa.

Catorce cañones y mil quinientos prisioneros caen en poder del 1.^o cuerpo y de la guardia imperial.

¡Sobre todas las alturas de Solferino ya ondea la bandera de Francia!

Mientras esto ocurre en el centro, el mariscal Mac-Mahon, apoyándose en parte del 4.^o cuerpo se

replega hácia Solferino, reuniéndose á la guardia imperial.

Allí avanza rápidamente una formidable columna de caballería en la llanura, á la derecha del 2.^o cuerpo: la forman 24 escuadrones de la guardia al mando del general Morris y vienen á cerrar el intervalo entre el 2.^o cuerpo y la division Desvaux.

Sobre la extrema derecha se suceden sin cesar nuevas fuerzas austriacas enfrente del general Niel. Arrojada una brigada otra la sustituye con prontitud. Detrás del 3.^o y del 9.^o cuerpo se distinguen las columnas del 11. El general Vinoy, desbaratado á fuerza de metralla, ataca Casanova, la toma, la fortifica y la convierte en importantísimo punto de apoyo para su línea de batalla.

Sobre la derecha del 4.^o cuerpo el general Luzy, sostenido por las dos brigadas de la division Renault mandadas por Canrobert, despues de muchos durísimos encuentros, ora prevaleciendo, ora subyugadas, consigue mantenerse firme en Rebécco. Entre Luzy y Vinoy la brigada O'Farrel de la division Faily, se ha enseñoreado de la casa Baita, defendiéndola contra los impetuosos ataques de los austriacos.

El general Niel permaneciendo sin reserva, pide al mariscal Canrobert que mande á sostener su centro vigorosa y obstinadamente atacado. El mariscal Canrobert estimando que bastan pocas fuerzas para

protegerlo por la parte de Mántua, ordena al general Trochu que conduzca su 1.^a brigada al campo de batalla bajo el mando del general Niel.

Trochu se pone inmediatamente á la cabeza de la brigada, Bataille, ordena que arrojen las mochilas, atraviesa Medole, ya plagado de heridos y de carros é impedimenta, y emprende á la carrera el camino de Guidizzolo.

En el interin todavía no prevalece en la izquierda de la línea la fortuna de Italia. La artillería austriaca opera con la 1.^a division desde casa Soieta. En vano el general Durando adelanta nuevos cañones, en vano intenta el asalto con los cuatro batallones uno después del otro, del 2.^o de granaderos: las columnas enemigas avanzan. A medio día el general Durando, reducido á peligrosísima condicion procura aún detener al enemigo con un asalto del 4.^o batallon de cazadores y uno del 2.^o de infantería de línea. Ambos batallones, arrancando con valor, paran al enemigo por el frente, pero gruesa columna adelanta mientras tanto con rápido movimiento sobre la derecha y amenazándoles por el flanco les obliga á retirarse. Entónces el general Forgeot que manda la artillería del 1.^{er} cuerpo francés, revuelve rápidamente sobre los austriacos gran número de cañones y los obliga á retroceder con mortífero fuego que les desconcierta.

En la extrema izquierda el general Cucchiari, lle-

gado inmediatamente después hasta el sitio donde el camino de Lugana corta el de hierro, dispone sin titubear al ataque á la brigada Casale; el 11, al mando del coronel Leotardi que lo sitúa á la vanguardia por Roccolo y San Martino; el 12 vá á retaguardia.

La brigada comienza á moverse, pero el enemigo nota el movimiento desde las casas de Armia, Selvetta y Monata y lo prevé picándole la derecha. El general Mollard, desde donde se encuentra, advierte el peligro y manda que el comandante del 2.^o batallon del 12 se repliegue con su gente á la derecha inmediatamente y rechace al enemigo de las nuevas posiciones amenazadoras. El comandante había recibido órdenes distintas del mismo general un momento antes duda y prosigue su marcha. Mollard despechado vá á interceptarle el paso á toda carrera, renueva la órden y el comandante entónces obedece y dirige flanco derecho su batallon. El 3.^o y el 4.^o lo siguen. El 1.^o vá á colocarse á la izquierda del 11 regimiento.

El coronel Leotardi dá el grito de paso de ataque, el 11 se arroja sobre Roccolo y la iglesia de San Martino; los tres batallones del 12 juntos al 10 de cazadores se echan de repente sobre las casas de la extrema derecha. Los austriacos reciben á unos y á otros con repetidas descargas de fusilería y metralla que abren sangrientas brechas en los compactos pelotones de las columnas: muere el comandante Poma; el coronel Avenati y los comandantes Manca y Zinco caen heridos; estréchanse las filas, la sangre de los oficiales.

derramada inflama la que los soldados guardan en sus venas para derramar y la audacia logra que venza la brigada Casale en el combate con la ocupacion de las alturas, invadiendo los caseríos con la velocidad del rayo, y penetrando en Contracania se hace dueña de tres piezas.

Mientras se lleva á cabo este ataque, el enemigo dá frente á la brigada Aquí que viene detrás con el 1.^{er} batallon de cazadores y que se disponía tambien al ataque. Los dos batallones de la derecha del 17 regimiento, ordenados á izquierda del camino de Lugana al mando del coronel Ferrero se arrojan con dos compañías del 5.^o de cazadores contra la iglesia de San Martino y la Contracania, vueltas á poder del enemigo. Los dos restantes batallones del 17 con el resíduo de los cazadores del 5.^o caen á la izquierda hasta la casa de Corbú de abajo. Entre ambas columnas continúa peleando vigoroso el 11 regimiento de línea.

El 1.^{er} batallon del 12 combate en la extrema izquierda, aislado, cerca de las casas Ceresa y Vestone. Todos estos tenaces ataques subyugan al enemigo, y San Martino y Rocceolo son tomados por quinta vez á los austriacos; ya los que asaltan coronan las cumbres, ¡ya sonrío la victoria á las armas italianas!

Al toque de corneta, la brigada Pinerolo de la 3.^a division, llamada en ayuda del general Cucchiari adelanta contra la Contracania en órden de ataque; el 13 regimiento en el ala de la derecha y en la izquierda el 14. Ya las primeras columnas se han apodera-

do de varias casas, cuando sobre la altura de Contracania se vé que el fuego de la 5.^a division se aminora y que retrocede y desaparece la division misma.

El austriaco que notó la debilidad de la izquierda italiana, condujo á aquél punto el grueso de su artillería, fulminando metralla á doscientos pasos de distancia sobre el 1.^{er} batallon del 12 y el ala izquierda del 17, entre Corbú de abajo y Vestone.

Aquel 1.^{er} batallon había resistido, despues se había plegado, despues resistido nuevamente y por último cedió el terreno, arrastrando en su retirada los dos batallones del 17 esparcidos en guerrilla á la izquierda y al frente. El movimiento de retirada propagóse de cuerpo en cuerpo, de izquierda á derecha: Cucchiari, lanzándose á la carrera, en vano intentó detenerlo; inútilmente hizo avanzar la 9.^a batería: los austriacos reunieron en las alturas treinta cañones é impedían eficazmente toda tentativa de volver á la ofensiva. Impotente solo para intentar el asalto el regimiento número 18 se estrecha, procurando proteger la retirada. Cucchiari procura contener á los soldados en el ferro-carril; no lo consigue: trata de cortarles el camino en Rivoltella, y tampoco logra su intento; pero más allá los pára y al fin los reorganiza cerca de esta ciudad.

Ante este espectáculo el general Mollard, atribulado, angustiado, nervioso, no sabe qué resolver.—¿Atacará al enemigo? La brigada Cuneo está diezmada y aniquilada por la sed y el ayuno, la brigada Pinerolo escasa para dar frente á las fuerzas poderosas de los

austriacos, y derramaría estérilmente la sangre. ¿Se retirará también él? El enemigo entonces caerá sobre la izquierda francesa. Mollard se ha decidido ya; permanecerá firme al pie de las laderas en actitud amenazadora; mantendrá en expectativa al enemigo, escamado todavía y debilitado por las obstinadas luchas de la mañana; esperará con las armas en la mano el momento propicio para probar nuevamente fortuna.

La división Fanti que continuaba desde las once en San Pablo de Lonato, se mueve hacia Solferino, por orden de Napoleón, á fin de apoyar el ataque del 1.º cuerpo.

Es la una y media. Napoleón ordena que se proceda á combatir el centro del frente enemigo. La brigada Maneque de la guardia rechaza á los austriacos desde las alturas de Casa del Monte. La división Bazaine reorganizada precipitadamente sigue á la retaguardia del 5.º cuerpo, que se retira en dirección de Pozzolengo. La división Forey vá adelante en forma de auxilio con la guardia imperial. La división Ladmirault diezmada y deshecha, descansa en la aldea de Solferino.

En este momento, el mariscal Mac-Mahon, unido á la guardia, vuelve contra San Casiano. Dos baterías preparan el ataque bombardeando el pueblo. Mac-Mahon dá la señal: una columna de cazadores

argelinos se lanza impetuosamente por la izquierda; la infantería núm. 15 por la derecha, y tras breve lucha, pero obstinada y fiera, cae San Casiano en poder de los franceses. Más allá de San Casiano se alza el monte Fontana, escarpado y difícil y como construido á manera de escalinata, que defienden cuatro regimientos austriacos parapetados fuertemente para la defensa. En el primer ribazo del monte hay una especie de reducto de donde se vomita espesa lluvia de balas. Mac-Mahon manda el asalto: es cuestión de pocos instantes; suena el grito de ¡viva el emperador! Y todavía no se ha perdido su eco en el espacio, cuando el reducto se halla ya coronado por la artillería de la guardia, ondeando la enseña de los argelinos.

Mac-Mahon se detiene para dar tiempo á la guardia imperial á que se una en toda la línea.

De repente, los austriacos, como impulsados por una fuerza sobrehumana que les empuja por la espalda, alzan al viento altísimo grito, y se precipitan con irresistible ímpetu sobre cazadores argelinos, y los hacen retroceder. Estos, reforzados por dos batallones de infantería, acometen á su vez á los austriacos; pero habiendo encontrado una resistencia inespugnable, se ven obligados de segundas á replegarse. ¿Qué ha sucedido?

Los austriacos combatían á la vista de su joven emperador.

Entonces Mac-Mahon prepara al ataque á todo el cuerpo de ejército. El momento es decisivo: los aus-

triacos hacen su último esfuerzo en el centro, esfuerzo desesperado; los dos emperadores se hallan presentes y próximos, se reconocen, y se siente su presencia, aunque no se les vea, por el redoblar incesante del furor de ambas partes; allí está á punto de ser pronunciada la sentencia de la gran jornada. La señal se ha dado, los franceses suben por el monte: asalto feroz, feroz resistencia. Entrambas artillerías, en horrenda furia, disparan sus proyectiles; la sangre corre; muere el coronel Douay, muere el coronel Laure, caen los soldados por filas enteras, pero toca á su fin la horrible carnicería: los austriacos retroceden delante de las puntas de las bayonetas y ametrallados por las baterías de la guardia: ¡la fortuna de Francia prevalece!

En el ínterin el 11 regimiento de los húsares austriacos es rechazado por un escuadrón de cazadores de la guardia, auxiliado por el 11 batallón de cazadores y combatido en los flancos por dos baterías que lo reducen á miserable estado.

Los austriacos se retiran al pueblo de Cavriana, convertido por la artillería francesa en un montón de ruinas.

A todo esto que sucede en el centro, retumba á la derecha fragoroso estrépito, ocupada por el 4.º cuerpo y parece que cielo y tierra tiemblan.¹

Son cuarenta y dos cañones franceses dirigidos por

el general Soleille, que disparan alternativa ó simultáneamente en combinacion sobre el 3.º y 9.º cuerpo enemigo. Arde la batalla con incierto resultado en Casanova y Rebecco.

Una brigada de caballería de la division Partouneaux vuela al socorro del general Vinoy. Llega de Medole el general Trochu con la brigada Bataille, la dispone en columna de ataque y embiste á los austriacos obligándoles á retroceder hasta las primeras casas de Guidizzolo. Recibido allí por imprevistas descargas de compactas y numerosas filas, se replega sobre Baita. Arriba en aquel punto con el grueso del 3.º cuerpo de ejército el mariscal Canrobert asegurándose bien de cualquier sorpresa de Mántua. Al anuncio de la presencia del mariscal, el general Niel tienta un postrer golpe; lanza las tropas de la division Trochu, entre Casanova y Baita, con una batería.

Al momento que el Emperador Francisco José vió destrozada en el centro su línea de batalla, para enfrenar el curso de la fortuna que se le escapa, intenta un extremo esfuerzo en la izquierda contra los cuerpos de Niel y Canrobert, mandando íntegro todo su 1.º cuerpo de ejército al combate. Las reservas del 3.º, 9.º y 11 avanzan para sostener sus mal organizadas divisiones. Sangrienta lucha se entabla. El príncipe Windisch-Grætz se arroja entre los primeros á la cabeza de un regimiento de la brigada Greshke; se lanza con ímpetu hácia Casanova, rechaza á los cazadores franceses; y las columnas los siguen ad-

mirablemente ordenadas y atrevidas. Pero hé aquí que una bala le hiere el caballo, otras dos le alcanzan á él mismo, y cae de la silla á tierra, desordenándose las filas, y permitiendo á los lanceros franceses del 1.^{er} regimiento guiados por el general Labareyre que carguen sobre los austriacos dejando libre el terreno alrededor de Casanova. La infantería se rehace, cobra ánimo y marcha á la carrerapicándoles la retaguardia; los austriacos vuelven la espalda; y ya en la huida, dejan la bandera de su regimiento número 35 en manos del 77 francés.

Este fué uno de los más duros encuentros de la jornada, y de los pagados á precio de más sangre: Cuatro coroneles, Lacroix, Capin, Maleville, Jourjon quedaron en el campo.

Mientras que hervía aquí la más viva batalla, tres grandiosas cargas de caballería se sucedían en la izquierda del 4.^o cuerpo.

El general Desvaux, vió á lo lejos algunas columnas austriacas que se dirigían á Guidizzolo, y les corta el paso con el 5.^o regimiento de húsares y el 1.^o de cazadores de Africa, de la brigada Plauhol, y más tarde con dos embestidas del 3.^o de cazadores de Africa de la brigada Forton. El terreno cuajado de árboles, é interceptado por fosos, retardó la primera carga, dando tiempo á las columnas austriacas para formar el cuadro; con lo cual no consiguieron desconcertarlas por completo los regimientos que llegaron sucesivamente despues. Pero en cambio habían conseguido impedirles engrosasen el ejército cerca de

Casanova ayudando de esta suerte á que consiguiera la victoria el 4.^o cuerpo francés.

Son las cuatro. La batalla toca á su término en el ala derecha francesa.

El general Trochú, con la brigada Bataille, mandado por el general Niel á Guidizzolo inmediatamente despues de la llegada al campo del mariscal Canrobert, encuentra á los austriacos situados en los tres caminos que desembocan en el pueblo; los ataca á la bayoneta, los rechaza de frente hasta una milla pasadas las primeras casas, los empuja hácia Baita, se posesiona de dos cañones, y hace gran número de prisioneros. El coronel Broutta cae mortalmente herido por la metralla.

Así concluye la batalla en el ala derecha.

En el centro el austriaco ha sido batido por la guardia imperial de altura en altura hasta las de Cavriana, y hasta en el pueblo mismo de este nombre donde se hallaba el cuartel general del emperador enemigo, y allí penetran los zapadores de la guardia y los cazadores argelinos. Decaen y La Motterouge han echado á los austriacos de todas las casas de la llanura.

El emperador Francisco José dá la órden de retirada en toda la línea.

En aquel momento por el lado de Nuestra Señora de la Descubierta, el 2.^o regimiento de granaderos

desconcertado por las crecidas fuerzas de los austriacos se había colocado fuera de tiro desordenadamente, pensando despues volver al campo rehaciendo las fuerzas perdidas. Toda la brigada de Saboya entró en línea y se mantenía en los puntos que ocupára no abriendo paso á los rudos ataques de los enemigos.

A las dos en el campo de la extrema izquierda duraba aun la incertidumbre de antes. La 3.^a division está abandonada en triste soledad. Los soldados destrozados y mudos interrogan con la mirada ansiosa á los oficiales que tambien sienten en el corazon los últimos lamentos de sus numerosos compañeros, bajas en los anteriores combates. El general Mollard torvo y colérico vá errante por el campo de batalla á la ventura encerrado en sus pensamientos. —¿Qué habrá pasado? ¿Qué hace la 5.^a division? ¿Y las demás? ¿Y los franceses? ¿Vencen ó pierden?—Ningun auxilio, ninguna órden, ningun aviso; la batalla ha cesado; por entrambas partes la tropa está en su lugar descanso y un vasto campo de cadáveres se extiende entre las dos líneas con la terrible soledad de los muertos y horrendo silencio que parece espera é invoca y acusa con la sangre derramada en vano y las vidas cortadas sin gloria á los directores de la jornada ¡ay de los jefes si en aquellos dolorosos instantes de espectacion ante el terrible panorama penetra en el ánimo del soldado la pavora y el horror, el desaliento de la derrota, el de-

seo impaciente de la venganza, y debilitado el ardor del valor bélico prevalece en los cuerpos la frialdad del miedo!—Cada momento que pasa es un peligro que se preve. ¿Retirarse? Se pregunta á sí mismo Mollard: ¿cualquiera se lo aconseja!—Oh, no, jamás!—su sangre de soldado se lo prohíbe. ¡Despues de tres victorias francesas y quizá mientras corona el laurel la cabeza de los aliados luego del cuarto triunfo! ¡Despues del triunfo de Milan que todavía no ha sido legitimado por la victoria en el campo de batalla! ¡Despues de haber perdido en aquellas colinas la flor de nuestros veteranos regimientos! ¡Despues de haberse derramado la sangre de Arnaldi y despedazado el corazon de Berretta!—¿Y Goito y Pastrengo y Santa Lucía y Novara? Son acaso ya nombres muertos y no más que nombres. —Retirarse, ¡jamás!—Los italianos para probar su derecho á la vida tienen necesidad de mostrar al mundo que saben morir. —Sería la primera vez, exclama Mollard con aquel acento suyo característico en el cual cada palabra parece un sablazo, sería la primera vez que tendría que retirarme! ¡Oh!... soy un animal! y se quita la gorra y empieza á hacerla pedazos con las manos convulsas.

De pronto se escucha una voz nerviosa que dice: —¿El general Mollard?—Es un oficial de órdenes del Rey llegado á todo correr con la noticia en el semblante. Mollard se precipita á su encuentro. —Gene-

ral, exclama el ayudante, S. M. le hace saber que los franceses vencen en Solferino y que quiere que sus soldados venzan aquí. La 5.^a division ha sido llamada al campo. La brigada Aosta, un batallon de cazadores y una batería recibieron la orden de venir á ponerse á las del general.

Un rayo de alegría iluminó el rostro de Mollardy, volviéndose á los oficiales de su estado mayor les dice con resolucion:

—Señores, el Rey quiere que se conquisten las alturas y se conquistarán.

Y despues dirigiéndose al oficial de órdenes, añadió:

—Vaya á decirle al Rey que se cumplirán sus órdenes.

El ayudante parte á galope.

La noticia se ha propagado por el campo con la rapidez del pensamiento y el aspecto del campamento ha cambiado; los oficiales se buscan, se abrazan y se saludan; los soldados alzan su vista radiante hácia las banderas; en todos lados se oyen palabras fieras y amenazadoras, y se ve agitarse impacientes en precipitado movimiento á jefes, oficiales y clases; hambre, sed, cansancio, todo ha desaparecido; la tropa se siente fresca y alegre como por la mañana al salir al campo; otra aurora más espléndida se levanta; todas las miradas se dirigen á las cumbres; el enemigo es gran-

de, su artillería numerosa, los sitios inespugnables, pero es preciso tomarlos y se tomarán; es una orden del Rey!

Son las cuatro. Otra alegre voz corre por el campo. Llega el general Cerale con la brigada Aosta, la valiente brigada de Goito y de Santa Lucía, el 1.^{er} batallon de cazadores y la batería núm. 15. Vienen como á una fiesta, bromeando y riendo.—¡Viva la brigada Aosta! Se grita por todas partes. Los regimientos desfilan, los oficiales y soldados se saludan, las dos ilustres banderas, hechas girones, pero soberbias, pasan ondeando en medio de las filas que las miran con reverencia.

El general Mollard dispone el ataque: la brigada Aosta á la izquierda, la brigada Pinerolo á la derecha maniobrando en sentido convergente entre la Contracania y San Martino; el 7.^o regimiento de la brigada Cuneo irá á retaguardia de la brigada Aosta; el 8.^o, parado, guardará el campo por el lado de Pechiera.

El cielo, límpido hasta aquí, se llena de nubes de repente.

Un batallon del 14, una compañía de cazadores y dos piezas irán ocultamente á San Donnino, y al primer disparo de cañon que parta del grueso de la division, adelantarán amenazando al enemigo por la izquierda. La 4.^a batería sostendrá á la brigada Pine-

rolo por la derecha de la misma, la 5.^a por la izquierda, la 6.^a en la estación de Pozzolengo, la 15 ocupará la derecha de la 6.^a, la caballería de Monferrato ocupará la extrema derecha.

Nubes densas y negrísimas cubren el firmamento; retumba el trueno.

Las tropas se moverán á la vez en órden y silenciosas; ni un disparo de cañon, ni un tiro de fusil ha de escucharse antes de llegar al punto de atacar á la bayoneta. La señal se hará. Entonces, toda la artillería combinada fulminará, tocarán todas las bandas militares, batirán los tambores el paso de carga, y sobre el ruido de los redoblantes, de la música y de los cañonazos, se oirá por todas partes un grito formidable y amenazador:—¡Viva el Rey!—Y diez mil bayonetas se lanzarán sobre el enemigo, y que Dios proteja á la Italia! La 5.^a division no puede tardar: son las cinco, todo está dispuesto: mochilas á tierra y adelante.

Las columnas parten para el lugar desde el cual principiará el asalto.

En aquel instante el trueno ensordece con inmenso fragor: un espantoso temporal, mezcla de lluvia y granizo, comienza; levántase un furioso viento; espesos y vívidos relámpagos cruzan la atmósfera, y en pocos minutos el vasto campo se ha convertido en charco y cieno.

Las columnas se paran.

Apenas el temporal ha cedido un poco, llega el general Cucchiari por el ferro-carril con la brigada

Casale, y el coronel Cadorna por el camino de Desenzano con la brigada Aqui. Toda la 5.^a division está ya en el campo. Mollard corre á ponerse de acuerdo con Cucchiari. La 5.^a division romperá la derecha del enemigo indicándole la retirada. La brigada Casale, el 18 de infantería, el 8.^o de cazadores, dos baterías y un escuadron de Saluzzo irán al ataque. El 17, el 5.^o de cazadores, una batería quedan en el ferro-carril guardando la parte de Peschiera. Ya está todo preparado ¡adelante y á la última prueba!

La línea se mueve.

La brigada Pinerolo avanza hácia Contracania. El 14 vá en primera línea con el coronel Balegno á la cabeza; el 13 los sigue; la 4.^a y la 5.^a batería lo protegen. Suena el primer cañonazo; Balegno dá el grito de ataque, el regimiento responde como un eco, y se lanza impetuoso, espantable, bello; pero ¡ay, Dios! se ha lanzado demasiado presto, y las descargas de los batallones austriacos y de la artillería los destrozan antes de llegar á la mitad de su carrera; el 13, impedido por el terreno, ha quedado atrás, lo ha perdido de vista y no lo puede sostener; el coronel Balegno está herido de muerte, el regimiento enfurecido continúa subiendo, los austriacos redoblan el fuego, las filas se aclaran cada vez más, no se puede proseguir, no, que no se derrame sangre inútilmente,—¡valientes,

atrás! El regimiento retrocede, vuelve á bajar al pie de la colina y se detiene en casa Armia, ordenándose allí: ¡cuánto ha disminuido! Baligno muere.

—”¡Paciencia, dice, muero; pero he conducido al fuego á mi núm. 14.”

¡Adelante el núm. 13! Lo manda el bravo coronel Caminati.—¡Soldados, grita con su potente voz, acordáos de la promesa que me habeis hecho, ¡Viva el Rey!— Viva, responde la legion entera y se arrojan como leones; el fuego enemigo detiene un tanto la carrera, pero, encarnizando más y más los ánimos, la precipita un minuto despues. Ya está en Colombara, la ataca, la circunda de cadáveres y gana palmo á palmo el terreno á bayonetazos. Caminati cae, gritando:—”¡Adelante, hijos, defended la bandera!” y muere. El ímpetu de los soldados crece á la vista de aquella sangre derramada, y es tomada Colombara. Mas una columna austriaca se precipita por la derecha ocultamente; el enemigo ha engrosado y defiende el frente; el 13 combate manteniendo media hora sus posiciones; pero estrechado por todas partes retrocede, cede los sitios conquistados y vuelve á bajar hasta casa Fenile. ¡Dos regimientos rechaza- dos: traidora fortuna!

Retumba la artillería en toda línea. La brigada Aosta seguida del 7.º regimiento lanza al enemigo cerca de casa Raimondi y adelanta con los cazadores á la izquierda; el 5.º lo hace saltar de Casanova, de Armia, de Monata; el 6.º conquista las casas de Chiodina de arriba y Chiodina de abajo. Pero aquí

empieza á sernos adversa la suerte. Ataca él 6.º á Contracania; los austriacos, fuertes en número y en posiciones, lo rechazan y lo persiguen; toda la brigada Aosta envuelta en el movimiento se replega hasta Monata y las casas vecinas; atacada por la izquierda, se defiende perdiendo siempre terreno. Muere el comandante Bosio del 6.º regimiento, el general Cerales es herido, herido el coronel Vialardi, herido el coronel Plochiú, herido el comandante Polastri, herido el comandante Bottesi, y cien y cien valientes más.

La 5.ª division pelea con vária fortuna contra San Martino, y en ambos lados del camino de Pozzolen- go; apodérase de las casas Chiodinas y de la casa Plandro; los generales Cucchiari, Pettinengo, Gozzani, rebosando coraje y entusiasmo preparan á los soldados á atacar las Casetas y las alturas de la Iglesia: empero el enemigo es fuerte y tenaz, y la tentativa, aunque tan valerosa como en otras partes, costará sangre esterilmente.

También la columna que para distraer al enemigo se enviara á San Donnino, se ha visto precisada á no molestarle á pesar de su empeño, retrayéndose del fuego de la izquierda austriaca.

Por todas partes, pues, ha vuelto la espalda la fortuna á nuestro ejército: ¡luego es fatalmente necesario que el número prevalezca á la virtud, á la

justicia, al amor de la patria; es fatal que no se pueda arrancar de nuestras banderas la gasa de luto de Novara; es fatal que este día solemne-ansiado por espacio de tantos años, suspirado, preparado, gozado y celebrado de antemano, en vez de rehacernos de antigua desventura, nos caiga sobre la cabeza una más; es fatal que la ira por tanto tiempo y tan amargamente comprimida en el fondo del corazón, se nos quede allí sofocada para consumir nuestra existencia; es fatal que se ha de desvanecer la esperanza de Italia, la fé de Francia, la espectacion de Europa; es fatal que se ha de enrojecer delante de aquellos que han venido á derramar su propia sangre por nosotros y á nuestro lado, y morder el polvo, mientras ellos cantan victoria!.....

Son las siete. Una prueba extraña. Un asalto general en toda la línea toda la brigada Aosta, toda la Casale, toda la Aqui, el 7.º, el 14, tres batallones de cazadores, veinte cañones entre la Perentonella y la Monata, toda la artillería de la 5.ª division en batería.

¡Adelante!

¡Oh por amor de Italia, en nombre de la libertad y de la justicia, en nombre de nuestros muertos, en nombre de todo aquello sufrido y de todo aquello amado: venced! ¡El último rayo de sol os salude victoriosos en la cresta de aquellas colinas, y

que no se ponga con él la gloria de nuestras banderas; este es el instante supremo, ánimo, valor, hermanos; y vosotras, madres italianas: rogad á Dios!

Se mueve toda la línea. La artillería prorumpe de una vez en una descarga formidable que atruena con el estrépito de cien rayos por todos los ámbitos del espacio. La batería de la 5.ª division dispara al frente; los veinte cañones de la Monata de flanco; los tambores baten el parche al paso de ataque; tocan las cornetas de cazadores la carga á la bayoneta; generales y coroneles agitan los sables á la cabeza de las columnas; despléganse al viento las banderas todas; cálanse diez mil bayonetas; hienden los aires diez mil gritos de combate; desaparecen los claros entre los pelotones. El enemigo se turba á la vista del tremebundo ataque... ya vuelve la espalda... ya retrocede... ya huye!

Otra exclamacion más general cruza el espacio: —¡Viva el rey!

Súbitamente observada la fuga de los austriacos, coronada la altura por nuestras tropas con la velocidad del rayo acuden treinta piezas para disparar por la opuesta pendiente al enemigo que trata de subir á otra montaña y hacerse fuerte. Los batallones se desparraman para acosar la retirada con fuego graneado de fusilería. La caballería de Monferrato les pica la retaguardia por el centro y los flancos alternativamente; un cerrado y espesísimo fuego de metralla los envuelve:—¡basta! ¡se ha concluido!

¡Después de catorce horas! ¡Ya era tiempo!

La victoria ha sido obtenida por parte del general Fanti. La 2.^a división que mandaba, partió desde San Pablo de Lonato de vuelta de Solferino y había recibido la orden del Rey de enviar la brigada Piamonte á Nuestra Señora de la Descubierta y la brigada Costa al general Mollard. Cuando Piamonte llegaba al campamento del general Durando, los austriacos se retiraban por orden del emperador. Entonces el Rey encomendaba esta brigada y la 1.^a división al general Lamarmora mandándole acudir en socorro de la extrema izquierda. Llegado allí el general Durando con la 1.^a división desemplaza al enemigo del monte Maino; el general Fanti con la brigada Piamonte lo persigue hasta Pozzolengo, y colocada una batería sobre el monte San Juan vomita plomo de granadas sobre las espaldas de los austriacos que combaten en San Martino.

Se hace noche. El ejército contrario corre en tropel á la desbandada hácia los puentes sobre el Mincio y lo pasa.

El emperador de los franceses planta su cuartel general en Cavriana y va á descansar en la misma casa donde reposara la noche antes el emperador de los austriacos.

Todo calla en el vastísimo campo de batalla.

Los pueblos y alquerías, los caseríos y aldecorios, los villorrios y las cabañas aisladas que hacía poco resonaban con gritos feroces y estampidos continuados resucenan ahora débilmente con los murmullos, ayes y

gemidos, con las frases agudas de dolor, y las voces bajas de consuelo, de oraciones, de paz.

Desde casa Marino hasta Cavriana, desde San Martino á Medole, hay esparcidos cinco mil cadáveres y veintitres mil heridos; colinas y valles hállanse ensangrentados, los campos devastados y pestilentes, las casas derruidas y por todas partes se ven dispersas armas, cañones clavados, soterrados, y caballos que yacen por tierra y huellas funestas de desolacion y de muerte.

Los dos ejércitos descansan.

Acá y acullá brillan los primeros fuegos del vivac iluminando círculos de generales y soldados, vencidos y vencedores, echados por el suelo ó de pié derecho; quién herido, quién durmiente, unos al lado de otros, entremezclados al acaso como amigos é iguales.

¡Y eran iguales, sí, generales y soldados en la fortísima virtud de los sacrificios, en la generosa devoción á sus príncipes, en el divino amor á la pátria, amigos sí, vencedores y vencidos, en la sublime religion del valor, igual por entrambas partes en aquella jornada memorable, glorificada con la sangre de tanto héroe!

Han trascurrido diez años. ¡Oh víctimas de los tres ejércitos! En aquel dia yacíais por tierra confundidos

y mezclados en el campo de batalla; hoy reposan juntos tambien vuestros huesos en una tumba comun, sobre la cual agitan sus pliegues al viento las banderas de los tres pueblos para significar que sois todos igualmente venerados, é igualmente llorados.



INAUGURACION DE LOS OSARIOS

DE SOLFERINO Y SAN MARTINO

[Pozzolengo 24 de Junio de 1870, tarde.]



HAN celebrado los italianos en el espacio de treinta días el aniversario de dos memorables batallas nacionales:—el 29 de Mayo, Curtatone y Montanara;—el 24 de Junio, San Martino y Solferino. Y las han celebrado de la manera más noble y más solemne: ¡honrando la memoria de los muertos!

Escribo desde Pozzolengo, como escribí desde Mántua; con el alma llena todavía de la religiosa majestad de la ceremonia. ¡Pero conmovido de cuán diversa manera!

A la tristeza inseparable del corazón en un día de conmemoracion de difuntos, se unía ciertamente en Mántua cierto sentimiento de orgullo, pensando que los vencidos italianos habían salido de aquella batalla con no menor gloria que los vencedores austriacos. Mas era triste pensar que aquel valor y aquella san-

y mezclados en el campo de batalla; hoy reposan juntos tambien vuestros huesos en una tumba comun, sobre la cual agitan sus pliegues al viento las banderas de los tres pueblos para significar que sois todos igualmente venerados, é igualmente llorados.



INAUGURACION DE LOS OSARIOS

DE SOLFERINO Y SAN MARTINO

[Pozzolengo 24 de Junio de 1870, tarde.]



HAN celebrado los italianos en el espacio de treinta días el aniversario de dos memorables batallas nacionales:—el 29 de Mayo, Curtatone y Montanara;—el 24 de Junio, San Martino y Solferino. Y las han celebrado de la manera más noble y más solemne: ¡honrando la memoria de los muertos!

Escribo desde Pozzolengo, como escribí desde Mántua; con el alma llena todavía de la religiosa majestad de la ceremonia. ¡Pero conmovido de cuán diversa manera!

A la tristeza inseparable del corazón en un día de conmemoracion de difuntos, se unía ciertamente en Mántua cierto sentimiento de orgullo, pensando que los vencidos italianos habían salido de aquella batalla con no menor gloria que los vencedores austriacos. Mas era triste pensar que aquel valor y aquella san-

gre no bastaran á ahorrar á Italia otros diez años de servidumbre, de cárceles, de patibulos, de destierros; que aquel mismo terreno, bañado con sangre de nuestros soldados permaneció en poder del enemigo, sin un signo que conservara la memoria de los caidos recomendando la compasion, que despues de aquella desventura, más de una vez la bandera italiana habia necesitado todavía cubrirse de negro crespon, y el ejército sembrar inútilmente de cadáveres otros campos de batalla!

¡Hoy el recuerdo de los muertos vá unido al de una gran victoria! Desde estas colinas, desde donde escribo, Italia lanzó al mundo su más potente grito de libertad; aquí creó una de aquellas palabras—San Martino—que arraigan en el corazon de los pueblos y de los ejércitos, inspiradoras de valor en los peligros y de confortacion y de consuelo en la desgracia, repetidas de generacion en generacion; aquí por vez primera comprendió verdaderamente el enemigo que con aquella obstinacion de los cuarenta batallones que atacaban, subía toda Italia con su rey á la cabeza!

Agrega solemnidad al acto la presencia de representantes de los tres pueblos que acuden al campo donde pocos años há se libró una de las más formidables batallas modernas.

Es la unanimidad de las tres naciones en el culto del amor patrio, en la veneracion del valor y el respeto á la desventura. Los mismos tres pueblos se estrechan la mano sobre los sepulcros de sus respecti-

vos hijos, asegurándose mutuamente que la guerra no ha dejado tras sí huellas de ódios y rencores; que, cesada la causa de la discordia, susituye el afecto á la ira, y en el enemigo surge el amigo sincero y leal; que el orgullo exclusivista nacional se funde y convierte en un sentimiento humanitario supremo que enlaza los pueblos, los soberanos y los ejércitos en el amplio manto de la paz, bajo los pliegues de la gran bandera de la civilizacion.

Esta mañana—24 de Junio de 1870—el cielo estaba sereno y espléndido, lo mismo que hace doce años, cuando resonaba el espacio con los clamores del primer ataque y el estampido de los primeros cañonazos.

Llegan á la estacion de Pozzolengo á las ocho los dos trenes provenientes de Milan y Venecia.

Bajan del primero el príncipe Humberto y el príncipe de Carignano; del segundo, los representantes del Senado y de la Cámara popular. Allí se reunieron el ministro de la Guerra, el de Agricultura y Comercio, los prefectos de Mántua, Brescia, Verona, Pádua, Vicenza; los alcaldes de casi todos los municipios del Véneto y de la Lombardía; muchos generales del ejército y de la guardia nacional; oficiales de todas las armas, periodistas italianos y corresponsales extranjeros, y una multitud de gentes invitadas por el Comité de la Sociedad de Solferino y San Martino.

Francia estaba representada por el caballero de la Haye, teniente coronel de estado mayor del ejército francés, en union del vizconde de Larochevoucault y del vizconde de Ponseau.

Representaban al Austria, el caballero Alejo de Pollak, teniente coronel de estado mayor del ejército austriaco.

Espesa muchedumbre rodeaba la estacion del ferrocarril. Tan luego como bajaron los príncipes, resonaron prolongados aplausos, marciales músicas y cañonazos. Despues de los príncipes, lo primero que buscó la gente fué á los representantes extranjeros. El oficial austriaco vestía un uniforme enteramente verde, con sombrero apuntado como el de nuestros generales, coronado de un penacho como el de nuestros oficiales de cazadores. Es un hombre alto, fino, de lineamentos delicados, de aspecto simpático, de maneras distinguidas. El oficial francés es una figura robusta y fiera, propia de soldado. Desde los primeros momentos desplegó unánime el público todo particular simpatía hácia el teniente coronel austriaco, y era natural: representaba al ejército vencido en aquella famosa jornada. Entre todos los convidados, él era el único á quien la vista de aquellos lugares, la presencia de aquellas gentes, aquellos discursos y aquellas ceremonias, no debían despertarle gratos recuerdos.

Era preciso, pues, hacerle olvidar estos recuerdos; hacerle atractiva aquella solemnidad; hacerle germinar en el fondo del corazon un sentimiento plácido y grato, á fuerza de demostraciones de cariño, rodeán-

dolo de consideraciones, de atenciones, de afecto, borrando así cualquier otra impresion desagradable ó cualquier otro movimiento íntimo manifestado por correcto y frío formalismo oficial.

Así se hizo y así dió la gente elocuentísima y general prueba de exquisita delicadeza, á cuyas demostraciones correspondió el austriaco nobilísimamente por su parte.

Los dos príncipes se entretuvieron un rato bajo el espléndido pabellon construido cerca de la estacion del ferrocarril. Luego subieron al carruaje, y seguidos por los sócios del Comité, por los invitados, por el pueblo, se dirigieron hácia la colina de San Martino por la Quinta Tracagni, donde se habia preparado desayuno para los concurrentes.

El breve trayecto fué realmente un espectáculo.

Los campos hormigueaban de gentes venidas de los pueblos comarcanos; las quintas, las casas de labor, las casuchas, las cabañas, todo se hallaba engalanado con trofeos, emblemas, colgaduras, gallardetes y banderas, flores y cuadros; aquí y allí, en el llano, en las laderas, entre el verde de los árboles, despuntaban cintas y colores, adornos y guirnaldas, tiendas y doseles. ¡Cuántos sentimientos se experimentaban que no es posible explicar! ¡Aquella pompa, aquella gente alegre, aquellas músicas, invitaban como á una fiesta, en el sitio mismo donde años antes corrieran torrentes de sangre!

De pronto, al volver un recodo, apareció la colina de San Martino, con su capilla y sus cipreses en lo

alto, bella y terrible, tal cual la había visto pintada tantas veces, y tal y como la había oído tantas veces describir. El corazón me dió un vuelco. Estos lugares famosos, parece que tienen conciencia de lo que son. Miré á la colina lo mismo que se mira á una persona en actitud reverente y afectuosa y mil recuerdos inundaron mi mente, sintiendo igual estremecimiento que el que agitó todo mi ser cuando escuché por vez primera aquellas divinas y sacrosantas palabras que no olvidaré jamás:—”*Han vencido!*”

Los príncipes y todo el séquito entraron en la casa de campo Tracagni.

Es una de las casas más encarnizadamente disputadas entre los italianos y los austriacos en la batalla de San Martino. Casi arruinada entonces, ha sido restaurada y embellecida después; ofreciendo un aspecto risueño. Pero en las paredes de las bellas estancias, todavía se distingue tal cual bala de cañon incrustada en los muros entre pinturas y adornos; muestra del triste pasado y elocuente contraste con el gracioso y ameno presente.

Acabado el desayuno, se dirigieron los príncipes hácia la iglesia de San Martino, por la célebre calle de cipreses, en medio de dos filas de infantes, de guardias nacionales y de pueblo.

La iglesia de San Martino es pequeña, y al verla por fuera ni se distinguiría de las otras capillas esparcidas por el campo, sino por la fachada sobre la cual hay adosados tres bellísimos mosaicos: uno representa la Resurrección del Redentor, en el centro;

el de la izquierda, un ángel con la espada desnuda; el de la derecha, otro ángel también coronado de laurel. El interior de la iglesia tiene un aspecto particular que llama la atención; las paredes están enteramente desnudas, el altar es sencillo y remata en una gran cruz negra que destaca sobre una gran cortina blanca. La tela, baja desde la bóveda hasta el pavimento y cubre todo el presbiterio, de modo que al entrar no se vé nada que atraiga especialmente la curiosidad; pero aquel aspecto severo y sencillo prepara el ánimo á lo que después se vé.

Entraron los príncipes y el séquito aproximándose al altar mayor. Hasta la muchedumbre que permanecía fuera caillaba por la solemnidad de la función. La espectación era grande.

De repente la tela desaparece, y allá, en el fondo de la iglesia, antes oculto, se divisan á la primer mirada dos mil calaveras colocadas en larguísimas filas, unas sobre otras, desde el pavimento hasta la bóveda; el muro está enteramente cubierto, y los huecos de aquellos que fueron ojos, miran todos hácia la puerta. Truenan el cañon y suena la música.

No creo que exista en el mundo espectáculo más solemne y tremendo que este. No sé decir lo que experimenté en aquel momento: una sacudida, una sensación de frio, un tumulto de ideas en la inteligencia y de sentimientos en el corazón, horror, admiración, piedad; finalmente, una compasión afectuosa, mezclada á una gratitud y á una veneración tan profun-

das y tan fuertes, que el ánimo ansiaba doblar la rodilla y orar.

Todos aquellos huecos inmóviles parece que nos miran; en aquellas desnudas calaveras creeríase que todavía existe un hálito de vida; algo que debe moverse en aquella sacra pared. Allí están italianos y tudescos confundidos; acaso la calavera del matador al lado de la calavera de la víctima, gentes de lejanos países enteramente desconocidos los unos de los otros: ¡quién sabe cuántas sensaciones se acumulaban en aquellas cabezas y qué terribles dolores costó á cada uno la muerte! Un padre, una madre, un hermano que sepan tienen allí al hijo ó al hermano ¡qué deben sentir y pensar mirando aquellas calaveras sin saber cuál es la que lloran! Acaso se pierden en conjeturas. Es triste, ciertamente; pero ahora al ménos las familias saben que los huesos de los suyos no están diseminados por el campo, sino que hay un lugar sagrado donde pueden ir á llorar, sentirse cerca de aquellos seres queridos, y decir al menos:—Allá donde nuestros muertos se sepultaron, fueron á arrodillarse tres pueblos; allí se oró por todos, hasta por los matadores; muchas generaciones irán á llorarlos y á honrarlos á la vez, juntamente con los mil que murieron al propio tiempo!

Celebráronse breves exequias por el alma de los muertos; despues el vicario de Verona se adelantó, y desde las gradas del altar leyó un discurso lleno de nobles sentimientos y de elevadas ideas de religion y patria.

Habló despues el rector del colegio de Desenzano, interrumpido á cada paso por los aplausos del auditorio y por el fragor de las repetidas descargas del batallon de infantería y de la guardia nacional formada á lo largo de la alameda de cipreses.

Leyó otro discurso el ministro de la Guerra, donde refirió los sacrificios hechos por Italia para redimirse de la esclavitud, para constituirse en grande y fuerte Estado con el generoso auxilio de la Francia; habló de la estirpe de nuestros reyes, y concluyó apostrofando á los austriacos muertos en la batalla, de la siguiente manera:—“¡Enemigos de un dia, valerosos enemigos! vuestro sacrificio fué glorioso para vuestro país; la victoria no pudo ser vuestra, porque la idea moderna y el espíritu de los tiempos nuevos estaban contra vosotros; pero no lloréis la batalla perdida, porque el odio de razas se borró en los corazones; alegraos, porque hoy vuestros compañeros estrechan nuestras manos, y todos somos unos, unidos en el camino comun de la civilizacion y de la justicia.”

El príncipe Humberto colocó por su mano al lado del altar una de las dos banderas regaladas por la guardia nacional de Milan, y acto seguido recorrió el presbiterio, acompañado de todo su séquito. Entonces se observaron de cerca las calaveras. Muchas están perforadas por las balas ó rotas por los cascos de la metralla. Sobre algunas se halla unida la bala por medio de un alambre en el sitio donde dió el proyectil; en otras, aunque pocas, se halla escrito el

nombre del muerto ó la indicacion del grado. Algunas encuéntrase completamente destrozadas. El príncipe Humberto se detuvo á contemplar muchas, con semblante triste y sereno. Ninguno de la comitiva hablaba. Despues bajamos todos lentamente al pequeño subterráneo abierto debajo del presbiterio donde se amontonan los huesos de los esqueletos. Terminada esta segunda visita, los príncipes salieron de la iglesia, y tras de ellos todo el público.

La muchedumbre prorumpió en aplausos; el cañon volvió á resonar.

Otra vez en carruaje, nos dirigimos á Solferino, pasando por la gran vía que atraviesa en ancho rodeo todo el campo de batalla, de modo que vimos los lugares donde se verificaron los más sangrientos encuentros: Pozzolengo, Nuestra Señora de la Descubierta, el Cementerio. También á lo largo del camino lucían banderas y oriflamas todas las casas, y grupos de aldeanos venidos de próximos lugares, precedían, rodeaban ó seguían los carruajes. A derecha é izquierda hallábanse situadas gran número de barracas y de puestos, como se acostumbra en las fiestas campestres; y por todas partes gente vestida de gala, banderas, músicas, aclamaciones.

¡Qué magnífica campiña! ¡Qué colinas tan deliciosas! No me cansaba de mirarlas.

Aquí—decíamos—se detuvo tal division; por aquí cruzó tal cuerpo de ejército; allá dió la carga cual regimiento de caballería; á los piés de aquella colina murió un general; sobre la cima de aquella otra se

apostaron dos baterías; á cada revuelta del camino, en cada accidente del terreno, se nos ocurría un recuerdo terrible y glorioso. Y á cada instante nos preguntábamos á nosotros mismos, si fué allí donde realmente se librara el combate, y casi no lo queríamos creer: ¡tan extraño nos parecía que se hubiera podido derramar sangre y morir sobre aquellos hermosos campos verdes, en sitios tan alegres, en medio de aquella belleza tranquila de cielo y tierra!

Llegamos á pié á la falda del monte de Solferino. Vimos la torre que se levanta sobre la cresta, y entre las almenas, las tres banderas austriaca, francesa é italiana, agitándose por el viento y como si se besasen entre sí; la colina de los Cipreses se levanta rígida é inaccesible á la derecha: ¡y pensar que por allí treparon los zuavos bajo una lluvia de balas austriacas! Debieron caer por pelotones. ¡Pobres soldados! A la izquierda, el monte de la Iglesia con la capilla mortuoria en la cumbre; delante, sobre la llanura, pabellones, astas con gallardetes y arcos; y desde la colina de la torre á la aldea de Solferino, del pueblo á la iglesia, de la iglesia á la torre, un ir y venir incesante de gente....

Entramos en la aldea: parecía que allí se había derramado todo el pueblo de una ciudad.

Es un villorrio de mezquino aspecto, de angostas calles y casuchas negras, y sin embargo tenía un aspecto risueño. Las paredes estaban llenas de inscripciones, de dibujos y de guirnaldas; y aquí y allá, en las ventanas y en las puertas, veíanse las huellas de

balas de cañon, ora alejadas unas de otras, ora espesas, y al lado un trozo de muro blanqueado con una leyenda y una fecha; en los patios, en los huertos, donde había un rasgo siquiera de las devastaciones de la batalla habíanlo colocado en exhibicion; y la gente interrogaba y los aldeanos explicaban el significado y la historia de todo. Por todas partes llegaban al pueblo vehículos, cabalgatas de jóvenes y de señoras, guardias nacionales, chiquillos.

Luego empezó la ceremonia fúnebre en la capilla de Solferino.

Esta iglesia era antes de 1859 un oratorio dedicado á San Pedro; medio arruinado por los cañones franceses, se restauró despues estableciendo allí el grande osario.

Es poco mayor que la de San Martino, pero más alta y con dos capillas laterales que le dan cierta apariencia de grandiosidad. Tambien la fachada está cubierta de mosaicos y al rededor de esta iglesia como al rededor de otras se están construyendo jardines. Delante, la pendiente de la colina ha sido allanada y una ancha calle baja hasta el lugar.

En medio de dos alas de soldados y de pueblo, los Príncipes y la comitiva subieron y entraron en la iglesia. Terminadas las breves exequias por los muertos franceses y austriacos, hablaron monseñor Martini vicario capitular de Mántua, el senador Torelli y el teniente coronel del ejército francés de la Haya. Este, en nombre del Emperador, presentó á Torelli las insignias de gran oficial de la Legion de honor.

El príncipe Humberto colocó la segunda bandera de la guardia nacional de Milan y despues se dió vuelta al presbiterio lleno tambien de alto á bajo de calaveras: 6.700 esqueletos se reunieron en aquel osario. En el subterráneo hay varios nichos cuya entrada está cerrada por calaveras, y delante de cada uno de aquellos se levanta gran cruz hecha con huesos de piernas y brazos habilísimamente dispuestos y reunidos por medio de alambres. La cruz del nicho central está formada por costillas. Todos estos huesos se hallan pulimentados, relucientes y ordenados en perfecta simetría, sin que inspiren sensacion alguna repugnante á quien los mira: tan claro y visible es el sello de la piedad que los recogió y arregló.

Pasamos luego á una estancia donde á manera de museo se conservan los varios objetos encontrados al desenterrar los muertos: medallones, anillos, retratos, cartas.....

Entre otras cosas hay un reloj que parece perteneciera á cierto soldado francés y que percutido por una bala se paró en aquel momento y señala todavía las cuatro y treinta y cinco minutos, hora del último asalto de los austriacos en Guidizzolo.

Hay una carta de una madre que envía diez pesetas á su hijo encareciéndole que cuide de su salud y no diga nada de aquel donativo á su padre porque nada sabe.

Otra carta de cierta jovencilla que dá gracias á un soldado por el ofrecimiento que le hace de su mano,

y le recuerda los días pasados juntos antes de partir para la guerra.

En otra tercera carta recomienda cierto padre á su hijo valientemente sus deberes de soldado.

Casi todos leímos aquellas cartas y fueron los momentos de mayores emociones: muchos lloraron.

Terminada la visita del osario, salimos y nos entrevistamos algunos minutos en una amplia tienda de campaña donde se leyeron poesías. Despues subimos á la colina de Solferino.

Llegados á la cima, la mayor parte de la comitiva se dirigió á ver la torre y subió. El golpe de vista es verdaderamente digno de la fama que asegura, es uno de los mas soberbios que pueden gozarse en el mundo. Se vé gran parte de la llanura lombarda, el lago de Garda, las cúpulas de Mántua, el torreón de Cremona; y debajo, á los piés de la colina, el pueblo, el cementerio, las casas esparcidas por el campo de batalla palmo á palmo, como en una plaza de armas. ¡Qué cielo! ¡Y qué aire!—Por un lado, bajo ancho pórtico, se habían preparado las mesas para más de doscientas personas; ante el pórtico un gran pabellon sostenido por piés derechos cubiertos de flores y laurel. La fachada de la casa á la cual se adosa el pabellon resplandecía herida por el sol y relampagueaba como pared de acero; cinco mil machetes y cinco mil bayonetas se colocaron en trofeos con bastos y retratos del rey y de los príncipes entre banderas: una profusion armónica de colores y de esplendor verdaderamente arrebatadora.

A las tres, entraron los príncipes en la tienda de campaña y la muchedumbre rodeó el pabellon por todas partes, empezando á tocar marchas populares de los tres ejércitos, la banda de la guardia nacional de Milan y la del 12 regimiento de infantería. Repartiéronse despues millones de ejemplares de poesías, discursos, cuentos de episodios bélicos de distintos autores, de todas las provincias italianas; los doscientos convidados se dividieron en muchos grupos y la conversacion animadísima se prolongó hasta las cinco.

Pero faltaba algo en aquella bellísima reunion. Muchos lo pensaron y lo digeron. Quién habría invitado á la fiesta por lo ménos un oficial y un soldado de cada uno de los viejos regimientos que estuvieron en la batalla de San Martino. ¡Quién hubiese invitado quince ó veinte de las familias que perdieron en aquellas jornadas alguno de los suyos; familias de gente pobre con los muchachos y los ancianos, á fin de que presenciasen los honores que se prodigaban á sus finados, y con objeto de que hablasen con el príncipe y se sentasen á la mesa en medio de los generales: aquellos pobres viejos que dieron á la patria algo más que la propia sangre, sus propios hijos, sosten y consuelo de sus últimos años!

Y si se hubiese hecho venir tambien un piquete de soldados franceses, una docena, tres, uno solo, un solo zuavo.... nos lo habríamos comido á abrazos; y soldados tudescos, un croata al ménos á quien poderle apretar la mano fraternalmente y hacerle comprender que somos amigos, que deseamos permanecer

amigos siempre, y tantas otras cosas como nos habrían venido á los labios en aquellos momentos... ¡Y cuánto más bella y más solemne y más conmovedora resultará la ceremonia!

Poco antes de sentarse á la mesa el prefecto de Mántua, leyó el Acta de Inauguración de los Osarios que firmó el príncipe Humberto y después los demás principales individuos de la comitiva.

A las cinco todo el mundo se colocó en su respectivo sitio en la mesa, la cual se componía de varios rayos de una rueda en cuyo centro se hallaba la mesa de los príncipes. Delante de estos había diez pilas de balas de cañon arrancadas de la torre de Solferino entre ramos de flores. Los miembros de los Comités se mezclaron, mezclándose los generales, los senadores, los alcaldes y los periodistas, con lo que resultó más alegre la conversacion y más variada.

Hacia el fin de la comida corrió por toda la sala la voz de—silencio, silencio!—y todo el mundo calló.

El presidente del Senado brindó el primero, á la salud del primer soldado de la independencia italiana.

El vicepresidente de la Cámara bebió por el príncipe Humberto y el príncipe de Carignano.

El senador Torelli, por el emperador de los franceses.

El ministro de la Guerra, por el emperador de Austria.

El príncipe Humberto, por la gloria y prosperidad de los tres ejércitos.

El teniente coronel Pollak se levantó en medio de una espectacion general, y despues de haber dado gracias en nombre del emperador y del ejército austriaco, á los príncipes italianos que tomaban parte en la fiesta, al Comité, á las Sociedades y á todos aquellos que expresaron sentimientos de simpatía hacia su patria, dijo con voz lenta, clara y conmovida:—*Mi brindis... ¡por el bello, el valeroso y el heroico ejército italiano!*

Un grito solo arrancado á la vez de todos los ámbitos de la sala acogió estas palabras; grito salido espontáneamente de todos los corazones, y con tanto ímpetu, tanta fuerza, que no hubo uno solo que no sintiese revolvérsele la sangre, y los aplausos se prolongaron estrepitosos varios minutos, acompañados por nuevas exclamaciones.

El oficial austriaco se sentó inmutado.

A las cinco y cuarto se levantó de la mesa el príncipe Humberto, y todos los comensales le siguieron á la tienda donde se tomó el café. Minutos despues ocupamos de nuevo los vehículos. Y en aquel momento ocurrió un caso digno de ser contado. Mientras el príncipe salía, la banda de la guardia nacional de Milan tocó la marcha Real; apenas pasado Humberto, la música empezó á tocar la marcha imperial austriaca. El teniente coronel Pollak se volvió de repente al músico mayor, y haciéndole señales con la mano le dijo con viveza:—¡Nó, nó, la marcha real!—Y

tué tan espontáneo el acto, y tan ingénuo y tan sincero que todos prorumpieron en aplausos; y oficiales, diputados, senadores, pueblo, cuantos pudieron, rodearon al militar gritando palabras de entusiasmo, saludándole y prodigándole toda clase de demostraciones afectuosas. Él no sabía á donde volverse ni á quién dar gracias; y andaba casi llevado en triunfo por la multitud que lo aclamaba, conmovido hasta un extremo indescriptible.

Poco á poco todos se colocaron en sus carruajes, dirigiéndose unos hácia Peschiera y Pozzolengo y otros hácia Lonato.

Así terminó el día 24 de Julio de 1870; día desde entonces doblemente querido, doblemente caro para Italia; porque le recuerda una de las más gloriosas victorias de sus hijos y una de las más nobles solemnidades realizadas en honor de los que sucumbieron por ella.

¡Quiera el cielo que los tres pueblos que estrecharon su mano en la falda de esta colina, tengan siempre ante los ojos de la conciencia y en lo más profundo del corazon la imágen de aquellas tres banderas que ondean juntas sobre la torre de Solferino; y haga Dios que esta imágen despierte en el alma de todos, como hizo hoy en la nuestra, un elevado deseo de paz, de fraternidad y de amor!



A FRANCIA

[Agosto de 1874.]



LEYENDO y relejendo las páginas que siguen, un año despues de haber sido escritas, experimenté una sensacion de amargura y un sentimiento casi de piedad, que me hizo sonreir.

Pero no quería relegar al olvido un escrito mio, que me recuerda conmociones de las más profundas de mi vida; y porque temía, por otra parte, que al leerlo, tal cual se escribió, sonriesen otros, tomé la pluma para corregirlo, ora mitigando la viveza y expansion de ciertos conceptos, ora aplacando ardores de determinados sentimientos, ya para cambiar ó quitar aquí ó allí imágenes, símiles, comparaciones y juicios, á los cuales quitaron posteriores acontecimientos color y valor.—Pero me avergoncé luego de mi propósito, puesto que advertí que se derivaban de un sentimiento poco digno: quería velar, esconder el afecto que me habían inspirado aquellas páginas, sólo

tué tan espontáneo el acto, y tan ingénuo y tan sincero que todos prorumpieron en aplausos; y oficiales, diputados, senadores, pueblo, cuantos pudieron, rodearon al militar gritando palabras de entusiasmo, saludándole y prodigándole toda clase de demostraciones afectuosas. Él no sabía á donde volverse ni á quién dar gracias; y andaba casi llevado en triunfo por la multitud que lo aclamaba, conmovido hasta un extremo indescriptible.

Poco á poco todos se colocaron en sus carruajes, dirigiéndose unos hácia Peschiera y Pozzolengo y otros hácia Lonato.

Así terminó el día 24 de Julio de 1870; día desde entonces doblemente querido, doblemente caro para Italia; porque le recuerda una de las más gloriosas victorias de sus hijos y una de las más nobles solemnidades realizadas en honor de los que sucumbieron por ella.

¡Quiera el cielo que los tres pueblos que estrecharon su mano en la falda de esta colina, tengan siempre ante los ojos de la conciencia y en lo más profundo del corazon la imágen de aquellas tres banderas que ondean juntas sobre la torre de Solferino; y haga Dios que esta imágen despierte en el alma de todos, como hizo hoy en la nuestra, un elevado deseo de paz, de fraternidad y de amor!



A FRANCIA

[Agosto de 1874.]



LEYENDO y releiendo las páginas que siguen, un año despues de haber sido escritas, experimenté una sensacion de amargura y un sentimiento casi de piedad, que me hizo sonreir.

Pero no quería relegar al olvido un escrito mio, que me recuerda conmociones de las más profundas de mi vida; y porque temía, por otra parte, que al leerlo, tal cual se escribió, sonriesen otros, tomé la pluma para corregirlo, ora mitigando la viveza y expansion de ciertos conceptos, ora aplacando ardores de determinados sentimientos, ya para cambiar ó quitar aquí ó allí imágenes, símiles, comparaciones y juicios, á los cuales quitaron posteriores acontecimientos color y valor.—Pero me avergoncé luego de mi propósito, puesto que advertí que se derivaban de un sentimiento poco digno: quería velar, esconder el afecto que me habían inspirado aquellas páginas, sólo

porque las previsiones, las esperanzas, los votos expresados en ellas no se cumplieron, y cedía á un sentimiento de falso amor propio. Y me dije:—No, tal cual me salieron del corazón estas palabras, tales quedarán, ya que del afecto que manifiestan, no he de avergonzarme ni dolerme.

Pensé, pues, publicar de nuevo las páginas siguientes, sin alterarlas absolutamente en nada de cuanto contenían cuando vieron la luz; resolví dejar en ellas el sello de pasión, acaso exagerada, pero generosa y libre, que las hizo aceptas en su día á los ojos de los pocos que las leyeron, y crearlas sentidas.

Además, como quiera que en aquella ebullición de los ánimos no era fácil á un joven conservar la justa medida de las cosas, pueden ser excusadas las exageraciones que quizá y sin quizá contienen.

Después otra duda me asaltó: podría llegar día en el cual estas páginas discordasen dolorosamente del sentimiento vivo, justo y común á todos los italianos, y claro que á mí mismo. Y de nuevo deliberé acerca de las correcciones; pero volví á sentir rubor al pensar aún esta vez, que haber expresado gratitud y deseado que la fortuna fuese propicia al amigo á quien se deben beneficios, es y permanece siempre, un acto nobilísimo, aún cuando este amigo se vuelva luego contra nosotros; y que cuanto más injusta sea su enemistad, tanto más grato resulta el recuerdo de haber obrado bien, puesto que quedamos autorizados para decir al amigo:—Nos ofendes y haces mal; te hemos amado y honrado.

Por último, según mi leal saber y entender, he pagado una deuda.

Quien no crea que jamás tuvimos semejante débito, omita su lectura; quien crea lo contrario, no experimentará al pasar la vista por ellas, otro dolor que el de haber tenido un intérprete quizá demasiado entusiasta, y seguramente no bastante feliz.

*
*
*

[Florencia 13 de Agosto de 1870.]

La rota de un ejército es una de las formas más desoladoras en que puede presentarse la desventura á los ojos humanos.

Cae un gobierno, se despedaza un Estado, se disuelve una sociedad, entrechócanse intereses fortísimos, precipítanse las fortunas, miles de familias quedan en la desgracia y en el duelo; pero de todo esto nada se vé; todo cuanto rodea tales desdichas conserva su aspecto habitual: el pensamiento adivina los dolores á través de las paredes domésticas, y las lágrimas vertidas en secreto. Mas la imágen viva de semejantes desconciertos no aparece; no se tiene á la vista el espectáculo que, revistiendo todas las formas y todos los efectos de la desventura, subyuga el alma y amarga para muchos años la existencia.

Un ejército derrotado presenta precisamente ese espectáculo.

Se han destrozado cien mil corazones, y véis pasar ante vuestros ojos asombrados cien mil semblantes pálidos que os van diciendo uno á uno:—Llevo des-

pedazado el corazón.—El dolor de cada individuo aumenta con el dolor de los restantes, y todos estos dolores juntos constituyen un dolor que hace saltar el alma en pedazos. En todos aquellos espíritus han caído, con la caída de la fortuna, edificios enteros de esperanzas y de sueños de gloria y de felicidad, de las que cada cual llevaba el pecho lleno, animando al valor. Los goces de tornar á casa, cien veces acariciados de sol á sol, se convierten en pertinaz y abrumadora pesadilla; atrevidos designios fantaseados en los momentos tranquilos, se desvanecieron por completo; lazos de afecto imperecedero se desligaron para siempre; las promesas ya no se pueden mantener ni cumplir. ¡En cada uno de aquellos corazones resalta la tristeza presentida de las infinitas ocasiones en las cuales se habrá de inclinar la frente, en vez de levantarla altanera, como cuando se partió para la campaña, estando en medio de la gente, y oyendo narrar detalles de la derrota! ¡Muchas palabras y actos de honesto orgullo que nos fueron familiares por espacio de mucho tiempo, y que la gente nos consentía en la confianza de la victoria, ahora no se nos toleran! ¡La misma consideración pública se dejará percibir aminorada ó aniquilada á cada paso, con motivo de cualquier asunto, y hasta instintivamente se revelará en frases dichas sin intención, pero que contienen este sentido!

Todo cambiará insensiblemente en nosotros, hasta los ademanes y las miradas.

Y lo que es más, nos punzará la conciencia.

Cesado el peligro, nos parece que ha debido morir antes que ceder. Vuelve á la memoria el propósito hecho cuando el peligro aún estaba lejos, de que nos dejaríamos matar primero que rogar; lo habíamos resuelto, lo habíamos dicho cien veces y nos lo habíamos asegurado á nosotros mismos; estábamos seguros del cumplimiento de nuestra promesa y esta seguridad nos enorgullecía y elevaba ante los ojos de los demás y ante los de nuestra propia conciencia. Ahora, en cambio, siempre tendremos algo que echarnos en cara, y desde el fondo del alma oiremos una voz que nos repetirá que debimos ejecutar más de lo hecho y esto será perpétuo suplicio. Y aun mirando al rededor, el corazón se nos oprime. Sobre ningún rostro de nuestros compañeros habíamos visto jamás pintarse el miedo ni imaginábamos por soñacion siquiera que se pudiese pintar: ¡ahora lo vemos! A cada uno de nosotros nos parecía que de nosotros mismos dependería el triunfo; cumplir nuestro deber era nuestro ideal; podía dudar cada uno de sí en determinados momentos, pero no de los demás: ¡ahora de los demás también dudamos y no en momentos determinados, sino siempre!

Todo ha cambiado: mil argumentos de fuerza se desvanecieron; mil de debilidad los han sustituido. ¡Y han bastado pocas horas! Y, sin embargo, entre la primera y la última de esas han trascurrido diez años; y nos reconocemos envejecidos; nos preguntamos si fué una pesadilla; entre nuestros ojos y lo que nos envuelve hay espeso velo; en medio del mortal silencio de los

soldados que marchan á nuestro lado, entre aquel único y sordo rumor de los pasos que hace más triste aquel silencio, confuso eco del fragor de la batalla zumba aún en nuestros oídos como voz lejana que nos acusa y reprocha nuestra conducta. Cruzan por la cansada fantasía caras horrendas de enemigos, vistos rápidamente un solo segundo por entre nubes de humo, y fisonomías desfiguradas de compañeros que sucumbieron á nuestro lado y vemos claramente sus postreros instantes con todos los más minuciosos pormenores de los accidentes del terreno y del sitio donde cayeron para no volverse á levantar: aquella piedra, aquel rastro de sangre, aquella planta, aquel arma abandonada... Después el ojo y el pensamiento recaen en el soldado que viene á nuestro lado, sobre el que camina á nuestra espalda y sobre aquel que vá lejos, y sobre el otro, y sobre todos los de la compañía y del batallón y de la columna... Adelantan muchos, casi furtivamente, como torrente rápido y oculto. Todos van cansados, desabrochados, sin armas la mayor parte, con la cabeza destocada muchos, á todos les falta algo de su vestuario y ninguno lo repara ni lo castiga: ¡y el día antes esas faltas constituían un delito! El campo está sembrado de armas, de prendas, de insignias, de correaje, de fornituras... Todos aquellos objetos, todos aquellos restos son las ruedas de la disciplina, el engranaje del orden y de la fuerza. ¡Cuánto tiempo y cuánto trabajo antes que todo se arregle!

En un día solo, en una sola hora, se quebrantó el fruto amontonado por espacio de tantos años á costa

de tantos sacrificios y de tantos cuidados; el ejército, el orgullo y el amor á la patria, sobre los cuales se fabricaban tantas esperanzas, está roto y humillado; nuestros amigos y nuestros hijos que ayer pasaban ante nuestra vista soberbios, miradlos, los han vencido, no cantan, no hablan, inclinan la cabeza; aquellos rostros altivos, aquellas frentes juveniles, que besábamos cuando partieron, piensan y sufren y no quieren tornar á nuestro lado... ¡Oh no! Volved; sed siempre nuestros; os estrecharemos sobre nuestro corazón con el mismo afecto de antes; erguid la cabeza, levantad la frente, la victoria no siempre es de los bravos; ánimo, miradnos cara á cara... ¡No, no quieren, dicen que no; prosiguen caminando en silencio; lloran!

¡Oh, es duro, cruel, desolador, destroza el alma este espectáculo, el espectáculo de la derrota de un ejército!

*
*
*

Es asunto triste para mí pensar en el mariscal MacMahon.

La fortuna gasta *infames juegos*, según la frase de Prati.

Me figuro la vuelta del duque de Magenta á París después de la guerra de 1870, y la comparo con su entrada hace once años después de la campaña de Italia.

Todo el ejército expedicionario desfiló por delante del emperador Napoleon: todo París se extendía á lo largo de tres ó cuatro millas á entrambos lados de la carrera que debían seguir los soldados. Los cuerpos entraron en la ciudad ordenados, regimiento por regimiento, batallón por batallón, del mismo modo que al llegar á un campamento. Cada mariscal precedía su cuerpo de ejército.—Pasó Baraguay-d'Hilliers con su brazo de menos, encanecido y venerable y fué saludado con estrepitosos aplausos y vivas y aclamaciones.

El entusiasmo rayaba en el delirio; no se aplaudía en realidad, se lanzaban al viento gritos inarticulados como los de los chicos, y se derramaban lágrimas.

mas de alegría.—Pasó Canrobert, joven, guapo, con aquel su aire peculiar de general de la República, popular y simpático y fué acogido tambien con calurosísimas muestras de entusiasmo.—Pasó Niel, pasaron otros varios generales de division y de brigada ilustres y valientes, y sobre ellos, como sobre los demás, llovieron flores y saludos.—Pero cuando apareció el mariscal Mac-Mahon, el antiguo soldado de Crimea, el valeroso propugnador de Monte Fontana, el atrevido vencedor de Magenta, el caro y terrible Mac-Mahon, alabado y bendecido por tanto tiempo de lejos, por tanto tiempo esperado é invocado, el más glorioso hijo de Francia, segun le llamaban, el brazo derecho del emperador, el ídolo de los soldados, el primer campeón del ejército de Italia, entonces, la inmensa muchedumbre, en una exclamacion sobrehumana, unánime, se abalanzó al caballo, lo rodearon, lo detuvieron, lo cogieron por las botas de montar, lo aprisionaron por los faldones, por la vaina del sable, por todas partes, y de allí no le querían dejar que se moviera, mirándolo cara á cara, y apellidándolo con cuantos epitetos inventa el pueblo para enaltecer á sus queridos hijos en los instantes supremos de adoracion; todos lo amaban, todos se lo daban á entender con palabras, con gestos: ¡se trataba del orgullo de Francia! Entre tanto caía de los balcones una lluvia de flores, de guirnaldas, de coronas de laurel, y él y el caballo, y el grupo inmenso, estaban enteramente cubiertos de los dones del delirio. Las señoras agitaban sus pañuelos desde las ven-

tanás, y la multitud á empujones se movía en oleadas lentas y compactas y redoblaba los gritos y los aplausos.—¡Plaza, plaza, gritaban los que estaban más lejos, tambien queremos verlo nosotros, todos tenemos derecho á verlo!—Pero los próximos no querían ceder su puesto preferente y caminaban pegados al caballo.—¡Es el caballo de Magenta, decían, y lo acariciaban, y lo besaban, y le arreglaban las flores entre las crines y en la montura... Mac-Mahon lloraba!

¿Y ahora?

Ahora... herirán su nombre, dirán que ha traicionado á Francia, que ha conducido sus soldados al matadero, que es un inepto, que ya se debía presumir, que se hizo muy mal en concederle el mando de un cuerpo de ejército, que se necesitaba haber comprendido tiempo há que no era otra cosa que un cabo atrevido, pero que careció siempre de cabeza y de instruccion propia para general; que otros son los talentos requeridos hoy para tales cargos, y que es una indignidad que se le deje todavía la espada, y que era forzoso someterlo á un consejo de guerra, para dar una satisfaccion á Francia; ¡y acaso, acaso... hasta cierto punto, hemos tenido ejemplos de esto en Italia!

Estos son verdaderamente grandes y terribles dolores que subyugan el alma y despedazan los corazones mejor templados. ¿Y será despues de todo suyo, enteramente suyo el error? ¿Suya la culpa? ¿Quién lo sabe? ¿Quién puede saberlo?

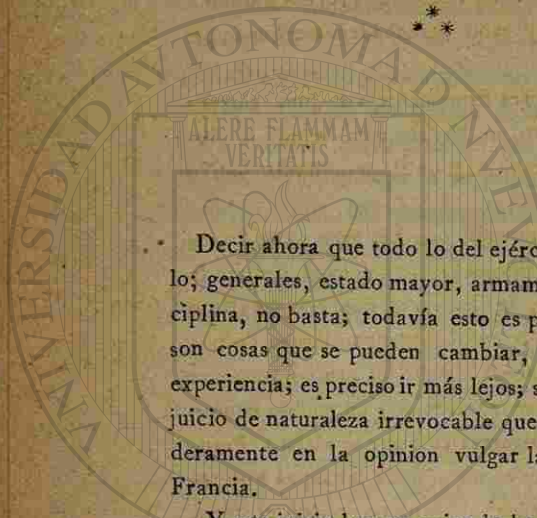
La distraccion de un momento, la noticia falsa ó

equivocada, la señal que faltó, el arrojo demasiado atrevido, una ilusión pasajera, un punto, un cualquier cosa, un nada pudo ocasionar romper el fuego antes de tiempo, y provocar la derrota! ¿Y esto basta para determinar la caída de un hombre, de un hombre que ciñó el laurel á su frente; basta para arrancar de sus canas, nacidas en el campo de batalla, la corona que conquistara y arrojárscela á los piés? ¿Basta para quitarle la fé en el ejército, al cual consagró su sangre y en el cual consumió los mejores años de su juventud; basta para contristarle por siempre jamás, cuando esperaba morir sereno y cerrar sus ojos, rodeado de la paz y del amor de su patria y coronado de gloria?

¡Es una sentencia que espanta!

Nosotros somos más tranquilos y más justos; en nosotros, la ira y el exclusivismo nacional calla, y perdonamos el dolor causado por la injusticia de precipitadas condenas. Sea nuestra palabra generosa y prudente. Para nosotros, italianos, el nombre de Mac-Mahon es nombre de amigo; nombre de antiguo hermano de armas; nombre que nos recuerda los más bellos días y los más caros entusiasmos de nuestra revolución; nombre que inspira afecto y reclama gratitud: no lo olvidamos. Se puede, en Italia, juzgar de diversa manera el gobierno napoleónico; mas para los generales, para los soldados, para todos aquellos que combatieron por nosotros en nuestro suelo, no es posible sino un solo sentimiento, y el tenerlo es un deber, y el expresarlo un acto noble y leal. Para

nosotros; Mac-Mahon era venerable y querido, tanto como el más viejo y el más heróico de nuestros soldados; paguémosle hoy la deuda de agradecimiento que á él nos liga; paguémosela respetándolo y defendiéndolo de las iras innobles y de las persecuciones crueles. Quien tiene corazón é inteligencia para comprender las grandes desventuras y para medir los grandes dolores, nos enviará desde lejos un saludo reverente y afectuoso para el vencido de Wörth, diciéndole desde lo más profundo del alma:—¡Mariscal! los italianos no son ingratos; para nosotros sois siempre el vencedor de Magenta: ¡nosotros no olvidaremos jamás que la corona del rey de Italia brilla con el reverbero de vuestra espada!



[14 de Agosto.]

Decir ahora que todo lo del ejército francés es malo; generales, estado mayor, armamento, táctica, disciplina, no basta; todavía esto es poco; porque estas son cosas que se pueden cambiar, y las mudará la experiencia; es preciso ir más lejos; se requiere dar un juicio de naturaleza irrevocable que constituya duraderamente en la opinión vulgar la inferioridad de Francia.

¡Y este juicio hay ya quien lo ha encontrado y lo ha manifestado en los siguientes términos:

—“El valor del soldado francés no es suficiente hoy día para vencer en el combate. Es una clase tal de valor, que pudo ser bueno en los tiempos de los fusiles de chispa y nunca hoy con los nuevos armamentos de tiro rápido, para los cuales se exige calma, más que nada, y ojo certero. El valor francés impetuoso y tumultuoso, se reduce en las batallas del día á una causa y un elemento de desórden y de perturbacion. Resume la lucha, en continua carrera que perjudica el éxito, quita las fuerzas, duplica las pér-

didas y fastidia poco al enemigo, ó mejor dicho, no consigue otra cosa que aburrirlo. Los prusianos poseen el verdadero valor tranquilo é incansable como ahora se requiere: el valor reflexivo, previsor, inmóvil que vijila y espera y sabe desencadenarse con oportunidad.”

Mucha gente lo cree firmemente así: ¡una carrera precipitada, un grito, un bayonetazo: he ahí la decantada furia francesa! Alguno llega á añadir: —¡No es sério!

¡Ah! Preciso es convenir que hay gran suma de seriedad en Europa, porque si se coloca el dedo á la ventura en el mapa, de diez veces, nueve se señala un pueblo que sobre poco más ó menos alardea de poseer su valor á la manera del de los prusianos; y una ó dos veces apenas, se tropieza con un pueblo famoso en aquel género de ligereza con que se alaba á Francia. El soldado inglés es un soldado tenaz; el ruso tenaz; el austriaco, tenaz; el prusiano, tenaz; el suizo, tenaz; el dinamarqués, tenaz; y otros tantos tenaces. Y de andarines, de incautos, de locos, se cuentan apenas el francés, el americano y quizá algun otro del cual habría mucho que hablar. Y francamente, acaso acaso, hay que suponer que aquel valor sea más cómodo, en vista de que es tan comun.

Pero hágase el argumento de otra manera. Descompónganse en sus elementos éste como si digéramos *valor del porvenir*, y se encontrará que son tales elementos, por ejemplo: la constancia, la firmeza, la confianza profunda y tranquila en las propias fuerzas,

aquella virtud indómita y salvaje que quiere, y se obstina y se inflama en la adversidad y sabe templarse en sí misma, y resucita en los más fieros descabros.

Y bien: si la constancia se revela en treinta años de guerras gigantescas ganadas á precio de largas marchas forzadas, y gracias á fatigas y empeños inauditos é increíbles; si hay campo bastante para demostrar la firmeza, con los nevados picos de los más altos montes de la sierra, á través de los desiertos, de las landas, de los pantanos palúdicos á grandes distancias de la pátria, circundados de enemigos, sin refugio, sin socorro, sin pan; si la fé en las propias fuerzas puede manifestarse provocando á Europa y arrojándose en medio de cinco ejércitos enemigos, reuniéndose, despues de dispersos y desbaratados, al sonido de un grande nombre y al solo anuncio de un gran designio; si la virtud salvaje que quiere y se obstina hay modo de probarla renovando diez veces los desesperado asaltos, muriendo por miles en las marchas desastrosas sin levantar una protesta ni proferir un lamento, agrupándose y apretándose en pequeña fila en los momentos supremos de la derrota, para aterrar al enemigo en su victoria y enseñar al mundo cómo se muere; si á todas estas cosas se puede dar el nombre de constancia, firmeza, confianza, virtud, más bien que ímpetu ciego y fuga instantánea... dedúzcase si al soldado francés que hizo cien veces todo eso, le falta eso como si dijéramos *valor del porvenir!*

¡Ímpetu! ¡Carrera! Però, ¡Dios mio! Mientras se

ataca con ímpetu y se asalta á la carrera, los enemigos hacen fuego cerrado en toda la línea y disparan sus cañones; la metralla diezma las columnas de los que atacan, y siembra el terreno de miembros despedazados, y riega el suelo de sangre. Y se necesita no reparar en esto; es preciso apretar las filas y seguir adelante; se requiere pasar por encima de los cadáveres y mirar los cráneos aplastados, sin dejarnos invadir el corazon por el sentimiento del terror ó de la desesperacion; es forzoso escuchar con ánimo imperturbable los gritos horrosos de los amigos y de los camaradas, que yacen mutilados, esperando tranquilos la muerte, frente á frente, sabiendo morir; es indispensable, en fin, que todo esto se consiga, sólo con la imágen de la patria en la mente, los colores de la bandera nacional ante los ojos, y zumbando en el oído la voz del coronel!!!

¡Esa es la furia del asalto de los franceses; la furia que tomó el Monte de los Cipreses, la iglesia de San Nicolás, la Torre de Solferino, las abruptas alturas de Pellegrino y de Folco! ¡Ímpetu, carrera!... ¡Sí, un ímpetu que cubre las pendientes de las montañas de cadáveres; una carrera sangrienta que manda á casa los regimientos diezmadados, y puebla los hospitales de brazos cortados y piernas amputadas!

Tambien cuenta el soldado francés con su obstinacion; la obstinacion bella y espantosa de la ira. ¡Preguntadle, preguntad á los austriacos si se dejan arrebatar sus cañones, y si saben morir alrededor de sus banderas!

*
* * *

Era de preverse: la fama de los generales no basta de hoy en adelante para saciar la malignidad de quienes suspiraban por la humillacion de Francia; seduda de los soldados, duda infame. Los campos de Wörth y las alturas de Wissemburgo están sembrados de cadáveres prusianos. Las columnas del príncipe real y el príncipe Federico adelantan por un campo encharcado de sangre. Los despachos telegráficos que anuncian la victoria á Berlin, todos contienen una palabra de dolor sobre la tremenda grandeza de los muertos que costó por ámbas partes. Y no se podría, sin infinita vileza, dudar entre nosotros del valor de los franceses, que los vimos morir á nuestro lado á metrallazos, con el nombre de Italia en los labios; nosotros, que ayer únicamente palidecimos de admiracion y de terror ante un monte de calaveras francesas en la Iglesia de Solferino.

¿No queréis que os lo recuerde?

¿Os pesa la gratitud?

Debemos amar y venerar el ejército francés fuera de toda razon política, de todo interés nacional, de todo lazo de agradecimiento.

El ejército francés cuenta con una gloria suya y

una vida suya que pasó espléndida y sin contaminarse al través de los reinados, de las revoluciones y de las Repúblicas, en nombre de la cual combatió hace ochenta años. El soldado francés fué antes que todo, y sobre todo, soldado de la revolucion y de la libertad. Cambiada la bandera no cambió su sangre, y su valor se enciende todavía con la llama antigua. Bajo el burdo capote, late todavía el corazón que latía bajo la chaqueta del jovencillo que volaba á los confines de Francia descalzo, lacerado y soberbio. En el nuevo soldado arde aún el espíritu que regía la conducta de aquel jovenzuelo cuando arrastraba los cañones por encima de los escarpados Alpes. Las filas de los nuevos soldados poseen la fuerza que cerraba los insuperables cuadros en las arenas de Egipto. En el pecho del nuevo quinto se halla viva la tenaz y magnánima virtud que lo animaba estenuado y decaído en la soledad de los desiertos de nieve, en aquella sublime locura de la campaña de Rusia.

Nosotros amamos estas memorias, porque el ejército francés se nos representa con el fecundo tumulto de afectos y sentimientos que suscitara en nuestra alma; lo amamos como se ama á lo grande y solemne, en la desventura como en la gloria; amamos este soldado porque fué valeroso, indómito, desgraciado, pronto al sacrificio; lo amamos en sí mismo y por sí mismo, aparte de su pueblo y de su Soberano; amamos aquel morrion y aquella antigua casaca, aquellas correas cruzadas de los guardias imperiales, aquellos colores, aquellas insignias, aquellos recuerdos, aque-

llas banderas con los nombres de Friedlan y de Austerlitz, el áura venerable que se desprende de aquellas filas; amamos este ejército, en fin, porque también nosotros como aquel jovenzuelo de *Los Miserables*, leyendo por la noche las páginas inmortales de su gran epopeya, hemos sentido la en soledad de nuestro cuarto el paso mesurado y pesado de los batallones de la guardia, el grito lejano de los regimientos, el eco de cien cañones reunidos y enfilados á la vista fulmínea del gran capitán, y poco á poco el corazón se nos llenó de afectos y los ojos se nos llenaron de lágrimas, la sangre ardió en nuestras venas, y abriendo con convulsiva fúria las ventanas, hemos lanzado un grito de entusiasmo en el silencio de la noche:—¡Viva el emperador!

*
* *

—¿A quién defiendes tú?

—Yo apuesto por Prusia.

—¿Por qué?

—Porque me pone nervioso la vanidad de los franceses.

Sí, volvemos al argumento; así es efectivamente: se perdona todo, hasta á un enemigo, excepcion hecha del menor signo que nos dé y exprese algo superior á nosotros. Estamos convencidos, nos lo repetimos infinitas veces á nosotros mismos; daríamos un ojo de la cara por podernos creer autorizados para alzar la cabeza y andar altanaramente como ese enemigo; quizás en su caso obraríamos peor, y así lo declaramos; pero no toleramos que otro demuestre que está advertido, y que nos dé á entender que lo comprende. En el fondo es un sentimiento comun, aunque mezquino, bajo y despreciable cuando se saca partido para la aversion y enemistad, reprimiendo en nosotros todos aquellos movimientos y combatiendo todas aquellas tendencias que nos llevarían más razonablemente á la simpatía y al afecto.

Además, nótese que los franceses no tienen esa fanfarronada porque hayan hecho algo por lo cual

les sea lícito usar hasta cierto punto de este derecho, sino porque son franceses. No se trata de averiguar si ese orgullo es ó no fundado sobre algo verdadero y sólido; lo que se exige es que la modestia sea respetada, y nosotros somos los paladines de la modestia.

Procuremos no engañarnos; procuren estos paladines no cambiar el legítimo y fiero orgullo nacional para el que la fanfarronada de todo extranjero resulta molesta é injuriosa, con el despecho y la envidia mezquina que despierta en las almas pequeñas una superioridad incontrastable. Sentimientos muy diversos, pero que visten la misma forma frecuentemente.

Eso que se llama *blague* no es, despues de toda otra cosa, que el signo de la fuerza y de la gloria siempre y en todas cosas.

Quisiera poner á Italia en lugar de Francia y que cada francés cogiendo un italiano le digese como á ellos se les dice, sinó con las palabras, con los hechos:

—"Eres un hombre de ingénio: reuno el tesoro de todas tus buenas frases, y cuando quiero decir una agudeza te la robo ó calco la mia sobre la tuya. Las más bellas comedias son las tuyas; las más bellas novelas, las tuyas; los escaparates de mis libreros están siempre llenos de libros tuyos; me visto desde la cabeza hasta los piés con las telas que me haces, y mi mujer y mi hija se aderezan al modo que te place; eres el legislador del buen gusto, de la moda y de todo; cuando tu ciudad capital estornuda, como dice

Victor Hugo, la mia le hace eco; cuando dá una carcajada le cae á la mia en gracia y revienta de risa; mis ministros hacen todo aquello que se te pasea por el cerebro y tus soldados son los primeros del mundo; todas tus cosas son bellas y grandes; te robamos todo, el estilo, las muestras de las tiendas, los periódicos, el acento, la lengua, los bailes, los proverbios, los juegos y las *loretas*."

Quisiera ver la cara de un italiano al cual se le dirigiera el anterior discurso.

Pero nosotros, italianos, antes de 1866, ¿no creíamos ya que Italia fuese el prototipo de la civilizacion, la vanguardia de una edad nueva, el faro del mundo civilizado é incivil tambien?

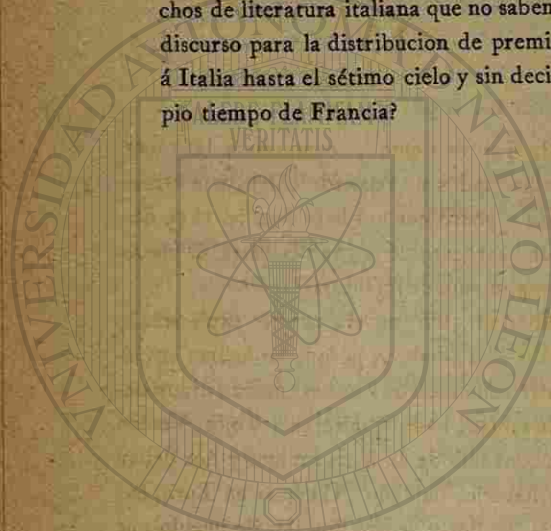
¿No se salia de los gimnasios y de los liceos con el profundo convencimiento que en punto á literatura, á ciencias, á artes, á armas, á valor, en punto á todo nos dejábamos muy atrás á toda Europa?

Cada uno de nosotros ¿no estaba incesantemente persuadido y seguro que cada italiano podía muy cómodamente atravesar de cada bayonetazo media docena de croatas?

¿Los austriacos? los hemos destrozado.—¿Los franceses? los hemos batido en Roma.—¿Los rusos? los vencimos en Crimea.—¿Los suizos? los hemos dispersado en Castelfidardo.—¿El mundo entero? lo hemos dominado desde Roma; César y Bruto son nuestros padres; corre en nuestras venas la sangre de los vencedores del mundo; nuestro *keppi* es el yelmo de Escipion, y ¡quién sabe si desde aquí no llegará un dia

en que se vuelvan á dictar leyes al mundo entero de un extremo al otro del universo!!

Y ahora ¿no tenemos todavía multitud de maestros de literatura italiana que no saben pronunciar un discurso para la distribución de premios sin levantar á Italia hasta el sétimo cielo y sin decir pestes al propio tiempo de Francia?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

*
*
*

El soldado francés siente y comprende las causas nobles y justas: ¿quién no recuerda el lenguaje atrevido, afectuoso y gentil que nos hablaban en 1859 desde el veterano sargento de la guardia hasta el bisoño quinto del regimiento de infantería?

¡Italia, libertad! ¡Oh, no era preciso explicarle lo que significaba esos nombres, porque los habían enviado á combatir con nosotros y no necesitaban ni áun decirnos que lo sabían; bastaba mirarles los ojos. Venían como á un convenio de antiguos amigos y nos daban gracias por haberlos llamado. Al entrar en Turin bajo una lluvia de flores, entre dos alas de pueblo que extendía los brazos para sacarlos de las filas y estrecharlos contra el corazón, en medio de dos hileras de carruajes de señores que los llamaban á gritos haciéndoles señas para llevárselos á casa á almorzar:—*No principia esto bien*, decían con acento entre tierno y alegre, *se nos hace llorar!*—Apenas salidos de sus cuarteles, preguntaban á la gente del pueblo donde estaban los nuestros:—¡Los *bersalleres!*—querían ver á nuestros cazadores y corrían al encuentro de nuestros soldados que ya volaban hácia ellos y se abrazaban.

Conocían pocas palabras italianas, pero se dejaban

entender! *Italie, Italie!* era su palabra favorita con que llenaban todos sus discursos, su palabra de orden, y la pronunciaban con la voz conmovida llevando una mano al corazón como se pronuncia el nombre de una madre querida y desventurada. Por la tarde paseaban del brazo de los obreros ancianos, de las mujeres y de los chiquillos. Los zuavos llevaban en brazos á los pequeñines ó montados en sus espaldas; y las manecitas blancas de estos pequeños *piamonteses* se apoyaban sobre los atléticos hombros de aquellos soberbios soldados; y cuando unos y otros se despedían, veíanse aquellos tiernos brazos infantiles apretados alrededor de aquellos robustos y morenos cuellos como guirnalda de flores ciñendo columnas de granito.

Los hemos visto partir, los hemos acompañado á la estación, hemos sentido palpitar sus corazones sobre los nuestros antes de ir á presentarlos á las balas tudescas, hemos oído su último grito afectuoso de— ¡Viva Italia!—antes de ir á gritar al enemigo aquel formidable de— ¡Viva Francia!—y cuando sus voces no llegaban ya hasta nosotros, veíamos todavía agitarse por fuera de las ventanillas del tren sus gorros encarnados, las mangas de sus chaquetas azules, aquellos pobres pañuelos que tantos tuvieron que emplear en vano después, para detener la sangre impetuosa vertida por las horribles heridas que abriera la metralla. ¡Oh, bellos, heróicos y generosos soldados!

*
*
*

....Y hoy, como entónces, os auguramos la victoria.

La lucha será terrible. Bien os sonría la fortuna ú os sea adversa la suerte, costará muchas lágrimas á Francia; á muchas madres se les romperá el corazón ó se les acortará la vida; el luto será largo y amargo; los rastros de las desgracias y de los dolores, imborrables. Pero ni con este pensamiento se debilitará vuestro ánimo, ni la potente fuerza enemiga os acobardará. Defendeis, no la dinastía ni el Imperio: defendeis á Francia, vuestra bella y querida Francia, sus memorias, su génio, su honor, y en nombre de tales afectos, sabreis morir.

Ahora bien: cuando os lanceis por última vez al combate, diezmados y descompuestos, contra el enemigo, pasando sobre los cañones cuyas cureñas soterradas están humeando sangre, al par que humearon con el fuego; cuando camineis por sendas cubiertas de cadáveres, abandonados de muchos de vuestros generales ó muertos ó heridos, al reflejo del incendio de los pueblos, entre los postrimeros y más míseros horrores de la pelea; si en aquel momento supremo no bastase á animaros el nombre de la patria, ni el

canto de la *Marsellesa*, los girones de vuestra bandera, las grandiosas imágenes de las Pirámides, de los Alpes, del Vístula, de Marengo, del Beresina; si en aquel punto os sentís faltar el aliento y fuese bastante á reponeros, para intentar un esfuerzo más sobre los últimos esfuerzos hechos, y si este impulso lo sentís en el alma, pensando que hay un pueblo que en aquel instante solemne os envía un saludo de afecto y de gratitud desde lo más profundo del alma, y os grita:—¡venced!—y palpita por vosotros como si peleasen á vuestro lado sus hijos; y bien, franceses... si esto os consuela y os anima, sabedlo, nuestra tierra es grande y generosa, habeis derramado mucha sangre por nosotros, sois nuestros hermanos: ¡tendreis siempre aquel grito y aquel saludo!

* *

[15 de Agosto.]

Muchos dicen:—”Los franceses han tenido la peor parte, y m'alegro; se lo había augurado; les convenía una lección para aplacar un poco su orgullo desenfrenado; estoy satisfecho.”

Y yo, sin embargo, sigo gritando ¡viva Francia!

Dejemos correr lo que hay de extravagante y peligroso de tomar partido en estas luchas en la forma que generalmente se verifica. Hay quien exclama ¡viva Francia! despues de haberla considerado derrotada, y áun estos que auguraban mal y que sentían el desastre, no tienen razón.

Ahora bien: yo pregunto á los que persisten en su primer deseo, sin otra razón que la de censurar su odiado orgullo, si no les basta para aplacarlos lo que ha sucedido hasta aquí. Francia provocó, y ha sido vencida; quiso invadir y ha sido invadida; gritaba ¡A Berlín! y ahora vive dentro del círculo de las fortificaciones de París; confiaba en la omnipotencia de su ejército, y ahora llama á las armas á todos los ciudadanos; creía que sus enemigos se disparían ante el soplo de sus huestes y ya hablaba el lenguaje de la

victoria, y ahora recomienda á sus hijos que se preparen á morir para salvar el honor. Este cambio se ha operado en pocos dias, casi en pocas horas, dura y amargamente, á través de una espléndida ilusion que le hizo sentir alrededor de su frente los laureles, arrancándole un grito de triunfo, para arrojarla de pronto en el abatimiento y en el dolor, coronada de espinas, muda y asombrada del creciente fragor de los enemigos que casi creía ya desconcertados y lejos.

Cuando un pueblo ha experimentado estos desengaños y estas angustias, si no se le deseaba más que darle una leccion de modestia, si no se le odiaba con ódio ciego y salvaje, se debe exclamar:—¡Basta!

¿Temen acaso aquellos que una gran victoria en Metz resucite el orgullo mal domado por las pequeñas derrotas de Wissemburgo y de Wörth?

¡Ah! Cuando de la parte que vence se ponía el terrible dilema ser ó no ser; cuando detrás de aquella parte estaba la gran ciudad, el centro de vida de un pueblo, el último baluarte de su libertad, el último recinto donde podía mantener su bandera; cuando entre las filas de la parte vencedora, mezclados entre los jóvenes soldados que aman la guerra y la gloria hay ciudadanos, obreros, padres que aman la vida de los hijos y la paz para el trabajo; cuando se piensa en las inefables angustias que dejara la incertidumbre, en la indeterminada hecatombe que costará la victoria, en el vacío espantoso que hará triste la paz; en el rastro interminable que esta guerra gigantesca dejará trás sí, de miserias, enfermedades largas y pe-

nosas, lazos de afecto destrozados, sueños de felicidad desvanecidos, huérfanos, viudas, padres ancianos que quedan solos, familias perpetuamente contristadas por la vista de la persona querida, mutilada ó deforme; cuando se piensa en esto, no se teme que aquel orgullo provocador surja de nuevo, ó si se teme, se nos presenta como cosa harto pequeña frente á la pena con que fué castigado, hasta el punto que en realidad no se puede ni siquiera parar mientes en tal cosa!...

.....Como aquellos cuadros variados y cambiantes donde se ven alternativamente alegres paisajes y nevadas montañas iluminadas por la luna, salones régios y campos de batalla, mujeres, niños y flores, y en un rincón un hombre que duerme y sueña, así veo ahora á París á través de las noticias, las novelas, las comedias, los cuadros, las poesías, los periódicos que nos han hecho familiares el aspecto, las costumbres y los tipos más minuciosos de la vida exterior y doméstica de Francia.

Veo ante mis ojos aquel grandioso espectáculo: siento mezclarse en aquel áura templada y muelle de una vida de placeres, la imprevista corriente sofocadora que lleva el olor de la pólvora y el estrépito de las armas á la ciudad, desde el campo de batalla. De trecho en trecho el elegante aspecto de la espléndida ciudad imperial se altera y se pierde, y deja aparecer el perfil fiero de la antigua República.

Veo un trozo de escena lleno de luces; apresto el oído como si llegase hasta mí un verso de Alfredo de Musset, ó una palabra aguda del autor

de *Dalila*, y suenan las notas terribles de *La Marsellesa*.

Me asomo á la ventana para gozar del denso y alegre bullicio de una gran calle de París, y observo una multitud compacta é impetuosa que se aleja levantando feroces alaridos de guerra y de muerte.

—Escucho una voz infantil y sonora, me vuelvo y brillan ante mi vista dos ojos negros que me recuerdan el retrato de Hugo, reconociendo al querido y terrible *pilluelo* de las barricadas, y al ir á su encuentro me grita ¡armas! y desaparece.

—Miro á una sala resplandeciente de seda y espejos, en donde una bella figura, alta y flexible, con el cabello suelto, en actitud cansada y voluptuosa y reconozco á la heroína de las novelas, la protagonista de los Proverbios, el primer fantasma encendido en mi fantasía juvenil por Dumas y Sue; la llamo, se vuelve é inmutada y pálida llora; su amante está en la guerra.

—Me siento atraído á otra parte, y encuentro al empresario, al comerciante, el hombre panzudo de Kock, que empuja la gente á sus negocios y siempre llega á casa cuando su mujer ha concluido; es él, lo veo vestido de guardia móvil, fiero é impetuoso y me grita con su gran voz nasal: ¡á la guerra!

—Corro de café en café, busco mi tipo de jovencillo de novela, bello, elegante, rico, generoso, enamorado, bendecido por todos los dones de Dios, y lo hallo vestido de franco tirador argelino

con la cabeza rasurada, dos grandes borcegués, el rostro hecho moreno por los primeros rayos del sol del campo de Marte, con las manos encallecidas ya por el fusil...

¡París, hermoso y querido París: bien dijo aquel que aseguró que viviendo lejos de tí se siente siempre algún vacío en el corazón; nos parece siempre que algo nos falta, y se experimenta siempre alguna cosa semejante á la tristeza del destierro.

*
* *

[16 de Agosto.]

.....

Si las guerras no fuesen bajo muchos respectos deplorables, bastaría á conceptuar las grandes desventuras, la irreflexible presuncion que se revela en los juicios y en el lenguaje de todos los que discurren sobre ellas.

Es un hecho que no tiene símil en ninguna otra ocasion de suceso público que provoca discusiones; es la postergacion general de la modestia y del pudor; es una ceguera completa. Se diría que el áura de la guerra al entrar en nosotros, corta por completo la facultad de juzgar con rectitud, y agiganta en la mente de cada cual el concepto de todas las dotes y facultades naturales y adquiridas de la inteligencia.

De pronto, merced á la guerra, se desarrolla en el pensamiento del tendero, del estudiante, del mozo de cuerda, del empleado, de todas las personas más ajenas á las cosas militares, por estudios, ó por hábitos de vida, un amor propio estratégico, un amor propio táctico, un amor propio geográfico, un amor propio político, un amor propio histórico, diez mil

clases de amor propio nunca sentido, sombrío, inflamable, intolerante, que apenas podría ser disculpado á la conciencia de un genio trascendental y de instruccion maravillosa.

La discusion no tiene límites, la palabra es franca y ácre, el juicio pronto, conciso, seguro y absoluto; todas las frases y todas las formas dubitativas y condicionales se suprimen por completo.

Intentad decir en una de estas conversaciones:— Poco á poco, meditemos, vamos á esperar, es posible que no hayamos entendido bien el asunto, quizá faltan todavía antecedentes para pronunciar un fallo, acaso modificaremos nuestra opinion;—hombre, se trata de personas que envejecieron en estos estudios, y es evidente que con los años y la experiencia se cambia, y por tanto, debemos no apasionarnos en nuestra manera de ver las cosas;—tengamos presente que en estos asuntos á la menor falta de exactitud se le llama injusticia; á la precipitacion, culpa; á la passion vulgaridad... De todos estos discursos, se rien á mandíbula batiente, admirándose de que os atrevais á hablar así, y os compadecen; os aseguran que la cosa es clara como el agua, que ellos lo habfan previsto de antemano, que no podía suceder de otra manera, ¡y que basta, en fin, un átomo de buen sentido para comprenderlo!

Atrévete, querido lector, á aventurar al menos un:—”Me parece, quizá no sea así, es posible que nos engañemos...” —¡Nó, nó, nó, imposible! El último danzante está firme y sinceramene convencido de que si

él hubiese sido Mac-Mahon, habría encontrado medio de evitar la batalla; que si hubiese mandado la division Douay, no la habría sacrificado de aquella manera; que si él se hubiese encontrado en el campo de batalla, hubiera conducido mejor el servicio de las avanzadas francesas; que Bazaine hizo una bestialidad retirándose; que Napoleon es una cabeza de adoquin; que Francia ha degenerado; que la raza latina tiene necesidad de la luz de su inteligencia y del impulso de su brazo para los nuevos destinos...

Interrogad á la mayoría de aquellos partidarios de Prusia, sobre qué motivo les decide. Os dirán que la antipatía hácia Francia.

Y bien; no les envidiamos el sentimiento de satisfacción que hayan experimentado por los triunfos prusianos, y que acaso logren todavía; jamás hallarán bastantes sentimientos para apagarse semejantes, ni un sentimiento de alegría verdadera y noble con el cual se aquiete su corazón. La satisfacción de un triunfo que no se deriva del afecto nutrido por el cariño á la parte que lo obtiene, no es ya satisfacción de triunfo sino la satisfacción de la derrota, y hay siempre en tal alegría algo torvo y amargo, porque ni es generosa ni legítima. Es una reacción que no complace al alma tanto como la provocada por un sentimiento espontáneo, puesto que el placer de la victoria es el que por sí solo basta á satisfacer un corazón honrado que no piensa para nada en la derrota y que si en ella se fija, la lamenta como un hecho indispensable ó una consecuencia necesaria.

De aquí que el que goza aquella satisfacción mezquina, aunque trate de ocultarlo hipócritamente, al ex-

presarla revela sus sentimientos con lo que se traiciona á sí mismo.

Semejante placer de los que aman á los vencedores no como tales, sino por ódio á los derrotados, nunca se satisface con el triunfo solo; busca en los vencidos alimento para su diabólica alegría; quiere asignar á la caída causas que desdoren la parte de los desgraciados; pretende destruir ó atenuar los motivos que explicarían la desdicha del modo ménos humillante para los que fué adversa la suerte; olvida la superioridad del número del vencedor ó la indica de paso; no toma acta del valor de los soldados vencidos; teme que pueda el ejército que sucumbió tener todavía alguna confianza en el fondo de su corazón para en adelante, é idea hasta negarle ese derecho: debe, por último, poner en juego y expresar un sentimiento indigno que ni áun para él mismo es agradable: sentimiento que no manifestaríamos jamás nosotros áun cuando la fortuna sonriese á Francia, porque nuestro deseo no mira á la humillación de un enemigo odiado, sino á la gloria de un amigo amado y antiguo y á esto se circunscribe y con esto se apaga y se satisface.....

.....
 Para nosotros Francia es un afecto de fuente antigua, por muchas y nuevas razones crecido y arraigado, y no lo cambiará la fortuna. Este afecto hacía Francia nos amargará su derrota más que lo que entusiasmará á sus enemigos la desventura de tan caro pueblo.

Eramos celosos de la integridad del suelo de Francia como si se tratase de suelo pátrio, y hemos visto hollarlo con su planta el extranjero. Nos sentíamos comprendidos en la gloria de sus armas y hemos presenciado el ocaso de su fortuna. Amábamos sus soldados y los hemos visto dispersos. Venerábamos á sus veteranos generales y los hemos oído vilipendiar. Quizá todavía nos espera presenciar la hecatombe de este ejército inmortal; acaso ver á París cercada de sus enemigos en una defensa desesperada y heróica, renovándose tal vez entre sus muros la prepotencia y los ultrajes de una dominacion extranjera. Para nosotros que estimamos á Francia serán estos dolores verdaderos y profundos, y debere mos devorarlos en silencio entre las sonrisas de aquellos que se apresuran hoy con el deseo de tamañas desdichas.

El cariño que alimentábamos por la Francia gloriosa, poderosa y temida por sus legiones predilectas en el triunfo por su pueblo ardiente de entusiasmo y de fé, tal sentimiento lo conservaremos toda la vida inalterable por la Francia caída, por la Francia sin ventura, herida en el corazon con el laurel de reina de los pueblos secado sobre su sangrienta frente; lo mantendremos hácia sus soldados esparcidos por las ciudades y los campos alrededor de los hogares domésticos para arrancar las lágrimas con la narracion de los dolores sufridos, de los ojos de las madres y de los amigos; lo sustentaremos por el pueblo francés descorazonado, oprimido, desconcertado desde las primeras escaramuzas y por las tenaces resistencias de las últimas batallas.

Entonces sí que el sentimiento de la gratitud profundizará en nuestro espíritu conviriéndose en verdadero culto. Entonces nos uniremos con mayor caloroso entusiasmo á aquella Francia que palpita en las páginas de sus grandes escritores y de sus grandes poetas y en ellos honraremos su nombre y saludaremos su gloria.

Y bastará para confortarnos, la conciencia de haber amado y honrado al gran pueblo: amándolo vencedor, honrándolo vencido, sin hipocresía, desinteresadamente y siempre, siempre con sincero cariño fraternal.





RECUERDOS DE ROMA

LA ENTRADA DEL EJÉRCITO EN ROMA.

CARTAS

I

[Roma 21 de Setiembre de 1870.]

Las cosas que tengo que decir son tantas y tales, que me será imposible escribirlas con orden y claridad. Ya es gran cosa por sí solo tener ganas de escribir mientras que por las calles de Roma resuenan todavía los gritos del primer entusiasmo y de la alegría primera. Todo lo que he visto ayer me parece un sueño; estoy cansado de la emoción; no estoy aún bien seguro de hallarme verdaderamente aquí, de haber visto lo que ví y de haber oído lo que oí.

Os diré ante todo, que la acogida hecha por Roma al ejército italiano fué digna de ella, digna de la capital de Italia, digna de una gran ciudad soberana-

mente patriótica; toda ha superado, no sólo á la expectacion, sí que tambien á la imaginacion. Es preciso haberlo visto para creerlo. Dudaría yo mismo de mi sinceridad, y así dudareis vosotros; no debo gastar palabras para preveniros, porque es demasiado natural: comprendo que no puedo aspirar á ser creído. Y, sin embargo, siento que sólo podré daros una pálida imágen de la realidad. Son cosas indescriptibles.

Ayer mañana á las cuatro nos despertamos en Monterotondo mis compañeros y yo por el estampido del cañon. Partimos en el acto. Apenas estuvimos á la vista de la ciudad, á cinco ó seis millas, comprendimos por las nubes de humo que las operaciones militares se habían dirigido sobre varios puntos á la vez. Así era con efecto. El 4.º cuerpo de ejército operaba contra la parte de muro comprendida entre puerta de San Lorenzo y puerta Salara: la division Angioletti contra la puerta de San Juan; la division Bixio contra la puerta de San Pancracio. El general Mazé de la Roche con la 12.ª division del 4.º cuerpo debía apoderarse de Puerta Pía.

A medida que nos aproximamos (á pié, dicho se está), vimos todas las terrazas de las quintas vecinas á la capital, llenas de curiosos. Cerca de la alquería Casalini encontramos los seis batallones de cazadores de la reserva que esperan la orden de adelantar contra Puerta Pía. Ningun cuerpo de infantería había intentado el asalto aún. La artillería preparaba las brechas. No recuerdo bien á qué hora se nos anun-

ció que una gran brecha abrieran los cañones cerca de Puerta Pía, habiendo sido desmontados los cañones pontificios colocados en aquel punto. Se hablaba de algun artillero nuestro herido. Interrogamos á los que venían de las avanzadas, y todos convinieron en que los soldados pontificios daban muestra de grandísima impericia en el tiro, que los vanos estaban ya enteramente abiertos y que el ataque de la infantería era inminente. Subimos á la azotea de una quinta, y vimos con toda claridad los muros destrozados y la Puerta Pía maltrecha. Todos los puntos vecinos á las murallas hormigueaban de soldados. En medio de los árboles de los jardines se veían las columnas de artillería. Oficiales de estado mayor y ayudantes de órdenes corrían en todas las direcciones.

Es imposible que os dé cuenta minuciosa de cuanto hicieron todas las divisiones. Hablaré sólo de la division Mazé de la Roche, que es la que yo seguí.

La calle que conduce á Puerta Pía está flanqueada por ambos lados de la muralla fortificada. Adelantamos hácia la puerta: el camino es recto, y veíase perfectamente la puerta desde muy lejos; veíanse asimismo los colchones colocados en los parapetos de la fortificación por los soldados pontificios y ya casi ardiendo por nuestros fuegos; divisábanse las columnas de la puerta, las estátuas, los sacos de tierra amontonados sobre la barricada construida delante.

El fuego de los cañones pontificios había sido apagado en aquella parte, pero los soldados se preparaban á defenderse en los muros. A trescientos ó cua-

trocientos metros de la barricada dos gruesas piezas de nuestras baterías disparaban sin cesar. La actitud de los artilleros era admirable. No se puede explicar con qué tranquilidad hacían sus maniobras á tan breve distancia del enemigo; todos los oficiales estaban en sus puestos. El general Mazé con su estado mayor colócase detrás de los dos cañones. A cada disparo veíase saltar por el aire pedazos de muralla arruinándose la puerta. Algunas granadas, lanzadas desde otra puerta, pasaron por encima de la cabeza del estado mayor. Los zuavos hacían un fuego vivísimo, y cerrado desde la muralla del Castro Pretorio, y uno de nuestros regimientos sufría algun daño.

Cuando Puerta Pía estuvo enteramente libre y la brecha vecina abierta hasta el suelo, dos columnas de infantería se lanzaron al asalto. No puedo dar detalles, he visto cruzar el 40 á paso de carga. Lo he visto cerca de la puerta echarse á tierra para esperar el momento oportuno y entrar. He percibido el fuego de mosquetería bastante vivo, y despues un largo grito: —¡*Saboya!* y un estrépito confuso; luego voces lejanas que decían:—¡Han entrado, han entrado!

Entonces llegaron los seis batallones de cazadores de la reserva; llegaron otras baterías, avanzaron otros regimientos, arribaron en medio de las columnas las camillas de la sanidad.

Corrí con todos hacia la puerta. Los soldados ganaban la barricada y no sentía el rumor de los tiros; las columnas entraban una tras otra. A un lado de la calle se prestaba los primeros auxilios á dos oficiales

de infantería heridos; los demás habían ya sido retirados. Se nos dijo que murió valerosamente en la brecha el comandante de cazadores Pagliari que mandaba el 35. Vimos varios oficiales de cazadores heridos y contusos. Supimos que el general Angelino se lanzó desde el primer momento á la brecha sable en mano como un soldado.

De todos lados acuden gentes que quieren salir de la ciudad gritando. Se detienen un instante á mirar la sangre derramada por las calles, suspiran y se marchan.

Puerta Pía estaba enteramente destrozada; solo la imágen de la Virgen que se eleva detrás, había permanecido intacta; las estatuas de derecha é izquierda estaban mutiladas; el suelo lleno de montones de tierra y fábrica, de colchones humeantes, de gorrós zuavos, de armas, de vigas y de piedras. Por la próxima brecha entraban rápidamente nuestros regimientos.

En aquel instante salía por Puerta Pía todo el cuerpo diplomático de gran uniforme, en direccion del cuartel general.

Entramos en la ciudad.

Las primeras calles estaban llenas de soldados. Es imposible expresar la conmocion que experimentábamos en aquel momento; veíamos todo confuso como detrás de una niebla. Algunas casas quemadas por la mañana humeaban todavía; varios zuavos prisioneros pasaban entre las filas de nuestros soldados; el pueblo romano corría al encuentro de nuestro ejército; saludamos al pasar al coronel de cazadores Pinelli y el pueblo se apiñó á su alrededor prorumpiendo en exclamaciones.

maciones de entusiasmo. A medida que adelantábamos, encontramos carruajes de ministros y otros personajes del Estado. El pueblo engruesa cada vez más las masas. Entramos en la plaza de Termini: rebosa de zuavos que esperan la orden de retirarse. Llegamos á la plaza del Quirinal. Y van arribando de carrera nuestros regimientos, los cazadores y la caballería. Las casas se cubren de banderas. El pueblo se mezcla á los soldados gritando y aplaudiendo. Grupos de ciudadanos con las armas quitadas á los zuavos, corren de acá para allá.

Aparecen los prisioneros pontificios. Los seis batallones de cazadores de la reserva precedidos de inmensa multitud se dirigen al son de la charanga á la plaza Colonna. De todas las ventanas salen banderas, se agitan blancos pañuelo; y se escuchan vivas y aplausos.

El pueblo acompaña cantando las músicas de las charangas. Por todas partes surgen escudos improvisados con las armas de la casa de Saboya. Entramos en la plaza Colonna: el fragor de una exclamación general acoge á los soldados. La muchedumbre los sigue con banderas é himnos nacionales; el entusiasmo ha llegado al colmo. No hay palabras que puedan expresarlo. Los soldados se hallan conmovidos hasta el extremo de que algunos lloran.

No puedo ver más; no sé sobreponerme á la alegría y resistir tranquilo el espectáculo; salgo de allí dirigiéndome por las calles á la ventura y encuentro por todos lados obreros, mujeres del pueblo, viejos, chiquillos, y todos llevan la escarapela tricolor, todos

acuden gritando:—¡Vivan nuestros soldados, nuestros hermanos!

El afecto comprimido por espacio de tantos años, roto el valladar en este instante, conmueve y emociona á todos por igual: es el grito de la libertad de Roma que se escapa de seis mil pechos: es el primer día de una vida nueva; es una hora sublime en el reloj de la historia!

Y desde lejos se oye repetir constantemente:—
¡Son ellos, nuestros hermanos!

El Capitolio está todavía ocupado por los cuadrilleros y los zuavos.

Un tropel de pueblo que ha acudido á invadirlo ha sido recibido á tiros. Los heridos se recogen en las casas vecinas; entre otros, un jovencillo que ha venido con los soldados, siguiéndolos, hace quince días.

El pueblo se enfurece, corre á llamar á los cazadores. Dos batallones llegan al pié de la rampa que sube á la plaza. Los pontificios tan pronto como los ven dejan de disparar, pero permanecen en actitud de resistir. Una especie de barricada de colchones ha sido construída á través del capitolio. Asaltarla á viva fuerza podría costar muchas víctimas; se espera que se entreguen los zuavos; dícese que no lo han hecho porque temen la ira popular. Todas las calles que circundan el Capitolio están llenas de gente armada que agita banderas tricolores y canta himnos patrióticos. Entre tanto á los cazadores que esperan en la plaza se les reparte vino, licores, cigarros y pastas. La multitud vá creciendo, crece el estrépito. Alguien, quizá un parlamentario, sube la rampa del Capitolio. Varios oficiales lo siguen. Las masas desde abajo miran con ansiedad. De repente caen los colchones de

las barricadas y aparecen los uniformes de nuestros oficiales que agitan el sable y llaman al pueblo.

La muchedumbre asciende impetuosa por la gigantesca escalinata; pasa por entre las dos enormes estatuas de Castor y Polux; circunda el caballo de Marco Aurelio; invade los cuerpos de guardia de los zuavos y derriba y destroza todo cuanto encuentra de soldadesco. En pocos minutos todo el Capitolio se cuaja de banderas. El caballo del emperador romano está cargado de gente del pueblo: el emperador tiene ya en la mano una bandera tricolor.

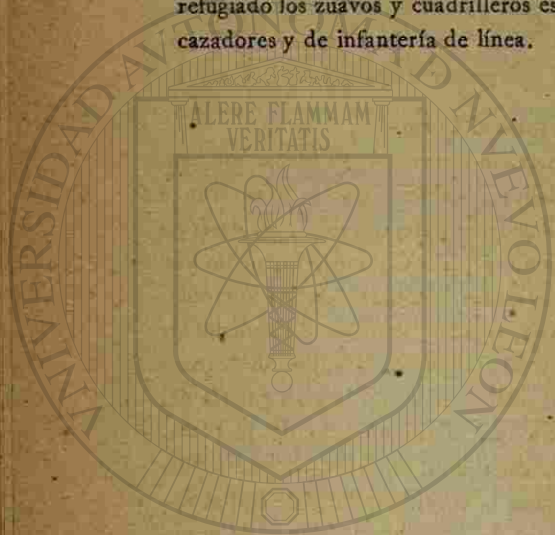
Un regimiento de infantería ocupa la plaza. Lo acoge el entusiasmo de todos y la música toca la marcha Real acompañada por los cantos del pueblo.

De repente todas las caras se vuelven hácia la torre. Pueblo y soldados han echado abajo la puerta y subido arriba colocando banderas en lo alto. Un bombero sube por medio de una escalera de mano á la espalda de la estatua y ata una bandera á la cruz: extraordinarios aplausos resuenan por todos lados. La gran campana del Capitolio deja oír sus solemnes toques. Por todas partes acude el pueblo romano entusiasta.

Los oficiales que se encuentran en el Capitolio son saludados con increíble afecto. No cesan los gritos de: —¡Viva Victor Manuel, en el Capitolio!— Las mujeres prenden sobre el corazón la cocarda tricolor. Por todas las ventanas de los palacios próximos no se ven sino pañuelos que se agitan y rostros de alegres damas con los ojos bañados de lágrimas. El movimien-

to de la muchedumbre es vertiginoso; el rumor de las voces cubre el sonido de la gran campana.

Los conventos próximos donde se cree que se han refugiado los zuavos y cuadrilleros están rodeados de cazadores y de infantería de línea.



*
*
*

Se vuelve de prisa al Corso.

Todas las calles son recorridas por turbas con banderas. Los soldados pontificios que se aventuran á cruzar por la ciudad por parejas ó solos, los desarma el pueblo. Llegamos á plaza Colonna. En medio hay 300 zuavos desarmados, sentados en los zurroneos, con la cabeza baja, tristes y abatidos. Al rededor de la plaza forman tres batallones de cazadores. El coronel Pinelli y muchos oficiales miran á la gran galería del magnífico palacio que cierra un lado de la plaza. Pueblo, señoras, caballeros, mujeres, viejos, niños, todo el mundo lleva la cocarda tricolor de Italia, rodean á los soldados, les estrechan la mano, los abrazan, los festejan.

Por el Corso no pueden transitar carruajes. Los cafés de plaza Colonna rebosan de gente; en cada mesa se ven fraternalmente mezclados señoras y cazadores.

Una parte de estos acompañan á muchos zuavos presos y los llevan en medio de la silba del pueblo. El resto ha sido puesto en libertad. Los dejados libres, se los disputan en el acto la gente del pueblo, y cada uno conduce á uno del brazo á su casa, ó al restaurant, al bodegon, á la taberna para convidar-

los á comer. Muchos se desesperan por que no hay bastantes zuavos para que todos se los puedan repartir. Familias enteras se los disputan, y les dejan libertad á ellos, luego de disputárselos, para que elijan con quién ó quiénes quieren irse. Los soldados montan en sus hombros á los niños chiquitines vestidos de guardias nacionales, ó que lucen divisas militares. Las señoras piden como regalo á los cazadores una pluma de los llorones del sombrero.

Numerosísimos grupos atraviesan cantando por el Corso con banderas inmensas que tienen que llevar entre varios, pues sobresalen hasta los balcones de los pisos principales. Mezclados en los pelotones van soldados de línea y cazadores. Las canciones populares de los regimientos se han generalizado, y ya las repite todo el pueblo.

Pasan algunos carruajes llenos de gente, y saludando á los militares, estos contestan con vivas: extienden las manos los de dentro, y los soldados se las estrechan fraternalmente; cuantos oficiales aciertan á pasar son objeto de ovacion continuada: se festeja á los médicos militares, á la oficialidad de la administracion militar, á los carreros y encargados de los trenes de impedimenta ó de batir; todos son lo mismo, todos son italianos. No se oye más grito de uno á otro extremo del Corso que:—¡Viva el ejército italiano!

En la plaza de San Carlos es recibido con indescriptible regocijo un piquete de carabineros reales. Todas las boca-calles del Corso vomitan pelotones interminables de ciudadanos: no se dá el caso de que

aparezca un grupo sin algun soldado. Y estos son objeto de un curioso exámen: los escuchan como si se tratase de gentes llegadas de muy lejos; los miran y remiran minuciosamente; les echan el brazo por encima del hombro; los contemplan frente á frente con ojos relucientes de alegría, y á menudo concluye cada pausa de la conversacion con un:—¡Vivan nuestros libertadores!

Delante del Café de Roma, algunas señoritas se arrojan frenéticas de entusiasmo (despues de un relato en un grupo, y sin saber siquiera, ni darse cuenta de lo que hacían), al cuello de dos robustos artilleros y los cubren de besos, como si fueran sus hermanos, con demostraciones propias de los arrebatos de familia. Otras mujeres que presencian la escena buscan soldados con quienes repetir la operacion, y los primeros que encuentran son favorecidos de aquel modo.—¡Viva el ejército nacional!—¡Vivan los soldados italianos!—¡Viva nuestro rey!—¡Viva la libertad!—Y á las mil voces que reiteran tales vivas, responden los soldados:—¡Viva Roma!—¡Viva la capital de Italia!

El entusiasmo raya en el delirio, en la fiebre, en el vértigo.

Los jóvenes especialmente, están tan roncos que apenas se les entiende á fuerza de desgañitarse, y ya se ven reducidos á manifestar sus entusiasmos por signos, por ademanes, señalando los escudos de Italia, las armas de Saboya, las banderas, y echando al aire los sombreros.

Os lo juró, jamás he visto espectáculo semejante;

es imposible imaginar nada más soberbio ni más maravilloso. Estas grandes plazas, estas enormes fuentes, estos gigantescos monumentos, estas ruinas, estos recuerdos, este suelo, este nombre de Roma; los cazadores, la bandera tricolor, los prisioneros, el pueblo, los gritos, la música, aquella majestad secular, esta nueva alegría, esta aproximación á la vida tradicional que resucita en nosotros la memoria de los tiempos pasados, de los sucesos heroicos, de los nuevos y antiguos triunfos, todo este conjunto es algo que fascina, que repercute aquí en medio de la frente y hace vacilar á la razón!...

Es un sueño. No se puede dar fé á cuanto los ojos contemplan; es una felicidad que excede á las fuerzas del corazón.—¡Roma, estamos en Roma! ¿Cuándo hemos venido? ¿Cómo? ¿Qué sucedió? ¡La reminiscencia de lo acaecido, yace confusa cual si se tratara de épocas remotas! Es una emoción que oprime y subyuga. Por do quiera gira la pupila admirada, y dá un vuelco el corazón. Adelante, de maravilla en maravilla, de sacudida en sacudida, á medida que se avanza, se alza la cerviz, se hiergue la cabeza y parece que la sangre circula en las venas con mayor desembarazo y rapidez.—¡La plaza del Pópolo! Se corre hácia el obelisco, se vuelve la cara y véense delante las tres grandes vías de Roma. A la izquierda, el delicioso Pincio, y allá á lo lejos, la cima del Capitolio. Alrededor, prodigiosas bellezas de la naturaleza y del arte, antiguas, recientes, augustas, alegres, gigantescas, graciosas, galanas; la mente abrumada se turba,

nos sobrecoje un estremecimiento, y hay que sentarse al pié del obelisco, dejar caer la cabeza entre las manos y esperar que vuelva el aliento.

Entre tanto oscurece; el Corso aparece iluminado como por encanto.

El aspecto es verdaderamente fantástico. Candelabros, mecheros, luces de todas formas, tamaños y clases brillan en las balconadas de los terrados y en los antepechos de las ventanas y en las balaustradas de los balcones. Recorriendo la calle en carruaje no se puede ver el pavimento. Es un mar de cabezas. La calle no basta á contenerlas, de tal suerte, que se desborda en oleadas por los cafés, por las tiendas, en los portales y se derrama por las bocacalles. Toda esta inmensa multitud va iluminada por millares de antorchas; pelotones de señoras de dos en dos pasan llevando cerillas encendidas que dejan ver sus pechos cubiertos de cocardas, lazos, escarapelas, bandas tricolores. Sobre la superficie de este mar sobrenadan de aquí para allá, sombreros de cazadores, keppis, gorras, bocas de cañones de fusil. Las señoras arrojan desde los balcones flores y dulces á los soldados que los recogen. De un extremo al otro, á cada paso, óyense voces que cantan en coro. Los soldados ya no son conducidos, sino arrebatados. Los ciudadanos no se contentan con llevarlos cogidos del brazo, caminan echándoles el brazo por cima del hombro. Distínguense mujeres con penachos y llorones de cazador prendidos en el tocado: familias paradas en las aceras detienen á los soldados para arrojarles sus hi-

jos en los brazos; la gritería en el Corso ha llegado á tal punto, que el que se halla cansado de la fatiga de la mañana, no se tiene ya en pié.

Monto en un carruaje y marchó al Coliseo, atravesando la grandiosa plaza de la Columna Trajana, que rebosa también gente y se halla iluminada. Por cuantas calles atravieso admiro la iluminación. Me fijo en cafés y tabernas y no oigo sino los gritos mencionados y exclamaciones de placer, y no veo sino abrazos y banderas.

Héme aquí en el Campo Vaccino. Es ya noche cerrada, y la clásica luz de la luna tan admirada en el Coliseo, aun no resplandece. No importa: contemplaré al menos la silueta y los oscuros contornos. ¡Cuántos años hacía que deseaba verlos!

Palpítame el corazón precipitadamente. Ya me encuentro en un lugar desierto. Todo está tranquilo, callado y tenebroso: ni un paso, ni un clamor, ni un rayo de luz.

—Hemos llegado, me dice el cochero.

Salto á tierra, miro y entreveo colosal mancha ne-gruzca sobre el cielo; y tal es el ímpetu y la dulzura con que los recuerdos y las imágenes de la memorable jornada me asaltan, que mi mirada no se detiene sobre las admirables líneas, ni en ellas se pára tampoco el pensamiento. Pensamiento y mirada van más arriba, y desde lo profundo del corazón con la emoción más ardiente que jamás despertara en mí el amor de la patria, dejo escapar un voto de gracias á aquella justicia en cuyo nombre Italia gritó á la faz del mun-

do:—¡Quiero la libertad, y juro conseguirla!—en cuyo nombre esperó, confió, sufrió, se levantó, bañó con la sangre de sus hijos todos sus montes y tñió todos sus rios, arrojó al extranjero y se preparó para nueva vida; en cuyo nombre hoy ha entrado en Roma, enarbolando sobre la torre del Capitolio su bandera gloriosa, bendita y amada!

II

[Roma 26 de Setiembre.]

Sin haber visto á Roma es imposible formarse justa idea del efecto que puede producir.

De Roma, como de Venecia, la primera cosa que se verifica apenas llega uno, es preguntarse si se sueña ó si se está despierto. Parece una ciudad mirada al través de un lente que agiganta los contornos. Se diría que las casas, las plazas, las iglesias, las fuentes, las columnas, las escalinatas, todos los monumentos de Roma se construyeron por una raza de hombres físicamente dobles que nosotros. Nos sentimos empequeñecidos pasando por estas anchas vías; creemos que nos hemos convertido de nuevo en chiquillos; el hombre se convierte, segun Victor Hugo, en hormiga. Para mirar los techos de los edificios y de las columnas, es preciso torcer el cuello; para ver el término de las plazas, se requieren anteojos; para andar, coches para no perder la brújula, un volúmen de quinientas páginas bajo el brazo; para no dejarse someter por las emociones de cierta índole... por lo ménos un par de casas en Florencia que produzcan la renta de cincuenta mil pesetas.

Es una ciudad que abruma y desvanece; hé ahí la verdadera palabra. No me acuerdo quién fué el ilustre extranjero que al entrar en Roma por la puerta del Popolo, se sorprendió y conmovió tanto por el espectáculo de la plaza del Pincio, de las tres grandes calles que arrancan de allí, de las iglesias, de los obeliscos, de todas las maravillas cuya vista se abraza desde aquel sitio con una sola mirada, que vióse obligado á apoyarse en el brazo de un su compañero.

Tal es verdaderamente el efecto que produce Roma en aquel punto. La primera necesidad que se siente, es tener al lado á alguien á quien estrecharle el brazo, comunicándole la impresion, para compartir la lividez que produce en el rostro, las palpitations que origina en el corazon, y el vértigo con que circula la sangre en nuestras venas.

Si no hubiese gente alrededor, lanzaría uno al viento sonoro grito de entusiasmo.

Presenció una escena bellísima.

Nuestros soldados entraron en Roma por Puerta Pia y desfilaron hasta Montecitorio. Fuese por casualidad ó intencionadamente, que no lo sé, el camino que atravesaron reúne muchos de los más admirables monumentos de Roma.

No me acuerdo qué regimiento entró el primero. Pero llega á la plaza de Termini donde hay una fuente hermosísima. Para el que no haya visto á Roma, sus fuentes tan gigantescas y fantásticas, constituyen una de las más profundas sorpresas. Los soldados se vuelven, miran y prorumpen en un largo—*job!*—que se propaga de compañía en compañía, de batallón en batallón á medida que van llegando á la plaza. Quién aprieta el paso, quién se pára, quién desea acercarse.—Ánimo, ánimo, dicen los oficiales, hay otras cosas más bellas que admirar.—Los Romanos rien al ver tan sorprendidos á los soldados por tan poca cosa.—Ya vereis, ya vereis, dicen, esto no es nada; id adelante, que ya encontrareis cosas mejores.—Los soldados marchan volviendo el rostro á cada paso y hablando en alta voz en las filas.

Entra el regimiento en la plaza del Quirinal. El

espectáculo es maravilloso. A la derecha un palacio gigantesco; en medio, una fuente dos veces mayor, más bella y admirable que la de antes; estatuas, recipiente, chorro de agua, todo es colosal. Se divisa á lo lejos la cúpula de San Pedro, una gran parte de Roma, Montemario, el Tiber, la campiña, un panorama en fin, grandioso é imponente. Los soldados permanecen atónitos, sin proferir palabra, sin advertir siquiera los gritos y los aplausos que les acompañan; contemplan con la boca abierta y los ojos admirados, como si se hubiesen asomado á un mundo nuevo; el silencio dura algunos minutos; el pueblo calla también como si no quisiera turbar la dulzura de aquellas sensaciones.

De repente sale una voz de entre las filas exclamando:—¡viva Roma!—Todo el mundo responde *viva*, y añaden los romanos:—Id, id; esto no es nada, queda mucho por ver.—El regimiento prosigue su marcha.

La plaza de Trevi, la fuente de Trevi ¿qué es esto? ¿cómo está aquí aquella roca? ¿de dónde baja ese río? ¿quién es aquel gigante? Los soldados á una voz, gritan un sonido inarticulado de admiración y alegría, extienden los brazos, se atropellan, estrechan las distancias, parece que quieren arrojarlos á la fuente.—¡Viva Roma! exclaman; ¡viva el ejército! contestan los romanos, y de nuevo:—Adelante, adelante, que ya vereis, ya vereis...

¿Pero qué se puede ver más hermoso? La fuente de Trevi es realmente prodigiosa; no se cree tal fuente, sino algo soñado, alguna cosa de jardín de hadas leída

en *Las mil y una noches*.—¡Ah, no nos la querían dar; no querían darnos á Roma!—exclama un oficial; ¡bah, claro está! ahora se comprende.

¿Qué os parece la ciudad? preguntan los romanos al pasar el ejército. ¿Cómo responder? Los soldados no responden, se contentan con exclamar:—¡Oh Roma, Roma!...

Y el regimiento sigue adelante. La plaza Colonna, la columna...

Soldados y pueblo empiezan á dar vueltas á la columna; suenan cornetas y tambores; los gritos llegan al cielo; unos ingleses y alemanes que estaban con nosotros, conmovidos también ellos en aquel sublime instante, nos apretaban la mano diciendo:—¡Hermoso día! ¡Bellísimos momentos!.....



LA CÚPULA DE SAN PEDRO



lgo queda siempre por decir, por mucho que se haya hablado, escrito y discurrecido sobre la basílica de San Pedro.

Y además, en la presente ocasión hay una gran novedad *bajo* la cúpula de San Pedro: los cazadores, de los cuales no se ha hecho mención, ni en las guías, ni en los libros arqueológicos, ni en las obras artísticas, que yo sepa.

Espero que mi pluma de acero, con la ayuda de sus plumas de gallo, conseguirá algo. (1)

Hé aquí clara y sencilla la impresión que me produjo San Pedro.

Fuí con un amigo mío que ya había estado antes en Roma. Al pasar por el puente de Sant'Angelo, hallamos un oficial que nos aconsejó volver atrás, diciéndonos:—Ahora vais á encontrar allí una procesion de soldados; están llenas las escaleras y la iglesia; aquello parece un cuartel; es preciso venir más tarde.

(1) Los cazadores, *bersaglieri*, usan un sombrero de hule, con copa semiesférica y ala plana y redonda, y un lloron elegante prendido á un lado, de finas plumas de cola de gallo.

en *Las mil y una noches*.—¡Ah, no nos la querían dar; no querían darnos á Roma!—exclama un oficial; ¡bah, claro está! ahora se comprende.

¿Qué os parece la ciudad? preguntan los romanos al pasar el ejército. ¿Cómo responder? Los soldados no responden, se contentan con exclamar:—¡Oh Roma, Roma!...

Y el regimiento sigue adelante. La plaza Colonna, la columna...

Soldados y pueblo empiezan á dar vueltas á la columna; suenan cornetas y tambores; los gritos llegan al cielo; unos ingleses y alemanes que estaban con nosotros, conmovidos también ellos en aquel sublime instante, nos apretaban la mano diciendo:—¡Hermoso día! ¡Bellísimos momentos!.....



LA CÚPULA DE SAN PEDRO



lgo queda siempre por decir, por mucho que se haya hablado, escrito y discurrecido sobre la basílica de San Pedro.

Y además, en la presente ocasión hay una gran novedad *bajo* la cúpula de San Pedro: los cazadores, de los cuales no se ha hecho mención, ni en las guías, ni en los libros arqueológicos, ni en las obras artísticas, que yo sepa.

Espero que mi pluma de acero, con la ayuda de sus plumas de gallo, conseguirá algo. (1)

Hé aquí clara y sencilla la impresión que me produjo San Pedro.

Fuí con un amigo mío que ya había estado antes en Roma. Al pasar por el puente de Sant'Angelo, hallamos un oficial que nos aconsejó volver atrás, diciéndonos:—Ahora vais á encontrar allí una procesion de soldados; están llenas las escaleras y la iglesia; aquello parece un cuartel; es preciso venir más tarde.

(1) Los cazadores, *bersaglieri*, usan un sombrero de hule, con copa semiesférica y ala plana y redonda, y un lloron elegante prendido á un lado, de finas plumas de cola de gallo.

—¿Más tarde, cuando tengo fiebre por ver la Basílica? ¿Después de haber visto aquella bendita cúpula por espacio de cinco días á ocho millas de distancia, grande, recortada en el azul del cielo, y que me parecía estar á dos pasos, haciéndome sufrir el suplicio de Tántalo? Cá, imposible; mientras no la tenga bajo mis plantas, me parece que la tengo sobre el pecho. Vamos, vamos á ver esta maravilla.—A San Pedro.

El cochero fustigó el caballo, y antes de salir del puente, aconsejóme mi compañero que cerrase los ojos, y no abrirlos hasta que él me avisara; los cerré.

De repente á los pocos instantes se paró el carruaje, y mi amigo me dijo:—Mira.

Miro; estamos en medio de la plaza: hé aquí los pórticos, las fuentes, la rampa central en gradería, las escalinatas laterales que no se distinguen grandemente de la rampa á lo lejos, la cúpula, en suma, todo tal y como se vé en los cuadros, en las fotografías, en los grabados: nada nuevo y ninguna sorpresa.

—Y bien, pregunta mi amigo, ¿no te estremeces, no te causa ninguna impresion, no te parece todo esto bello, grande, sublime?

Me encuentro embarazado para responder; pero al fin me decido á contestar.—¿Es esta la famosa Basílica? ¿Esta la cúpula que se vé á cuarenta millas de distancia? ¿Este el gran coloso de San Pedro?

—Y bien,....

—Pues bien: ¿quieres que te diga la verdad?

—Díla.

—Me parece pequeño.

—¿Pequeño? ¿El qué?

—Todo: plaza, iglesia, fachada, cúpula, todo, todo lo que veo.

Mi amigo lanzó una gran carcajada.

—Será ridículo; pero qué quieres, es la verdad: pequeño, pequeño, pequeño; en fin, que se me han caído los palos del sombrero.

—Mira aquel hombre.

—¿Cuál?

—Aquél, hombre, aquél que está sentado al pié de una columna de las de en medio de la fachada: ¿no lo ves?

Miro al hombre, mido con la vista toda la altura de la columna, mido su amplitud, después comparo al hombre nuevamente, vuelvo á calcular y exclamo....

—¡Inmenso!

—¡Ah! ¡Aquí te quería yo! Es preciso comparar, confrontar, amigo mio. ¿Cómo quieres darte cuenta de lo gigantesco en donde todo es gigantesco? De pronto todos miran arriba, y todos dicen lo que tú. Vamos poco á poco. Bajemos del coche.

Bajamos, subimos la rampa: no se acaba nunca. Se miran las columnas de la fachada: se agrandan á cada paso que se avanza, llegamos á los pedestales y vemos que las columnas son anchas como casas. Mira mo hácia arriba: son altas como campanarios. Nos volvemos: ¡cuánto hemos andado! Las fuentes, que cuando estábamos á su lado nos parecían grandes, se han achicado hasta el punto que parece se han lleva-

do aquéllas y han puesto otras en su lugar. Un soldado que está cerca de nosotros y que se conoce ha estudiado en sí propio los mismos efectos, nos mira sonriendo y expresa perfectísimamente el efecto mencionado:—*¡Hincha, bincha!*

Entramos, miro....—Amigo, lo que es esta vez te lo digo seriamente: estoy desencantado.

—Espera, espera un poco. ¿Ves aquella paloma de bajo relieve en mármol blanco, allí, en el ángulo aquél?

—La veo.

—¿A qué altura te parece que te llegará?

—Al cuello, poco más ó ménos.

—Vamos á verlo.

Echamos á andar... diablo, no se acaba nunca, parecía que estábamos á dos pasos. Bueno, ya hemos llegado. ¡Oh! esto sí que es curioso; alzo el brazo, me empino en la punta de los piés, y qué, ni por esas, no llego.

—Mira las letras de aquella inscripción de allá arriba: ¿de qué altura te parecen?

—Hombre, de tres á cuatro palmos.

—Son más altas que tú. Mira aquellas columnas fingidas adosadas á pilares, aquellas pilastras, ¿qué ancho les calculas?

—Psché, mi brazo.

—Tres metros.

Empiezo á comprender. En medio de la iglesia hay un grupo de muchachos alrededor de una cosa alta que parece una estatua. Vamos adelante, ade-

lante, adelante: ¡qué diantre! los chicos son soldados de artillería corpulentos y robustos como cíclopes; la cosa alta es San Pedro. Los soldados le besan el pié. Un cura que anda por allí los mira y sonríe con aire de sorpresa y de complacencia equivalente á este raciocinio.—¡Son cristianos estas bestias feroces; ménos mal!

Hay larga hilera de soldados arrodillados en torno del altar mayor. Otros en los ángulos extremos contemplan las estatuas y para convencerse de que son de mármol, las tocan por todas partes como hacen los ciegos para reconocer á las personas.

Un grupo de cazadores se halla extasiado delante de San Longino. Hablan entre sí. Me aproximo y recojo la sentencia final de uno de ellos:—*Ab, no hay nada que decir; tiene una buena ocupación.*

Estamos bajo la cúpula; arriba la cabeza. El efecto es maravillosamente prodigioso. Es curioso observar el cambio que se opera en todas las fisonomías tan pronto como miran hácia arriba. Muchos, apenas miran, bajan la cabeza y cierran los ojos como si se mareasen al haber contemplado el abismo. En otros ilumina sus ojos un rayo de vision celestial: produce el éxtasis. Hé ahí el solo punto de la iglesia en el cual con la mirada asciende al cielo el pensamiento. En los otros sitios la magnificencia seduce, el esplendor fascina, mas la grandeza no inspira; se percibe algo teatral, se reflexiona en el trabajo y en los millones profusamente derramados en aquel monumento; mejor en los pintores, en los escultores y en los archi-

tectos, que en los ángeles y los santos. El alma se aferra de tal modo al suelo por los encantos del arte, que para libertarla de esta prision y elevarla al empíreo, se requiere una lucha más fuerte y difícil de la necesaria para hacerla salir victoriosa de las tentaciones externas de la vida, contra la cual debiera la Iglesia servir de refugio y seguro asilo.

Se camina adelante, atrás, á derecha, á izquierda, y á medida que se anda, la cabeza nos vá pesando y la vista turbándose. A cada paso cien cosas nuevas, á cual más extraordinaria, se atropellan confusamente ante la vista, solicitando la atencion en remolino constante y como si empujasen las unas á las otras. La atencion, la percepcion, la determinacion y demás operaciones preliminares del pensamiento para formar cabal juicio de un objeto, no bastan á recoger el conjunto y los pormenores; es imposible fijarse en uno sin que los otros nos atraigan; y así oscila, se mezcla y se desvanece cada impresion, avasallada por otra distinta. Nada puede abrazarse por completo. Columnas enormes, estatuas gigantescas, bajo-relieves colosales, pinturas, mosaicos, oro y metales y piedras preciosas; riqueza y belleza cruzan en vertiginoso torbellino ante la vista, adoptando formas de todas especies..... al cabo de algun tiempo se pasa ante todo, sin notar nada; apenas vistos los objetos, se olvidan.

Allá, en el fondo de la iglesia, se divisa algo oscuro, agitándose cerca de la puerta: será una compañía de soldados que penetra. Aquellos ángeles colosales

que sostienen la pila de agua bendita, parecen juguetes de chicos. En varios puntos hay soldados que se inclinan para mirar al suelo: miran las indicaciones de la longitud de las más grandes Basílicas del mundo. Tal llega á la mitad, tal otra á los dos tercios, una tercera á la tercera parte solo: ¡capillas!

—¡Ay mi madre! exclaman los soldados napolitanos. ¡Cuántas multiplicaciones deberán hacer cuando vuelvan á sus pueblos para dar una idea de San Pedro, comparado con su iglesia parroquial!

Alguno que otro anota las dimensiones. Varios calculan los soldados que caben.

—¿Cabrán aquí todos los soldados del 4.º cuerpo de ejército?

—¡Vaya, ya lo creo! ¡Y tambien hasta todas las maldiciones que echaron al servicio de las subsistencias suministrado por la administracion militar!

Hé ahí la puerta para subir á la cúpula. Animo, y arriba; será una sudadura memorable.

Se sube por una escalera de caracol; los escalones son anchísimos y bajos; se asciende, dando grandes vueltas cómodamente y casi sin reparar. El muro se halla cubierto de losas de mármol, donde están escritos nombres de todos los príncipes del mundo, que subieron la escalera arriba. Está la inscripcion de Fernando II de Nápoles. Debajo, apoyados contra el muro, hay ocho machetes de cazador. Más allá, á cada paso, sombreros empenachados, kepis, sables de caballería, cinturones, cartucheras. Sobre la cabeza y bajo los piés un ruido que aturde. Hay escua-

dras enteras de soldados que suben y bajan, se encuentran, se saludan, se comunican sus impresiones de estupor y alegría.

Ya se leen por las paredes sus inscripciones: que el soldado por donde quiera que pasa deja siempre rastro de sí. Bajo aquella citada del Borbon, y que dice: *Rey del reino de las dos Sicilias, subió á la cúpula y entró en la gran bola...* se lee: *Fulano de Tal, cabo entonces de ingenieros, tuvo el honor de saludarlo en Gaeta.*

¡Ahl una ventana, asomémonos.

—¿Te burlas de mí? Estamos ya por cima del techo de los más altos palacios. Emprendemos de nuevo la subida; diez minutos despues hallamos una puerta, salimos al descubierto. Hénos aquí sobre el techo de la iglesia: una plaza de armas. Se vé de una parte un edificio rotondo tan alto como una iglesia cualquiera; no es sino una de las cupulillas menores que constituyen el estado mayor de la principal. Grande y magnífica, pero ninguno la mira; no hay tiempo para detenerse en pequeñeces. Se corre al parapeto, se echa la vista á la plaza: un hormiguero. Se observan las estatuas que se levantan en fila sobre el coronamiento de la fachada: ¡qué moles! piés que no caben en la mesa donde escribís; pliegues de paños en los cuales puede esconderse cómodamente un hombre; dedos que parecen mazas. Hay una llave de San Pedro que al primer golpe de vista se toma por un ánora de buque.

Los soldados corretean por todas partes llamándose y saludándose desde el techo á la plaza y desde la cú-

pula al techo, manifestándose sus impresiones con aquel reír alegre y característico y aquellas exclamaciones de broma.—¡Bagatelas, bagatelas! Y quién, quiere ir por aquí, quién por allí, y searrastran, se empujan, se agrupan, se desparraman, corriendo, riendo y charlando como chicuelos en el patio de un colegio.

—¡Ánimo! dice uno; es preciso subir esta vez hasta el Paraiso, porque si no aprovechamos esta ocasion ahora, de fijo que no entramos nunca.

—Pero esta cúpula me resulta pequeña, repito á mi amigo. Y él me hace señas de que mire á lo alto. La última galería debajo de la bola está llena de soldados: ¿pero cómo pueden verse tan pequeños si estamos tan cerca de ellos?

Arriba, á la cúpula; subimos y la escalera gira y vuelve á girar; tropezamos con una puerta que comunica con una galería; la galería dá al interior de la iglesia; me asomo, y al punto me echo atrás, pues temo que el vértigo se apodere de mí.

—Mira la sala del concilio; aquella, allá abajo, en la nave de la iglesia, me dice mi compañero.

Me fijo y exclamo:

—¿Cómo, allá dentro estaban *todos* los obispos? Pero si parece tan grande como una caja de cigarros. ¿Qué parecerán los hombres? Recordé el dicho de Guerrazzi: "lo que son; insectos." Alrededor de aquel altarito del centro hay un grupo de ellos: una mancha oscura que se mueve. Miro tras de mí en la pared, y veo que aquellas cabecitas de angelotes que

distingua desde abajo, colocadas en un ángulo, aquellas cabecitas de mosaico, necesitarían unas espaldas de cuatro metros de ancho.

Volvemos á subir escaleras anchas y rectas cuyo fin no se divisa: luego escaleras de caracol donde para subir es forzoso aferrarse á un pasamano; escaleras de madera en zig-zag, despues; escaleras comprendidas entre dos paredes curvas por las cuales es preciso marchar arrastrándose por la pared más baja; y de nuevo escaleras rectas, y de caracol, y adelante, sudando, añelantes, y dando resoplidos; no se acaba nunca. — ¡Ah! un rayo de luz finalmente: una puerta, ya estamos arriba; esto es lo más alto: Roma, he ahí toda Roma. ¡Oh, qué aire tan puro!

La primera exclamacion que hiere mis oidos parte de un artillero lombardo: — *¡Virgen Santísima, mucho más que la catedral de Milán!*

Se arroja una mirada allá abajo, adonde estábamos antes, al techo de la iglesia: una procesion de hormigas. Apenas se distingue la gente que pasa por la plaza. Las dos grandes fuentes semejan dos penachos blancos agitados; las cúpulas menores tornavoces de los que se colocan sobre los púlpitos ó pequeños doseletes de los que cubren las imágenes.

Toda la ciudad se abraza en un solo golpe de vista. Resaltan los muros del Coliseo, de las Termas, negros y gigantescos.

Las estátuas que coronan las columnas, las puntas de los obeliscos, las curvas orillas del Tiber, el Pincio, la *villa Borghése*, el Quirinal, San Juan La-

terano, el Gianicolo, que remeda una colinita de diminuto jardin, todo se vé claramente, á medida que la pupila se acostumbra á aquella purísima transparencia del ambiente.

El jardin del Vaticano parece pequeño cuadro; el palacio mismo de los Pontífices, un edificio comun con varios reducidos patinillos: todo está cerrado y desierto.

Hé aquí Monte Mario.

Allá la campiña romana, desnuda y siniestra. Desde aquí han debido haber visto el paso de las divisiones del general Cadorna, compañía por compañía, cañon por cañon.

Hé allí Monterotondo, Tívoli, Frascati, Albano; y más á la derecha, á lo lejos, en los últimos terminos, aquella lista luminosa, el mar. ¡Roma, Roma! bendito nombre que nunca se cansa uno de repetir.

Hay algo secreto y misterioso en este sonido: *Roma*. Nos lo repite como un eco perenne en los oidos: *Roma*, héla ahí toda...

Un soldado próximo, tambien contempla Roma con aspecto meditabundo; parece como que quiere decir algo... sonrie, alza una mano, aprieta el puño y lo descarga sobre la balastrada, exclamando:

— *¡Finalmente!... ¡al fin, al fin!...*

Escuchemos aquel otro.

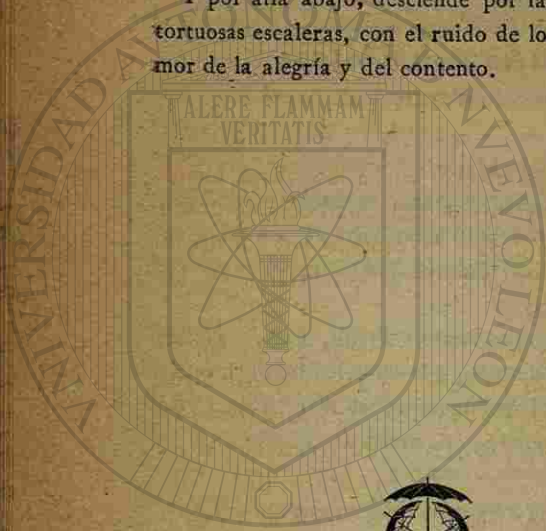
— ¡Aquí estamos!

¡Repara con qué gusto lo ha dicho! Y todos los demás soldados al ir á perderse por las escaleras, se

vuelven y saludan con la mano, alegres y risueños, repitiendo:

—¡Adios, adios, Roma!

Y por allá abajo, desciende por las laberínticas y tortuosas escaleras, con el ruido de los pasos, el rumor de la alegría y del contento.



CURAS Y FRAILES

NUMEROSÍSIMAS copias de cierto himno guerrero redactado en francés, destinado sin duda á ser cantado por los zuavos para animarse al combate, se encontraron en los cuarteles pontificios.

Tiene muchos puntos de semejanza con *La Marsellesa*. El ritornello empieza: ¡*Alzaos, católicos!* Sigue una estrofa análoga á la de *La Marsellesa*: *Entendez vous dans ces campagnes*, con la diferencia que se ha sustituido á los *féroces soldats, les barbares*. (!)

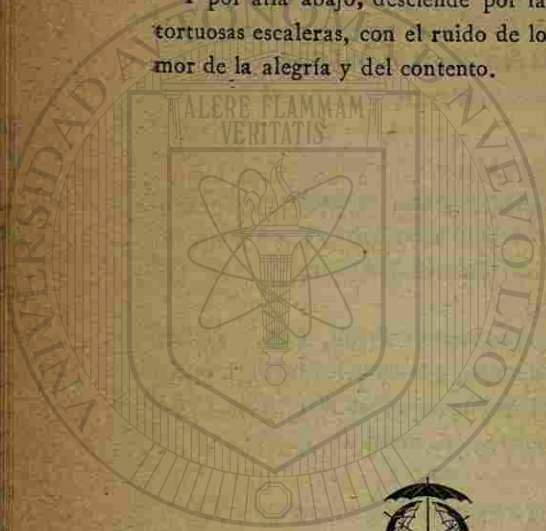
Tiene un verso luego que dice:—*Vendrán á quitarnos* (debe ser un verbo más fuerte que éste, pero no lo recuerdo) *nuéstras iglesias, nuestros curas..... No, no nos los tocarán!* (?)

De la letra se desprende que debía servir de arma para ciertas gentes cándidas aquello de que los italianos iban á robarles las iglesias y á matarles á sus curas y á suprimir la religion! Así el gobierno papal aprovechaba este recurso para mantener vivo el fanatismo de los soldados, inspirando al pueblo romano horror hácia el gobierno de Italia, y arrancando, en fin, de este modo indirecto las simpatías que pudiera

vuelven y saludan con la mano, alegres y risueños, repitiendo:

—¡Adios, adios, Roma!

Y por allá abajo, desciende por las laberínticas y tortuosas escaleras, con el ruido de los pasos, el rumor de la alegría y del contento.



CURAS Y FRAILES

NUMEROSÍSIMAS copias de cierto himno guerrero redactado en francés, destinado sin duda á ser cantado por los zuavos para animarse al combate, se encontraron en los cuarteles pontificios.

Tiene muchos puntos de semejanza con *La Marsellesa*. El ritornello empieza: ¡*Alzaos, católicos!* Sigue una estrofa análoga á la de *La Marsellesa*: *Entendez vous dans ces campagnes*, con la diferencia que se ha sustituido á los *féroces soldats, les barbares*. (!)

Tiene un verso luego que dice:—*Vendrán á quitarnos* (debe ser un verbo más fuerte que éste, pero no lo recuerdo) *nuéstras iglesias, nuestros curas..... No, no nos los tocarán!* (?)

De la letra se desprende que debía servir de arma para ciertas gentes cándidas aquello de que los italianos iban á robarles las iglesias y á matarles á sus curas y á suprimir la religion! Así el gobierno papal aprovechaba este recurso para mantener vivo el fanatismo de los soldados, inspirando al pueblo romano horror hácia el gobierno de Italia, y arrancando, en fin, de este modo indirecto las simpatías que pudiera

gozar áun entre los más fervientes católicos, el gobierno nacional y la unidad de la patria.

Semejante hecho explica sobradamente la abstención de una parte del pueblo romano, tanto en la capital cuanto en la provincia, en las demostraciones de entusiasmo.

En Monterotondo, por ejemplo, charlando yo con un ciudadano de los más conocidos, y hasta tenido por liberal, le pregunté si estaba contento del nuevo orden de cosas.

—Por mí, estoy contentísimo, respondió, y lo decía sinceramente: todo vá bien, no se podría desear nada mejor; y añadió bajando la voz:—Y han respetado las iglesias, no se han metido con los curas; afortunadamente, sigue habiendo misas, funciones religiosas, vísperas, en fin, todo como antes.

—¡Hombre! Pues es curioso. ¿Creía Vd. que íbamos á quitar su oficio á los curas?

—¿Yo? ¡Ni por soñacion!

Y era mentira: lo creía, y con él Dios sabe cuántos. Pero ahora ya están desengañados y seguros, y me parece que casi no son menos *italianos* que el resto.

No recuerdo en qué pueblo salió una mujer al paso del ejército, dirigiéndose presurosa al primer oficial que tropezó, y le dijo con tono suplicante:

—Señor, es una buena persona nuestro cura, se lo aseguro, es un caballero, no le disgusta tampoco que vengan los soldados del rey. ¡No le hagan Vds. daño, dígaselo á los soldados, que tengan compasion!....

Aquella buena mujer creía firmemente que el propósito del ejército y casi la orden recibida era divertirse con los curas ó como decía don Abbondio en *I Promessi Sposi* de Manzoni, *far la festa* á los curas. Y ahora, ¡lamentemos, mortales, de que aquella mujer no haya colgado sus balcones y puesto la bandera tricolor al paso del ejército italiano! ¿Con qué razon nos lamentaríamos?

Pasaban los seminaristas por una calle de Nepi, poco después de desfilar los soldados. Un hombre del pueblo me dijo señalándolos y guiñando un ojo en tono burlesco.

—Ahora para aquellos... ya se concluyó... y seguía mirándome el imbécil.

—¿Y por qué se les acabó? pregunté.

—¡Toma! ¿A la altura en que estamos?

—Pues sí, á esta altura, ¿por qué?

—¿A esta altura?

—¿Qué altura ni qué ocho cuartos? Los seminarios y los seminaristas proseguirán: tambien los teníamos *por allá*, y los tendremos siempre.

El pobre diablo hizo un signo de sorpresa y repuso:

—¿En Italia? Pero de veras teneis tambien seminarios y seminaristas en Italia?

—¡De veras!

—¿Y pasean por las calles?

—Pues sí que pasean.

—¿Y nadie se mete con ellos?

—¡Quién se ha de meter, hombre de Dios!

AMICIS, 1870-71.

Había para perder la paciencia; casi me repugnaba tanta ignorancia.

En cierta remota calle de Roma, despues de la entrada del ejército, se vió un viejecillo, que á juzgar por su rostro, experimentara tal miedo por los cañozos, que casi sin duda le hicieron perder la razon. Al miedo de los estampidos habíase sustituido el miedo de las demostraciones. Se pararon al lado algunos jóvenes con banderas. Y faltándole tiempo para huir se detuvo creyendo que debía echarla de *italiano* para salvar la pelleja. Empezó por esforzarse para sonreír, y luego recogiendo todo su valor y todas sus fuerzas, exclamó con una voz que apesar de todo no pasó de moribunda.

—¡Malditos sean los curas!

Las tunanterías hechas por vileza son más repulsivas que las verificadas adrede.

Uno de los jóvenes del grupo leyó en el semblante del viejo, y le increpó con ánimo severo de la siguiente manera:

—Para echarla de italiano no hay necesidad de vomitar insolencias contra los curas, ¿sabe V?

El infeliz quedó atónito.

—No se necesita para nada, para nada, repitió el joven, alejándose y mirándole de hito en hito.

El pobre *italiano*, al cual no le había salido la cuenta, no profirió palabra.

Tambien él había tomado por lo serio sin duda alguna el "*vendrán á robarnos*" de los zuavos.

Un pastelero, al aparecer los soldados se apresura-

ba á borrar el letrero de ciertas bombas para iluminacion sobre las cuales estaba escrito *V. V. Pio IX*. Un oficial lo sorprendió en la operacion y le dijo:

—Deje eso tal como está.

—Pero si yo...

—Déjelo, déjelo, le digo.

—Si yo no soy partidario del Papa, yo soy partidario de los señores.

—Para ser de los nuestros no hay necesidad de renegar del Papa.

—Pero estos trastos...

—Esos letreros podrán servirle todavía, quizá dentro de poco, porque las cosas se arreglarán...

—Dice V. bien.

—Y V. hacía mal.

Por lo demás, los curas demostraban que no tenían el miedo que infundían en los demás. Mientras en las calles de los pueblos la buena gente pobre temblaba por la vida de los mismos, ellos desde las ventanas asistían tranquilos al paso de los regimientos y muchos no se desdaban en honrar con un cortés saludo á los oficiales de á caballo.

Solo un fraile manifestó tener miedo á los soldados cerca de Civita.

Venía montado en un borriquillo en direccion contraria á la que llevaba un batallon de cazadores, pálido y tembloroso, y al igualarse con los primeros soldados se paró y juntando las manos quedóse en actitud de pedir gracia reclamando la compasion.

—Vaya, no se apure; déjese de pedir lo que no necesitamos dar; siga su camino y vaya con Dios, le dijo un cabo.

Otros le pidieron noticias del Santo Padre. Alguno le ofreció pan. Cuando se convenció de que nadie intentaba ni aún burlarse de él; se volvió loco de alegría.

Tampoco faltaron curas que recibieron á los soldados con regocijo. En Baccano un cura y un fraile vieron desfilar seis batallones de cazadores á la puerta del convento, tranquilos y risueños que daba gusto verlos. Los soldados al pasar, ora uno, ora otros, les decían algo.

—Vamos á Roma, reverendo.

—Dios os acompañe, contestaban.

—¿Has oído? Es de los nuestros.

—¿Es de los nuestros, con efecto, el padre?

El cura se llevó una mano al corazón.

—¡Viva, viva! gritaron entonces casi todos los soldados desde las filas.

El sacerdote y el fraile saludaron dando gracias.

No he oído jamás, ni nadie puede afirmar lo haya oído, que un soldado dirigiera palabras inconvenientes á ningún clérigo. Bromas, sí; pero cortesías y siempre dispensables, dada la jovialidad de la tropa.

Si el periódico *La Unidad Católica* repusiera todavía que es una falta de urbanidad dirigir la palabra á quien no se conoce, se le podría contestar que nadie obligaba á los curas á asomarse á las venta-

nas ó las puertas cuando pasaban los regimientos. Si estaban allí era prueba evidente que se divertían, ó por lo menos que no les disgustaba el espectáculo; no sé hasta qué punto habrían presenciado ese desfile si se hubiese tratado de los zuavos pontificios.

En los dos primeros días de la entrada en Roma no se vieron curas ni frailes, ó por lo menos, muy contado números de unos y otros. Pero no se puede decir que se escondieron por temor, porque ¿qué razón existía para temer de nuestros soldados en la capital lo que no se temía en la provincia? Se encerraron sin duda para no tomar parte, ni aún en el concepto de espectadores, en las manifestaciones populares. Y, sin embargo, repito que algunos se vieron desde el primer día y pasaron entre las banderas y los gritos tan seguros como si se hallaran en casa propia, y sin que ni siquiera se los mirase. Y eso que las calles de Roma, según escribió Don Margotti, estaban llenas de *facinerosos*, de *tigres que ansiaban beber sangre*, y de *mujeres de mala vida*, gente toda, como decía el huésped milanés de la *Luna llena*, latina de boca y latina de manos.

La mañana siguiente al día 20, viniendo de la parte del campo Vaccino hacía el Capitolio, la primera cosa que ví en lo alto de una de las grandes escaleras que dan á la plaza, fué un grupo de cazadores y de frailes que charlaban fraternalmente sentados en los escalones.

Los cazadores comían; dos ó tres frailes daban

vuelta entre las manos á una escudilla mirándola por todas partes; otros remiraban un pan de munición; otros observaban con mucha curiosidad los sombreros con plumero de cazador. ¡Si hubiese habido un fotógrafo, qué bonito cuadro! Parecían antiguos amigos. A un cazador que bajaba le pregunté:

—¿Qué dicen los frailes?

—Cá, si son más italianos que nosotros, me contestó riéndose.

Por la noche se vieron muchos en las calles. Los había de todos colores: blancos, negros, grises, cacao. Algunos iban acompañados de soldados. La gente los miraba y reía.

Con efecto, era una mezcolanza tan nueva y extraña que se creía un sueño. Y de qué modo iban juntos: ¡como si fuese la cosa más natural del mundo, y hubiesen vivido siempre reunidos: y, hablaban de política!

Pasando por ciertas calles poco céntricas veían los soldados aparecer y desaparecer túnicas monacales, y abrirse y cerrarse puertas precipitadamente. Por ciertas ventanas asomaban caras de reverendos, que adoptaban el aire de mirar al cielo como para consultar el tiempo, y al oír gritos ó músicas lejanas volvían á cerrar los cristales ó las maderas. Otros aparecían de prisa por una puertecilla, se detenían un instante como las luciérnagas, para espiar alrededor, y luego deslizándose á lo largo del muro se perdían en la oscuridad.

Por ciertas calles desiertas y tranquilas se escu-

chaban misteriosos crugidos de telas, semejantes á los que se oyen de noche por los ámbitos de las iglesias y de las sacristías.

Algun sacerdote atrevesando de prisa la calle del Corso y divisando un uniforme nuevo se echaba á un lado para mirar sin ser visto y ver qué clase de bestia era el uniformado. Ví dos que curioseaban desde lejos una pareja de carabinieri parada, en traje de gala. Los miraron de piés á cabeza desde la cabeza hasta los piés, y despues se consultaron entre sí con ademanes y gestos equivalentes á esta interrogación:

—¿Qué son esos?

Ciertamente que la curiosidad les aguijoncaba; pero jamás miraban frente á frente. Pasaban al lado de la tropa mirando al descuido y como dirigiendo la vista por bajo del ala de los sombreros, con el rabo del ojo, ó por entre los dedos de la mano, ó arreglándose la muceta y con este motivo disculpando su acechar á derecha é izquierda.

Y francamente, de fijo que allá para sus adentros han exclamado:

—¡Qué diferencia tan grande entre estos, y aquellos zuavos!

El que cara á cara hubiese contemplado el semblante de los dos cardenales, cuyos nombres no recuerdo, que pasaron en carruaje ante los cazadores cerca del Castillo de Sant'Angelo, poco despues de haberse comanicado la orden á la tropa, de hacerles los honores como á príncipes de la sangre; quién hu-

biese visto la sonrisa que salió á sus labios, cuando se vieron presentar las armas; la mirada benigna y gentil, que pasearon sobre nuestros soldados; el acto de dar gracias con que acompañaron la mirada; la serena y tranquila dignidad, con la cual se volvieron á arrellanar en sus asientos despues de la accion de saludar; quien los hubiese visto, repito, habría jurado que una sonrisa como aquella, una mirada igual á aquella mirada, y un acto semejante á aquel acto, jamás lo dedicaron aquellos dos cardenales á *sus bien amados campeones*.

Y cardenales, clérigos, frailes, si alguno de entre ellos creyó en lo que creían las pobres mujeres de Civita y de Nepi, y lo que temían muchos romanos católicos, temores fundados en lo que acaso oyeran desde el púlpito, ó de boca de los sacerdotes en la conversacion, sin duda que dejaron de creerlo de una manera solemne é irrevocable.

Habían oído decir que los soldados italianos eran bárbaros, y no los han visto que toquen á un sólo cabello de un reverendo; que eran impíos, y los han visto precipitarse en las iglesias y besar el pié á los santos; que eran vándalos, y los han visto pagar todo en moneda contante y sonante, regalando generosamente á los frailes; que eran licenciosos é insolentes y han escuchado de labios del pueblo:

— ¡Qué raza de soldados es esta que no dicen nada á las mujeres!...

Quiérase ó no se quiera, la verdad es que todo un edificio de mentiras, se ha derrumbado para siempre;

podrán recogerse los escombros, pero aquel edificio no se volverá á fabricar más.

¡Cuántas conversiones políticas llevaron á cabo nuestros soldados!

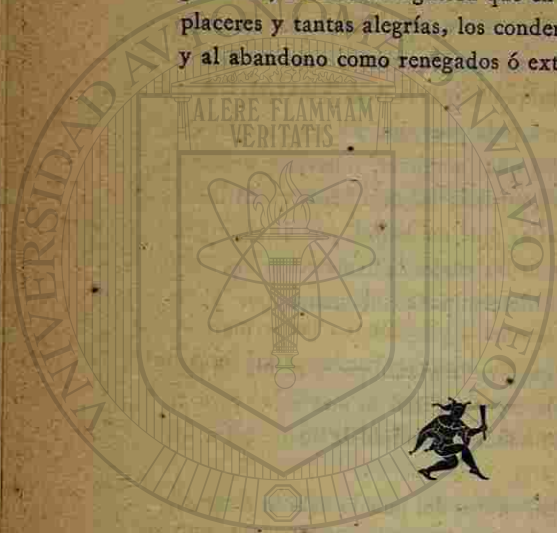
En cuanto á los curas y á los frailes, habría querido leer en sus corazones la noche del 20 de Setiembre. Si es cierto que la maravillosa manifestacion de Roma, superior á toda prevision y á toda esperanza, ha podido, mejor que conmovér, rehacer y desvanecer en la córte pontificia los más fieros y obstinados enemigos de Italia, ¿qué no habrá podido en el ánimo de muchos en los cuales la conviccion era débil y la enemistad determinada solamente por el interés?

Aquellas pocas *fibras italianas* que el conde de Cavour, no quería creer muertas ni aun en el corazón del Papa, deben haberse sacudido la noche del 20 de Setiembre.

Los gritos y los cantos del pueblo habrán resonado sin duda alguna en las silenciosas celdas de los monasterios, como una advertencia, como un consejo y como un reproche.

Muchos acaso hayan envidiado aquella alegría, desde lo más profundo del alma; tal vez han llorado su condicion que les reducía á no poderla gozar; algunos tal vez al prestar oído á lejanas músicas, experimentaron ternura y amargura juntamente, recordando tener una patria y reconociendo que la amaban; quién sabe si pronunciaron en secreto su nombre, invocándola, y pidiendo á Dios con since-

ras lágrimas que inspire en el espíritu del Pontífice la conveniencia de reconciliarse con ella, reconocerla, bendecirla, cambiando con una sola palabra generosa, la insensata guerra que en medio de tantos placeres y tantas alegrías, los condenaba á la soledad y al abandono como renegados ó extranjeros!!!



LAS TERMAS DE CARACALLA



ARACALLA!.. Vamos á las termas.

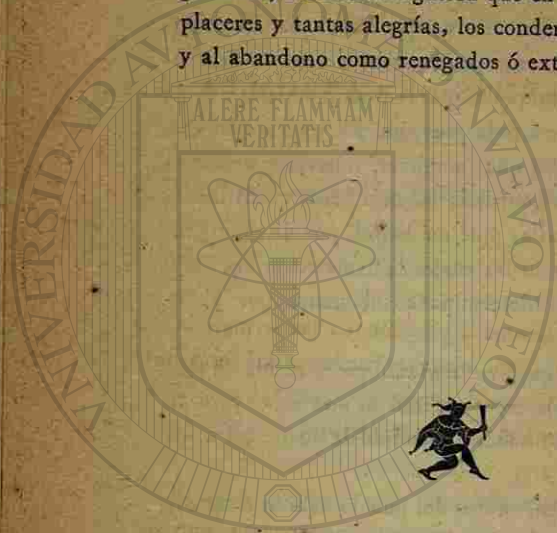
—Vamos; se puede pasar cerca del Circo Máximo.

- Y atravesar el Campo Scellerato.
- Y ver el arco de Jano.
- Y la Cloaca Máxima.

¡Nada ménos que todo eso! Supongamos que se trata de dos amigos que han entablado el anterior diálogo, y decidme si no hay para hincharse y ponerse á hablar latin aún á riesgo de hacer temblar de desden gramatical el sacro suelo y las venerandas ruinas.

Para ir á las termas de Caracalla se pasa al lado de todos aquellos monumentos, pero aprisa y sin reparar siquiera, puesto que tanto se nos había hablado de las termas que por el pronto se nos quitó toda otra curiosidad y todo otro pensamiento.

ras lágrimas que inspire en el espíritu del Pontífice la conveniencia de reconciliarse con ella, reconocerla, bendecirla, cambiando con una sola palabra generosa, la insensata guerra que en medio de tantos placeres y tantas alegrías, los condenaba á la soledad y al abandono como renegados ó extranjeros!!!



LAS TERMAS DE CARACALLA



ARACALLA!.. Vamos á las termas.

—Vamos; se puede pasar cerca del Circo Máximo.

- Y atravesar el Campo Scellerato.
- Y ver el arco de Jano.
- Y la Cloaca Máxima.

¡Nada ménos que todo eso! Supongamos que se trata de dos amigos que han entablado el anterior diálogo, y decidme si no hay para hincharse y ponerse á hablar latín aún á riesgo de hacer temblar de desden gramatical el sacro suelo y las venerandas ruinas.

Para ir á las termas de Caracalla se pasa al lado de todos aquellos monumentos, pero aprisa y sin reparar siquiera, puesto que tanto se nos había hablado de las termas que por el pronto se nos quitó toda otra curiosidad y todo otro pensamiento.

—Os causarán mayor impresion que el Coliseo, nos habian dicho. No lo creíamos posible, porque el Coliseo nos causara tanta y tan grande impresion, que la idea prosáica que al fin y al cabo se encierrá en las termas, como si se tratase de un *establecimiento de baños* como se nos aseguraba en broma, enfrenó la imaginacion.

Por el camino discutíamos acerca de la primitiva austeridad de las costumbres romanas, en época en que estaba prohibido al yerno bañarse en presencia del suegro, comparándola con la licencia de los últimos tiempos, á cuya sazón se veían salir de la superficie de las aguas cabezas de patricios y cabezas de matronas mezcladas, cónsules que espurreaban á los senadores y el emperador que se arrojaba en la *natatoria* enmedio del populacho, y las esclavas que esperaban á sus amas en los cuartos para arreglar en las mojadas cabezas las *crines suppositi*, y untar los miembro de unguentos y pomadas.

—Las termas, señores,—dijo en esto el cochero.

Una gran muralla negra, y una gran puerta, es todo lo que recuerdo en la parte exterior. El primer momento en que nos encontramos delante de algo extraordinario, nunca queda en nuestra memoria claro y distinto. La puerta se abre; entramos en un especie de vestibulo y oimos una voz que dice:

—Aquí estaban los cuartos para los señores romanos que no querían bañarse en público.

Ni siquiera reparamos, y seguimos adelante hasta llegar al sitio donde exclamamos: ¡esto es, aquí!

Miramos á todas partes un momento en silencio.

Nos encontramos enmedio de un patio rodeado por cuatro muros altísimos. En el muro de enfrente hay una gran puerta por la cual se divisa otro patio. En el fondo de este, otra segunda puerta enfilada con la primera, por la cual se distingue otro tercero todavía, y así sucesivamente hasta un muro allá á lo lejos que parece cerrar el edificio.

A nuestra izquierda una puerta como las primeras y otros recintos, y otros muros y otras puertas; y todo desierto, silencioso como ciudad abandonada.

Miremos al suelo: todavía en algun ángulo se conservan trozos de pavimento de mosaico igual, intacto como si se hubiese hecho ayer. En algunos puntos, el terreno se levanta, en otros se baja. Cerca del muro hay un dorso de estátua. Al lado de la puerta algunas hornacinas vacías.

—Aquí estaba un grandioso pórtico, dice uno. No queda ni rastro; vamos adelante. Reina una soledad que casi dá miedo. Hémos aquí en el segundo espacio. Muros, puertas y montones de tierra como en el primero y desierto y silencio. ¡Oh! ya estamos en el centro del edificio; desde aquí ya se comprende algo. Veamos: miro alrededor: ¡cuán triste y grande espectáculo! Altísimos murallones oscuros, descascados, surcados por largas y profundas grietas que serpean desde lo alto hasta el suelo dejando en algun que otro trecho ver la campiña exterior. Altas y ligeras bóvedas semejantes á cúpulas de iglesias rotas enmedio de su inmensa curva y terminando en pun-

tas, picos, girones, retazos de arco prolongados y sutiles, amenazando inminente ruina. Aquí y allá enormes pilastras tronchadas, despedazadas por mitad como por un violentísimo é inmenso golpe, dejando en las quebraduras, á veces sutiles, puntas de lanza mirando al cielo como remates de obeliscos. Puertas y ventanas deformadas, derribadas como al empuje de un cuerpo mayor que su vano, y dentelladas en su contorno como bocas de mónstruos. Escaleras con las gradas arrancadas ó llenas de escombros y derruidas de mil modos diversos como por obra de manos rabiosas de locos atletas. A lo largo de las paredes agujeros de todas clases, y aberturas anchas y profundas cuyo fin no se percibe y vestigios interrumpidos de traviesas de los pisos y huellas de puertas, de hornacinas, de paredes intermedias, de canales y de pilas. Y en el suelo, envuelto entre tanta gigantesca ruina, trozos de pavimento semejantes á grandes macizos arrancados á témpanos, cubiertos todavía por antiguos mosaicos; mesas de mármoles, jaspes y granito, secciones de columnas de pórfido, lastras de asientos, fragmentos de estatuas, adornos de capitel, piedras de basamentos; todo revuelto, superpuesto, como derrumbado ayer por espantoso terremoto. Y entre monton y monton, entre ruina y ruina, yerbas y flores silvestres, con las cuales la tierra, última triunfadora, se ha abierto camino á través de los suelos marmóreos, saliendo á la luz del día después de tantos siglos en que estuvieron soterrados los tenaces gérmenes de estas plantas.

Se contempla y se medita.

Y es triste y penoso el esfuerzo intelectual que se verifica para reconstruir en la mente el edificio por completo.

No bastan aquellos restos; están demasiado rotos. Se sigue con la vista la curva de un arco, y se olvida el contorno de la columna; se marcha en la dirección mayor de una estancia, y el perfil de una pilastra se escapa á nuestro paso, huyen apenas dibujadas en la fantasía las líneas, y, con las líneas las proporciones, y con las proporciones el efecto, que sería ciertamente abrumador, del conjunto. Aquellas ruinas donde apenas quedan indeterminadas siluetas, son como notas interrumpidas de lejana música, que se adivina y no se goza.

Si hubiese algo más, pensamos; si por ejemplo aquella pared estuviese terminada en su cornisamento, si aquí no hubiese este gran vacío, si allí permaneciese todavía el átrio, cuántas cosas se podrían deducir y comprender ¡qué lástima!

Y mientras más veces se empieza con tal deseo la reconstrucción mental, se divisan ó se adivinan quizá por el vano de una puerta los primeros peldaños de una gradería; pero ¿quién sabe donde terminará? Se corre con gran curiosidad, se mira, pero la escalera se interrumpe á poco y la huella indicadora se ha perdido en absoluto. Vemos la embocadura de un recinto: ¿en dónde acaba? ¡Oh desilusión! termina en el campo. Se eansa la pupila de girar por las bóvedas indicadas, mejor que completas, y de resbalar por

las paredes que debían estar pintadas, pero en las cuales ni una línea puede dar indicio de un adorno ó de una dimension. Nada. En las vastas galerías donde se verificaban los juegos, no se conservan ni los estupendos pórticos que ceñían el edificio principal ni las grandiosas columnas que sustentaban el piso de enmedio. Y bien, se enlaza á aquel resíduo que se conserva, la série de ideas y de conocimientos más ó ménos definidos acerca de lo que las termas de Caracalla fueron en su época, y la imaginacion combina, conjetura, induce y fantasea. Las salas céntricas se puede suponer lo que fueran. Aquí se comprende que se nadaba; allá que se vestían; sobre esto debían estar la bibliotecas; por aquel punto bajaría el agua. Se persiguen atentamente las ondulaciones del terreno; se mantiene fija la mirada en los huecos y nichos vacíos como si todavía contuviesen las estatuas; se penetra en las celdas donde la imaginacion se recoge más, y se mira á lo largo del suelo y á lo ancho de las paredes.... ¡qué? nada, pero se mira y no se puede dejar de mirar antes de haber invertido mucho tiempo en tan extrañas contemplaciones.

El pensamiento se sumerge en el pasado.

Animo; recompongamos estos muros y extendamos sobre sus superficies grandes figuras fantásticas, y á lo largo de esas paredes; coloquemos alrededor del zócalo los dos mil asientos de mármol y en las hornacinas las obras maestras del cincel antiguo, el Hércules, la Flora colosal, la Vénus Callipigia; á lo largo de los pórticos, y circundando las salas, las columnas

de pórfido; y allá arriba, en lo alto, los huecos dorados y enguirnaldados; y allá abajo, en el fondo, los humbrosos jardines y las fuentes de los cien surtidores. Dos mil romanos presa de la embriaguez de los placeres. El ambiente perfumado. Caen de los hombros de las hermosas matronas, las blancas túnicas, suelta la clámide. Las esclavas quitan las purpúreas sandalias y desatan de las trenzas los hilos de perlas. En las aguas embalsamadas, sumergen sus rostros las bellas, encendidos de voluptuosidad. Al borde de los baños colócanse los siervos con los argentíferos vasos que contienen los aceites. Mézclanse al rumor de las aguas agitadas, las músicas y los cantos de los cenadores y glorietas, los gritos del pueblo que aplaude entusiasmado á los jugadores en las galerías. Óyese la voz de los poetas que declaman versos; y así por los ámbitos de las estancias, por las escaleras, por los corredores del edificio enorme, resuenan alegres acentos, tremolan cándidos velos, y pasan, suben, bajan, se encuentran senadores encanecidos y damas despeinadas, y jóvenes y esclavas, que se mezclan en un vocerío confuso, hablando lenguas con distintas pronunciaciones, y en difuso esplendor reúnen-se todas las riquezas del mundo.

Y ahora, ¡muros derrumbados, montones de piedra, yerbas silvestres y silencio sepulcral!...

¡Quién pudiese resucitar en un instante al golpe mágico de virtuosa varita aquella vida, contemplarla un instante y gozar sólo un minuto de ella á través de un velo!

Hoy todo ha cambiado.

En lugar de las vastas salas y de los circuitos de altas columnas, se han creado las jáulas sofocantes de los establecimientos balnearios; en vez de las grandes piscinas se han inventado las tinas donde apenas se puede uno revolver; se ha sustituido la música y el contento, por el esquilon para las señales y las campanillas para las llamadas!

Nos hallábamos en el último salon (ó campo, ó patio, ó corral, porque no hay techo), cuando el profundo silencio que reinaba fué roto por una voz:—

¡Ven aquí!

Miramos al sitio de donde procediera. Cierta soldado de infantería llamaba desde lo alto de un paredon, al cual se había encaramado, á sus compañeros que andaban por allá abajo, y les invitaba á admirar la magnífica vista que se descubría desde allí.

Algunos soldados recogían piedras de los mosaicos.

Otros experimentaban el eco, declamando voces de mando militares.

Más allá se veía una señora con un oficial.

Subimos todos al sitio que el soldado indicaba. La escalera está abierta en una pilastra, si mal no recuerdo. Es una escalera ancha y cómoda, pero sin fin! Llegamos sin aliento sobre un piso creyendo era el último, pero al mirar abajo, comprendimos que no estábamos sino á la mitad. Por todas partes superaban nuestras cabezas arcos y muros, que se alzaban más y más á medida que subíamos. Tornamos

á mirar abajo, y nos maravillamos de haber ascendido tanto. Desde este punto, era fácil formarse una idea aproximada de las dimensiones extraordinarias del edificio. Nos hallábamos sobre una lengua de bóveda lanzada en el vacío y que estaba en el aire por milagro. Si se paseaba la vista escudriñando las hendiduras, el vértigo desvanecía los sentidos. De un lado se enfilaba larga serie de puertas, y por allí, pegados al muro, nos aventuramos; mas faltaba la bóveda, y advertidos, volvimos pié atrás. Toda la celebrada campiña romana del Mediodía se distinguía desde aquel punto; se veía el monte Testaccio y los *desiertos prados del romano pueblo*, la basílica de San Juan Lateranense, y un indefinido acueducto.

Bajamos, dirigiéndonos á la salida, de sala en sala, de puerta en puerta, y viendo más salas y más puertas á entrambos lados, que nos producían el efecto de no haberlas antes visto. De pronto, notamos á la izquierda gran pórtico oscuro y largo espacio de terreno sin yerba, escombrado de mármoles. Nos acercamos. Eran pedazos de estatuas en montones. Hay trozos de cabezas con la frente y los ojos vueltos hácia el firmamento, que sin duda sostenían algo; trozos de atléticos guerreros sin cabeza; en un rincon, cabezas de dioses, de soldados, de emperadores, de vírgenes mutiladas y con la cara vuelta hácia el que las mira; secciones de fustes de columnas que tres hombres no pueden abrazar, y montones de adornos, de capiteles, y piedras, y cuñas de mosaico. Todos estos residuos echados por tierra y amontonados con cierto orden,

dan á estos lugares aspecto de campo santo; aquellas cabezas remedan cráneos y calaveras, y al verlas de pronto, se estremece uno como si lo mirasen. Entre otras cosas ví una mano de mujer con los dedos rotos y un trozo del antebrazo pequeño y elegante, aislado en un extremo entre otros pedazos de mármol; y es singular: casi despierta en el ánimo un sentimiento de compasion.

Salimos sin hablar.

Es el efecto que producen las termas. La gente entra, mira, anda, gira por todas partes, en silencio, callando siempre. Pasan unos al lado de otros y no se miran: piensan, meditan, reflexionan. Se entra contento y se sale triste.

Al volver á la ciudad, creimos que penetrábamos en un mundo nuevo. Yo pensaba en el extraño efecto que me causarán entre aquellos muros el eco de ciertas palabras piamontesas. Y tenía constantemente ante la vista figuras antiguas en actitudes alegres y orgullosas, y al recordarlas en los rincones de aquellas ruinas, se me metía el corazon en un puño.

Y repetía casi maquinalmente para mí mismo:

"Todo ha pasado."



REUNION POPULAR EN EL COLISEO

HORA: las tres de la tarde. El pueblo romano se dirigía al Capitolio para elegir la Junta provisional. Todas las calles que conducen al Campo Vaccino estaban llenas de grupos de ciudadanos con bandas de música y banderas. Llegados al Campo, los grupos se confundieron en tres ó cuatro larguísimas columnas encaminándose juntas hácia el Coliseo. Iban de ocho en ocho, de diez en diez, alineados como soldados y gritando de trecho en trecho exclamaciones de entusiasmo y aplaudiendo frenéticamente.

Las galerías del Coliseo ya rebosaban de gente; cientos de pañuelos y de banderas tremolaban en los altísimos arcos y resonaba todo el interior en continuo y difuso griterío como el mugir de mar tempestuoso. Se veía una columna de aquellos grupos entrar detrás de la otra, invadiendo el gran recinto, yendo sus individuos á rellenar de pronto los huecos que la muchedumbre dejara. Turbas de pueblo que ocupa-

dan á estos lugares aspecto de campo santo; aquellas cabezas remedan cráneos y calaveras, y al verlas de pronto, se estremece uno como si lo mirasen. Entre otras cosas ví una mano de mujer con los dedos rotos y un trozo del antebrazo pequeño y elegante, aislado en un extremo entre otros pedazos de mármol; y es singular: casi despierta en el ánimo un sentimiento de compasion.

Salimos sin hablar.

Es el efecto que producen las termas. La gente entra, mira, anda, gira por todas partes, en silencio, callando siempre. Pasan unos al lado de otros y no se miran: piensan, meditan, reflexionan. Se entra contento y se sale triste.

Al volver á la ciudad, creimos que penetrábamos en un mundo nuevo. Yo pensaba en el extraño efecto que me causarán entre aquellos muros el eco de ciertas palabras piamontesas. Y tenía constantemente ante la vista figuras antiguas en actitudes alegres y orgullosas, y al recordarlas en los rincones de aquellas ruinas, se me metía el corazon en un puño.

Y repetía casi maquinalmente para mí mismo:

"Todo ha pasado."



REUNION POPULAR EN EL COLISEO

HORA: las tres de la tarde. El pueblo romano se dirigía al Capitolio para elegir la Junta provisional. Todas las calles que conducen al Campo Vaccino estaban llenas de grupos de ciudadanos con bandas de música y banderas. Llegados al Campo, los grupos se confundieron en tres ó cuatro larguísimas columnas encaminándose juntas hácia el Coliseo. Iban de ocho en ocho, de diez en diez, alineados como soldados y gritando de trecho en trecho exclamaciones de entusiasmo y aplaudiendo frenéticamente.

Las galerías del Coliseo ya rebosaban de gente; cientos de pañuelos y de banderas tremolaban en los altísimos arcos y resonaba todo el interior en continuo y difuso griterío como el mugir de mar tempestuoso. Se veía una columna de aquellos grupos entrar detrás de la otra, invadiendo el gran recinto, yendo sus individuos á rellenar de pronto los huecos que la muchedumbre dejara. Turbas de pueblo que ocupa-

ban todo el trayecto de una calle, se veían perderse como insignificantes grupos en un lado del Circo. Continuamente aflúa más pueblo, y sin embargo, no parecía aumentar la multitud. Una parte de la primera galería rebosaba gente, y aunque no distaba mucho ni superaba más allá de la mitad de la altura del muro, no se podían á la simple vista distinguir, no ya las caras, sino ni aun las personas. De la galería abajo, en todas las gradas, en todos los macizos, en todos los altos y bajos del terreno habia pueblo, mujeres, niños, caballeros, pobres, todos vestidos de fiesta con cintas tricolores, escarapelas y cocardas.

A un lado del Circo habia un gran tablado sobre el cual se colocó una tribuna y alrededor muchas banderas tenidas por ciudadanos. Al pié de la tribuna y en torno al tablado, así como en las gradas próximas al palco, la gente se apretaba presentando el aspecto, mirado desde arriba, de una compacta superficie de caras y de *si* escritos en papeles adheridos á los sombreros. Delante del púlpito, se apiñó el grueso de la muchedumbre. Por todas partes veíanse brazos levantados de gentes que se hacían signos de inteligencia hasta los confines del anfiteatro; y allá en los puntos más altos de los muros todavía gentes y banderas. Las bandas tocaban y los gritos se elevaban al cielo, sereno y purísimo, resplandeciente de espléndida luz que hacía más bella y solemne la fiesta.

Hé aquí á Matías Montecchi.

En un fragoso aplauso prorumpen la multitud y en un agudo é interminable Viva!

El viejo patriota romano acompañado de los amigos, casi envuelto y oculto entre las banderas, sube á la tribuna con la cabeza descubierta y con voz conmovida dice:

—¡Pueblo romano, reivindicado á la libertad y restituido para siempre á la patria comun!...

Se interrumpe un instante, y despues exclama:

—...¡Yo te saludo!

Su última palabra muere en un sollozo, se ocultan los ojos con el pañuelo y cae sentado.

La muchedumbre lanza un grito de entusiasmo tendiendo los brazos y agitando las banderas.

—¡Silencio! ¡Silencio!

Montecchi empieza á hablar de nuevo, en voz baja, é interrumpiéndose de cuando en cuando. La muchedumbre ondeando y entremezclándose, se estrecha y oprime alrededor de la tribuna. Las palabras del orador no llegan hasta mí, me hago hácia adelante para oír algo.

—...¡El poder temporal del Papa—exclama—ha caido!...

Aplausos vivísimos.

—Ha caido en el polvo—grita una voz que sale entre la muchedumbre, y un brazo convulso se levanta y agita por encima de las cabezas.

—Ha caido para siempre—repite Montecchi...

—¡En el polvo!—insiste con acento imperioso la voz de antes.

—¡Silencio! ¡Silencio!

—La caída del poder temporal de los Papas,—pro-

sigue Montecchi—es uno de los más grandes hechos registrados por la Historia...

Un joven á mi lado alza una mano y grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Por la historia de la civilizaci6n!

Montecchi se vuelve, y mira como para averiguar qué es lo que han dicho, y repite:

—...Uno de los más grandes hechos registrados por la Historia...

—¡De la civilizaci6n!—repite el joven.

—De la civilizaci6n—añade Montecchi con ademán condescendiente.—Ahora nos toca á nosotros mostrarnos dignos de nuestra fortuna. Roma no puede permanecer ni aun por pocos dias sin Gobierno...

—¡Viva Italia!

—...nuestros enemigos podrian sacar argumentos en contra de nosotros, y decir que el pueblo romano no está todavía preparado para la libertad...

—¡Viva la libertad! ¡Abajo los enemigos de Roma!
¡Viva Víctor Manuel en el Capitolio!...

—¡Viva!... pero os ruego que me dejéis continuar...

—¡Viva Montecchi!

—Gracias, gracias... pero un poco de silencio... es preciso elegir la Junta... Hubiéramos querido que el pueblo la eligiese de modo regular por papeletas, con su voto individual... Pero no hay tiempo... y hemos pensado que es mejor pedir directamente su voto en comunidad al pueblo romano...

—¡Bravo! ¡Viva!

—... al pueblo romano, facilitándole la operaci6n por medio de una lista de ciudadanos pertenecientes á todas las clases de la sociedad y á todos los partidos políticos...

—¡Bravísimo!

—Un momento... Ahora bien: ya comprendéis que sería imposible abrir discusi6n sobre cada uno de los nombres que son cuarenta y cuatro. Es preciso, pues, que os limiteis á aprobar ó rechazar la lista en su conjunto, en su totalidad. Habrá, quizá, algun nombre que no guste á alguno; pero ya comprendéis que no es posible formar una candidatura de cuarenta y tantas personas que parezcan igualmente aceptables á todos. De cualquier modo, en todo caso se podrá cambiar alguno. Terminada la lectura concederé la palabra á uno de vosotros á fin de que exponga su opini6n y diga las razones que se le ocurra en general contra la propuesta de la Comisi6n que ha formado la candidatura. Despues de que este haya hablado, entendedlo bien...

—¡Viva Víctor Ma...—grita de improviso una voz agudísima.

—¡Silencio! ¡Cállate!—le interrumpen por todas partes.

—Mira ese que no quiere que se diga *viva el Rey*,—grita el entusiasta importuno dirigiéndose á uno de sus interruptores.

—¡Pero quién te dice que yo no quiero que se diga *viva el Rey*? Digo solamente que no es ahora el momento.

—¡Ya! ¡No es el momento ahora que tenemos libertad?

—Pero ¡miren qué bárbaro!

—¡Escucha! Oye tú...

—¡Silencio! ¡Silencio!—grita Montecchi.—Concededme unos minutos de atención... Oid: despues que cada uno de vosotros haya hablado, os propondré la votacion de la lista, en total se entiende, y entonces, comprendedlo bien, los que aprueben levantarán en alto el sombrero.

Trescientas ó cuatrocientas personas se quitan el sombrero.

—No; no ha llegado el momento—grita Montecchi—ya os lo quitareis despues; ¿cómo quereis aprobar ahora la lista que todavía no he leído?

Risa general; dicterios de todas clases lanzados por los vecinos de todos aquellos que se quitaron el sombrero; rumores prolongados.

Montecchi:—Os suplico... que guardéis... un poco de silencio... unos instantes nada más... El que apruebe la lista, cuando se lea, se quitará el sombrero; y el que niegue la aprobacion permanecerá con el sombrero puesto. Si hubiera algun nombre que descárais cambiar, el de vosotros que quiera venir aquí á hablar lo dirá, y los nombres serán cambiados. Pero hacedme el favor de dejarme leer todos los nombres de una vez sin interrumpirme. Hablareis despues. Ya comprendéis perfectamenre que es la única manera de verificar la eleccion pronto y bien. Si por ligeros discentimientos sobre este ó aquel nombre tuviésemos

que permanecer otro dia más sin gobierno, suministraríamos pretexto á nuestros enemigos para calumniar al pueblo de Roma.

Vivos aplausos.—¡Viva la Junta! ¡Viva Montecchi! ¡Viva Víctor Manuel en el Capitolio!

—¡Viva!... Y ahora os ruego por última vez... un poco de silencio.

Uno de los que están al rededor de la tribuna alza tanto su bandera, que casi le salta un ojo á Montecchi.

—Quita allá esa bandera—le grita un vecino.

—¡Es la bandera nacional!—responde con altivez.

—Ya lo veo, ¿pero porque sea la bandera nacional vas á saltar los ojos á la gente?

—¡Mira, mira este reaccionario! ¡Será cura!

—¿Cura yo?

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!—suena por todas partes.

—Leeré los nombres, dice Montecchi; prestad atención, y os suplico de nuevo que no me interrumpais, para abreviar; tened paciencia.

—¡Que lea! ¡Que lea!

Un profundo silencio se establece en la multitud.

—Fulano de Tal.

Pasa en silencio; un momentáneo rumor sigue á la pausa en silencio.

—Zutano de Tal.

—Vivos aplausos, el pueblo está bien dispuesto, el asunto vá bien

—Perengano de Cual.

Una tormenta de silbidos y de gritos; una agitación de manos; un mover de piés; un mezclarse en continuado fracaso y estrépito infernal se produce y prolonga por espacio de cinco minutos en todos lados. Montecchi cruza los brazos sobre el pecho y espera resignado que se aquiete la tempestad.

Finalmente alza una mano.

—¡Silencio! ¡Silencio!— gritan de todas partes.

—¡Señores!...— empieza Montecchi con un hilo de voz,—os pido el favor ya que las cosas han marchado bien hasta el presente, que continuemos como hemos principiado sin discutir los nombres, sin perder el tiempo, y ya hablará uno por todos; porque hablando todos juntos no se acaba nunca ni se concluye nada. Dejarme leer toda la lista, tened un poco de paciencia todavía.

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Que lea! ¡Que lea! ¡No se discute! ¡Silencio! ¡Dejadlo leer!

Montecchi lee:—Perengano de Tal y Cual.

Otro más violento estruendo se promueve. Montecchi vuelve á cruzar los brazos en actitud de resignación.

—¡Abajo, abajo!—gritan algunos.

—¡No, viva, viva!—responden otros.

—¿Cómo que viva? ¡Abajo! ¿Quiénes son aquellos que gritan viva? ¡Fuera! Ha pasado el tiempo. ¡Abajo, abajo!

—Montecchi:—Os ruego...

—¡Abajo los comerciantes!

Montecchi con voz apagada:—Os pido que no discutais los nombres...

—¡No se discuten, no se discuten!

—¡Vive Dios! lo que se hace es señalar á los mercaderes que negocian en todo.

Aplausos prolongados.

—No discutan: os suplico que...

—¡Esos han dejado matar al pueblo romano!

Estrepitosos aplausos.

—... pero pido...

—¡No lo queremos!

—... un poco de silencio...

—¡No lo queremos!

Cien voces juntas:—¡Que hable uno solo, vive Cristo!

El ruido es ensordecedor, la multitud está agitadaísima, algunos apostrofan con calurosas palabras á Montecchi, otros apostrofan á la muchedumbre desde las galerías, tremólanse las banderas, fórmanse grupos, apláudese á compás en son de broma, se hace ruido con piedras siguiendo el compás de los aplausos, es un estruendo del diablo.

Poco á poco vuelve la paz: Montecchi continúa leyendo. El primer nombre pasa. El tercero es acogido con largos aplausos. Ocho ó diez más no encuentran oposición. Alguno que otro provoca un pequeño rumor... ¡Dios sea loado: se ha terminado la lista!

Vivos aplausos.

Montecchi vuelve á caer sobre la silla y se enjuga la frente.

Al estrépito sucede murmullo continuado.

—Ahora ¿quién habla?

—¿Quién quiere hablar?

—Habla tú.

—¡Fulanito ha dicho que hablaría!

—No, que hable Zutano.

—¿Vamos á hablar nosotros?

—Que hablen, que hablen ellos.

—St, st, st, que están hablando.

—Al pié de la tribuna dominando un poco las masas se alza una cabeza y se extiende un brazo.

—Silencio, silencio.

Reina un silencio general y se escucha una voz incierta y sutil.

—¡Ciudadanos!: tomo la palabra en un momento solemne...

Un rumor inesperado que nace de un lado del anfiteatro cubre la voz del orador.

—... tomo la palabra en un momento solemne...

Uno que está cerca le interrumpe; el orador se vuelve:—¿En nombre de quién habla?

Sigue una granizada de dicerios entre el orador y el interruptor; Montecchi interviene, el orador vuelve hacer uso de la palabra.

—¡Más fuerte, que no se oye!

—Suba aquí—le dicen los miembros de la Comision;—venga á lá tribuna, se hará oír mejor.

Y todos los que hay cerca empujan al orador, y que quieras que no, lo llevan hasta la tribuna. Al fin, subido en los hombros, y cogiéndose á un baston y luego á las manos de los de la Comision, trepa hasta

el palco y ocupa la tribuna. Es un jóven de veinticinco años, alto, pálido. Lleva la cabeza vendada. Ha sido herido por los zuavos en el Capitolio; la muchedumbre lo acoge con un aplauso general.

—¡Silencio!

Ya habla.

Al principio no se oye; pero su voz poco á poco adquiere volúmen y vigor, y la palabra sale vibrante y clara.

—....¡Bien hicieron los egregios individuos de la Comision en reunirse en este antiguo y augusto recinto! Han demostrado con esto, que de hoy más, los intereses del pueblo no se abandonarán á las intrigas cortesanas, sino que serán discutidos y defendidos á la luz del sol en medio del pueblo, por el pueblo y para el pueblo!

Aplausos atronadores.

Una voz:—¡Canta claro!

Otra voz:—¡No, ya se conoce que no tiene miedo!

Voz tercera:—¡Así es como hay que hablar!

Prosigue el orador:—....En este recinto que el tiempo ha corroido, pero no destruido; entre estos muros ennegrecidos por los siglos....

Violentas interrupciones;—¡A la cuestion, á la cuestion!

El orador levanta la mirada y los brazos al cielo:—....Veo los arcos del coliseo poblarse de misteriosos fantasmas....

Nuevas y más violentas muestras de desaprobacion y de protesta.

- ¡Al grano!
 —¡No queremos sermones!
 —¡Los sermones se han acabado!
 —¡No necesitamos lecciones!

El orador continúa hablando; pero su voz acaba por ser sofocada en el estrépito de la muchedumbre.

Una voz estentórea se alza sobre todas las que hienden los aires y hace volver la cara á todo el mundo.

- ¡La cosa es clara! ¡La lista no nos gusta! ¡No queremos liberales del momento! ¡No queremos liberales de ocasion!...

Cada frase ha sido recibida por un aplauso general.

- ...¡Queremos gente probada, patriotas verdaderos, en cuyas vidas se vea claro!

Continúan los aplausos en la misma forma.

- ¡No queremos *mercachifles*!

Tercera salva de aplausos.

- Vé á hablar tú.

—¡Que suba á la tribuna!

—¡Haz valer nuestras razones!

—¡Que vaya!

—¡Pronto!

—¡Arriba!

El afortunado orador solicitado é impulsado por todas partes, llamado por Montecchi, excitado por los gritos de la gente que está lejos, se abre paso entre las masas que se mueven de acá y allá culebreando para estrechar más y más el círculo alrededor de la

tribuna. Yo me dejo ir en una de estas corrientes, me abandono á ella por no poderla resistir, y á los pocos minutos, en vez de encontrarme más cerca del palco, me encuentro sudando, jadeante y desabrochado fuera del Coliseo. Hé ahí, pues, todo lo que ví y oí.

Estuve un momento incierto entre si debía volver dentro ó marcharme, y adopté un partido medio entre los dos. Subí á un alto del terreno al lado del arco de Constantino, y como decía mi amigo Arbib, *me puse á hacer poesía inútil*, mirando al Coliseo.

Los gritos de siempre, pensaba; la habitual confusión, la acostumbrada comedia de las reuniones populares. ¿Pero qué importa lo que allí se haga y lo que allí se acuerde? Son gritos de libertad y basta para que al escucharlos desde aquí y á oírlos salir desde el Coliseo, despierten en mi alma nueva alegría, inefable, superior á todos los goces y á todos los placeres que ha experimentado hasta el día causados por el amor pátrio.—¡Viva el Rey!—¡Viva la libertad!—¡Viva el ejército!—...¡en el Coliseo! ¡en este campo, entre estos arcos!

...—Bonghi, dice, que aquí nos sentiremos pequeños. ¿Por qué? Pequeño se reconocerá el que pudiera medirse ó compararse con el que fué grande. Nosotros no venimos aquí á medirnos, sino á inspirarnos, á buscar fuerza y valor, á meditar y á admirar. ¡El Coliseo!—He oído preguntar:—¿Qué puede decir el Coliseo? ¿Os narrará las glorias de los gladiadores y el suplicio de los cristianos? Y yo respondo:—Sí...

En aquel instante también me interrumpieron á mí

mi discurso, el discurso que para mí mismo iba á pronunciar sobre el Coliseo. Resonaban interminables vivas y las bandas de música no cesaban de tocar. Y hé aquí cómo se cambia mi discurso.

—...Sí; ahí está lo que me dice el Coliseo. Me dice que donde los hombres esclavos eran despedazados para proporcionar solaz á un tirano, se reúnen ahora ciudadanos libres para saludar á un Rey electo, querido y amado; me dice que donde perecieron en la oscuridad, ó en medio de las llamas los apóstoles de la fraternidad y de la igualdad, vienen ahora los hombres libres é iguales á ejercitar sus derechos y á cumplir sus deberes, alegres, contentos, serenos y satisfechos. ¿Y os parece poco esto? ¿Y se podrá ahora decir que el Coliseo es mudo y nada dice?

Otro estrepitoso fracaso de músicas y exclamaciones volvió á interrumpir mi peroracion.

Después llegó á mis oídos una voz penetrante:—
¡Viva la libertad!

—¡Ah! exclamé vuelto al Coliseo como si me pudiera oír;—consuélate, viejo gigante; tan ruinoso y truncado como estás por algunas partes, jamás fuiste tan bello ni tan grande en los tiempos de los Emperadores!

¡En aquel momento caía el sol de lleno dentro de todo el Circo, y por entre arco y arco se veía un mar de banderas!



LA INSTRUCCION DE LA MUJER

ANÉCDOTA



ACE algun tiempo que un periodista ingenioso y docto declaró públicamente que prefería las mujeres que escriben *beso* con *v* á las que lo escriben con *b*; y aquellas que toman á *Polonia* por el nombre de una mujer á las que saben que *Polonia* es un país.

Leyendo el agudo artículo en el cual se proponía demostrar el aludido periodista la razon de sus preferencias, recordé una escena ocurrida á cierto amigo mio, de la cual me parece que se puede sacar alguna enseñanza acerca de la cuestion de *Polonia* y del *beso*.

mi discurso, el discurso que para mí mismo iba á pronunciar sobre el Coliseo. Resonaban interminables vivas y las bandas de música no cesaban de tocar. Y hé aquí cómo se cambia mi discurso.

—...Sí; ahí está lo que me dice el Coliseo. Me dice que donde los hombres esclavos eran despedazados para proporcionar solaz á un tirano, se reúnen ahora ciudadanos libres para saludar á un Rey electo, querido y amado; me dice que donde perecieron en la oscuridad, ó en medio de las llamas los apóstoles de la fraternidad y de la igualdad, vienen ahora los hombres libres é iguales á ejercitar sus derechos y á cumplir sus deberes, alegres, contentos, serenos y satisfechos. ¿Y os parece poco esto? ¿Y se podrá ahora decir que el Coliseo es mudo y nada dice?

Otro estrepitoso fracaso de músicas y exclamaciones volvió á interrumpir mi peroracion.

Después llegó á mis oídos una voz penetrante:—
¡Viva la libertad!

—¡Ah! exclamé vuelto al Coliseo como si me pudiera oír;—consuélate, viejo gigante; tan ruinoso y truncado como estás por algunas partes, jamás fuiste tan bello ni tan grande en los tiempos de los Emperadores!

¡En aquel momento caía el sol de lleno dentro de todo el Circo, y por entre arco y arco se veía un mar de banderas!



LA INSTRUCCION DE LA MUJER

ANÉCDOTA



ACE algun tiempo que un periodista ingenioso y docto declaró públicamente que prefería las mujeres que escriben *beso* con *v* á las que lo escriben con *b*; y aquellas que toman á *Polonia* por el nombre de una mujer á las que saben que *Polonia* es un país.

Leyendo el agudo artículo en el cual se proponía demostrar el aludido periodista la razon de sus preferencias, recordé una escena ocurrida á cierto amigo mio, de la cual me parece que se puede sacar alguna enseñanza acerca de la cuestion de *Polonia* y del *beso*.

Es un caso práctico que tal vez sirva para largo razonamiento.

Supongo ante todo, que este amigo escribe, aunque no es un águila, como decirse suele; pero hay quien le ha asegurado que no deja de tener determinada aptitud para las letras, con lo que dicho se está que lo han envanecido; presuncion que se notará en el siguiente cuento.

Perdónensela, en gracia á la universalidad del defecto.

Referiré sus mismas palabras.

*
*
*

...A medida que escribía algo—me dijo—enviaba diez ó doce ejemplares de mis trabajillos á mi casa. Mi familia guardaba dos ó tres y regalaba el resto á los vecinos.

Un día, mi madre me escribió entre otras cosas, que tuviese ánimos y que continuase trabajando con ardor puesto que había señoras impacientes. Estas señoras impacientes, que siendo vecinas y amigas de mi madre habría podido yo conocer en la primera escapada que hiciese á casa, me estimularon de un modo extraordinario.

No es que yo andara dando vueltas á mi magin con conquistas ó cosa análoga, sino que me halagaba la dea de despertar simpatías desde lejos, preparándome á una acogida especial al llegar sin ser esperado, y siendo de tiempo atrás deseado, en cambio... ¿qué se yo? pero es el caso que me animaron mucho á trabajar.

De cuando en cuando me escribían de casa: "Se te lee, se te lee."

Por último, llegó el momento de volver unos días al lado de la familia.

Omito la narracion de lo que yo fantaseé durante el viaje. Tenía siempre delante á las lectoras. Me representaba en la imaginacion la llegada, la primera entrevista, las exclamaciones de sorpresa, los apretones de mano, los ojos curiosos fijos en los míos para buscar en mi pupila la espresion de los sentimientos vertidos en mis escritos, las preguntas ingenuas con respecto á este ó el otro particular, de este ó aquel trabajo, el deseo de saber cómo lo pensé, cuándo concebí el designio de describir tal hecho, de donde saqué asunto para el tercero... y mil otras chiquilladas que han pasado por el cerebro de todos los que emborronaron cuartillas; y si alguno lo niega, miente.

Podría jurar que mi vanagloria no era un orgullo vulgar. Había en ella ingenuidad y casi me atreveré á decir hasta cierta gracia y gentileza. Buscaba y sentía en mí la necesidad, no tanto de una satisfaccion para el amor propio que me sirviese de premio, cuanto una animacion é incentivo, una muestra que pudiese ser goce de honesto escritor, con objeto de sacar estímulo de él, perseverando en el estudio de la literatura, en el culto de los afectos nobles y en la resolucion de no escribir jamás sino cosas útiles y buenas.

En la ciudad donde escribía no me faltaron á la verdad satisfacciones de la índole de aquellas que iba á buscar en la vecindad de mi madre; pero no sé por qué me parecía que éstas debían agradarme más y ser más dulces y eficaces que aquéllas, para mis propósitos; principalmente quizás porque mi familia iba á ser testigo, y yo gozaría por ella y por mí.

Al fin llegué, y las primeras preguntas que hice en mi casa fueron:

—¿Y las vecinas? ¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¿Qué hacen? ¿Cuándo vienen?

—Las vecinas—respondió mi madre,—son las señoras tal y tal. Las encontrarás esta noche todas reunidas en casa de la señora C., aquí abajo, en el primer piso, á las ocho. Pero te advierto que no son jóvenes.

—¿Ni siquiera una?

—Ni una siquiera.

Verdaderamente, pensé para mi coleteo, habría sido mejor que... ¿Pero qué importa? Despues de todo, la simpatía, la amistad, *la correspondencia de amorosos sentimientos*, que debe entablarse en general entre quien escribe y quien lee, no tiene nada que ver con los años. Y más bien, es preferible que no sean unas chiquillas casquivanas; porque los libros y los escritores no resultan buenos ni son estimados sino á cierta edad, cuando los goces alegres y rumorosos de la juventud pasaron y el alma se recoge en sí misma...

—Escucha—añadió mi madre;—no pienses que vas á encontrar literatas ni doctoras; se trata de buenas señoras, simplemente buenas. Creo que de literatura no han de entender mucho, me parece.

—¿Mas qué importa! Ni aún esto—continuaba yo argumentando en mi interior.—Mejor todavía: almas ingenuas, sencillas, no extraviadas por la lectura de ciertos libros, sin retóricas ni afectacion ridícula

propia de una falsa *sensiblería*: gente que lee con el corazon y con el corazon responde.

—Advierte—insistió mi madre—que una de estas señoras está preocupada porque sabía que tú llegabas y tenía miedo de que tú no supieses hablar más que en italiano.

—Pobre señora, pensé. Cuán grato y cuán dulce debe resultarle el ver expresados en una lengua para ella mal conocida, y que sin embargo desea aprender, los afectos más íntimos, las palabras más delicadas, las imágenes más suaves de su alma. ¡Ah! Así, ella debe exclamar al leer, así se dice. Así diré. De hoy en adelante podré expresar este sentimiento. Esta necesidad del corazon, la podré significar de hoy más.

—¿Pero lo han leído todo? ¿Todo mi libro, no es verdad?—pregunté.

—Lo creo, me lo han dicho al menos, me preguntaban siempre por tí, y me han rogado continuamente que te escriba animándote para que no dejes de trabajar y que mandases lo que publicaras; habrían querido que escribieses con diez plumas á la vez.

—¡Ah! exclamaba yo allá en el fondo de mi corazon, escribiré doscientos volúmenes!

Llegó la hora de la visita; ya estaban prevenidas y me esperaban. El marido de la señora del piso principal vino á buscarme. Esperaba yo cumplimientos extraordinarios, pero no me dirigió sino los usuales. Me dió compasion. ¡A qué duro yugo están condenadas las mujeres! Es imposible que éste comprenda á

la suya. Era un viejecillo con tal cara que metía miedo.

—Tendré el honor—me dijo al bajar—de presentarlo á mis dos chicas mayores.

Llegamos á la puerta, llamó, adopté un aire modesto y entramos.

Era una sala grande, amueblada con cierta elegancia vulgar, é iluminada por tres quinqués de aceite colocados sobre tres rinconeras en los ángulos más alejados de la puerta. Había poco más de una docena de personas repartidas en tres círculos. La señora de la casa no se hallaba en el salon en aquel momento. El dueño me condujo al grupo más próximo, y me presentó á sus dos hijas (bastante feas), y que me saludaron con cierta reserva.

—Se contienen, dije para mí.

—La señora Tal—añadió el dueño de la casa, indicándome una dama que rayaba en los cuarenta, alta y enjuta,—es íntima amiga de su señora madre. Me incliné y tomé asiento.

La señora me presentó á su hijo, jovencillo de diez y seis años que me apretó la mano con viva resolución, mirándome frente á frente.

—Ha llegado el momento, pensé: ahora llueven los laureles.

—Con que.....—empezó la señora despues de haberme mirado de piés á cabeza, (ni sonrisa, ni mirada penetrante, ni sorpresa, nada en fin, sin duda se reserva)—¿con que V. ha venido á pasar algunos dias con su madre, no es verdad?

—Sí, señora.

—¡Oh, bravo! Ha hecho V. bien. Y..... ¿cómo le va á V. en Florencia?

—Bien, gracias. No puede irme mejor.

—Y..... he oído decir que trabaja.

—Psché, un poco.

—Escribe, escribe, ¿no es eso?

Hice un signo afirmativo.

—¡Oh, bravo! Hace V. bien; estará V. contento. No hace V. lo que los otros jóvenes que no hacen más que malgastar el tiempo en diversiones. ¿Y después qué hacen? Qué han de hacer: lo que hacen todos, arrepentirse en su día. Trabajando, siempre, se gana algo, ó por lo menos, no se pierde nada: ¿no es verdad?

—¡Gran Dios, dije para mí, qué es esto!

—Hemos leído sus... cosas..

Hice por sonreír, bajando la cabeza en ademán de dar gracias.

—¡Oh, bravo! Ya lo creo..... muy bien, vaya si hemos leído..... no, no, deje V. que se lo repita: son muy bonitas las cosas que ha escrito V.; deje V. que se lo diga, lo han dicho otros, también, que las han leído. Ya se ve, ya se ve que tiene V..... disposición.

Siguió un minuto de silencio.

—También mi hijo, vea V., también va sacando disposición para escribir.

El muchacho se ruborizó, interrumpió á su madre y me echó una mirada:

—Sí, sí, tiene disposición; ¿á qué negarlo? Cuando está de vena, ¿sabe V? Cuando está de vena, se sienta á la mesa, y zás, de un tiron se echa al cuerpo cartas de dos plieguecillos, sin parar, ¿sabe V? sin parar. Pero, eso sí, se necesita que esté de vena; porque si no..... no. Y escribe, escribe muy bien. ¡Vaya!.....

—¡Pero mamá!—interrumpió el chico avergonzado.

—Pues sí, también tiene él su poquito de talento. No, no le falta. ¡Lástima que V. no se detenga aquí más! Porque Vds. se tratarían..... estudiarían juntos..... se enseñarían el uno al otro lo que escribirían..... y vamos, cuántas veces, como suele decirse..... más ven cuatro ojos que dos ¿estamos?

—Pero mamá, ¡qué cosas! Si el señor es ya un escritor!

Yo estaba aniquilado.

—Pues sí, precisamente porque escribe el señor, te podría ayudar. Ya comprenderás que no quiero decir que tú sepas ya más que él, no; pero cuatro ojos... y trabajando reunidos... me parece á mi, es decir, digo que me parece, quizá me engañe; pero, vamos, creo yo que saldría mejor. Porque después de todo... la emulación..

Apareció la señora de la casa: cara de buenísima persona. Vino á mi encuentro con aire complaciente, y presentándome las dos manos. Un rayo de esperanza lució en mi corazón. Y me dirigí hácia ella como hácia mi salvador.

—¡Oh, bien venido! me alegro tanto de tener el

gusto de conocerlo; soy muy amiga de su señora mamá, y he oído hablar tanto de V...

Empecé á tomar aliento.

—He oído que es V. un... científico... de primer orden.

—¡Dios eterno! ¡Qué escucho... adios esperanza!

—Venga, venga V. conmigo que lo quiero presentar á las amiguitas.

Y tomándome de la mano me condujo á otro ángulo donde había tres señoras sentadas en fila, todas tiesas, serias, mudas, que remedaban estatuas. Dos eran jóvenes, mas desagradables.

La dueña de la casa me las nombró una por una, y despues señalándome, añadió:

—El señor Tal.

La trinidad se inclinó.

—Jóven... muy... distinguido.

La trinidad repitió la cortesía.

—Que es muy... notable para... hacer sus composiciones.

Siguió un momento de silencio que ni siquiera interrumpió el saludo tercero de la trinidad. Y yo estaba inmóvil, petrificado.

—¿Compone música?—apuntó una de las tres personas, con cierta displicencia.

—No, no, repuso la señora, compone (y me interrogó con una mirada al propio tiempo que hacía memoria ó buscaba la palabra, haciendo entendimiento, y moviendo el dedo pulgar de la mano derecha contra el del corazon y el índice, como quien cuen-

ta dinero ó llama al gato), compone... prosa, ¿no es esto?

Bajé la cabeza en razon de asentimiento. La trinidad no quedó muy satisfecha á juzgar por el jesto. La dueña de la casa desapareció y yo me atreví á sentarme al lado de la... trinidad. Una de sus personas movida á compasion por el embarazo que yo revelaba, me dirigió la palabra. Era tambien amiga de mi madre. Era tambien de las lectoras.

—Conque...—é hizo que pensaba un poco,—V. se entretiene en escribir?

—Sí señora.

—Es un pasatiempo muy agradable.

Me contenté con mirarla.

—Y además, es hasta un desahogo.

—¡Ya!

—Todos tenemos instantes en los cuales la *superabundancia de ideas*, nos obliga, por decirlo así á exponerlas... Podría decirse que es una necesidad del hombre... sin contar con que es magnífico ejercicio porque claro, con la práctica, se adquiere mucha facilidad.

¡Dios de Dios!

—No hay nada mejor que la práctica en materia de escribir. ¿Ha impreso V. algo de lo que ha escrito?

Mientras que me volvía á mirarla asombrado y descuajado, se oyó en un rincon de la sala sonora carcajada. Miré y ví un grupo que se dirigía á mí riendo á más no poder. Alguien debía haber contado

alguna anécdota. La señora de la casa, apretándose el pecho con una mano para que no reventasen los pulmones, se vino á mi lado y los demás me rodearon.

—Nada, es preciso; esto merecé que V. lo describa en uno de sus... temas.

E interrumpiéndose á cada momento por los golpes de risa de ella y de los circunstantes, me repitió una anécdota, con efecto. La cual consistía, segun pude comprender, dado mi estado de ánimo, que se reducía al hecho, verdaderamente cómico hasta.... el *summum*, de que se habían cambiado dos señores sus sombreros respectivos la noche antes, allí mismo, en la antesala, y ¡oh!... es para morir de risa... y no lo advirtieron hasta la noche despues, en la misma casa ¿será cosa?

—Y V. debe hacer una novela sobre el particular.

—No, una poesía—dijo otro.

—No, no, una oda—añadió un tercero.

Y ríe que ríe.

—Amplificando—expuso á su vez el dueño de la casa, al ver que yo no presentaba síntomas de hilaridad, ni demostraba hallarme inclinado á complacerlos,—amplificando, añadiendo, quitando, en suma, como saben Vds. hacer, se podría hacer algo; no digo yo que se hiciera.... ¡un poema! (y se echó á reír); pero sí una cosilla, algo, en fin..... caramba, caramba con el Sr. Lipi! ¡Já, já, já!

Todos juntos se alejaron para ir á rodear á un jovenzuelo que entró á la sazón, "cara de mico alegre

mal nutrido" (1), atildado, alisado, empomado, en-cosmeticado, y que respondía con gravedad cómica á los saludos, á los sonrisas y á las demostraciones de alegría con que se le acogiera. Creí comprender que era notable aficionado de piano.

La dueña de la casa lo condujo delante de mí, y toda la concurrencia detrás.

Me lo nombró, le hice una inclinacion de cabeza, y á mi vez, yo le fuí presentado.

—Habrá V. oído hablar de este, caballero—agregó á mi nombre la señora de la casa.

Él, en medio del silencio general, alzó los ojos al techo, arrugó el entrecejo, estuvo algunos segundos haciendo como que reflexionaba y luego movió á derecha é izquierda la cabeza para dar á entender que no me conocía.

Todos me miraron y yo me puse encarnado como la grana.

A los pocos minutos aquel petimetre tocaba el piano; otros jugaban á las cartas; otros en el rincón opuesto se entretenían con ciertos juegos de sociedad de los cuales no me acuerdo. Desde aquel momento todo lo que ví fué como á través de un velo. Abandonado allá en el fondo devoraba en silencio mi humillacion, mi rabia y mi vergüenza; habría querido estar debajo de siete estados de tierra; me creía el hombre más infeliz de los hombres. ¡Oh pobres sueños míos,

(1) Con ese verso de cierto aplaudido autor dramático español, militar también como Amicis, he creído traducir fielmente las palabras de éste.

pobres esperanzas, pobres libros, qué lástima de noches pasadas trabajando con la frente ardiendo, con el corazón conmovido, y los codos en la mesa! Pensaba en mi madre y sentía casi compasión. ¡Si estuviese aquí y me viera! Pero yo no pretendía demasiado—decía para mis adentros con el acento del pobre á quien se rehúsa una limosna,—no pedía ser admirado, festejado, alabado; buscaba solamente una palabra galante, una mirada que me dijese, "te conozco;" una sonrisa por la cual pudiese comprender que aquí se sabía que pienso, siento y trabajo... ¡Ah, pero sois unos estúpidos!

Recuerdo, así, en confuso, que me llevaron el cuaderno de un chico para que le hiciera las correcciones en las planas. Recuerdo que me presentaron á un maestro de escuela, el cual me preguntó por los estudios que yo había cursado, luego que la dueña de la casa nos dejara solos diciéndonos con la más ingenua inocencia: —Gracias á Dios que he encontrado buena compañía para V. Recuerdo que me preguntó una señora si en la Toscana se hablaba bien, y habiéndole yo contestado que hablaban no bien, sino muy bien los campesinos, todos cuantos escucharon mis palabras lanzaron al viento una ruidosa carcajada. Recuerdo que en el momento de despedirme, mientras todos me miraban con aire entre curioso y compasivo un chico me saludó gritando: —adiós, poeta—saludo que provocó otra risotada general en toda la cuadrilla. Y finalmente, cuando me perdía por las escaleras percibí un "Escriba" "Escriba" de la dueña de la casa que me hizo el efecto de una puñalada en el corazón.

No más, no más, repetía al echarme en la cama lleno de amargura y mal humor; no más entre esta clase de gente. ¡Sencillez, inocencia primitiva, candor?... qué disparate; lo que es, es una ignorancia, una vulgaridad que abrumba, una estupidez que sofoca y que hiere todo lo que hay de más noble y más elevado en la inteligencia humana. Y si los hijos de estas buenas señoras, si Dios se los conserva, llegan á tener una chispa de ingenio, un átomo de sensibilidad, si sienten el deseo de espontanearse, de ser conocidos, animados, inspirados... qué diablo encontrarán en sus casas? Representarán ante las madres una figura análoga á la que yo he representado; y..... representarla delante de las madres de otros, pase: pero representarla delante de la propia, debe ser duro, oh, muy duro!

Y de entonces acá, cada vez que en una casa de gentes modestas me obligan á escuchar á las niñas que van á la escuela declamando versos ó leyendo composiciones italianas, no me aburro ni me molesto como antes, ni me parece ostentación necia y ridícula; porque pienso que aquellas niñas cuando sean madres de familia y reunan personas en sus casas, no harán pasar una noche en el infierno, como la que yo pasé, á ningún joven que estudie y que trabaje.....

*
*
*

Hasta aquí mi amigo.

Me parece, repito, que resulta un caso práctico bastante elocuente. Dejo las deducciones á los lectores y hago punto final...

Ah, se me olvidó decir, pero casi creo inútil añadirlo, que todas aquellas señoras, si no escriben *bese* con *v*, ciertamente en el momento de escribirlo deben dudar un poco; y hasta me atrevo á creer que son un tanto superiores á la mujer tipo del periodista ingenioso, porque todas sabían sin duda que *Polonia* no era una criatura como ellas.



EL CAPITAN HUGO FOSCOLO

[Florencia 24 de Junio de 1871.]



Al llegar ante los despojos de Hugo Foscolo todo el mundo se quita el sombrero, baja la frente y exclama:

—Honor al gran poeta.

Yo me planto derecho ante los restos, alzo la cabeza, llevo la mano derecha abierta y apretados los dedos con la palma al frente, colocando el índice perpendicular al ala del sombrero y exclamo con acento soldadesco:

—Honor al capitan Hugo Foscolo.

El capitan Foscolo es poco conocido.

En los colegios militares, cuando un jovencillo dá señales de haber nacido para las letras y la poesía, los maestros le suelen decir: "Bravo, estudie Vd., no se desanime, la poesía se puede conciliar perfectamente con las armas; vea, por ejemplo, en la antigüedad á

*
*
*

Hasta aquí mi amigo.

Me parece, repito, que resulta un caso práctico bastante elocuente. Dejo las deducciones á los lectores y hago punto final...

Ah, se me olvidó decir, pero casi creo inútil añadirlo, que todas aquellas señoras, si no escriben *bese* con *v*, ciertamente en el momento de escribirlo deben dudar un poco; y hasta me atrevo á creer que son un tanto superiores á la mujer tipo del periodista ingenioso, porque todas sabían sin duda que *Polonia* no era una criatura como ellas.



EL CAPITAN HUGO FOSCOLO

[Florencia 24 de Junio de 1871.]



Al llegar ante los despojos de Hugo Foscolo todo el mundo se quita el sombrero, baja la frente y exclama:

—Honor al gran poeta.

Yo me planto derecho ante los restos, alzo la cabeza, llevo la mano derecha abierta y apretados los dedos con la palma al frente, colocando el índice perpendicular al ala del sombrero y exclamo con acento soldadesco:

—Honor al capitan Hugo Foscolo.

El capitan Foscolo es poco conocido.

En los colegios militares, cuando un jovencillo dá señales de haber nacido para las letras y la poesía, los maestros le suelen decir: "Bravo, estudie Vd., no se desanime, la poesía se puede conciliar perfectamente con las armas; vea, por ejemplo, en la antigüedad á

Tirteo; en tiempos posteriores á Cervantes, á Calderon de la Barca, á Camoens; en Italia, Dante combatió en Campaldino, como Vd. sabe; despues, en Grecia, Riga; Koerner en Alemania; Hugo Foscolo.....

Alto, señor maestro; alto, delante del jacinto griego educado en el suelo de Italia como dice Francisco Domenico. Paso por los otros; mas de Hugo Foscolo que está tan cerca de nosotros, se debería decir algo más y mejor que lo que se indica en la acostumbrada fórmula: *poeta y guerrero*, cuando se le cita á los jóvenes poetas que un dia serán oficiales del ejército.

¡Guerrero! gran cosa. Que un hombre dotado de excelente ingenio poético haya podido ir á la guerra, no debe parecer raro, singular y extraño sino á quien tenga por verdad inconcusa y axiomática que poeta y poltron son una misma cosa. Y esto no lo debe creer un profesor. Al contrario, segun la sentencia de Leopardi, que asegura no se puede imaginar y escribir nada verdaderamente noble y grande, sino por aquellos que conociendo la manera, hayan llevado á cabo sus propósitos; y un maestro, de lo que debe maravillarse, es precisamente de que todos los poetas, y especialmente los que en sus versos fueron belicosos, no hayan ido á hacer el soldado cuando se les presentó la ocasion.

De aquí que hablando de Foscolo á los escolares militares no se les debe decir: "Ved, ejemplo extraordinario, Foscolo escribió versos inmortales y se batió como un valiente;" si no por el contrario: "Ved, vir-

tud rara, Foscolo el literato, Foscolo el poeta, Foscolo con la cabeza llena de Homero, de Virgilio y de Dante, Foscolo hizo su servicio de oficial con una solicitud propia para contentar al coronel más ordenancista del ejército del Emperador; Foscolo llevó la *contabilidad* de tres destacamentos con una diligencia tal, que envidiaría el oficial de administracion militar más consumado; Foscolo se ocupó de las camisas, de los zapatos y de los capotes, del rancho de sus soldados, con un cuidado constante, afectuoso y paternal; amó con efecto á sus soldados, como hijos, y fué amado por ellos, como padre."

Aquí es donde está lo admirable, aquí donde radica la virtud característica de Foscolo soldado, que no tuvieron los demás poetas ó que si la tuvieron no la podemos citar como ejemplo porque lo ignoramos. Pelear como valiente, cierto que es algo; pero prestar bien el servicio de Imaginaria en el cuartel, llevar en regla los registros, para un poeta, significa mucho más, porque al fin y al cabo en la pelea hay poesía ó estamos habituados á verla, mientras que en aquellas otras haciendas quien quiera hallar poesía es preciso que él la invente y la ponga toda de su parte. Y Foscolo convirtió en poéticas las tareas, y por esto repito, mejor que por otro respecto, fué singular y admirable; y por esto, debe ser recordado y alabado.

Bello es ver á Foscolo muy joven aún, inspirado en la certeza de haber nacido para la gloria y para *llegar á ser algun dia algo*; Foscolo que había gastado su adolescencia en los estudios y triunfado en Venecia con

Tieste, y escrito la célebre oda á Buonaparte, y redactado el *Monitor italiano* con Pedro Custodi y Melchor Gioia y llenado ya con su nombre media Italia; bello es ciertamente verlo, al primer grito de guerra olvidar los versos, la fama y el amor y entregarse por completo al espíritu guerrero que dentro del rugía y hacer como simple soldado la campaña del VII, y combatir su centro en Fuerte Urbano, en Trebbia, en Novi, en Toscana; bello, verlo sobre los montes de Génova á la vista del mariscal Soult lanzarse entre los primeros al asalto del fuerte de Dos Hermanos, y caer herido y merecer las alabanzas del general Massena; bello, contemplarlo por la noche, cansado de las faenas del día, ir á arengar al pueblo genovés reducido á la sazón á alimentarse de gatos y de cáscaras de limon, y encenderlo en ardimiento y en esperanzas, prefiriendo ayunar y sufrir al lado de las tropas, que gozar de un cierto bienestar en el Estado Mayor; y en medio de tales angustias, entre los gritos desgarradores de las madres genovesas moribundas de hambre, escribir la oda á Luis Pallavicini y la epístola fatídica á Buonaparte; bello, en fin, contemplarlo peregrinando por los campos italianos, haciendo, según sus palabras, de defensor oficioso de los soldados culpables sometidos á consejo de guerra; cumplir su misión topográfica en Valtellina, traduciendo á Homero, recogiendo documentos para la historia militar, y cooperar á la publicación de Montecuccoli buscando sin cesar todos los medios que poder ser útil, empleando su ingenio, en pró del ejército y de la patria.

Todo esto es bellissimo, pero no valen lo que las pocas cartas de oficio, escritas desde Valenciennes al jefe de Estado Mayor y al general de division.

Las escribió en calidad de comandante de los tres depósitos del llamado *Ejército del Océano*, en el campamento de Boulogne.

Era su designio seguir á Inglaterra el génio de Buonaparte para ver con sus propios ojos una expedicion, la cual por los cambios de sistema de guerra y por los progresos de la marina habría formado época en los anales militares.

Mas su deseo no se logró y no vió batallar otras columnas que las del *Debe* y el *Haber* y en lugar de sumar victorias, tuvo que contentarse con sumar *Totales*.

Su correspondencia data del dia en que asumió el mando de los tres depósitos en 3 de Enero de 1805.

Sus cartas deben ser cuarenta y ocho, según se dice; pero solo se cuentan diez ó doce conocidas, y con ellas basta para comprender con qué gusto y buen deseo cumplía su deber. Se nota inmediatamente que tomaba el servicio de las armas con todos sus pormenores en serio, lo mismo que todo lo que ejecutaba, y su mayor dolor estribaba en ser impotente para cuanto quisiera, ora por falta de medios, ora por otros motivos; porque en los depósitos se carecía de todo, hasta de lo más indispensable á la vida del soldado. Los que habían de proveer á las atenciones de este servicio, ocupados en la guerra, no podían recurrir á lo que Foscolo reclamaba.

Gran tormento era para él la administración.

Sus superiores no cesaban de recomendarle la economía, y él no tenía ánimos para seguir privando á la tropa de lo mínimamente preciso, cuando veía á sus pobres soldados reducidos á la miseria.

—“Me ingeniaré—contestaba al general—y de hoy más no abonaré sino la mitad de la paga. Pero es imposible privar á la tropa, dado el frío que hace, y el poco abrigo exterior con que cuentan, privarles en absoluto de la cerveza.”

Los soldados de la reserva estaban atacados de la fiebre. Pero, menos mal las fiebres: “La tifa—escribía á su jefe de Estado Mayor,—vá desapareciendo de los infestados; pero los que llegan, la adquieren ahora.”

¡Hasta la roña venía á aumentar la miseria!

Siempre en sus comunicaciones resalta la más sincera y ardiente premura: “Os suplico, mi general, que se me diga si debo seguir suministrando á mis pobres soldados el pan para el rancho.” Y en otra ocasión decía: “Os ruego que se ordene á los jefes de los cuerpos que manden la porción que les corresponde para el suministro de pan y rancho. El panadero me abruma á fin de que se le pague la deuda de un mes. Y dentro de ocho días voy á verme obligado á suspender hasta la sopa. ¡Y si esta privación se agrega á la de la paga, qué vá á ser del infeliz soldado!”

Para dar una idea del estado en que se hallaban estas tropas, valgan los siguientes períodos, verdaderamente conmovedores, y nótese en ellos las pala-

bras dedica las á los capotes, á los depósitos, á los remiendos, á los fraudes, que son las mismas precisamente que se escuchan todos los días en nuestros regimientos: males siempre verdaderos y siempre lamentados inútilmente.

“El buen deseo de todos los soldados, mi General, y los cuidados de los sargentos, han reparado hasta ahora con industria y remiendos la *inminente desnudez*. Y puedo decir que los tres depósitos reunidos en Valenciennes *consumidos é indecentísimos* podrían, sin embargo, sufrir una revista al presente manteniendo la comparación con los individuos de cualquier regimiento; con lo cual, aunque no se piense más en otra cosa, creo son acreedoras estas tropas á que se les conceda *capote encubridor de miserias*, ya que no tienen estos infelices ni verdadero uniforme, ni chupa con mangas. Todos los reparos y arreglos van siendo insuficientes, y *el remendar consume una parte de la paga del pobre soldado*. Sé que los cuerpos suelen mirar á los depósitos como un montón de *porcionistas*; pero verdadera ó falsa esta opinión, no sufriré jamás que el soldado á mis órdenes tenga que avergonzarse de su propia persona; é invocaré con todo el vigor de vuestro auxilio que se bagan observar aquellas leyes que pagan el sudor del soldado y lo protegen del fraude.”

¡Bien, bravo!

Se ocupaba él mismo de la compra de las camisas para los soldados, y á fuerza de investigaciones consiguió encontrarlas buenas á muy bajo precio, y escribía al general para advertirle de que en los cuerpos

se pagaban mucho más tales prendas, robando de la *masita* del soldado.

Para premiar á los sargentos de buena conducta, así como porque no podía verlos con ánimo tranquilo mal vestidos, el pobre Foscolo les anticipaba de su bolsillo particular un poco de dinero de los ahorros futuros de sus respectivas *masitas*; hacía que se acomodasen las necesidades de los soldados con los reducidos haberes que podía prestar su propia pobreza; asistía personalmente á todos los contratos á fin de que no se defraudase al soldado; verificaba los actos más insignificantes de la administración; exigía que los obreros y los comerciantes fuesen en persona á su despacho con objeto de entregarles los recibos; y así, á fuerza de paciencia y de cuidados, conseguía que las cosas marchasen de la mejor manera posible.

"Interponed mi general vuestra autoridad, escribía, para que yo vea á mi soldados contentos de mí mismo, como yo lo estoy de ellos. La sala de corrección está siempre vacía; el servicio es regular; los tres cuerpos enteramente de acuerdo y todos celosos en el cumplimiento de sus deberes."

Pero no siempre sucedía así. Tenía razón para lamentar la poca subordinación en que viven naturalmente los individuos alejados de la severidad de los cuerpos, y exigía que los sargentos encargados del *detall*, aunque estuviesen lejos, viniesen á presentarle diariamente su trabajo. Quejábase de que los sargentos tratasen de violar la ordenanza vistiéndose de paisano. Deploraba que el vestido de los soldados se hiciera de municion

y que la cintura de los pantalones, especialmente, no cuadrara nunca con la barriga de la tropa, y que aquellos benditos fondos se consumiesen en tan poco tiempo. Dolfase con el general de que los oficiales comandantes de destacamento dejasen por el camino á los enfermos llevándose los capotes: "*cosa que no sé si es contraria á los reglamentos, pero sí sé que es contraria á la humanidad y á la prudencia.*"

Le quitaban sus mejores sargentos; escribía á los cuerpos y no le contestaban; quería cerrar sus cuentas y no le remitían los documentos, y el pobre Foscolo, despedido, se lamentaba y desahogaba con el general: "Se me trata demasiado mal; dejadme al menos al furriel Gilli, único capaz de ayudarme en la enojosa, embrollada, y para mí nueva contabilidad de los tres diferentes Depósitos."

¡Oh, pobre autor de los *Sepulcros!* Y á todo esto se añadían otros ayes.

El vivandero tenía tres hijas; estas tres hijas no adornaban el amor con recatado velo; y sucedíanse celos entre los sargentos, chismes y duelos, y el pobre Foscolo se veía obligado á retener los soldados en el cuartel, arrestarlos, tomar inquisitivas y extender informes y más informes. Los sargentos robaban de las hojas de préstamo; un sargento primero se le escapaba; un soldado se llevaba las cadenas de los carros de artillería; otro venía á las manos con el paisanaje, y de allí nacían reclamaciones, protestas y escándalos sobre escándalos. Entre tanto sobrevenían en gran número los prisioneros ingleses, y era preciso reforzar

las guardias, y no le bastaban soldados, y los que tenía estaban siempre lamentándose del servicio.

"¡Ah, general! escribía entonces Foscolo desesperado, confieso que la fuerza y la paciencia empiezan á faltarme."

El alma de Foscolo, dijo un crítico con justicia, que era lírica; lírica en las cartas familiares, lírica en los artículos de periódico, lírica en sus prefacios, lírica hasta en los comentarios que hacía en las márgenes de los libros. Es cierto; y hasta estas sus cartas son líricas, llenas de pasión, de vigor y de vida.

"Os recomiendo á mi hermano, escribía al vicepresidente de la república italiana: es culto, valiente y hermoso." Este último calificativo colocado en una súplica con aquella franqueza ¡si alguno lo pusiese ahora!....

"Sólo Bravosi queda decomisado en el cuarto de la tiña; y únicamente Ragazzi, ladrón, sale todos los días de su cárcel entre las inmundicias y las enfermedades para dar ejemplo cotidiano á los malhechores."

Eso escribía al general, y mejor que escritura parece escultura.

También son dignos de notarse ciertos pasajes curiosos de sus cartas. En una dirigida á un sargento primero, después de una invectiva violenta, concluye solemnemente:

"El cazador Gabetto os debe tres pesetas por una camisa."

En otras partes se leen poco ménos que discursos

suyos sobre las marmitas, los vidrios rotos y otros importantes asuntos.

Y de cualquier cosa que hablase, siempre lo ejecutaba con el mismo ímpetu, el mismo fuego, como si declamase una poesía ó improvisase un discurso.

No impedían el estudio estos cuidados á Foscolo.

Después de los ejercicios militares que con frecuencia Napoleón hacía llevar á cabo por largas y largas horas, aunque lloviese á cántaros, y especialmente en los días de descanso, mientras los soldados cultivaban los huertos hechos alrededor de las barracas, y los oficiales bailaban, hacían el amor á las chicas de los alrededores ó jugaban al billar, Foscolo estudiaba ardientemente el inglés, empezaba la traducción de Sterne, escribía su magnífica Epístola á Vicente Monti; y conmovido por el espectáculo de doscientos mil hombres acampados en la orilla del Océano meditaba la segunda edición de Montecuccoli y revolvía en la mente *los poemas altivos cual espadas* que debían encender la musa de Silvio Pellico; tanto es así, según dijo Pecchio, que á quien sabe renunciar á la botella, á la pipa y á las cartas, nunca le falta tiempo aún en medio de las funciones de la guerra.

En una palabra, el poeta se fortificaba en él y se enervaba el soldado, y le daba alientos para soportar con ánimo invicto los disgustos á pesar de que amó antes y amó después la vida muelle y cómoda. Amó esa vida como poeta; despreció esa vida como solda-

do. Y ciertamente que debía estar adornado de tal virtud, cuando, como observó justamente uno de sus biógrafos, fué tan estimado por los militares, que á la verdad no son propensos á conceder su admiración á quienes siguen más reposado camino.

Tal fué la vida militar de Hugo Foscolo.

Por último, los cambios políticos y los que se operaron en su espíritu, le obligaron á cansarse de la carrera de las armas, y resolvió abandonarla; pero no lo obruvo sin dificultades y desazones. Esperaba una reforma y no llegaba; pidió su retiro y no se lo querían conceder; le pesaba ya el uniforme militar, cosa bastante frecuente hoy mismo en los que lo vistieron con demasiado ardor y demasiadas esperanzas....

"Estas divisas militares, italianas —escribía— me parecen tan humilladas, tan miserables, tan peligrosas, que daría un par de escudos á quien me las llevase cuando me obligan á vestirlas."

Y no se vestía de uniforme sino para hacer respetar su carruaje de las requisiciones de los dependientes de consumos.

Pero no fué culpa suya. A su tiempo él amó el uniforme y lo vistió con orgullo y con orgullo escribió á Joaquín Murat aquellas memorables palabras:

"Príncipe, las letras son el primer objeto de mi vida; pero las he asociado á las armas para darles el valor y la experiencia que distingue á los grandes escritores."

Recuerden estas palabras y repítanlas eternamente los literatos militares presentes y futuros.

Recuerden tambien en ciertos momentos de mal humor, cuando el yugo de la disciplina les apriete más y les hierva la sangre en las venas; recuerden que muchas veces el autor de los *Sepulcros* se escuchó decir por cierto comandante rabioso:

—¡Señor Foscolo!... las escaleras están súcias... ¡Señor Foscolo!... V. no lleva la corbata de ordenanza... ¡Señor Foscolo!... es preciso que se ejercite; no maneja V. todavía bien el estilo propio de su oficio.

Foscolo, fogoso, indócil, soberbio; Foscolo que entreveía con los ojos de la inteligencia á las generaciones futuras destocadas é inclinadas ante su imagen, Foscolo oyó, calló y tragó las reprimendas. Y cuando él ¡Él! calló, bien puede resignarse otro cualquiera á callar. ¡Imfítese hasta en esto!

Y hoy que sus restos han sido restituidos á Italia, y de él, de su índole, de su corazón, de su vida, se habla y se escribe con nuevo entusiasmo y juicios diversos, que no se pierdan entre las hojas de laurel de su corona, los galones de su gorra de capitán; entre los versos de sus *Sepulcros*, figurémonos las cifras y las rayas de sus registros; ya que aquel képpis cubrió nobles sudores, y acaso sobre aquellos registros alguna vez, en las últimas horas de la noche, en un cuartucho solitario del cuartel de Valenciennes, él dejó caer la cansada y atribulada frente.

No olvidemos la piedad generosa que le inspiraban sus soldados enfermos y semi desnudos; la ira con que defendía los derechos de los mismos y proclamaba sus sacrificios; pongamos tambien en la balanza aque-

llas fatigas, aquellos desengaños, aquellos dolores; y en medio de los himnos, de las músicas lejanas, que lo saludan como á gran ciudadano y gran poeta, surja un grito soldadesco al lado de su tumba, que diga:

¡Gloria al capitán Hugo Foscolo!

Quizá, quien sabe, si él pudiese escuchar todas estas aclamaciones, acaso la última provocaría en sus muertos labios una sonrisa y una chispa de fulgor en las fosas de sus ojos. Tal vez murmuraría con conmovida voz:

—¡Oh, mi campamento de Boulogne! ¡Mis soldados!



A LOS QUINTOS

[Febrero de 1870.]



ALLES y plazas se han visto llenas de quintos estas noches.

Solían pasear á prima noche, cuando las calles y plazas se hallan iluminadas y principia el continuado ir y venir de las personas más ó ménos desocupadas, de los carruajes y de las gentes alegres, como ocurre siempre en días de Carnaval.

Pasaban de prisa por piquetes, de dos en fila, vestidos con sus trajes de aldeanos, envueltos en las mantas, conducidos por pocos números, volviendo la cara acá y allá, á las puertas de los teatros, los escaparates de las tiendas tapizados muchos de ellos con trajes de máscara y antifaces, á los puestos de los vendedores de flores cubiertos de guirnaldas y ramilletes, etc., etc.

Los transeuntes los miraban al pasar, otros se paraban en las esquinas para verlos desfilar, y algun co-

llas fatigas, aquellos desengaños, aquellos dolores; y en medio de los himnos, de las músicas lejanas, que lo saludan como á gran ciudadano y gran poeta, surja un grito soldadesco al lado de su tumba, que diga:

¡Gloria al capitán Hugo Foscolo!

Quizá, quien sabe, si él pudiese escuchar todas estas aclamaciones, acaso la última provocaría en sus muertos labios una sonrisa y una chispa de fulgor en las fosas de sus ojos. Tal vez murmuraría con conmovida voz:

—¡Oh, mi campamento de Boulogne! ¡Mis soldados!



A LOS QUINTOS

[Febrero de 1870.]



ALLES y plazas se han visto llenas de quintos estas noches.

Solían pasear á prima noche, cuando las calles y plazas se hallan iluminadas y principia el continuado ir y venir de las personas más ó ménos desocupadas, de los carruajes y de las gentes alegres, como ocurre siempre en días de Carnaval.

Pasaban de prisa por piquetes, de dos en fila, vestidos con sus trajes de aldeanos, envueltos en las mantas, conducidos por pocos números, volviendo la cara acá y allá, á las puertas de los teatros, los escaparates de las tiendas tapizados muchos de ellos con trajes de máscara y antifaces, á los puestos de los vendedores de flores cubiertos de guirnaldas y ramilletes, etc., etc.

Los transeuntes los miraban al pasar, otros se paraban en las esquinas para verlos desfilar, y algun co-

chero echaba sapos y culebras por la boca, porque le obligaban á detener el cañuaje; los camareros de los cafés con la nariz pegada á los cristales (con lo cual se ve por fuera este apéndice terminado en plazoleta), acompañaban los piquetes con la vista hasta que se perdían á lo lejos.

Cierta noche, encontrándome con un amigo, mientras pasaba uno de estos pelotones de quintos, le dije:

—Observa las caras de los que los miran, y dime si hallas una que exprese un sentimiento digno. Este, por ejemplo, del lado, ric á mandíbula batiente por ciertos bullones que vió en los pantalones de aquel pobre quinto. Este otro murmura:—¡Tiritan como perros!—y ha seguido su camino, regocijándose del agradable calorcillo que siente al meter barba y boca en el embozo de su capeta, más contento de sentirse abrigado despues de haber visto á un semejante dando diente con diente! Aquel otro, mira á los quintos con la misma curiosidad conque se miran los condenados conducidos al patíbulo. Este otro jovencillo ha exclamado:—¡Qué vida!—aquel que está delante de tí ha murmurado:—¡Desgraciados!—Y todos los demás, míralos bien, quién más quién ménos, inclina la cabeza, y revela su cara aquella egoista piedad que se complace en la comparacion de los dolores del prójimo con la tranquilidad y el bienestar propio; aquella piedad embustera y poltrona que pronuncia las palabras tristes con voz alegre y deplora sin amar; piedad que oscila entre la compasion y escarnio sin la since-

ridad de la una y la desfachatez del otro; piedad más ultrajante que el desprecio mismo.—¿Por qué esto?

—Porque toda esta gente no comprende al soldado—me respondió el amigo,—porque viendo pasar este peloton de quintos, no considera la mayor parte sino la privacion del teatro, del paseo y de la diversion, no llegando con el pensamiento más allá del cuartel donde se divierte poco la gente y se duerme mal. Ninguno de estos, creo, ve más allá de la privacion; ni del contraste de estos jóvenes que empiezan ahora una vida de abnegacion y de trabajo con los demás que principian una vida de alegría y de fiesta, descubre la idea grande y generosa que se encierra en ese espectáculo de los quintos y que debe impedir la piedad, suscitando en cambio la admiracion. Cuando en el soldado no se vé más que una persona cargada de fatigas y privada de diversiones, cuando no se le concibe, si no como individuo, equivale á que no se le comprende en absoluto.

Pregunté á mi amigo si creía que fuesen muchos los que no lo comprendían.

—La mayor parte. En nuestro país hemos llegado á aquellos dias pronosticados por Bossuet, en los cuales los hombres no ocupan su inteligencia ni su corazon en otra cosa que en los negocios y en los placeres. Fuera de esto, ni se entiende ni se siente nada. La moral, el deber, la abnegacion, el sacrificio, los principios más sagrados y los sentimientos más nobles parece que en la generalidad de los hombres se han cambiado, como en los fantasmas de un sueño que

brillan breves instantes en el pensamiento y luego se borran. Y no hay que maravillarse, si se piensa que suele ocurrir el hecho lo mismo en los pueblos que en los hombres, especialmente en los jóvenes. De igual modo que el joven después de haberse libertado (á fuerza de cualquiera doloroso desengaño) de una pasión violenta contraída con esperanzas de felicidad y de fortuna, incurre en un abandono triste y desesperado renegando de todos los afectos nobles que aquella pasión suscitó en su pecho, y desecha todos los altos designios que concibiera, y se entrega al excepticismo y se convierte en frío y duro, así también nuestro país, después de aquella gran expansión de entusiasmo, de virtud y de fé, que ha conseguido hacer cuatro años un éxito tan diverso de lo que se esperaba, ahora ha caído en la apatía cansado, incrédulo y disgustado. En medio de este desolador espectáculo de vicios y de virtudes como dice Giusti, el ejército es lo mejor que queda; pero la mayoría, repito, no lo comprende.

—Es cierto.

—Para comprenderlo se necesita corazón, y cuando se carece de corazón no basta el pensamiento solo para entender el sentido, valor y alcance de ciertas cosas, porque cuando han huido del corazón ciertos sentimientos y ciertas virtudes no se puede concebir una institución que precisamente tiene su raíz y su fuerza en aquellas virtudes y en aquellos sentimientos; porque cuando se pierde el espíritu de abnegación y de sacrificio, no se adivina lo que importa á

un Estado poseer una gran escuela, en la cual aquel espíritu se inspire y fortifique. Así es que si se considera al ejército como una de tantas instituciones, se dirá de él lo que se dice de otras que no producen sus frutos al día: se dirá que es inútil. No se mira al fondo donde reside el gran trabajo moral que el ejército opera, ni los caracteres blandos que dentro de él se templan, ni los buenos principios que se alimentan en su seno, ni las aspiraciones generosas que alienta el ejército; todo esto no salta á la vista, ni se toca ni se siente cuando no se estudia el ejército á fondo. ¿Quién va á escudriñar todo ese mundo secreto y sin resultados prácticos en el alma de los cuarenta mil hombres que cada año vuelven á sus casas? Se ven pasar por las calles, salir de los cuarteles, girar por la ciudad, estar de centinela, combatir en los simulacros, acabar el servicio militar y volverse á las familias, y se cree que todo está allí. El ejército no es más que eso, ni significa otra cosa para la generalidad. ¿Y cómo ha de admirarnos que el quinto despierte un sentimiento de piedad en cuantos consideran al ejército bajo ese aspecto. Es un hombre que va á trabajar y á sufrir. Para la generalidad no es otra cosa.

Esto dijo mi amigo. Y ved ¡oh, lectores! Aquellos para los cuales las palabras de sacrificio y de abnegación no son sino palabras vanas; aquellos que cuando se les habla el lenguaje del corazón sonríen; aquellos que tienen vuestra vida por una vida de forzados, en la que no se hace nada por impulso espontáneo, y en

cambio todo por temor á la pena, ved, estos cuando demuestran interesarse por vuestra causa, mienten.

El que os compadece en vez de admiraros é inspiraros valor, es el mismo que compadece al obrero que suda para ganar el pan de sus hijos, porque en él, como en tí mismo, lector, no comprende el sacrificio, y como no lo comprende, lo supone como un dolor sin compensacion, que repugna el alma cual si fuera duro suplicio. Y como lo supone sin consuelo, así no sabe darse cuenta de cómo y por qué pueden existir en vuestro corazon sentimientos que os lo hagan parecer ligero, que os lo hagan cumplir alegres, y considerarlo como un deber, y recordarlo despues de hecho como una gloria. Estos son aquellos mismos que se preguntan por qué el soldado Perrier se dejó matar por salvar la vida del subteniente Cocatrix; por qué el alférez Gabba prefirió un balazo del enemigo á responder "Me rindo"; por qué Alfredo Capellini ha querido morir en lugar de ponerse en salvo sin manchar su honor. ¿Con qué objeto, preguntan, con qué objeto?

Tenedlo por seguro: cuando no se conoce ni un punto de sacrificio; cuando no se posee en el corazon el amor hácia esta virtud por sí mismo, sin otro objeto y sin otro por qué; cuando se ignoran estos grandes sentimientos que constituyen lo que hay de más respetable y superior en el hombre, entonces, ni existe magnanimidad, ni valor, ni fuerza, ni verdadera y pura honestidad.

El hombre no es honrado, sino en cuánto y hasta

donde le conviene. No reconociendo otro móvil y otra norma para las acciones propias que la utilidad y el interés encaminado á su bienestar, al punto que cesa esa utilidad y ese interés como consejeros de la honradez, el instinto brutal sustituye á la misma y el órden moral se desconcierta.

Pero vosotros no sois de aquéllos; sois jóvenes, habeis dejado vuestras familias, y teneis el alma llena de fé y afectos, con lo que empredeis alegremente esta nueva vida fatigosa y austera, á la cual se os llama.

Por esto se os puede hablar un lenguaje que los demás no entenderían, y del cual necesariamente habian de reirse; á vosotros se os puede dar consejos que el corazon dicta y que al corazon se dirigen; vosotros no sois de los que torceis la boca con gesto despreciativo ni encogéis los hombros en ademan desdeñoso cuando se apela á los sentimientos más generosos del espíritu humano.

Pero ante todo es preciso no esconderos la verdad.

No somos de aquellos que colocan á la luz uno solo de los aspectos de la vida militar, el mejor. Decimos abiertamente que es dura y penosa. Para gozar el derecho de dar consuelos conviene mostrar que se conocen las razones por las cuales se estima necesario confortar el alma del soldado.

Y estas razones son muchas.

El soldado vive alejado de casa, sacrifica la libertad y se somete á una ley inexorablemente severa. Un acceso de cólera, una momentánea ofuscacion,

pueden ser causa de la infelicidad de toda su vida, ó puede perderlo para siempre. Es preciso que rompa bruscamente con todas las costumbres del pasado; ha de renunciar á muchas de aquellas pequeñas comodidades y de aquellos modestos placeres permitidos á toda otra condicion social por humilde que sea. En muchas ocasiones le es forzoso poner en peligro la salud y la vida del mismo modo que otros arriesgarían al juego un duro, sin vacilacion y sin remordimiento.

Necesita el soldado que muchas veces soporte fatigas tremendas que arrastran el alma á la desesperacion; trabajos en los cuales él mismo se maravilla después, de haberlos resistido, porque los reputaba superiores á toda fuerza humana. El hambre, la sed que abrasa las vísceras, deforma el semblante humano y ofusca la inteligencia; el desvanecimiento que postra al hombre como privado de la existencia; el sol que inflama el cerebro; el calor que ahoga la respiracion; la triste soledad de la garita en las noches de invierno, en medio del hielo y de la nieve; las enfermedades increíbles que convierten la fatiga en un tormento y en un peligro; las largas horas de inmovilidad y de silencio durante las revistas; la compañía obligada de personas enteramente desconocidas, ó despreciables, ó repugnantes; los sueños breves é interrumpidos de pronto por la necesidad repentina de nueva laboriosidad; la alimentacion, á veces malsana, escasa y tarda; las mil exigencias de la conducta fuera del servicio; los minuciosos y fastidiosos cuidados del uniforme y de la limpieza de las armas; el aisla-

miento de toda clase de ciudádanos en ciudades desconocidas; en algunos sitios y en algunos casos, la desconfianza de la poblacion, ó la antipatía, ó la ira franca y el ódio..... y mil y mil cosas más.

Pero por lo mismo que la vida del soldado lleva consigo ajeos estos males, ¿deberemos obrar como ciertos amigos suyos enmascarados, que despues de habérselos enumerado del primero al último, vuelven á empezar del último al primero? ¿Qué amistad es esta que abre la llaga por el solo gusto de mirar dentro sin derramar en ella bálsamo?

Nosotros decimos por el contrario al quinto:

—Estos son los males que padecerás, son muchos y no leves; pero no te desanimes: emprende tu camino con el ánimo armado de valor y de constancia sin dejarte abatir en los primeros pasos. No hay vida por dura que sea que no tenga su recompensa y consuelo. De estos, una parte gozarás, nacidos de la naturaleza misma de la vida que hagas; vida nueva, variada, llena de accidentes imprevistos y extraños; vida en la que á los días tristes y lentos se suceden días alegres y rápidos. Mudarás á menudo de residencia y conocerás gran parte de tu país que ahora te es desconocido casi como país extranjero; verás tierras y ciudades para tí nuevas de aspecto y de costumbres y se abrirá tu mente á nuevas ideas, conquistando en pocos meses la experiencia de varios años, y hasta muchos conocimientos que ni el tiempo ni el trabajo se te habrían proporcionado á permanecer en tu casa.

—Otros consuelos podrás recabar de tu conciencia siempre que tú te los sepas reclamar. No sonrías: no hay soldado por mal que comprenda sus deberes, por poco que estime su uniforme y por ligeramente que sienta la dignidad de su carácter, no hay soldado aun entre los más disgustados y mal contentos, que allá en el fondo del corazón no oculte algo de altivez, de orgullo vago, algo de una cierta complacencia en ser individuo del ejército; y si no lo siente al principio, lo sentirá de seguro luego.

No son raros los soldados que maldicen una vez cada hora el uniforme que visten y la vida que llevan, pero son ciertamente rarísimos los que al volver á casa no se honran con haber vestido aquellas insignias y haber vivido aquella existencia.

No hay viejo soldado que desconozca que aquellos cinco años de vida militar dejaron en el fondo de su corazón algo bueno y estimable; alguna cosa que le ha otorgado una superioridad incontestable sobre los otros; un derecho particular á la pública consideración.

Procura tú nutrir y mantener en tí mismo este sentimiento desde el punto que entres en el servicio de las armas. ¿Y por qué de una cualidad que vá á alegrarte y á enorgullecerte andando el tiempo y cuando la abandones, no has de enorgullecerte y alegrarte mientras la ejerzas? No sería justo ni útil. Ten, pues, vanidad en ser soldado. Si careces de ese sentimiento, las fatigas y las privaciones te parecerán doblemente penosas porque te faltará el alimento principal que

da fuerzas para soportarlas: la satisfacción de cumplir un deber que te honra y te enaltece.

Otro consuelo encontrarás en tus amigos.

La vida muelle, enerva y consume y aniquila el sentimiento de la amistad; la vida severa y regular lo refuerza y lo dilata. La palabra *camarada*, que propiamente significa amigo de cuartel, quiere decir bastantes cosas más que la palabra amigo, porque agrega la naturaleza especial de afecto que hace nacer entre soldado y soldado de la comunidad de la vida militar. Camarada quiere decir un compañero que te quiere bien porque habeis comido mucho tiempo juntos el rancho en la misma marmita; porque en marcha habeis dormido el uno al lado del otro muchas veces sobre un monton de piedras del camino; porque en muchas ocasiones os habeis llevado la menestra el uno al otro cuando estábais de guardia, y os remudásteis de centinela, y os ayudásteis á apretaros el cinturon, y os prestásteis tal cual cosa para ir á la parada, y la pipa con objeto de hacer menos enojosas las horas de salida en los dias que tenfais permiso.

Por todas estas razones el camarada es más que un compañero y un amigo, es un hermano; más aún que un hermano, porque la comunidad de los peligros de la guerra infunde en este afecto fraternal un no sé qué de fuerte, de solemne y sagrado que entre hermanos falta en la vida ordinaria. Ya verás, quinto, que tus más caros recuerdos de amistad serán eternamente los del cuartel; que la cara cuyos rasgos conservarás por mayor espacio de tiempo en tu memoria, será la

de tu vecino en el dormitorio; que las palabras, las bromas, los consejos, los actos de atención y cariño, los servicios amistosos, los testimonios y las pruebas de afecto y fidelidad que guardarás en el corazón, serán los de tus compañeros de escuadra; que entre los servicios, de aquellos que conservarás más viva y duradera gratitud, será el sorbo de agua que te dió un camarada en la ardiente jornada de Julio después de muchos kilómetros de marcha, ó la visita que te hizo en el hospital cuando estabas enfermo, ó la peseta que te prestó en un momento de apuro. Créelo, quinto, y cree que estos afectos son los más bellos y nobles de la vida del soldado. Cariños que no se demuestran con caricias y tiernas palabras; cariño rudo y oculto, pero profundo, real y tal, que tú puedes confiar siempre y con seguridad absoluta en él.

¿Has visto dos soldados de la misma compañía al encontrarse y reconocerse después de muchos años que terminaron el servicio, cuando ambos son padres de familia y cambiaron de rostro, de traje y de costumbres.

¿Si los has visto, y su grito de sorpresa, su alegría, el pronto iluminarse de sus semblantes y el ímpetu afectuoso con que se lanzó en brazos el uno del otro, si todo eso no te hizo decir para tus adentros: —¡los envidio!—entonces, tienes el pecho vacío como un tambor.

Pero no; tú habrás participado de su alegría y habrás admirado sinceramente la íntima correspondencia de sus corazones, y dicho para tí mismo:—cuando

yo sea soldado, esta será una de mis más íntimas satisfacciones.

Otro de tus consuelos consistirá en los recuerdos de tu familia.

El amor de la patria y de la bandera no resulta verdaderamente neto, gallardo y noble, sino cuando germina del afecto de la familia, origen y alimento de todos los afectos. El amor patrio se reduce, después de todo, al amor de la propia familia, extendido más allá de los muros de la casa paterna, y hecho extensivo hasta los confines de la nación de la cual somos ciudadanos. El espíritu de abnegación que nos suministra fuerzas para trabajar y sufrir, valor para pelear y afrontar la muerte en defensa del país, es el mismo espíritu que nos induce á las fatigas y al sudor, mucho más que lo haríamos por nosotros mismos, cuando nuestro padre está viejo é impedido para el trabajo; no es más que el espíritu que nos hace velar las noches á la cabecera de nuestra madre enferma de enfermedad contagiosa, cuando los amigos y parientes medrosos la abandonaron: el mismo espíritu hecho más potente y más atrevido. El amor de la patria consiste en el amor á una vasta parentela desconocida. Cuando falta, ningún afecto nace en el corazón ni se arraiga en el alma.

Custodiad, pues, este sentimiento; mantenedlo vivo é íntimo como lo sentisteis en el instante en el cual

os separásteis de la familia; preservadlo religiosamente de las ofensas del tiempo, del mal ejemplo y de las malas costumbres; guardadlo, que él á su vez os guardará á vosotros de muchas culpas y muchos remordimientos.

Es imposible que un hijo ingénuamente afectuoso se manche jamás con una cobardía. Pensar que tal acto imprime la marca del deshonor en la frente de quien le dió el sér, contristando sus últimos días, basta por sí solo para mantenerlo en el camino del deber y de la virtud, en cuya senda no se perderá por difíciles que sean las circunstancias que lo rodeen.

El soldado que contamina su nombre y traiciona su bandera, abre en el corazón de los suyos la más terrible herida que pueda abrir mano alguna. Por el contrario, no existe orgullo tan legítimo y tan querido en la familia, como el de haber dado al ejército, de su seno, un bravo soldado. Y contribuir á que nuestras familias se enorgullezcan de nosotros, añadiendo al cariño natural que nos dedican, el sentimiento de la gratitud, constituye generosa y bella prueba de virtud, de las más hermosas que puede el hombre demostrar en la tierra.

Honrad, pues, vuestro nombre al honrar la divisa conque la patria os viste, y dedicad cada día un pensamiento á la casa paterna; dedicádselo en gracia á todas las ansias que se exhalan entre aquellas paredes queridas, por los peligros en que podeis hallaros, y en gracia á todos los votos que por vuestra salud se hacen, por todo aquello que sufrís, por todo cuanto se

teme que habeis sufrido y por todo lo que se invoca como bendición sobre vuestras cabezas.

Estos son los deberes que teneis para con vosotros mismos.

Escuchad ahora los que os corresponden con respecto á vuestros superiores y con respecto á la disciplina.

No deis fé á los que lamentando la pesadumbre de la vida militar distinguen malignamente los oficiales de los soldados, con objeto de insinuaros que los gravámenes recaen solamente sobre vosotros, y que á medida que se sube en los escalones de la gerarquía, se aligera el peso de los deberes y de los sacrificios que llevais vosotros solos por entero. No les deis fé á los que tal dicen.

Al persuadiros de que las cargas y las compensaciones están repartidas injustamente, tratan de descorazonaros, porque de ahí nace la malquerencia, y de la malquerencia la indisciplina. Y os engañan.

Ascendiendo de grado en grado, los cargos mudan de naturaleza, pero no se disminuyen; pasa el peso desde las espaldas á la cabeza; pero este no desaparece, sino que se convierte en más grave. Vuestros jefes, mientras más altos están, tanto menos se cansan personalmente, pero tanto más dejaron atrás de obras y trabajos. Sois jóvenes; ellos os adelantan en edad. Estais ligados á esta vida de sacrificio por cinco años;

ellos por toda la vida hasta la vejez, á veces hasta la muerte. Llevais esta vida dura en la flor de vuestra juventud, en la cual la salud rebosa por todas partes, y el sentimiento de largo é indeterminado porvenir, y las ilusiones propias de la edad, os otorgan ánimo y vigor para soportar alegres, fatigas y privaciones; en vosotros cada día al levantarse el sol se temple con nueva fuerza y nueva alegría el valor y la esperanza. Pero ellos, vuestros jefes, llevan la vida militar en edad avanzada, cuando el entusiasmo juvenil que todo lo aviva y embellece, habiéndose desvanecido en parte ó por entero, hace que las privaciones y las fatigas, aun que por sí mismas ménos graves de las vuestras, produzcan sin embargo iguales efectos, si no mayores.

Las humillaciones que os tocan, los castigos que se os aplican tienen el aspecto de más penosos y severos y materialmente lo son; pero resultan en el fondo menos amargos que los de vuestros superiores, en los que la edad y el grado mismo refinan la susceptibilidad del amor propio y endurecen el orgullo. Estais bajo la inspeccion de vuestros superiores; ellos bajo la inspeccion de los suyos, bajo la vuestra misma y bajo la del país. Vuestra responsabilidad se restringe al círculo de vuestra buena voluntad y la asumís reduciéndola al capote y la mochila; vuestros jefes la tienen siempre, en momentos terribles, y tal, que á veces destroza las almas grandes y despedaza las fibras más vigorosas. Os hiere en ocasiones el castigo inmediato de un superior violento y ellos sufren á menudo la sentencia injusta y la cólera ciega de un pueblo,

de una edad, como víctimas espiatorias de los errores de muchos.

No, no es injusta la reparticion de las cargas, creedlo. ¡Cuántos de vuestros jefes os envidian con frecuencia hasta en los castigos y el arresto! Muchos quisieran cambiar la fatigosa agitacion de vuestra humilde vida por la quieta, cansada y pensativa que arrastran, á la cual llaman reposada los inexpertos, y ociosa los malignos.

Respetad, pues, á vuestros superiores y más á los más altos; y no solo con aquel respeto militar que la disciplina impone, alegando la necesidad y fijando de antemano las formas, sino con aquel otro respeto, íntimo, cordial, devoto, que cada ciudadano debe á quien rige un alto oficio en su país, y tiene por lo general con muchos y difíciles deberes, pocas é inseguras recompensas.

Respetadlos hasta como ciudadanos. Recordad que muchos se han hecho viejos en las filas del ejército; que muchos llevaron á su espalda el zurrón y comieron en la gamella como vosotros, pero muchos más años que vosotros comereis. Que muchos eran ya soldados provecetos y altivos con cicatrices antiguas cuando vosotros érais poco más que niños; que muchos han combatido por la libertad italiana ó fueron á buscar una guerra justa y una bandera libre en tierra extranjera antes que naciérais.

Pero no basta que los respeteis; os aman y les debéis correspondencia. Son estúpidos ó necios los que suponen que vuestros jefes no sienten por vosotros si-

no fría indiferencia y puntilloso mal humor que busca y desea ocasion de vengar con el castigo cuidados y aburrimientos que les cabe en suerte por vuestra culpa.

¿Por qué no os habrían de querer? ¿Por qué un coronel con la cabeza blanca (á menos que no sea de índole excepcionalmente perversa) no habría de tener en cuenta á sus hijos, vosotros, jóvenes de veinte años, que comparados con él sois casi chicuelos, vosotros que le recordais los bellos dias de su juventud, las caras emociones de su vida militar, aquellos dias de irreflexion y de alegría que siempre llora y que quisiera resucitar aun pagándolo á precio de sus caponas y de sus galones en la boca-manga? ¿No comprendéis que vosotros significais todo, absolutamente todo para él: su pasado, su familia, su orgullo, su vida? ¿Acaso porque no vá á estrecharos la mano uno por uno suponéis que no os quiere bien? Ya sabeis que no puede hacerlo, porque los más abusarían de aquella familiaridad y no miente la sentencia que dice:—Dá la mano al soldado y él se tomará el brazo.

¡Pero id á hablarle mal á un coronel de sus soldados! ¡Mirad bien á los ojos á los comandantes que se despiden de sus batallones al ser trasladados! ¡Id á buscar á esos veteranos retirados ya, cuando andan apoyándose en el baston y habladles de la quinta compañía de su regimiento, de la sétima, de la novena, de la cabeza ligera de aquel cabo furriel, de aquel buen soldado ó de aquel otro tunante de tambor, y vereis cómo se acuerdan de todo y de todos aunque hayan

pasado muchos años; cómo vuelve con la imaginacion á aquellos tiempos, cómo se exaltan y cómo se enternecen!...

Esto en cuanto á los viejos que guardan hácia vosotros un afecto paternal.

Pero teneis muchos oficiales jóvenes, en la flor de los años lo mismo que vosotros, que os conocen uno por uno, que están siempre á vuestro lado, sabiendo vuestras necesidades y prodigandoos cuidados; oficiales que son como vuestros amigos y hermanos mayores. Tened confianza en ellos; á ellos recurrid cuando hayais menester de una opinion ó de un consejo; hacedles comprender que os inspiran más cariño que temor; sed expansivos y francos y arrancad del alma la desconfianza sombría y oculta que os hace ver en cada superior un perverso, un malévolo, un perseguidor ó un enemigo.

¿Enemigo? ¿Y por qué? Nada ambiciona tanto el oficial como la adhesion y confianza de sus soldados; nada le disgusta y ofende tanto como ver entre ellos que alguno lo mira mal sin razon ni fundamento, sino solamente porque ve en él personificado el rigor y el castigo. ¿Qué gusto quereis que saque el oficial en malquistarse con aquellos entre los cuales ha de pasar la mitad de su vida? ¿Por qué no ha de ser su primero y vivísimo deseo el de no castigar jamás, no reñir y ni molestar ni molestarse?

Pero querer con el corazon no basta; se necesita probarlo con los hechos: obedecer, y obedecer con la espontaneidad y solicitud que previene la reprimen-

da sin dejar entrever el temor al castigo; y no sólo realizar el propio deber, si que también demostrar que se comprende; y no sólo demostrarlo, sino hacer ver que no sólo se cumple por necesario, si no que se tiene por justo. Y sobre todo, no abandonarse nunca á aquel mal humor que encuentra todo mal, y lo censura, y halla inconvenientes en todo, casi inevitables en el servicio militar, como en toda profesion, y murmura de los superiores y encuentra que todo se arregla de la peor manera, y que los que mandan no saben lo que se pescan. Este espíritu de censura atrevida y ligera es la peste de la disciplina; guardaos de él so pena de estar eternamente descontentos y descontentar eternamente á los demás. Recordad que cuando cien ojos se abren sobre lo que verifica un solo individuo, es muy fácil buscar materia con que reir; que ver el mal es asunto bastante más sencillo que saber ejecutar el bien; es una ilusión comun á muchos de los que se hallan abajo pensar que, colocados en el sitio de los que ordenan, lo harían mejor; que todos los que mandan hoy, obedecían ayer, y acaso criticaban á todos y á todo, como hoy hacemos nosotros, y no por esto han conseguido renovar el mundo cuando les ha tocado su vez; que las cosas miradas de abajo arriba presentan un aspecto enteramente distinto de cuando se las mira al inverso; y en fin, pensad, quintos, en todos los vulgares dictámenes de la más vulgar experiencia y del más comun buen sentido.

Pero todo esto no basta: todavía es preciso preparar el ánimo para tolerar muchas pequeñas injusticias

muchas pequeñas faltas y disgustos, para lo que no sirven reclamaciones ni protestas; cosa inevitable donde se reúne gran número de individuos á hacer vida comun y cada cual cuenta con su temperamento y su humor y olvida el de los demás; en los colegios, en los institutos; en las clases todas de los ciudadanos, por todas partes, en suma, donde hay superiores é inferiores, donde muchos mandan y muchos obedecen, indispensablemente resulta la consecuencia de que existe quien manda mal y quien no obedece bien.

Y todos los inconvenientes inseparables de ese género de vida en comun, no han de atribuirse ciegamente á la disciplina militar, la cual, al fin y al cabo, no se diferencia de las demás, sino en que va sujeta á normas más precisas, dependiendo ménos del capricho de las personas, compensando así hasta cierto punto su mayor severidad; pero no olvidéis que estos inconvenientes son vicios inseparables de toda disciplina y de toda organizacion.

Bueno es convencerse profundamente de esto: que la disciplina existe en todas partes; en la administracion, por ejemplo, se cuentan individuos que castigan é individuos que sufren; individuos que imponen multas é individuos que las pagan; individuos que aplican penas é individuos que las soportan con santa resignacion; individuos que dicen:—Usted es un burro é individuos que responden:—Sí, señor. Y en fin, que lo que se hace y lo que se sufre en un regimiento para no ir al calabozo ni estar á pan y agua, se hace

y se sufre entre miles de miles de empleados gubernativos y no gubernativos para no ser declarados cesantes y dejados en medio del arroyo con la familia, lo cual equivale á huir de quedar á pan y agua. Bocados amargos en todas partes se tragan, mis queridos quintos, áun en los gabinetes de los ministros, en las córtes de los reyes, de donde salen muchos con el corazón despedazado y con la cabeza blanca antes de tiempo.

Pero todavía no basta lo dicho. No basta respetar y amar á los superiores, sometiéndose dócilmente á la disciplina y cumpliendo las obligaciones impuestas por las necesidades del servicio.

Es un deber para el soldado procurarse asimismo una grandísima ventaja aprendiendo á leer y escribir.

Y para convencerse que es un deber el instruirse, y con objeto de inspiraros el deseo de llenarlo, sea suficiente este sencillez razonamiento.

La mayor parte de los males de Italia nace de la ignorancia, porque la ignorancia por sí misma constituye el mayor de los males. ¿Sabeis por qué? Porque la mayor parte de los padres de familia que no saben leer ni escribir no se cuidan generalmente de enviar sus hijos á la escuela, ya que no comprenden la utilidad; y los hijos crecen y viven tan ignorante como los padres. Privados de la cultura que se deriva

del estudio (y entiéndase por estudio la lectura de buenos libros), estos niños no reciben otra educación que la del padre ¿y qué sucede? Sucede que el padre y la madre son gente honrada, de buenas costumbres, cariñosa para la familia, y solícita del bien de los hijos, y estos llegan por tal camino á ser personas estimables, ignorantes, es verdad, pero al fin y al cabo, ser bueno ya es algo. Pero si el padre y la madre son malos, insensibles, olvidadizos de sus obligaciones y trabajos, dan mal ejemplo á sus hijos, y de estos, el noventa por ciento sale tan bribones como los padres, y quizá peor, porque les falta la educación de la inteligencia y del sentimiento que dan los buenos libros; recta y sábia educación que destruiría ó mitigaría por lo ménos los efectos de aquella otra perversa que recibieron en casa.

De esto se origina el hecho de que en las clases ignorantes la maldad del ánimo y la irregularidad de costumbres se conserva y propaga de padres á hijos, de familia en familia, bastante más que en las otras clases sociales, donde los chicos encuentran en el maestro un segundo padre que muchas veces cambia en ellos la mala dirección aprendida del padre natural, hasta el punto que salen de la escuela mejores siempre, y en ocasiones completamente otros de lo que se hubiera creído al principio, dados sus antecedentes de familia.

¿No tenemos una prueba de esto en que hay familias donde en el trascurso de cuatro ó cinco generaciones han suministrado diez ó doce individuos á las

cárceles ó á los presidios por crímenes y delitos de varia especie? ¿No tenemos pueblos, barrios enteros en los que la poblacion es notoriamente triste y facinerosa sobre todas las demás?

Por esto entre esta gente se comunica la maldad con el ejemplo, de edad en edad, de individuo en individuo, sin encontrar nunca impedimento ó freno en la instruccion que ilumina la inteligencia, fortifica la conciencia y hace cultas las costumbres.

Aprended, pues, á leer y á escribir, no solamente para vuestro uso, sino para el bien de vuestros futuros hijos; procurad volver á casa con esta ventaja positiva obtenida en el servicio militar; aprended á escribir para mantener correspondencia con vuestras familias; aprended á leer para facilitaros el conocimiento de vuestros deberes de soldados mediante la lectura de los reglamentos é instrucciones y para proporcionaros útil y agradable pasatiempo en las horas de descanso. El servicio retarda y evita en parte esta enseñanza, lo sé. Las ocupaciones cotidianas os conceden poco tiempo, arrebatándoos la gana de leer, tambien es cierto; pero haced lo que podais: por poco que sea, siempre ese poco será mejor que nada. El soldado—dice un escritor francés,—es bello especialmente en estos dos casos: cuando se lanza contra el enemigo á bayoneta calada y cuando se sienta á los piés de la cama con una cartilla en la mano.

Un consejo todavía.

El soldado italiano, ha dicho poco há un periódico, es siempre buen amigo, siempre modesto, siempre sim-

pático, de buenas costumbres y cortés como ningun otro soldado del mundo. Es cierto, y así se ha reconocido generalmente, y podemos afirmarlo nosotros hoy sin adulacion, y lo aseguramos con vivísimo sentimiento de orgullo porque creemos que no se pueden hacer superiores elogios á un ejército. Ahora bien; conservad intacta esta noble fama, queridos quintos, aumentadla y arraigadla. Tened siempre por seguro que las tropas son tanto más respetadas por sus conciudadanos, cuanto son más temidas por sus enemigos. Ningun regimiento llega á hacerse querer y estimar si los soldados individualmente no se conquistan la benevolencia mediante moderacion y dignidad. Recordad que precisamente por su mesura jamás provocó el soldado italiano un desórden en las poblaciones, sirviendo en cambio para aquietar muchos, solo con su presencia. Persuadíos de que la popularidad obtenida por cualquier soldado, por sus buenas maneras entre el paisanage, ahorra en muchos casos á enteras compañías y á regimientos enteros la triste necesidad de emplear las armas y derramar la sangre. Y de igual modo que debe con el ejemplo inculcar en los ciudadanos el amor al órden y la observancia de la ley, debe tambien respetando y amando al pueblo, del cual es hijo, y defensor, inspirarle el respeto y afecto que al pueblo le debé por razon de gratitud y de naturaleza.

Hé ahí vuestros deberes.

Y ahora, ved pronto la manera de hacerlos soldados.

Las condiciones del ejército imponen que se apremie extraordinariamente vuestra instrucción. Suplid la estrechez del tiempo con la buena voluntad. La educación de los quintos suele reclamar tiempo largo ya que por lo general aturridos y desconcertados por la nueva vida á que se les conduce, no prestan en los primeros días la atención reposada á la instrucción, que dedican más tarde.

Procurad vencer estas dificultades acomodándoos cuanto antes á los nuevos hábitos y ocupaciones; no os limiteis á la ejecución automática de las órdenes que hace necesaria la repetición constante de la enseñanza indefinidamente; pensad, observad, recordad, solicitad el buen deseo de los instructores con la rapidez de los progresos; cuando se quiere aprender presto algo, ya se ha ganado gran parte con la sola aspiración; el celo aligera todos los deberes y trunca todas las dificultades. Quien trascura las primeras instrucciones permanecerá eternamente hecho un medio quinto; lo que no se aprende á hacer bien, pronto, se continúa ejecutando mal, ó se aprende á fuerza de censuras y castigos. Estudiad concienzudamente vuestros deberes, pronto seréis llamados á cumplirlos; la escasez de contingente del ejército, reclama un servicio más activo en cada individuo; colocaos en el caso de corresponder á la confianza que se deposita en vosotros.

No descuideis sobre todo el servicio de guardia; algunas veces pesa sobre la cabeza del soldado grandísima responsabilidad; pensad en ello y proponed no

manchar jamás el número 18; conservadlo blanco, como el blanco de vuestra bandera.

Y esta bandera amadla y veneradla; las recientes desgracias no la han oscurecido sino con un crespon en señal de luto por los que sucumbieron en la batalla, pero no le imprimieron una sola mancha; no, no se la han impreso; por cuanto tenemos de más sagrado en el corazón, os lo aseguro, por el honor de la sangre italiana. Nuestra bandera es espléndida é inmaculada como en los más bellos días de nuestra inmortal revolución. La victoria no ha firmado pacto con ningún ejército del mundo; todas las banderas se empaparon en lágrimas; la mala fortuna ha arrancado una hoja de laurel de cada bandera; á cada pueblo le ha tocado un día nefasto y triste que hizo repercutirle en su corazón un grito de antiguos triunfos y un grito de dolor de derrotas posteriores; mil ejércitos se han levantado después de la desgracia, más formidables y más fieros.

Sí, amadla y veneradla esta bandera: tuvo hermosos días de gloria; tremoló muchas veces al caer del sol en la cumbre de una montaña cuya posesión fué disputada desde la salida del astro de la mañana; muchas veces enhiesta entre los pedazos del bastión de una muralla desmantelada, fué saludada victoriosa por los moribundos de las trincheras; ha escuchado las exclamaciones de la alegría soberbia de sus hijos. Otras

banderas quizá fueron más temidas, pero ninguna ciertamente más invocada, más bendecida, ni tan amada como ella.

¡Quintos! os he dicho la verdad, creedlo; si no os parece mi acento el acento de la convicción y del cariño, no lo atribuyais á dudosa sinceridad ó á tibieza de corazón; atribuidlo á mi pluma inepta y torpe y á la naturaleza misma de este pobre lenguaje humano, al cual escapan siempre las palabras más adecuadas y los más delicados sentimientos del alma!



LA ADOLESCENCIA

AL QUELLOS tres ó cuatro años que pasan entre la infancia y la juventud, están llenos de descorazonamientos y melancolías como cuando se principia á sentir la vejez.

El espíritu, desmañado al entrar en plena vida, se encierra por todas partes queriendo inútilmente romper afanoso la cárcel que lo circunda. De igual modo que el gérmen en la primavera intenta romper la corteza que le envuelve, y se agita impaciente contra las paredes que lo retienen, así en aquellos años el hombre se encuentra cerrado dentro del muchacho y se sacude incesantemente para libertarse por completo.

Necesita aire y luz y quisiera levantar su vuelo, y chocan sus alas en las paredes domésticas y las repliega doloridas y lastimadas. Ve debajo pequeño mundo de niños donde se juega, se ríe, se canta y no puede ya descender hasta él; ve encima otro vasto mundo donde se piensa, se trabaja, se combate y se ama y no puede tampoco todavía subir hasta esa esfera.

banderas quizá fueron más temidas, pero ninguna ciertamente más invocada, más bendecida, ni tan amada como ella.

¡Quintos! os he dicho la verdad, creedlo; si no os parece mi acento el acento de la convicción y del cariño, no lo atribuyais á dudosa sinceridad ó á tibieza de corazón; atribuidlo á mi pluma inepta y torpe y á la naturaleza misma de este pobre lenguaje humano, al cual escapan siempre las palabras más adecuadas y los más delicados sentimientos del alma!



LA ADOLESCENCIA

AL QUELLOS tres ó cuatro años que pasan entre la infancia y la juventud, están llenos de descorazonamientos y melancolías como cuando se principia á sentir la vejez.

El espíritu, desmañado al entrar en plena vida, se encierra por todas partes queriendo inútilmente romper afanoso la cárcel que lo circunda. De igual modo que el gérmen en la primavera intenta romper la corteza que le envuelve, y se agita impaciente contra las paredes que lo retienen, así en aquellos años el hombre se encuentra cerrado dentro del muchacho y se sacude incesantemente para libertarse por completo.

Necesita aire y luz y quisiera levantar su vuelo, y chocan sus alas en las paredes domésticas y las repliega doloridas y lastimadas. Ve debajo pequeño mundo de niños donde se juega, se ríe, se canta y no puede ya descender hasta él; ve encima otro vasto mundo donde se piensa, se trabaja, se combate y se ama y no puede tampoco todavía subir hasta esa esfera.

Entrevé como tras de vaporoso velo la mujer bella, querida y misteriosa, objeto secreto de sueños y deseos; la mujer se inclina á besar los niños, se vuelve á mirar los hombres, pasa á su lado y no lo vé. Bien quisiera él atraer aquella mirada, parecer bello y gustar á la hermosa; y, sin embargo, no es más que un niño crecido, con una cabeza relativamente gorda, una espalda mísera y estrecha, un pecho enteco y un tronco regido por dos alambres que le sirven de piernas, donde se señalan dos rodillas angulosas. Siente los primeros estímulos de la vanidad y quisiera vestir bien y ser elegante; y le obligan á acabar de romper la ropa usada de su hermano mayor, y le cortan las corbatas de los vestidos viejos de su hermana, y no se fian todavía de entregarle un reloj. Querría ser tenido por un hombrecillo, significando algo, y si abre la boca en medio de la gente, ó dice una cosa insulsa que pasa inadvertida, ó dice una sandez que provoca la risa general ó el castigo de amenazadoras miradas con las cuales se pena por lo menos su impertinencia. Querría ser agradable y tener garbo y buenos modales, y si entra en un salon no sabe andar, tropieza con las sillas, derriba los veladores, pisa la cola á una señora y da un pisoton al dueño de la casa que le hace ver las estrellas. Querría expresar lo que le bulle dentro del pensamiento y lo que le arde dentro del corazón, desfogándose, y escribe versos que hacen reír á los maestros, y el padre se los rompe y le pone en las manos el tratado de aritmética. Querría agitarse, vagar, girar, ver cosas

nuevas; y debe volver á casa á las ocho de la noche á hojear el Diccionario Latino, y sacar los significados de la traduccion, en un rincon de su cuarto, solo, mientras oye el crujir de los vestidos de su hermana que se prepara para el teatro ó el baile.

Desconcertado, humillado, ahora se insinúa en medio de la gente para implorar una mirada ó una sonrisa; ahora se encierra en sí mismo, despechado y fiero, huyendo de la sociedad, como cansado de los hombres y de la vida.

Y entonces sobrevienen las largas horas de soledad, pasadas asomado á la ventana por la noche; ó en el campo las horas invertidas mirando fijamente las ramas de los árboles ó las briznas de la yerba; y su fantasía vívida é inquieta se lanza ávida en el porvenir, en un porvenir lejano y misterioso, pero lleno de grandes designios y grandes esperanzas. Fíngese una vida á su manera; casos admirables y extraños, luchas, peligros, triunfos, viajes, auroras de ignotos cielos, vastos jardines silenciosos, poblándose todo de queridas imágenes y gratas ilusiones; allí se dibujan indistintos los perfiles de la vírgen acariciada en sueños, cien veces recogidos y recompuestos y vagamente contorneados, latiendo el corazón y trepidando el pensamiento; allí se notan las solitarias entrevistas y se escuchan las palabras ardientes apenas conocidas y casi adivinadas; allí se diseñan sin determinación concreta, dulzuras que subyugan las fuerzas todas del alma. Pero despues aquella espléndida vision, lo entristece lo cansa y lo arroja con ímpetu á la realidad de la

vida, y al caer va á dar en medio de los solaces infantiles que le inspiran desden y tedio, volviendo presuroso á apagar su sed y calmar sus ansias en los estudios.

Mas bien pronto los abandona de nuevo y busca reposo á su espíritu en los exagerados ejercicios corporales; su mundo fantástico hace que se mezcle la vaga idealidad del pensamiento con la chocante realidad de la vida; asáltanle en las tinieblas repentinos temores tiempo há desvanecidos; miedos religiosos impensadamente resucitados; frialdad feroz de alma que arma su mano contra inocentes animales y atrevimientos insensatos que lo impulsan á todo lo peligroso desde los caballetes de los tejados á la cumbre de las montañas y á las copas de los árboles;... despues melancolías profundas que no encuentran otro lenitivo que buscar los brazos de la madre y llorar en su seno lágrimas ardientes y pacificadoras.

La excesiva timidez de muchos chicos de aquella edad procede precisamente de que tienen dentro todo aquel tumulto de pensamientos y de afectos, queriendo tenerlo oculto, temblando siempre que alguno lo descubra y los estime más niños de lo que son: ellos mismos creen que todo aquello es un resto de chiquillería y se avergüenzan, mientras que es por el contrario la primera chispa de la juventud que los fecunda y los trasforma!



UN EJEMPLAR

ANTES de salir el sol, el viejo doctor del regimiento número 80 caminaba en las afueras de la ciudad, por senda solitaria, hácia la casa de campo de una señora amiga suya.

Llegado al punto donde se extendía vasto campo árido y desnudo, semejante á plaza de armas, se detuvo y miró largo espacio de tiempo alrededor con el entrecejo fruncido, como si la vista de aquellos lugares trajese á su mente tristes recuerdos.

La alquería estaba situada sobre un montículo poco distante de aquella llanura; y entre el llano y el cerro extendíase el terreno, como se ha dicho antes, sin árboles y sin setos hasta alrededor de la casa. El día era turbio y no se percibía ni el más mínimo rumor, ni se veía ánima viviente.

Al entrar en la quinta, encontró el doctor, con grande sorpresa, ya levantada á la señora. Vino á su encuentro, y con el rostro turbado le dijo:

vida, y al caer va á dar en medio de los solaces infantiles que le inspiran desden y tedio, volviendo presuroso á apagar su sed y calmar sus ansias en los estudios.

Mas bien pronto los abandona de nuevo y busca reposo á su espíritu en los exagerados ejercicios corporales; su mundo fantástico hace que se mezcle la vaga idealidad del pensamiento con la chocante realidad de la vida; asáltanle en las tinieblas repentinos temores tiempo há desvanecidos; miedos religiosos impensadamente resucitados; frialdad feroz de alma que arma su mano contra inocentes animales y atrevimientos insensatos que lo impulsan á todo lo peligroso desde los caballetes de los tejados á la cumbre de las montañas y á las copas de los árboles;... despues melancolías profundas que no encuentran otro lenitivo que buscar los brazos de la madre y llorar en su seno lágrimas ardientes y pacificadoras.

La excesiva timidez de muchos chicos de aquella edad procede precisamente de que tienen dentro todo aquel tumulto de pensamientos y de afectos, queriendo tenerlo oculto, temblando siempre que alguno lo descubra y los estime más niños de lo que son: ellos mismos creen que todo aquello es un resto de chiquillería y se avergüenzan, mientras que es por el contrario la primera chispa de la juventud que los fecunda y los trasforma!



UN EJEMPLAR

ANTES de salir el sol, el viejo doctor del regimiento número 80 caminaba en las afueras de la ciudad, por senda solitaria, hácia la casa de campo de una señora amiga suya.

Llegado al punto donde se extendía vasto campo árido y desnudo, semejante á plaza de armas, se detuvo y miró largo espacio de tiempo alrededor con el entrecejo fruncido, como si la vista de aquellos lugares trajese á su mente tristes recuerdos.

La alquería estaba situada sobre un montículo poco distante de aquella llanura; y entre el llano y el cerro extendíase el terreno, como se ha dicho antes, sin árboles y sin setos hasta alrededor de la casa. El día era turbio y no se percibía ni el más mínimo rumor, ni se veía ánima viviente.

Al entrar en la quinta, encontró el doctor, con grande sorpresa, ya levantada á la señora. Vino á su encuentro, y con el rostro turbado le dijo:

—Muchas gracias, doctor; sé por qué viene usted; ayer me lo dijeron. ¡Qué noche he pasado, si supiese usted; siempre con aquel pensamiento fijo! Mire V., si hubiese podido prever semejante cosa, ciertamente que no habría venido aquí; pero es la primera y la última que me sucede; dejaré la casa, y en el ínterin, por lo pronto hoy mismo, ahora, cojo á mis dos hijos y me escapo á casa de una amiga... Dispéñeme usted.

Se levantó, y asomándose á la puerta de una habitación contigua, preguntó á una criada si sus hijos estaban listos, añadiendo antes de volver á sentarse al lado del doctor:

—¡Dénse prisa!—¡Ah, doctor—volvió á decir suspirando;—como si no hubiese otro sitio en todos los alrededores de la ciudad donde ir, sino precisamente delante de mi casa!...

—Es la plaza de armas—repuso distraído el doctor.

—Dios mío, ¿y si por desgracia no me hubiese usted avisado? ¡Tiemblo solamente de pensarlo! Vamos, vamos lejos de aquí, á cinco, á diez millas, si es preciso, con tal de que yo no vea nada y no sienta nada. Usted me hará compañía ¿no es verdad?

El doctor no contestó; permaneció algunos instantes pensativo, y después, con ademán severo y acento benévolo, dijo:

—Señora, V. tiene dos hijos, ámbos destinados á la carrera militar; uno de catorce años y otro de diez y seis; se hallan en la edad en la cual muchas veces un

acontecimiento, un espectáculo, una emoción que á nosotros puede parecer sin efecto ó de mal efecto, dá un noble y fuerte sello al carácter, durando por toda la vida; todos nosotros somos la consecuencia de un tejido de impresiones recibidas de niños; si quiere V. tener dos hijos soldados, siga mi consejo, señora: permanezcan aquí.

La señora al oír aquel *permanezcan aquí*, tembló; luego empezó á reflexionar.

Entraron los dos chicos, demasiado altos para su edad, robustos, de fisonomía abierta y simpática, y muy parecidos á su madre. Uno vestía el uniforme de un colegio militar. Ambos estaban serios, con la cabeza baja y la frente arrugada, como si estuvieran incomodados.

Saludaron al doctor y se arrinconaron en un extremo de la habitación sin hablar, revelando una protesta en su silencio.

—¿Qué es eso?—preguntó la madre.

—Que no queremos marcharnos—replicó el menor con aquella voz entre llorosa y de rebeldía de los momentos en que los chicos se incomodan.

La madre miró al doctor, después á la ventana y suspiró, é interrogó en voz baja á su interlocutor:

—Dentro de una hora, ¿no es eso?

—Dentro de una hora.

—Y... son dos—repuso más bajo aún la señora.

—Dos—insistió el médico.

—¿Y por qué?

—¡Oh! Por una canallada sin nombre.

—¡Bah, bah! Dirá V. lo que quiera; pero es horrible.

—Pues mire V.—replicó vivamente el médico:—puedo asegurarle que lo más horrible de esta tragedia no es lo que va V. á presenciar, sino lo que yo presencié...

Y despues de una breve pausa, prosiguió:

—Usted, señora mía, me conoce; conoce mi vida; tengo años; he experimentado desgracias: perdí madre, padre, hermanos, siendo jóven; he necesitado devorar muchas amarguras áun en el curso de mi vida de médico militar; cupiéronme en suerte momentos de aquellos en los cuales si no se creyera en algo, más allá de la muerte, sería cosa de haber hecho una atrocidad.—Después, el dolor de ser cogido prisionero, de leer en la cara del enemigo que nuestro ejército había sido batido y derrotado, y las demás desgracias que cayeron luego sobre nuestro infortunado país, constituyeron también arañazos en el corazón, como puede V. imaginar, terribles.—Y, sin embargo, todo me parece poco, comparado con lo que sufrí á la vista de aquel espectáculo deplorable, del cual los dos desdichados de hoy representaron solo pequeños episodios.

—¿Qué espectáculo?...

—¡El 3.^{er} batallón de mi regimiento se dispersó huyendo á la desbandada como cuadrilla de bandidos á los primeros disparos del enemigo!—Han pasado algunos meses. ¡He experimentado vivas emociones: las de mi prision, las de mi libertad más tar-

de, la de volver á la patria, volver á ver mi regimiento, mis amigos... Y bien, la impresion de aquel dia se me quedó tan grabada en el ánimo, que aun vive y permanece en el alma como si hubiese sido ayer; como si ayer hubiera presenciado aquel espectáculo, y lo tengo delante de mis ojos, escucho aquellas voces, veo aquella gente, pienso en ello sin cesar, sueño con ello, y hay instantes en que parece que el corazón quiere saltármeme del pecho y escondería el rostro entre las manos lleno de vergüenza!

—¡Oh... vamos!... insinuó la señora.

—Sí, sí... ¡ojalá que este sentimiento de la vergüenza fuese más universal! ¡Cuando la vergüenza de muchos, precisamente porque es de muchos, no la siente ninguno... pésimo indicio! ¡Para mí, una de las primeras cualidades de un ejército, á V. le parecerá extraño, pero yo lo creo firmemente, es el pudor! ¡Cuando se ha sido vencido, es preciso que arda la frente y que se sufra: el que busca excusas, disculpas, modo de confortar el espíritu, consuelos... ya está medio batido, medio vencido y medio derrotado para otra vez!

—Comprendo... ¿Pero cómo aquel batallón se portó mal y los otros nó? Yo creía que todos los soldados eran lo mismo.

—¿Qué quiere V?—respondió el doctor—cogiendo una mano del menor de los chicos que se había aproximado y que retuvo luego por espacio de algun tiempo; forzoso es creer que aquel fuese un batallón maldecido de Dios. ¡Oh, ya tuve yo mal presentimiento

desde el principio de la batalla!—Cuando supe que aquel batallón se eligió, entre otros, para explorar una colina á la izquierda del enemigo, lo cual equivale á aventurarse á un combate repentino contra fuerzas desconocidas, sin apoyo, y quizá á gran distancia del resto del regimiento, no sé por qué, me eché á temblar. Lo ví de paso, á aquel batallón, mientras esperaba la orden de avanzar, parado en un llano, medio escondido entre los árboles. Miré fijamente á la cara de los soldados, y... no me gustaron.—¡A lo lejos se percibía fuego de fusilería bastante vivo; de cuando en cuando, alguna bala silbaba cerca, y á cada silbido, aquellos soldados se miraban y refan, pero... después de haberse mirado mucho! Había algunas caras blancas como el papel, que intentaban reír y no lograban sino enseñar los dientes. Tarareaban, bromeaban, chanceaban... más todo era forzado.—"Malo, malo," dije para mis adentros, y eché á andar y me alejé.—Volví á pasar luego, y el batallón se había ya marchado, no sin dejar sensibles huellas: fusiles en el suelo, morrales... alguno, aprovechándose de la gran maleza alta, se había escapado. Miré detenidamente alrededor y no ví á nadie, y seguí mi camino. Práctico del terreno, tomé á campo-traviesa, subí á una altura, bajé hasta la mitad de la pendiente opuesta y me encontré frente á frente de un cerro por cuya loma empezaban á ascender muy despacio los cazadores del batallón. El valle era angostísimo, de modo que veía perfectamente todo desde el lado opuesto. La ladera estaba toda cubierta

de monte bajo, en la cima era casi un bosque. Parecía que en el bosque no había nadie. Detrás de los cazadores seguía el resto del batallón, ya medio descompuesto; poco á poco llegaron á lo alto y desaparecieron en la espesura. Valle y cerro quedaron desiertos y silenciosos; no se escuchaba sino el eco del cañón lejano.—Seguí atentamente mirando y escuchando y me pareció ver que aquí y allá en algunos puntos se movía algo entre los grandes lentiscos, de trecho en trecho advertía como el relumbrar de cañones de fusil; observando mejor, sospeché si serían soldados rezagados de intento para desertar, ó escaparse al ménos. En el momento de moverme con objeto de ir á ver, escuché del lado allá del bosque primero, y en él después, algunos tiros; luego disparos más frecuentes y cerrados y dije:—¡Bah, se han encontrado!—Pero á los pocos segundos creí que el ruido en lugar de alejarse como esperaba, se aproximaba en cambio: escuché con mayor atención, y con efecto, se acercaba más y más. Alcé la vista, y ví aparecer en lo alto del monte algunos soldados que corrían, después otros, luego otros y otros: el batallón entero precipitado y en desorden sin el comandante. La sangre se me heló en las venas. El batallón bajaba la pendiente á todo correr, arrojando á su paso, morrales y todo lo que le estorbaba para huir, como si se hubiese desencadenado á la espalda el infierno...

La señora hizo un movimiento de espanto y continuó escuchando con creciente interés.

—Alguno—prosiguió el médico despues de breve

pausa para tomar aliento,—se detenía de cuando en cuando y miraba hacia atrás. Los más dencendían sin detenerse un punto, con la cabeza baja, los brazos abiertos, tropezando, cayendo, levantándose rápidamente, precipitándose de nuevo en la carrera vertiginosa como locos; otros heridos se echaban á tierra, revolcándose como bestias y lanzando agudos alaridos. Muchos oficiales, sargentos y hasta soldados rastos se paraban de trecho en trecho, procurando contener á los que huían: —¡Alto! ¡Firmes! ¡No es nada! ¡Frente al enemigo! ¡Fuego! ¡No son más que un batallon! —Inútilmente: la fuga era irresistible por todas partes. Los que hubieran querido resistir al enemigo ó contener á los dispersos, se mordían las manos de rabia, se mesaban los cabellos, amenazaban, cambiaban órdenes diversas en quella confusion, en aquella feroz desbandada, hasta que lograron reunir un peloton de cincuenta ó sesenta hombres. Entonces emprendieron á todo correr, pero ordenadamente el camino que conduce al puente sobre el rio, y se apoderaron de él antes que llegase el grueso de los fugitivos. Cerraron la entrada oficiales y soldados mezclados sin distincion, en actitud resuelta de defender el paso. A los pocos instantes llegó la turba de cobardes, todos pálidos, desencajados, anhelantes, el mayor número de ellos destocados, sin armas. Al acercarse al puente vieron aquella barricada humana erizada de bayonetas, de sables, de pistolas y carabinas, y titubearon. Pero el terror que les impulsaba, adivinando á su espalda mayor peligro, les hizo pro-

rumpir en un solo grito: —¡Paso!— la barrera contestó: —¡Nunca! ¡Frente al enemigo!—De lo alto de la colina principiaron á vomitar fuego los fusiles enemigos y entonces aquel monton de miserables se arrojó sobre el pequeño grupo de valientes, se dispararon algunos tiros por ambas partes, y cayeron muchos heridos, entablándose una riña sin nombre. Los bravos oficiales y soldados se hicieron fuertes, aferraban á los otros por el cuello y los echaban hacia atrás á la fuerza; aquellos se desasían, arrojándose á tierra y se deslizaban por derecha é izquierda por entre aquel seto humano, entre los huecos, escurriéndose como culebras. Era una lucha furiosa, á puñetazos y patadas. Por un lado gritaban con voz rabiosa: —Paso, paso, abrid camino:— por el otro exclamaban: —¡Canallas, cobardes!—Alguno que otro oficial suplicaba todavía:—¡Salvemos nuestro honor, ánimo, todavía tenemos tiempo, somos muchos! Todo fué inútil; los fugitivos con la fuerza del número y el ímpetu del miedo, rompieron aquella barrera de intrépidos pechos y se precipitaron más allá del puente, dejando al pequeño peloton de bravos hacer frente al enemigo que ya estaba á la mitad de la pendiente....

—¡Qué infamia!—murmuró casi apenas con el aliento la señora.

—Aniquilados por la carrera refugiáronse en una casa próxima donde ya había heridos; yo llegué en aquel momento. A poco los oficiales y soldados que intentaron la última resistencia, llegaron tambien no sin haber dejado en el terreno varios muertos. Ape-

nas entraron intentaron disponer otra defensa; pero tambien esta fué vana tentativa: aquella gente no tenía gota de sangre en las venas, ni sentimiento de la dignidad, ni aspecto siquiera de hombres. Se despararon por la casa ocultándose en todos los escondrijos, refugiándose en la cueva, cerrando puertas y ventanas. Con dificultad se consiguió trasportar á un cuarto tres ó cuatro heridos más graves, uno con dos sablazos en la cara dados por un oficial y los otros heridos por la espalda. Prestaba yo la primera cura, cuando de repente un ruido más fuerte se sintió, corriendo de aquí para allí y gritando como condenados. Había llegado una compañía de los enemigos, que hubiera podido contenerse, pero á los pocos disparos consiguieron penetrar en el patio obligando la rendición. Entraron y nuestros soldados arrojaron á tierra sus fusiles diciendo:—¡Nos damos prisioneros, paz!— Los contrarios, no pudiendo creer en tanta cobardía sospechando que se trataba de engañarlos se les fueron encima maltratándolos con las culatas de los fusiles. Aquellos infames se arrodillaron y hasta hubo uno, que fué despues reconocido, el cual imploró compasión de un oficial enemigo diciéndole:—Me paso á usted.—Entonces, abajo el morrion—le respondió el oficial, arrojándose al suelo. Otros se presentaron á los demás oficiales declarando que ellos ni se habían batido ni opuesto resistencia. Algun ejemplo heroico hubo, sin embargo: dos oficiales se dejaron matar, uno se dejó herir mortalmente; algunos soldados opusieron una resistencia encarnizada en el interior de la

casa. Finalmente todos se rindieron y cuando los prisioneros, y yo entre ellos, desfilamos delante de la compañía enemiga, el capitan, acercándose á uno de nuestros oficiales le dijo en pésimo italiano y con acento de conmiseracion que sonará en mi oido mientras viva:—Señor oficial, permitidme que os lo diga: usted se ha batido bien, y entre sus soldados los hay valientes, pero tambien los hay poltrones de veras! El oficial se puso lívido estremeciéndose como invadido por la fiebre, y volviéndose hácia un grupo de soldados de los que peor se portaron exclamó con un vocejon, aunque inseguro salvaje, que inspiraba compasion y horror:—¡Ah... infame canalla!

La señora ocultó el rostro entre las manos.

—Lleváronse á los cobardes, tratándolos como á tales. Los enemigos los colocaron de dos en dos entre dos filas de caballería, conduciéndolos á campo traviesa al paso de los caballos; y cuando alguno se lamentaba, castigábanlo á sablazos, llenándolo de improperios y echándole los caballos encima. Los otros, es decir, los que quedaban de los que mostraron arrojo entraron, y yo con ellos, en la ciudad de *** y ¡en qué estado! Y bien, los primeros, en las calles de aquella pobre ciudad que era, sin embargo, nuestra; en medio de aquellos pobres ciudadanos que ya sabían cómo había concluido la batalla y que salían al encuentro de los prisioneros con el corazon despedazado y los ojos rojos por el llanto; en aquellas calles, los miserables cometieron la última, la más vergonzosa y más inicua accion de su vileza. Reducidos como esta-

ban, entre las manos de los vencedores, atados, derrotados, con la cara acardenalada por los golpes con que castigaron su infamia los vencedores, marcando así la infamia sobre sus frentes, aquellos hombres sin vergüenza y sin pudor... se atrevieron... ¡á entrar, cantando!

La madre y los hijos hicieron un ademán de horror, prorumpiendo en unánime interjección de ira.

—¡Cantaron!—continuó el doctor—acaso por la alegría de haberse librado de los futuros peligros de la guerra; quizá para demostrar que les importaba poco haber sido batidos; tal vez con objeto de congraciarse con los enemigos. Estos sonreían de desprecio; los ciudadanos volvían la espalda indignados; los oficiales prisioneros se tapaban la cara de vergüenza. Uno de estos, no pudiendo contenerse, se acercó al jefe de la escolta y le rogó en nombre de la fraternidad de todos los ejércitos que les hiciese callar.—Todo, añadió, estamos dispuestos á soportarlo, menos este desgarrador é impúdico espectáculo; si no queis librarnos de él, dadnos al menos nuestros sables para cortar la cabeza de esos miserables.—El comandante ordenó á sus soldados que se les impusiera silencio; cayó sobre las espaldas de los cobardes una lluvia de golpes, y los prisioneros callaron. Aquella noche se nos separó afortunadamente de ellos, y yo no volví á verlos más. Pero á los oficiales, á los pocos soldados que se batieron, á mí mismo, á todos se nos quedó fija en la memoria la fisonomía y los nombres de los canallas, y acordamos declarar todo, punto por pun-

to, tan pronto como llegásemos al regimiento para que se llevase á cabo un solemne ejemplar. Mantuvimos la palabra: diez han sido ya fusilados; quedan dos, que son los que vais á ver; cumplimos nuestro deber; jamás he tenido la conciencia más tranquila.

La señora apoyó la cabeza en una mano y murmuró casi maquinalmente con los ojos fijos en el suelo:

—¡Pero es la muerte... doctor!

—Siempre lo mismo—murmuró éste poniéndose de pié repentinamente y empezando á pasearse por la habitación—somos siempre lo mismo. Mientras se trata de decir:—Combatir por la patria, adelante, valor, morir,—está bien; pero cuando se trata de permanecer en el sitio para morir de verdad, entonces parece que no se ha de obligar sino á los que tienen el valor natural para permanecer en su puesto; para los demás es cuestión de temperamento; el que no pueda, paciencia; no todos somos héroes! Así, pues, mientras se trata de desencadenarse contra los villanos, en poesía ó en prosa, declamando contra la infamia, contra las almas abyectas; mientras que se habla de la patria deshonrada, con otras palabras y razonamientos parecidos, todos estamos de acuerdo; pero cuando despues se nos conduce ante uno de aquellos que deshonraron la nación, entonces, patria, valor, honor, bandera, todo se convierte en esferas de jabon que se disuelven rápidamente en el aire, y no queda sino el sentimiento de humanidad! Señora, usted no ve sino á un hombre que va á morir solo, ahí, en medio de un llano, con una cruz en las manos, y

los ojos vueltos al cielo; y ¡vive Dios! que yo también tengo entrañas de hombre y aquel espectáculo me abruma y contrista. Pero no es en este moribundo en quien debe fijarse el pensamiento; debemos ver á este hombre mismo oculto en un foso ó detrás de unas matas, con la cara pegada al suelo, temblando, mientras cien pasos más allá, sus compañeros exponen el pecho á las balas, y en vez de lanzarse adelante y vencer, deben sufrir allí y morir, porque los viles han desertado de sus filas. Debeis imagináros á este hombre cuando dice:—Mis compañeros van á ser muertos, no importa; la bandera de la nación será vituperada, no importa; soy un traidor, no importa; me escupirán á la cara, no importa; pero ¡vivo, vivo!—Debeis imaginároslo así para comprender que este hombre debe desaparecer del mundo, y que V. misma, con sus propias manos, le hubiera arrancado la vida en aquel momento, su vida que es un insulto á los que sucumbieron ¡Por caridad, señora, esta piedad es fatal! Detrás de cada uno de estos miserables que queda en pié, hay un monton de valientes sacrificados. Creedlo; es preciso ser inexorables; debemos hacer comprender á los desalmados, que sobre el campo de batalla hay algo más precioso, que conservar estos cuatro huesos que nos hacen cometer tantas bajezas; es preciso hacerles comprender que cuando la patria necesita nuestra sangre, debemos dársela, y que quien no la quiera derramar en el campo, en medio de nosotros, deberá derramarla solo en una plaza de armas inevitablemente; es preciso amputar el miembro po-

drido, señora. Estamos todavía á tiempo, ¡ay, si nos tiembla la mano! en una nueva ocasion seremos desbaratados, triturados y escarnecidos, quedando para siempre en la vergüenza y la ignominia. Dios no lo quiera!...

Aquí se detuvo el doctor, guardó silencio, miró al reloj y añadió en voz baja con grandísima calma:

—Decídme más bien, señora, que este no es el momento de proferir palabras de ira y de desprecio; decídme que es mejor callar, sentir y reflexionar.

La señora experimentó una corriente de hielo por los huesos.

Los dos mozaletes se dirigieron de pronto á la ventana.

—No, aquí al momento. No quiero...—gritó con acento imperioso la madre poniéndose de pié.

El doctor la detuvo suavemente, haciéndola que volviese á sentarse. Los chicos se pararon; todos callaban; se percibía á lo lejos confuso rumor.

El doctor tomó á las muchachas de la mano y las condujo á la ventana empezando los tres á mirar atentamente al campo. El doctor hablaba en voz baja y señalaba afuera. Los dos chicos acompañaban con la vista los movimientos de aquel brazo.

—Hélos ahí, apuntó con un hilo de voz el mayor de ambos.

Se distinguía ya un ruido más claro.

El menor murmuró, poniéndose lívido:

—¡Apenas si se tienen en pié!

—¡Doctor!—exclamó la madre con acento supli-

cante y sin atreverse á mover del rincón de la estancia donde se encontraba.

Después de algunos segundos de silencio y de inmovilidad, los dos chicos, con un solo movimiento rápido, volvieron la cara horrorizados y apoyaron sus frentes en los hombros del doctor.

Habían hecho hincar de rodillas á los dos soldados desdichados, en la orilla de un foso; al inclinarse uno de ellos se había caído!

—Doctor...—repuso otra vez más la señora con voz apenas inteligible.

El doctor colocó sus manos sobre las cabezas de los dos chicos, y haciéndoles volver la cara hácia el campo, los mantuvo con la frente erguida y pálidos:

—¡Mirad! les dijo imperiosamente.

Durante un minuto no se percibió en aquella habitación ni siquiera el latir de los corazones. La señora cayó de rodillas con las manos juntas. Un segundo más tarde percibióse el estruendo de una descarga.

La señora lanzó un grito, se arrojó sobre sus hijos, y estrechándolos contra el pecho, con un ímpetu desesperado y cubriéndolos de besos y de lágrimas, prorrumpió con acento mezclado de piedad, de angustia, de miedo y de amor:

—¡Oh, prometed á vuestra madre que seréis siempre valientes... siempre, siempre!



INAUGURACION DE LA GALERÍA DE LOS ALPES

DOS CARTAS

[Turin 16 de Setiembre de 1871.]



ACE años que Turin no vé tanta gente en su seno, ni tan alegre.

Vuelvo de dar un paseo por la ciudad.

La estación del ferro-carril se halla rodeada de miles de personas; la calle de Roma, la de Po, la de Doragrossa, los pórticos, las aceras, figuran hormigueros. A cada paso se tropieza uno con un senador, con un diputado, con un periodista. ¡Cuántos antiguos amigos vuelven á ver Turin!

La concurrencia de forasteros, es tal, que hace días no se encuentra hospedaje en ninguna parte.

Cada tren que llega, vuelca en la plaza de Cárlos Felice cientos de personas.

cante y sin atreverse á mover del rincón de la estancia donde se encontraba.

Después de algunos segundos de silencio y de inmovilidad, los dos chicos, con un solo movimiento rápido, volvieron la cara horrorizados y apoyaron sus frentes en los hombros del doctor.

Habían hecho hincar de rodillas á los dos soldados desdichados, en la orilla de un foso; al inclinarse uno de ellos se había caído!

—Doctor...—repuso otra vez más la señora con voz apenas inteligible.

El doctor colocó sus manos sobre las cabezas de los dos chicos, y haciéndoles volver la cara hácia el campo, los mantuvo con la frente erguida y pálidos:

—¡Mirad! les dijo imperiosamente.

Durante un minuto no se percibió en aquella habitación ni siquiera el latir de los corazones. La señora cayó de rodillas con las manos juntas. Un segundo más tarde percibióse el estruendo de una descarga.

La señora lanzó un grito, se arrojó sobre sus hijos, y estrechándolos contra el pecho, con un ímpetu desesperado y cubriéndolos de besos y de lágrimas, prorrumpió con acento mezclado de piedad, de angustia, de miedo y de amor:

—¡Oh, prometed á vuestra madre que seréis siempre valientes... siempre, siempre!



INAUGURACION DE LA GALERÍA DE LOS ALPES

DOS CARTAS

[Turin 16 de Setiembre de 1871.]



ACE años que Turin no vé tanta gente en su seno, ni tan alegre.

Vuelvo de dar un paseo por la ciudad.

La estación del ferro-carril se halla rodeada de miles de personas; la calle de Roma, la de Po, la de Doragrossa, los pórticos, las aceras, figuran hormigueros. A cada paso se tropieza uno con un senador, con un diputado, con un periodista. ¡Cuántos antiguos amigos vuelven á ver Turin!

La concurrencia de forasteros, es tal, que hace días no se encuentra hospedaje en ninguna parte.

Cada tren que llega, vuelca en la plaza de Cárlos Felice cientos de personas.

Y uno solo es el asunto de la conversacion de todo el mundo: la perforacion de los Alpes. Y aunque no se quiera hablar, no se puede por ménos; á cada paso hay algo que lo recuerda.

Las fachadas de las casas están literalmente tapiadas de proclamas y bandos del Síndaco (1) de anuncios de la Compañía de los ferro-carriles, de las Sociedades de Obreros. Las vitrinas de las librerías no tienen sino vistas de los Alpes, retratos de los ingenieros, dibujos de máquinas, se venden pequeñas perforadoras de juguete, túneles de carton, telas bordadas ó estampadas que representan el tren en el momento de penetrar por la boca socavada en el monte, paisajes, cartas topográficas, guías.

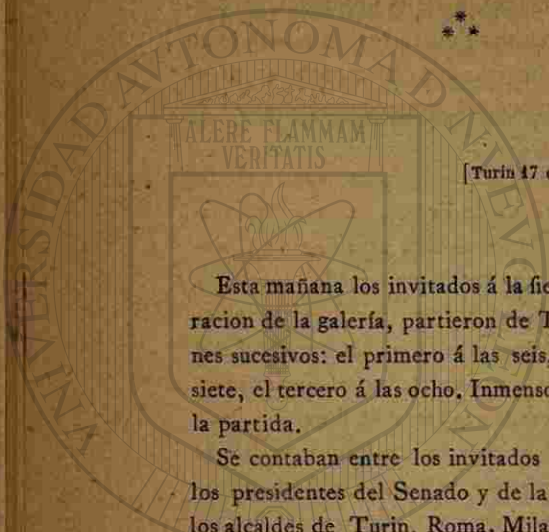
El pueblo goza y arde en verdadero entusiasmo. Ninguna gran fiesta nacional fué jamás tan perfectamente comprendida y sentida en su valor real y positivo como esta de la inauguracion de la galería. Hay más que alegría en la fisonomía de todo el mundo: ¡hay un rayo de orgullo italiano!

La iluminacion de los pórticos es esplendísima: miles de miles de luces reflejadas en cientos de cientos de cristales y espejos, dan al trecho que media entre la calle de Roma y el café de Lóndres el aspecto de un solo vastísimo salón adornado para solemne festival. En todos lados hierve el trabajo para las fiestas de mañana.

Es tarde ya. Desde mi cuarto, escucho todavía, á

(1) Alcalde.

pesar de estar tan avanzada la noche, el pregon de los vendedores de periódicos—*¡con la perforacion de los Alpes!*—y pienso que en el trascurso de los siglos, cuando de nuestro tiempo no se conserve ya sino pálida memoria, aquel grito, sin embargo, se repetirá todavía con un latido del corazón en señal de gratitud y de admiracion de las generaciones futuras á las presentes generaciones.



[Turín 17 de Setiembre.]

Esta mañana los invitados á la fiesta de la inauguración de la galería, partieron de Turín con tres trenes sucesivos: el primero á las seis, el segundo á las siete, el tercero á las ocho. Inmenso público asistió á la partida.

Se contaban entre los invitados cuatro ministros, los presidentes del Senado y de la Cámara popular, los alcaldes de Turín, Roma, Milan, Venecia, Bolonia, Florencia, Nápoles: gran número de senadores, diputados, generales, publicistas, y muchas damas espléndidamente vestidas. Los hombres todos vestían de frac.

El viaje pareció breve á pesar de la impaciencia.

Desde Turín á Bardonecchia, es una sucesión de soberbias vistas que preparan perfectamente el ánimo para la gran emoción del paso de los Alpes por el célebre socavón.

Primero las risueñas colinas que circundan la llanura de Turín, y á lo lejos el Monviso y el Monte

Rosa y las mil cumbres de los montes menores; después, las últimas colinas de Rívoli y hasta Bussoleno siempre altísimas montañas, valles profundos, gargantas, desfiladeros, pueblecillos, torrentes; y todo bello de una hermosura severa, que casi expresa como el respeto de la naturaleza á la inminente majestad de los Alpes.

Desde Bussoleno el camino de hierro vuelve en dirección de la cordillera de Fréjus, en cuyas entrañas se socavó el túnel. De este punto para llegar á Chaumont se atraviesa largo trecho de variado y accidentado paisaje, por el cual el ferro-carril recorre galerías, salva despeñaderos, cruza por hondas trincheras abiertas en la roca viva, y de piedra en piedra sube, baja, vuelve y serpea. Poco antes de llegar á Chaumont se penetra en un espacio umbroso poblado de árboles frutales y cubierto de grandes viñedos. Pasado Chaumont, montes otra vez, ó mejor, nudos de montes, intrincados y abruptos, y nuevos túneles y nuevos puentes, nuevos terraplenes y nuevos desmontes; y á derecha é izquierda oscuras manchas, grandes bosques de pinos, empinadas rocas, altísimas cascadas de agua, el fuerte d'Exilles, el de Serre-la-Garde, la garganta de Serre-de-la-Voûte; y por último el valle se alarga y el camino sigue á la falda de la montaña hasta la gran galería. Se pasa delante de Salberstrand y de Oulx y se penetra en el valle de Bardonecchia, se salva el torrente, se atraviesan todavía dos galerías más, se vé la colina de Fréjus...

He ahí la boca del túnel.

Apenas se presenta á la vista aquella negra abertura, un sentimiento de casi terror oprime el corazón. Se piensa en la inmensa mole granítica que se levanta encima y que parece desdenosa de la injuria que se le ha inferido á su salvaje majestad secular, y tememos que quiera sentarse sobre nuestras cabezas para aplastar nuestro orgullo.

Pero tan pronto como el tren penetra en la vasta galería subterránea, tan pronto como se echa la vista sobre los muros de piedra y sobre la robusta bóveda que parece encorvarse fieramente para resistir sobre sus hombros la enorme pesadumbre de los Alpes; apenas vistas las luces y notado que se respira libremente y advertido que se camina con ímpetu fácil y seguro, el corazón se tranquiliza, la mente se esparce ante la magnífica idea de la grandeza y de la fuerza, y el alma abraza con una sensación de maravilla y gratitud todo este portentoso eterno del géneo y del trabajo.

Cuántos pensamientos, cuántos sentimientos nuevos y profundos vienen confusamente á la inteligencia en aquel instante. ¡Doce años de trabajo! Al fin pasamos sobre este terreno bañado con tantos sudores y tantos afanes. Este es el sitio donde por espacio de tantos años hombres insignes condujeron á término la gran empresa, estudiaron, trabajaron, lucharon, á veces oprimidos por dolorosa duda, ora reanimados por grandes esperanzas ya fáciles con certidumbre largamente ansiada y suspirada.

Escúchanse en aquel vacío, con el precipitado es-

trépito del tren, ruidos varios que hablan al alma: los golpes duros, fulmíneos, rabiosos, de la perforadora que devora las rocas; el confuso dentellear del engranaje de cien ruedas; el estampido atronador de los barrenos; la granizada que las esquirlas producen en las paredes, y sobre las máquinas; el mando de los sobrestantes, los gritos, las risotadas de los obreros, el ruido continuo de la obra, el eco de toda aquella vida subterránea que se agitó por tantos años en los virgíneos senos del monte, sin la sonrisa del sol, sin el aliento del aire salubre, sin otro espectáculo que ella misma y las rocas solitarias, misteriosas, solemnes.

¡Cuántas víctimas sucumbieron en la lucha! Sus imágenes preséntanse á la mente como para decirnos:—Yo también trabajé y sufrí. Acordaos de mí.— Son obreros macilentos y pálidos que han gastado los años más bellos de la vida en el laborioso camino que atraviesa los Alpes; aquellos viejos ya que perdieron la luz de los ojos; aquellos jóvenes á los cuales las máquinas y las minas arrancaron brazos y despedazaron cabezas. Y en medio de este tropel de inválidos, de mutilados y de muertos que parece levantan la cabeza para pedirnos su correspondiente parte de afecto y de gloria, se alza la figura bella y venerable de Sommeiller, al cual todavía brilla en los ojos el goce del último golpe lanzado por la perforadora ya en el vacío, al grito de ¡Viva Francia, viva Italia!

Y el tren marcha y marcha, creciendo en el ánimo á medida que se avanza la conmoción y las emociones, y la fantasía trabaja y trabaja sin cesar. Ahora nos

parece que no vamos á salir más de allí dentro, nos parece que nos hemos soterrado en las entrañas de la tierra y que nos precipitamos en direccion de cercana meta; ahora creemos que de repente el tren, vuelto furiosamente atrás, asustado del ignoto término hácia donde caminaba; ahora se tiembla por llegar demasiado presto á la salida y deseamos que aquel instante se retrasara con objeto de prolongar el sentimiento de maravilla fantástica que agita el corazon y la cabeza; ahora nos punza la manía del aire, de la luz, del deseo impaciente del azul del cielo y del verde del campo; ahora permanecemos como atónitos y desmemoriados y casi estamos á punto de preguntarnos á nosotros mismos:—¿Dónde estamos?—¿Estamos ya en Francia?—¿Estamos todavía en Italia?—Uno mira al reloj y exclama:—¡Estamos en Francia!—Los corazones dan un vuelco, los ojos se buscan, las manos se estrechan.—Estamos en Francia, se repite. Es una sensación de goce inexplicable; en aquel momento las dos naciones se han abrazado y hemos gritado juntos:—¡Vencimos!—Pero ¿qué es esto? La luz del gas palidece, se percibe un soplo de aire puro; las paredes blanquean. El vapor arroja un largo grito de triunfo; hé aquí el sol: la Francia! ¡Sublime momento!

Modane está allí abajo y la vía férrea llega dando una gran curva recorrida en pocos minutos; bajamos en la estación de Modane donde se esperó cerca de tres cuartos de hora antes de volver á subir con el tren para ir á Italia. Allí estaban esperándonos el ministro francés Le Franc, varios personajes franceses, el emba-

jador Nigra, los representantes del Gobierno suizo. A algunos pareció que la acogida hecha por los franceses á los ministros italianos fué bastante fría. Pero acaso aquello que pareció frialdad era, por el contrario, un sentimiento de tristeza que no podía disimularse por ciudadanos de una nacion desventurada ante los representantes de otra nacion, en la cual la alegría producida por el gran acontecimiento no era turbada por ninguna memoria dolorosa. Volvimos al tren y tornamos á Bardonecchia, don de estaban esperando los invitados de la segunda y de la tercera excursion.

Al lado de la vía férrea, á izquierda de la apertura del túnel, se ha construido un monte de cerca de treinta metros de alto, de forma rectangular, y sobre el cual se extiende un espacio llano de trescientos metros de longitud por setenta de anchura. Este monte se compone enteramente de la tierra, las piedras y demás materiales extraídos de la colina de Fréjus. Sobre el plano se ha levantado grandioso pabellon adornado con las banderas italianas y francesas y bajo el pabellon se habían colocado las mesas: dos larguísimas mesas paralelas. A las dos de la tarde todos los convidados tomaron asiento eligiendo cada uno libremente el suyo y dió principio la comida que se prolongó hasta las cinco, acompañada de músicas y "vivas" del pueblo que acudió en tropel de todas las aldeas circunvecinas.

Los convidados serían unos mil doscientos.

La situacion del monte en el cual se colocáran todas las mesas, el pintoresco paisaje que se extiende

al rededor, la vista de los Alpes que lo coronan, aquellos mil convidados, aquellas banderas cruzadas, aquellos gritos del pueblo, aquellas músicas, en fin, el conjunto del espectáculo exaltaba á todos.

Levantóse el primero, el ministro Visconti-Venosta, y habló de las ventajas que lograrán los dos pueblos por la ruptura de los Alpes y terminó con un brándis á la prosperidad de Francia.

Le siguió el ministro francés Le Franc. Su discurso era esperado con grande espectacion y fué escuchado en profundo silencio. Elogió la grandeza de la obra determinando el vario mérito de los que en ella tomaron parte. Cavour, Paleocapa, Menabrea, Sismonda, Sommeiller, Grandis, Grattoni, Médail. Recordó al rey Carlos Alberto con palabras afectuosas y reverentes. Terminó expresando su profunda fé en la estabilidad de la paz y de la amistad inalterables entre Francia é Italia. Su voz indicaba la emocion que lo dominaba y su rostro hallábase impregnado de los sentimientos que manifestaban su discurso; era el ministro de Francia, acusado de sentimientos hostiles para con Italia y hablaba de fraternidad y union... un fragoso estrépito de aplausos y de aclamaciones siguió sus palabras.

El ministro De Vincenzi pronunció un brándis én honor de todos cuantos cooperaron á la gran empresa.

Ceresole, representante de Suiza, habló de la perforacion de los Alpes y de la apertura del Istmo de Suez: las dos obras modernas más gigantescas y gloriosas de la raza latina.

El ministro Sella recordó á Sommeiller, aludió á la nueva empresa de la perforacion del Gotardo y del convenio futuro entre Francia é Italia.

El ingeniero Lesseps brindó por la alianza de ambos países, y Rorá por el incremento comercial.

L'Amilhau, director de la Compañía de los caminos de hierro de la Alta Italia, presentó, en nombre de la misma, medallas de oro para los gobiernos de Francia é Italia, al ingeniero Grattoni, á Grandis y á la memoria de Sommeiller.

Grattoni dió las gracias á todos los italianos y á los extranjeros todos que prestaron su concurso para la realizacion de la empresa y dedicó un recuerdo con nobles y conmovedoras palabras á su ilustre compañero Sommeiller, desgraciadamente arrebatado á la vida antes de ver el día que debía compensar sus afanes y glorificar su nombre.

Una parte de los convidados que permacieron en Bardonecchia sin verificar la travesía del túnel, se entretuvieron en estudiar la *perforadora*.

A la vista de tan celebrada máquina, se experimenta extraña sensacion.

Antes de verla, nos inclinamos á imaginarla como de mediana magnitud: cuando se la vé, parece enorme y su aspecto resulta verdaderamente imponente.

Es una máquina complicada de la cual no se puede dar idea sin descender á prolijos pormenores. A una señal del maestro, los obreros le dan aire, funciona, muévense las ruedas, silba el viento, y la barra perforante se sumerge de ciento sesenta á doscientas ve-

ces por minuto en la piedra viva, con portentosa violencia. A cada golpe se esparce el aire, y despues de haber dado su esfuerzo entero motriz, se reconcentra la interior con vigoroso soplo. El aparato promueve ensordecedor estrépito, y la rapidez del movimiento y la rabia, casi estoy por decir de los golpes, el conjunto en suma, del instrumento destructor y de la accion, tiene algo de terrible; produce una sacudida en los nervios y una precipitacion en la sangre, lo mismo que si nosotros participásemos en cierto modo de aquel esfuerzo sobrehumano; el vigor, el ímpetu de la máquina, se convierte en nuestro, por un instante; una parte de nuestro sér se mueve, se estremece y tiembla como á través de los robustos miembros del prodigioso aparato. Los obreros explían en la cara de los espectadores el efecto que causa, y miran el mecanismo con orgullo, apoyándose en él con aire de respetuosa familiaridad y de cariño, cual se trata á una bella y soberbia fiera domada; y ¡en aquel momento, muchos de los hombres ilustres que contemplan á los obreros, se sienten pequeños al lado de ellos!

Hácia las siete se emprendió la vuelta á Turin.

Lo propio que á la ida, á la venida se vió en todas las estaciones del tránsito numeroso gentío tremolando banderas al paso del tren, aplaudiendo con entusiasmo, Poco despues de las ocho estábamos en Turin.

La estacion se hallaba iluminada con luces de bengala. El gran átrio del lado de la calle de Niza, cubierto de banderolas, desaparecía bajo guirnaldas y flores. La Sociedad de Obreros recibió á los convida-

dos con calurosos "vivas" contestados por la multitud agolpada en todas partes y que ocupaba por completo la Plaza de Cárlos Felice. La gran fachada de la estacion presentaba el aspecto de una pared de fuego, á la cual apenas podía mirarse sin ofender la vista. En medio del arco central se veía inmenso cuadro cuyo asunto representaba Italia y Francia, dos figuras colosales dándose la mano á los piés de los Alpes.

El Corso del Rey, iluminado tambien en los pórticos desde la estacion hasta el Puente de Hierro, con un aparato en la embocadura de las calles Lagrange y Niza, figuraba la boca de la gran galería del Fréjus en Bardonecchia. El jardín de la plaza tambien estaba iluminado por infinitas lucecillas entre las plantas, á lo largo de los caminos que forman los cuadros y arriates alrededor del pequeño lago, de la cual surtía el agua en el centro con altísimo saltador. La calle de Roma y las plazas de San Cárlos y Castello tambien lucían vistosas iluminaciones. Todos los arcos de los pórticos que giran alrededor de esta plaza, todos los remates de las pilastras, todas las líneas salientes de las casas brillaban con puntas de llama. La calle de Po ofrecía sorprendente aspecto. Entre varios piés derechos colocados de dos en dos á derecha é izquierda, se alzaba un tubo de gas rematando en tres flores remedando lirios; por encima colgaban estrella luminosas hasta la plaza Víctor Manuel.

La multitud era inmensa; el órden hasta la hora en que escribo, perfecto. Así terminó este día memorable.

Y tendré precision ahora de repetir todavía aque-

llas palabras que desde el alba oigo pronunciar en todos los tonos, con todos los acentos y por todas las gentes:—"La barrera de los Alpes ha caído."—Sí, ha caído para siempre. ¡Y parecía atrevido designio, pensamiento insensato! Miedo á las rocas rebeldes á toda humana fuerza; temores de secretas vertientes de agua; previsiones de calores excesivos y de escasez de aire respirable; incertidumbres, dudas, desanimación.... ¡todo ha desaparecido!

Las dos grandes empresas: *la perforación de los Alpes y la unidad de Italia*, juntas iniciadas, juntas mantenidas y desarrolladas durante diez años se han realizado una tras otra con pocos días de diferencia.

¡El ejército italiano entraba en Roma el 20 de Septiembre de 1870, y el 25 de Diciembre de 1870 estallaba la última mina en el monte de Fréjus! Casi al mismo tiempo Italia extendía una mano á su antigua madre, y la otra, á su antigua aliada, gritándole á la primera:—¡Libertad!—gritándole á la segunda:—¡Paz!

Y será verdaderamente tácito pacto de paz entre los dos pueblos esta grandiosa victoria comun que hoy se ha celebrado; ellos no cambiarán por la nueva vía y el camino nuevo, sino palabras de fraternidad, útil comercio y proyectos comunes de nuevas y gloriosas obras, es decir: ¡no cambiarán entre sí sino aquello que eleva, que engrandece y que purifica!



CIERTAS EPÍSTOLAS...



Nos ha, cierto jovencillo de veinte años que escribía artículos de literatura americana, y no tenía ni quien lo alabase ni lo animara, recibió una carta anónima (me parece que de Bergamo, donde viviera algunos meses) en la cual entre otros cumplimientos análogos, se le hacía el siguiente que era con el que se cerraba la carta: "En vez de emborronar las columnas de los periódicos con esas tonterías á las cuales V. ha denominado *etcétera*, haría mejor en publicar alguna página de historia *que diese mejor idea de nosotros á los extranjeros.*"

No he cambiado una sola sílaba del texto. La persona á quien aludo, conserva todavía la carta y la conservará siempre, no por el valor que pueda tener en sí misma, sino porque le recuerda una de las más fuertes impresiones de su edad juvenil. Quien la escribió, si alguna vez caen estas páginas bajo sus ojos, reirá; y quien la recibió, si se llegase á encontrar un

llas palabras que desde el alba oigo pronunciar en todos los tonos, con todos los acentos y por todas las gentes:—"La barrera de los Alpes ha caído."—Sí, ha caído para siempre. ¡Y parecía atrevido designio, pensamiento insensato! Miedo á las rocas rebeldes á toda humana fuerza; temores de secretas vertientes de agua; previsiones de calores excesivos y de escasez de aire respirable; incertidumbres, dudas, desanimación.... ¡todo ha desaparecido!

Las dos grandes empresas: *la perforación de los Alpes y la unidad de Italia*, juntas iniciadas, juntas mantenidas y desarrolladas durante diez años se han realizado una tras otra con pocos días de diferencia.

¡El ejército italiano entraba en Roma el 20 de Septiembre de 1870, y el 25 de Diciembre de 1870 estallaba la última mina en el monte de Fréjus! Casi al mismo tiempo Italia extendía una mano á su antigua madre, y la otra, á su antigua aliada, gritándole á la primera:—¡Libertad!—gritándole á la segunda:—¡Paz!

Y será verdaderamente tácito pacto de paz entre los dos pueblos esta grandiosa victoria comun que hoy se ha celebrado; ellos no cambiarán por la nueva vía y el camino nuevo, sino palabras de fraternidad, útil comercio y proyectos comunes de nuevas y gloriosas obras, es decir: ¡no cambiarán entre sí sino aquello que eleva, que engrandece y que purifica!



CIERTAS EPÍSTOLAS...



Nos ha, cierto jovencillo de veinte años que escribía artículos de literatura americana, y no tenía ni quien lo alabase ni lo animara, recibió una carta anónima (me parece que de Bergamo, donde viviera algunos meses) en la cual entre otros cumplimientos análogos, se le hacía el siguiente que era con el que se cerraba la carta: "En vez de emborronar las columnas de los periódicos con esas tonterías á las cuales V. ha denominado *etcétera*, haría mejor en publicar alguna página de historia *que diese mejor idea de nosotros á los extranjeros.*"

No he cambiado una sola sílaba del texto. La persona á quien aludo, conserva todavía la carta y la conservará siempre, no por el valor que pueda tener en sí misma, sino porque le recuerda una de las más fuertes impresiones de su edad juvenil. Quien la escribió, si alguna vez caen estas páginas bajo sus ojos, reirá; y quien la recibió, si se llegase á encontrar un

dia con aquél, reirán juntos; el uno fué demasiado duro, el otro demasiado sensible, hé ahí todo: el fondo una fruslería. Pero la impresion, repito, fué tan fuerte, que el pobre emborronador de cuartillas no la ha olvidado todavía.

La carta le llegó cierta mañana en el momento en el cual se disponía á escribir una de sus habituales sandeces; la abrió, la leyó, y arrugándola, la echó á un rincón. Un colega suyo, que trabajaba en la misma mesa, le dijo:—¿Te sientes malo? El procuró sonreír, pero fué una sonrisa tan forzada y pasajera, que el amigo volvió á preguntarle con inquietud:—¿Has recibido alguna mala noticia?—porque se había puesto pálido como un moribundo.

¡Cuántas veces leyera aquella malhadada carta! si se digese, no lo creería ninguno. Alguna vez se acercaba á la estufa con ánimo de quemarla, pero arrepentido del pensamiento, se la volvía á guardar en el bolsillo; luego se esforzaba por reír, y reía con efecto; pero la risa pasaba pronto como cosa artificial y quedaba más sério que antes.

—Es un estúpido, un envidioso, un cobarde, decía, y llamaba en su ayuda todos los razonamientos de Máximo D'Azeglio para persuadirse de que las cartas anónimas no deben preocupar.

En otros momentos humillado y desconcertado exclamaba para sí:

—Tiene razon, soy un *escribidor*, no conseguiré jamás hacer nada que merezca la pena, no escribiré jamás en mi vida.

Y con efecto, por espacio de muchos meses desde Abril de 1867 hasta Enero del año siguiente, no volvió el pobre escritorillo, siempre con la amargura que le produjo aquella carta en el corazón, no volvió á escribir una línea; no ya por despecho ó temor ó indolencia, sino porque verdaderamente se convenció de que la literatura no era su fuerte. Y hasta tal punto se había convencido, que con frecuencia, cuando se le recordaban aquellas cosillas que escribiera otras veces, se ponía colorado como la grana.

Quizá no habría vuelto á tomar la pluma de fijo (tanto influye el más mínimo accidente á veces en la vida entera del hombre) si un escritor venerado y amado por él desde la infancia, uno de aquellos hombres como decía Giusti, que *para verlos es preciso mirar hácia arriba*, y á los cuales parece imposible que se haya podido jamás dirigir por palabra ó por escrito y por ningun motivo palabra alguna dura é irreverente; si este hombre, digo, sin saberlo y sin quererlo, recordando, segun suele acontecer, hechos y personas de tiempos pasados, no le hubiese fortificado para siempre contra las cartas anónimas mediante un ejemplo admirable de lo que son la vanidad y la impudencia humanas.

¿Tendré que presentar este ejemplo?

Estoy en dudas sobre qué debo hacer, porque de un lado me detiene el temor de pecar por falta de delicadeza publicando cosas dichas por la persona á que aludo en el seno de la confianza, y especialmente cuando me consta que le desagrade y que por in-

discreciones análogas tuvo disgustos. Y de otro lado, la certidumbre de ser útil á alguno que otro escritor jóven de los que escriben con gran ardor y se desaniman con gran facilidad, me estimula á propalar el ejemplo...

¡Ea! callaré el nombre de la persona reparando en parte con esto la indiscrecion.

El jóven de la carta, como iba diciendo, tuvo la fortuna de hablar con aquel otro á que aludo, uno de los últimos dias del año de 1867. No lo veía entonces por vez primera á pesar de lo cual entró en su casa con viva emocion, como le ocurre á todos los que se le presentan, viejos ó jóvenes, ilustres ú oscuros.

En el momento en el cual penetró en la habitacion donde el gran escritor se hallaba inclinado delante de la chimenea y con dos leños en la mano, el jóven lo saludó respetuosamente y se apresuró á hincarse de rodillas delante del hogar quitándole de la mano la leña con objeto de acomodarla en el fuego. Pero como quiera que el poner bien dos trozos de encina en una chimenea que amenaza descomponerse y apagarse no es empresa fácil, especialmente para quien se halla cortado ante un hombre ilustre, sobre todo si tiene que hacerse este trabajo bajo su inspeccion, así el pobre jóven acomodó una astilla con las manos, intentó y probó arreglar la hoguera, se quemó los dedos, se ensució de ceniza y acabó por dejar caer los dos trozos de encina al acaso de tal modo, que los demás medio quemados, se separaron unos de otros, saliendo

una nube de chispas de la chimenea derramándose las brasas en el suelo y apagándose el fuego por último.

Se levantó encarnado como la grana y haciendo un ademan que equivalía á "V. perdone" y otro que significaba "soy un estúpido" y sabe Dios si en aquel momento no se habría ido al otro mundo corrido de vergüenza. Pero el venerable viejo se echó á reir de una manera tan alegre y tan benévola en la que se veía claramente que había comprendido la causa de aquella torpeza—la emocion producida por su presencia—que el jóven tomó alientos y sonrió á su vez, y poniendo de nuevo manos á la obra acabó por arreglar el fuego en un abrir y cerrar de ojos. Pero aquella sonrisa, repito, había sido tan expresiva, tan ingénuo y tan cariñosa, que reveló plenamente su finísimo sentido de observacion; y el jóven desde entonces hasta el presente no la ha olvidado nunca, cual si fuera la expresion habitual de aquella fisonomía; y cada vez que la recuerda experimenta vivísima dulzura y bendice aquellos dos trozos de leña, lo embarazado que se hallaba, la vergüenza que le dió, y se alegra tanto como si fuese el recuerdo de haber conseguido el difícil triunfo de apagar un grande y repentino incendio.

Peró estoy divagando.

Vamos derechos al asunto.

Mas antes quiero decir otra cosa que se me olvidaba. Cuánta curiosidad se despierta en nuestro ánimo al entrar en la estancia de un gran escritor, especialmente si se sabe que tiene una obra manuscrita dis-

puesta para la imprenta, acabada, corregida, y que esta obra se halla allí, sobre un velador, al alcance de nuestra mano, en un mamotreto de cuartillas escritas en letra clara y grande que se puede leer perfectamente alguna palabra con el rabo del ojo...; ¡y cuánto más viva es vuestra curiosidad si sabéis que esta obra es fruto del estudio y la meditación de treinta años, que fué empezada y seguida en secreto hasta hace dos ó tres, que acaso será póstuma, puesto que no se publicará hasta después de la muerte del autor (lejana, Dios lo quiera), y que trata una de las más fecundas y solemnes cuestiones de la historia moderna. Y después la curiosidad de ver sobre el escritorio de aquel hombre insigne, cuáles son los libros que lee usualmente; cuáles entre éstos los preferidos y las páginas dobladas y las notas en las márgenes; y de todos aquellos volúmenes cuáles los que se han colocado ahí en el día, para el nuevo trabajo; y entre las innumerables cartas que le escriben, cuáles son las que ha separado para contestar enseguida y de quién son...

¡Qué tropel de curiosidades! Y bien: en un momento determinado salió de la habitación, y el joven permaneció algún instante solo. Al principio permaneció inmóvil, mirando á todas partes y casi temblando de placer y de emoción. Después se acercó al velador y empezó á leer el manuscrito, devorando con la vista cuartillas, y mirando á la puerta de cuando en cuando: quién hubiera podido esculpir en la memoria aquellos caracteres, llevándose uno á su casa aquel tesoro robado con la inteligencia, y aprendido

por arte mágico... y leía cada vez más aprisa y las palabras y los renglones se movían y confundían ante su mirada escrutadora como los rasgos de una fisonomía reflejada en el agua... y claro, la mente no cogía nada y crecía el deseo y apremiaba el temor... ¡Dios eterno!

El ilustre huésped apareció en la puerta antes que aquel desgraciado joven hubiese tenido tiempo suficiente para alejarse del velador. Esta vez se puso, no rojo como las cerezas, sino pálido como el papel y bajó la cabeza sin respirar apenas. Mas al atreverse á alzar la vista un poco con grande ansiedad experimentó un placer de alegría infantil: el ilustre huésped sonreía y era aquella misma sonrisa alegre, benévola, fina y distinguida que quería decir:—"comprendido, comprendido, lea, lea pues."

¡Oh; bendita la curiosidad!...

Pero ¿y el ejemplo?

Allá vá...

Mas todavía consiéntaseme una palabra.

Él—el *innominado* (1)—había salido en busca de un tomo, que apenas volvió, puso sobre la mesa diciendo al joven:—Para V.

Era un grueso volumen, la más celebrada de sus obras, adornada con muchos grabados que el joven nunca había visto. Empezó á mirar las primeras páginas, y no es posible describir la impresión que le produjeron aquellos dibujos que representaban perso-

(1) Así se llama á un personaje de *I Promessi Sposi*.

najes, lugares y hechos familiares y queridos á él desde las primeras lecturas de la adolescencia, y á cada página prorumpía en exclamaciones é interjecciones de admiración y de contento como si viese antiguos amigos, riendo y golpeando la mesa con las manos, agitándose en la silla, olvidando, en suma, que estuviese delante de aquel hombre.

—¡Oh, mire, mire!—exclamaba.—Precisamente como yo me lo imaginé, y este otro; te reconozco.—
¡Ah, hé aquí tal!—Magnífico, la casa, la iglesia...

De pronto se acordó que estaba delante, él, el *inominado*, se calló ruborizándose por aquella vivacidad y temiendo haber representado el papel de un chiquillo sin gracia y que probablemente la cara de su huésped se lo habría hecho comprender con aquella expresión incierta entre la compasión, la ira y el desden propios de tales casos... alzó los ojos tímidamente y se tropezó con aquella sonrisa, más amable é insinuante que las veces anteriores; sonrisa que reflejaba toda la complacencia íntima del jóven lector, sonrisa que daba gracias, y animaba, y decía:—Comprendo, lo comprendo perfectamente; riase, pues.

¿Y el ejemplo?

Hélo aquí.

La conversacion recayó, despues de girar por varios asuntos, en la manía de algunas gentes por reunir y conservar autógrafos de hombres eminentes, y sobre la insistencia que tales aficionados desenvuelven para conseguir su propósito, y sobre el abuso que después hacen de esos mismos autógrafos, cuando los obtienen,

enorgulleciéndose de los mismos, no ya como favores obtenidos á fuerza de instancias y concedidos por pura deuda de cortesía; sino antes bien, como homenaje particular y espontáneo hecho á ellos sin que siquiera se lo esperasen, y sin que jamás hubiesen pensado en tal cosa.

El jóven decía á propósito, que había visto una carta de un tal, al poeta R, en la cual, sin razon de ninguna especie, le rogaba que por aquello que más estimase en el mundo, le escribiese una carta, ó le mandase por lo ménos una tarjeta con dos líneas, una palabra, su nombre, aquello que quisiera, con tal que estuviese escrito por él. El poeta, conmovido por un ruego tan efusivo, le envió una tarjeta con unos versos. Dos ó tres dias despues de esto, la persona aludida entraba apresuradamente en un café, y acercándose á un círculo de jovencuelos de su edad, estudiantes, exclamaba con grande énfasis:—Todavía no salgo de mí asombro, ¿sabeis qué cosa he recibido hoy? y contó lo que ya saben mis lectores, suprimiendo, naturalmente, que él hubiese solicitado el favor.

La verdad, sin embargo, se descubrió pronto y se promovió gran ruido acerca del particular; porque el chico quería hecer pasar al poeta R. como un admirador suyo; y el poeta lo supo, se echó á reir primero, se incomodó después, y por último, no volvió á escribir una sola línea á ningun bicho viviente.

Esta anécdota hizo sonreir al gran escritor, trayéndole á la memoria algunos casos de la misma ín-

dole ocurridole á él y que ya había olvidado hacía tiempo.

¿El ejemplo?

Ahora lo verá el lector si tiene paciencia.

—Cierta vez, dijo, recibí una carta de un señor que me suplicaba le expusiese mi opinion sobre varias poesías suyas. No le respondí, porque... porque si le hubiese contestado, habria de haberle dicho cosas desagradables, y sobre todo, porque si yo contestara á cuantas cartas me dirigen acerca del mismo asunto, no tendria tiempo para hacer otra cosa. Pasaron dias y recibí una segunda del mismo señor, en la que me manifestaba que no comprendía por qué no daba respuesta á su anterior; y recuerdo que entre otras frases escribía la siguiente:—"*Desprecio: nunca lo creería; falta de tiempo: no lo creo.*" Y así seguía haciendo larga serie de hipótesis, y á cada suposicion daba sus razones como para probar que no eran admisibles las disculpas.—"*Por qué, pues?*"—La carta era bastante rara para dispensarle el honor de contestarla, y no respondí. Recibí, por último, una tercera carta concebida en pocas líneas, en la cual entre otros dicerios, y hasta insultos, se me recordaban varias virtudes cristianas, y una especialmente: "*la humildad.*"

El venerable sábio miró al jóven sonriendo como si le preguntase su opinion acerca del particular. Y el jóven despues de permanecer un momento con la boca abierta preguntó á su vez con un movimiento de indignacion:

—¿Pero es posible?

—Otra carta, prosiguió el ilustre anciano con sonrisa benévola, siguió á las anteriores, y esta vez más dura, y anónima.—"He leído—decía el tal—todas las obras de V. y me he aburrido soberanamente, porque usted escribe para los tenderos; y todos los que trabajan para los ultramarinos, únicamente son tolerables por los tenderos de ultramarinos. Deseo á V. larga vida, no por el placer de verlo vivo, sino porque tienen que volver los tiempos de la guillotina para V. y paro otros como V., y deseo que lleguen en época de que pueda V. gozar de ellos."

El jóven dió un salto en la silla y miró á su interlocutor con cara de estupor y asombro, de dolor y de ira.

—Hay más todavía—repuso el escritor con su habitual sonrisa y con voz que iba haciéndose más benévola y alegre á medida que el sentido del lenguaje que relataba iba haciéndose cada vez más áspero y duro,—hay otra carta de cierto hombre que ocupaba un cargo bastante importante (y aquí dijo cuál era), que me envió un manuscrito suyo demandándome consejo. Se trataba de un tremendo infolio y no tuve tiempo para leerlo inmediatamente. El interesado me lo pidió poco tiempo despues con una carta seca y se lo devolví. Entonces me escribió una tercera carta concebida en los siguientes términos.

Estuvo un momento pensativo y añadió:

—"Señor mio: si no quería V. leer mi trabajo debía haberme escrito que no podía; pero nunca ha debido usted salir del apuro con el indigno procedimiento del

silencio. Conozco otros literatos en esa, los cuales sin ser poetas ni novelistas, no son menos que V. y me han contestado. Se dice que V. tiene la costumbre de no dar respuesta á las cartas que se le escriben porque le disgusta que otros posean sus autógrafos. Y bien, no tema V. por esto: yo le aseguro que si me escribe haré tal uso de sus cartas, que á cualquiera que las coja se le quitarán las ganas de conservarlas. Acabo recomendándole dos autores que necesita V. mucho: monseñor Della Casa y Melchor Gioia."

Parecerá increíble; pero es lo cierto que estas cartas se escribieron con tales palabras á tal hombre por personas que cultivaban la literatura y que acaso en sus libros y en sus discursos entonces y ahora se hacían lenguas para alabar, honrar y levantar hasta el cielo al *innominado*. Estas cartas fueron escritas á él, grande, sencillo y bueno; á él, nuestro amigo más íntimo; á él, nuestro maestro más querido; á él, nuestra más pura gloria; á él, que cuando estemos tristes y sin aliento, podremos ir á llamar á su puerta como pobres para rogarle que nos ponga una mano en la cabeza y nos anime con la palabra con que mejor puede cuadrarnos:—¡hijos míos!

Por lo demás, para volver á la tierra, no hay que decir el efecto que producirían en nuestro jóven del cuento, aquellas cartas; y cuánto se halla avergonzado de su vanidad, de su orgullo, de su cortedad de ánimo al recordar aquella que él recibió y las consecuencias á las cuales le habían llevado; qué pensó y sintió cuando á un hombre semejante se le habían dirigido

cartas que á él sin duda había derecho para escribirlas mucho peores, y en fin, el propósito que hizo de allí en adelante para volver á estudiar, á escribir, á trabajar, á hacer lo que podía sin pensar en cartas con firma ó anónimas, viniesen de donde viniesen, dijese lo que dijera y aconsejara lo que aconsejase.

¡Ah, si yo fuese pintor, de qué buena gana describiría la cara de aquel venerable sujeto mientras aludía á aquellas epístolas!

A veces arrugaba la frente y entornaba los ojos como para imitar el gesto que deberían poner los autores de aquellas muestras literarias; cuando no se acordaba de la frase exacta y literal en el momento, la buscaba, y una vez encontrada, sonreía por el placer que le causaba no haberlas olvidado despues de tantos años; de trecho en trecho reforzaba el acento con el ademán, como hacen los chicos cuando lamentándose dicen:—Y me has hecho esto, y esto, y esto otro,—con una ingenuidad, una serenidad y una sencillez, que si no se tratara de una petición descortés y estúpida, hubiera sido cosa de decirle:—¡Hombre, hágame V. el obsequio de contarme otras cosas de esas!

El jóven á quien aludimos al salir de la casa, como sucede á todos los que á ella van, con el corazón oprimido, y especialmente á los que como él no pueden gozar de esta visita sino una vez al año, que se permiten algún viajecillo; al salir, repito, exclamaba para sus adentros:

—¡Y tú habías considerado como una estocada

mortal aquella epístola que te dirigieron! ¡Te habían herido el amor propio! ¡No creías posible que hubiese un hombre en el mundo al cual pudieses parecerle un necio! ¡Ya estabas desilusionado, descorazonado, postrado..... Mírate en ese espejo, y avergüénzate, pusilánime!

Fué una saludable lección.

Y como decía antes, me parece que no sea del todo inútil aún para los demás.

¡Pero, por caridad, el que haya adivinado el nombre del *innominado*, que lo calle!

Es el padre de todos, pero hasta con los padres se requiere discrecion.



EL CÍRCULO FILOLÓGICO DE TURIN

CARTA

[Turin 11 de Octubre de 1871.]



He pensado más de una vez que en Florencia debería instituirse un Círculo Filológico como el de Turin.

Hace pocas noches que pasando por la calle Mercanti me invitó á visitar los salones del Círculo un amigo mio de los primeros que promovieron el pensamiento de dicha fundacion. Entré de mala gana; pero después me alegré de haber entrado, puesto que aquel lugar me produjo curiosa impresion. Si al principio se me hubiese preguntado en dónde estaba, con dificultad hubiera sabido responder. No hay ese algo de todos los sitios donde se estudia, que consiste en el recogimiento y que impone al visitador curioso que en-

mortal aquella epístola que te dirigieron! ¡Te habían herido el amor propio! ¡No creías posible que hubiese un hombre en el mundo al cual pudieses parecerle un nécio! ¡Ya estabas desilusionado, descorazonado, postrado..... Mírate en ese espejo, y avergüénzate, pusilánime!

Fué una saludable leccion.

Y como decía antes, me parece que no sea del todo inútil áun para los demás.

¡Pero, por caridad, el que haya adivinado el nombre del *innominado*, que lo calle!

Es el padre de todos, pero hasta con los padres se requiere discrecion.



EL CÍRCULO FILOLÓGICO DE TURIN

CARTA

[Turin 11 de Octubre de 1871.]



He pensado más de una vez que en Florencia debería instituirse un Círculo Filológico como el de Turin.

Hace pocas noches que pasando por la calle Mercanti me invitó á visitar los salones del Círculo un amigo mio de los primeros que promovieron el pensamiento de dicha fundacion. Entré de mala gana; pero después me alegré de haber entrado, puesto que aquel lugar me produjo curiosa impresion. Si al principio se me hubiese preguntado en dónde estaba, con dificultad hubiera sabido responder. No hay ese algo de todos los sitios donde se estudia, que consiste en el recogimiento y que impone al visitador curioso que en-

tra por vez primera, el silencio, con una frase que se lee en todos los semblantes:—O silencio, ó fuera.

Por el contrario, es un sitio alegre y elegante que presenta en ocasiones aspecto de sala de baile, de biblioteca, de casino, de redaccion de periódico. Hay pequeños cuartos originales, pintadas las paredes de colores vivos y variados, y llenas de cuadros, de espejos, de cortinajes que arrastran por acá y por allá; inscripciones rodeadas por ramas de laurel y rótulos sobre las puertas que dicen: *Primer curso de inglés, Segundo curso de alemán, Primer curso de español, etc., etc.* Una hermosa biblioteca hay en otra parte del local, y en otra, una gran mesa cubierta de periódicos, y más allá gran número de butacas colocadas en círculo como para celebrar consejo; un bonito café, una vasta azotea, grandes ventanas rajadas de alto abajo, aire, flores y luz por todas partes. ¡Oh! Aquí se debe estudiar con la frente despejada y la sonrisa en los labios. Alabado sea Dios, y el Círculo, que me reconcilia con las gramáticas y los diccionarios.

—Vea V.—me decía mi amigo despidiendo á dos dependientes que nos habían acompañado hasta entonces con más cortesía que la usada por los porteros de los Ministerios; vea V. cómo aquí pagando cinco pesetas al mes puede venir un estudiante, un comerciante, un empleado á dar tres lecciones semanales de francés, de alemán, de árabe, de inglés, de español, de húngaro, de griego moderno, de ruso; pueden servirse de la Biblioteca; venir por las noches de invierno á leer los periódicos al lado de la chimenea, á tra-

bajar, á hablar la lengua que estudian, en una palabra, á pasar el tiempo agradablemente con utilidad y con economía gastando en todo un mes el equivalente de dos noches de ópera ó de diez veces de café.

Pregunté quiénes fuesen los profesores.

Los más distinguidos de la ciudad; baste decir que aquí están Müller, Gras, Segalla, Giuliani, De Bender, doce en suma. Todos han renunciado generosamente á las mayores ganancias que obtendrían enseñando en otros institutos y cumplen su obligacion con amor, interviniendo en la conversacion general aquí y allá, y ocupándose de todos los alumnos.

—¿Y quién paga?

—Los sócios; son cerca de quinientos; las pocas pesetas mensuales de cada uno bastan para los gastos de todo. Los alumnos son muchos y pertenecen á todas las clases de la sociedad: negociantes, empleados, abogados, ingenieros, médicos, oficiales, curas, estudiantes; las escuelas rebosan discípulos, y hay quien estudia dos lenguas á la vez, quien estudia tres, y todas las cátedras que se inauguran se hallan concurridas; hay familias enteras que asisten á los cursos: padres, hijos é hijas.

—¿También las hijas?

—También. Hay una seccion *femenina* separada. Las alumnas llegan al número doscientos, muchas de ellas pertenecen á las primeras familias de Turin. Este año se verificó la inauguracion solemne; dirige el curso una señora, y los profesores son auxiliados por tres señoritas encargadas de la enseñanza de las lenguas;

las lecciones para los hombres tienen lugar por la noche y las de las mujeres durante el día. Ellas estudian con más entusiasmo, más constancia y más éxito que ellos.

—¿Y para pagar tantos maestros, un local tan vasto y una iluminación tan espléndida son suficientes las cinco pesetas de los socios?

—Y sobra. Los ingresos superan á los gastos, porque además de esos ingresos ordinarios los hay extraordinarios. El municipio, cuando vió que la institución era beneficiosa y producía frutos positivos, le concedió una subvención; otra le otorgó el Ministerio de Instrucción pública; otra la cámara de Agricultura y Comercio, y suben estos ingresos á más de veinte mil pesetas al año. Hay un Consejo de Administración, un Presidente, un Vice-presidente, un Secretario, un Cajero, un Contador, un Tenedor de libros, un Bibliotecario, un Censor, y todos cumplen su deber y ninguno es retribuido.

—Perfectamente.

—Tenemos también nuestra pequeña gloria. El círculo obtuvo una medalla en el congreso pedagógico de 1869, y consejos y aplausos de Baruffi, Peyron, Flecchia, Vallauri; en cierta ciudad Belga, Verviers, se creó un círculo como este y el Presidente nos escribió dando gracias por el ejemplo que les habíamos ofrecido. Vino á Turin la diputación española para ofrecer la corona de España al príncipe Amadeo, y varios de sus más ilustres miembros vinieron á visitar el Círculo asistiendo á las lecciones de español, ha-

blando con los alumnos, recitando versos, y prometieron y mandaron después de España libros y periódicos, dedicándose luego á la propaganda allí de instituciones análogas á la nuestra. Por último el Gobierno se ocupa de estudiar el modo de introducir en el Círculo la enseñanza de la filología comparada, porque ha visto que aquí se estudia y se trabaja con verdadero entusiasmo y de verdad, hallándose fundada la institución sobre una base que vale más que todos los subsidios y todos los favores: la buena voluntad y el buen acuerdo de todos.

Pregunté quién había tenido la idea de la creación del Círculo.

—Un joven de veinticuatro años, agregado á la Cancillería civil del Tribunal de Turin, un tal Luis Salesse.

—Salesse, repetí para mí mismo. Hé aquí uno de aquellos nombres que quien tenga ocasión de escribir en los periódicos debe aprender de memoria y publicarlo cien veces como deuda contraída por la opinión al ciudadano que es inventor de una buena máquina ó autor de un buen libro. Ciertamente, ni este ni aquel verificaron una obra más útil que la del joven Salesse.

Y el que se haya ocupado de estas cosas, organizando sociedades, puede decir con conocimiento de causa si cuesta ó no cuesta trabajo realizar semejante pensamiento. Acaso se levantaría una mañana con aquella idea á la cual dió vueltas en sueño... é inmediatamente puso manos á la obra sin pensar en

las dificultades ni dudar del éxito animándose alegremente consigo mismo y empeñado en llevar á cabo su pensamiento. Quizá el mismo día empezó á hablar con los amigos, á solicitar, á proyectar, á escribir... pero ¡ay de mí! cuántos le habrán desilusionado; cuántos, descorazonado en su empresa, cuántos se habrán encogido de hombros, otros le habrán dado buenas palabras; tampoco habrá faltado quien á su espalda lo acusara de vanidoso, de segundas miras interesadas y ocultas, volviendo el pobre á casa desanimado y con el espíritu lleno de melancolía. A la mañana siguiente, se asomaría por ventura á la ventana de su cuarto respirando el puro ambiente de Turin, y animándose de nuevo, se habrá revestido de prudencia y de paciencia, y confortado por la esperanza intentaría la segunda prueba.... ¡se tiene tanta fuerza á los veinticuatro años! ¡Además es preciso mantener enhiesta la bandera de la firmísima voluntad piamontesa! Entonces habrá buscado, propuesto, discutido, rogado á los amigos, hasta reunir una docena; y hé aquí que celebró la sesión preparatoria en su casa...; acaso las primeras reuniones se verificaron en un cuarto 4.º á la luz de una bujía y sin fuego; pero ¿qué importa la oscuridad ó el frío á un joven de veinticuatro años, que tiene una idea luminosa en la cabeza y una pasión ardiente en el corazón? Ahora en estos salones hay estufas y lámparas y alfombras: esto era lo que deseaba, ni siquiera sea lo consiguió; no quería nada para sí y es posible que miembro del Consejo, pero ha

obtenido su objeto y está contento del resultado. (1). —Decididamente, díge á mi amigo después, me hago alumno del Círculo Filológico; haga V. cuenta de que ya estoy inscrito, quiero sentarme otra vez en aquellos bancos.—Y abrí la puerta de una de las aulas.—No sé que afecto melancólico me lanza aquí dentro. Siénto como una necesidad de refrescar mi espíritu en este trabajo de cuadernos, de temas, de apuntes, que abandoné ayer se puede decir, y que me parece ya tan lejos, que me asusto solo de pensarlo. Quiero volver, estudiar, trabajar con empeño y atraer sobre mí las miradas complacientes del maestro. Y cuando éste repita algo que yo he comprendido ya, haré con el lápiz dibujos y rayas en la cubierta de los cuadernos, ó codearé al vecino, ó pensaré en que el domingo no hay clase y que podré divertirme! Y cuando acabe la lección seré uno de los primeros en salir fuera corriendo por las escaleras y haciendo ruido en el estrépito de los demás mezclándome alegremente en aquella variada estudiantina de jovencuelos y hombres maduros, de comerciantes y doctores. ¡Oh, sí, me gusta la idea; conozco que me sentará bien y apuesto que produce iguales efectos en todos! Existen dos co-

(1) Mientras se imprimía este libro se fundaba en Florencia otro Círculo semejante al de Turin. A poco, recibió el autor una carta de Pádua, en la cual se le anunciaba que un joven estudiante de la Universidad, después de haber leído la presente epístola puso manos á la obra de fundar otro centro análogo y contaba ya con numerosas adhesiones.—El autor cree que no es inútil la reimpression, con la esperanza de que la lectura de este trabajo pueda animar ó despertar en alguien otras nobles tentativas.

sas útiles en el mundo y que siempre conviene de cuando en cuando mirarlas y pensar en ellas, porque constantemente dicen algo nuevo y bueno; estas dos cosas son: un hermoso cielo estrellado, y una habitación con una mesa y un sillón de profesor y tres ó cuatro filas de bancos para los alumnos.

Di luego una ojeada á las inscripciones de las paredes, y leí el siguiente proverbio árabe:—"Ninguna lengua vale lo que un hombre."

Una frase de Baretti:—"El progreso crece gigante, allí donde se nutre de periódicos extranjeros; donde nó, se queda enano."

Un dicho de Napione:—"Las traducciones, sobre poco más ó ménos, producen el mismo efecto en la inteligencia que los viajes."

Uno de Cárlos V.:—"Un hombre que conoce cinco lenguas, equivale á cinco hombres."

Y así, en todas partes, y sobre cada puerta, se leía una sentencia, una máxima, un proverbio, un consejo ó una recomendación al estudio.

Sobre un velador, al lado de la puerta, encontré reglamentos y les dí un vistazo.

Se consignan excelentes principios y buensísimas prescripciones. Los fundadores del Círculo han sabido verdaderamente sacar todas las ventajas imaginables.

Por ejemplo, al acabar cada curso se celebran exámenes para los que lo solicitan, y los aprobados obtienen un diploma de *conocimientos prácticos* de la lengua que cursaron; diploma que el municipio y las so-

ciedades particulares estiman en mucho para la provisión de empleos.

Anualmente se admiten gratis diez jóvenes pobres á quienes se suministra no solo enseñanza, si que tambien medios de estudio, como libros, etc. Todo lo vijilan en cada clase dos inspectores nombrados por el Consejo directivo con objeto de que se cumplan los programas y se observen los reglamentos.

Cada profesor está obligado á presentar una Memoria trimestral acerca del estado de su clase. Cada sôcio propone lo que le parece oportuno, escribiéndolo en un registro que se halla en la sala de lectura y la direccion está obligada á responder en el espacio de tres días.

Se consiente un puesto de refrescos al lado del salón de tertulia con objeto de humedecer los labios novicios no habituados á los duros vocablos y frases duras del alemán. ¡Ah! Se me olvidaba: se prohíbe terminantemente á los alumnos que alcen la vista para mirar por las ventanas que caen á la calle Mercantí, á las alumnas en las áulas....

¡Qué lástima! No iría yo á mezclarme de hurtadillas entre las alumnas burlando la vijilancia del profesor; renunciaría hasta á mirar por el ojo de la cerradura los lindos rostros y las hermosas cabezas y las hileras de piecitos que asoman por debajo de las bancas; prometería ni aun aspirar el perfume que despiden los trajes de las señoras, segun Musset, y que se percibe y conoce desde lejos, como algo misterioso.....

Pero confieso mi debilidad: quisiera que me dejaran estar en la puerta de la *clase de español*, y aplicar el oído á las rendijas para escuchar y coger alguna de aquellas palabras largas, majestuosas y sonoras, en las cuales parece que el alma del que habla se espacia y se reposa con cierta altiva complacencia; ó alguno de aquellos otros vocablos galanos y cariñosos, que tanto y tan bien recuerdan los nuestros, que nos llegan al alma, correspondiendo casi á un sonido que ya teníamos en la mente antes de escucharlos; verdaderas palabras olvidadas de nuestra lengua querida; voces nuestras repetidas por un eco que las altera; saludos cordiales de gente amiga que por larga permanencia en extraños países los ha mezclado con acentos de un lenguaje que nos era comun... ¡Rarezas! Por lo menos, por lo menos, desearía oír el verbo *querer* haciéndoselo repetir á las alumnas, sobre todo en el indicativo presente, deteniéndose en la primera persona con el *te*;—¡no, más bajo! así...—Pero no se podrá conseguir este mi deseo. ¡Paciencia!

Contentémonos con pensar por la noche, que durante el día, en aquellas escuelas, fueron sustituidas nuestras rudas voces viriles, con los tonos suaves de celestiales acentos, y modularemos aquellas entonaciones en el pensamiento, ya que su modulación verdadera no alcanza á nuestros oídos, y el eco fantástico de la imaginación al transmitir la onda sonora nos hará temblar como si realmente percibiésemos quedo, muy quedo el "*yo te quiero*," "*¿me quieres tú?*" etc. etc. ¡Y hay quien dice que al volver á ver los bancos de la

escuela se vuelve uno hácia atrás convirtiéndose uno en chiquillo! ¡Qué antiguallas!

Antes de salir, salta á mi vista un cuadro estadístico clasificado de los alumnos segun las lenguas. Es singular el fenómeno de que el inglés que fué el curso más frecuentado durante el primer año del Círculo haya ido descendiendo, mientras que el alemán ha caminado en ascenso. El francés se mantiene siempre por bajo del inglés y del alemán. Y en este año (1871) despues de la guerra, perdió cerca de la mitad de los alumnos inscritos, sin que esto deba atribuirse á la campaña franco-prusiana, creo.

El español provocó grandísimo entusiasmo al principio; la sección *femenina* contó más de cuarenta alumnas. La elección del príncipe Amadeo para rey de España; la diputación que vino á ofrecerle la corona; la visita que todos aquellos personajes hicieron al Círculo, todo contribuyó á que se pusiera de moda la lengua de Cervantes, y acaso, no dejó de influir la idea de su decantada facilidad, menor en realidad de lo que se piensa. Pero aquel primer entusiasmo se fué desvaneciendo poco á poco, y hoy cuenta solo con veintidos alumnas inscritas.

Ocho tiene el portugués, seis el árabe y cuatro el húngaro.

También es curioso notar las profesiones de los escolares. Para mí es un hecho que prueba la verdadera utilidad de esta institución, que la clase más numerosamente representada sea la de los comerciantes. Podría dudarse, con efecto, de si concurren los militares,

los empleados, los propietarios por ocio ó por mera curiosidad; pero no ha de dudarse de los comerciantes, jóvenes la mayoría, y que están ocupados durante el día en sus trabajos, ya que sacrifican la noche al estudio, cuando podían dedicarla al natural esparcimiento.

En el segundo año, además de los comerciantes y de los estudiantes, se matricularon 67 empleados, 44 abogados, 38 militares, 34 ingenieros, 18 procuradores, 15 médicos y 2 eclesiásticos. La edad media de los inscritos oscila entre 20 y 30 años. Poquísimos pasan de los 40.

Y con todo esto, me pareció saber lo bastante para escribir una correspondencia acerca del Círculo, y salí. Y al abandonar el local repetía lo que he indicado más arriba y es, á saber, que en Florencia debería establecerse un Círculo como el de Turin.

Reflexioné sobre el particular y me afirmé en que ninguna ciudad como Florencia cuenta con las condiciones y los elementos propios para una fundación semejante. Florencia, donde el gran número de extranjeros serviría de estímulo al aprendizaje de las lenguas; Florencia, que está llamada á convertir al estudio, toda aquella actividad desarrollada en su seno por la residencia de la capital del antiguo reino de Italia; Florencia, en fin—y esto os lo digo al oído, lectores,—donde se puede con menor remordimiento que en ninguna otra parte, consagrarse al estudio de una lengua cualquiera que no sea la italiana...

Si, de otro lado, se crease en Florencia un Círculo

lo filológico en el cual se enseñara la lengua italiana, yo creo que el concurso de los extranjeros, de los artistas, de los industriales y de los obreros, sería muy considerable, sobre todo no costando sino cinco pesetas las tres lecciones semanales; y la concurrencia de estos extranjeros, serviría á su vez de mucho para los italianos que aprenden lenguas extrañas. En Turin las ventajas son relativamente pequeñas; ¿qué no se conseguiría con una análoga en Florencia?

Yo conocí un joven estudiante de diez y siete años, lleno de ingenio y de energía, el cual, al propio tiempo que cultivaba sus estudios académicos, se había entregado á las lenguas inglesa y alemana, con tanto fervor, que se pasaba las noches sobre las gramáticas y los diccionarios, lo mismo que si las pasara en los bailes ó en el teatro. Mas el trabajo individual no le bastaba; y no andaba demasiado sobrado de cuartos para costear un maestro de 20 ó 30 pesetas.

A fuerza de pensar y meditar, encontró el medio de suplir bien ó mal las lecciones, aprendiendo al ménos la pronunciación. Y así, por la noche, apenas acababa de comer, con el último bocado en la boca, se dirigía corriendo á la capilla protestante, y se mezclaba en el coro, y mientras sus vecinos ingleses ó alemanes cantaban sus oraciones, él cerraba los ojos, y con gran recogimiento aprendía aquellos acentos, aquellas frases y aquella pronunciación; despues empezó á cantar también, y luego á mezclarse en los corrillos á la salida de las capillas protestantes y á charlar con todos, á fin de continuar su aprendizaje.

—¡Pero, qué diantre, es un procedimiento muy largo—exclamaba—procedimiento largo y penoso!

¡Pobre jóven! Qué feliz habría sido si se le hubiese dicho:—¡Eal ven acá, ahórrate tanto sacrificio; se va á abrir una escuela organizada de esta y de la otra manera, á que podrás asistir y aprender cuantas lenguas quieras y ne te costará sino 5 pesetas al mes!—Y pensé mucho en este pobre jóven, mientras anduve por los salones del Círculo Filológico de Turin. ¡Cuánto habría yo dado por tenerlo á mi lado entonces, y ver su cara resplandeciente de alegría, en vez de contemplarlo con aquél semblante triste y meditabundo, con una seriedad precóz y verlo sonreír á cada paso, como sonreiría cada vez que descubriera el sentido de un pasaje difícil de inglés, leyendo un clásico!

Yo le habría dicho:—Vuelve á Florencia, vé y funda allí otro Círculo como este; trabaja con constancia y lo lograrás; cuenta tus afanes para aprender el inglés y el alemán, y te ayudarán muchas personas, muchas; ya ves, aquí creó este Círculo otro jóven empleado de veinticuatro años... ¿y quién te asegura que lo que él alcanzó no es posible que lo consiga un jóven estudiante de diez y siete?

Y ¿quién sabe, si lo intentará, caso de que caigan en sus manos estas hojas?



LAS «IMÁGENES BLANCAS»

Á M.^a Y G.^a E.



UANDO he estudiado gran parte del día, me gusta pasar la noche en reducida y modesta estancia, con pocas caras alegres á mi alrededor, al lado de una mesa sobre la cual, entre libros y papeles, se vean cestos de labor, telas de bordados, tijeras, hilo y manos en movimiento, y que la luz, en fin, caiga de lleno en aquellos rostros para ver si es gente que siente lo que dice.

Me imagino que en este círculo hay dos señoritas de quince á diez y siete años, hermanas, simpáticas, en las cuales una educación prudente y sagaz ha conseguido mantener el difícil maridaje del ingenio y la modestia, la cultura y la sencillez; chicas en las que se ha resuelto el problema de la instrucción de la mujer bajo el lema: "ni idiota ni literata"; muchachas que hacen decir á quien odia por igual los dos extremos: "Así basta y está bien."

—¡Pero, qué diantre, es un procedimiento muy largo—exclamaba—procedimiento largo y penoso!

¡Pobre jóven! Qué feliz habría sido si se le hubiese dicho:—¡Eal ven acá, ahórrate tanto sacrificio; se va á abrir una escuela organizada de esta y de la otra manera, á que podrás asistir y aprender cuantas lenguas quieras y ne te costará sino 5 pesetas al mes!—Y pensé mucho en este pobre jóven, mientras anduve por los salones del Círculo Filológico de Turín. ¡Cuánto habría yo dado por tenerlo á mi lado entonces, y ver su cara resplandeciente de alegría, en vez de contemplarlo con aquél semblante triste y meditabundo, con una seriedad precóz y verlo sonreír á cada paso, como sonreiría cada vez que descubriera el sentido de un pasaje difícil de inglés, leyendo un clásico!

Yo le habría dicho:—Vuelve á Florencia, vé y funda allí otro Círculo como este; trabaja con constancia y lo lograrás; cuenta tus afanes para aprender el inglés y el alemán, y te ayudarán muchas personas, muchas; ya ves, aquí creó este Círculo otro jóven empleado de veinticuatro años... ¿y quién te asegura que lo que él alcanzó no es posible que lo consiga un jóven estudiante de diez y siete?

Y ¿quién sabe, si lo intentará, caso de que caigan en sus manos estas hojas?



LAS «IMÁGENES BLANCAS»

Á M.^a Y G.^a E.



UANDO he estudiado gran parte del día, me gusta pasar la noche en reducida y modesta estancia, con pocas caras alegres á mi alrededor, al lado de una mesa sobre la cual, entre libros y papeles, se vean cestos de labor, telas de bordados, tijeras, hilo y manos en movimiento, y que la luz, en fin, caiga de lleno en aquellos rostros para ver si es gente que siente lo que dice.

Me imagino que en este círculo hay dos señoritas de quince á diez y siete años, hermanas, simpáticas, en las cuales una educación prudente y sagaz ha conseguido mantener el difícil maridaje del ingenio y la modestia, la cultura y la sencillez; chicas en las que se ha resuelto el problema de la instrucción de la mujer bajo el lema: "ni idiota ni literata"; muchachas que hacen decir á quien odia por igual los dos extremos: "Así basta y está bien."

Sentémonos y escuchemos; el caso es raro y vale la pena de pensar en él.

Se habla de literatura desde las primeras palabras, y no de artículos de primera necesidad, de sucesos de la semana, ni del tiempo, sino de libros. Y cosa singular: es difícil recordar cómo se ha entrado en este asunto. Acaso porque los autores no se han cogido uno detrás del otro, levantándolos en peso y dejándolos caer sobre la mesa, indicando: "Atención, ahora se va á hablar de Fulano", sino porque el asunto mismo de la conversacion los ha sacado á la palestra y han venido de suyo sin que nadie lo advirtiese, preparándose á evocarlos, y aparecieron de improviso tras una idea gentil; y vienen, se marchan, reaparecen ligeros y rápidos sin hacer ruido. No son sombras como las de las conversaciones de los pedantes, ampulosas y lentas, sino antes por el contrario, rayos de luz que brillan un instante y desaparecen enseguida. No hay tiempo para detenerlos, porque se trabaja y se ríe; se inclinan, saludan y se despiden; y así todo camina solcítico y alegre: las palabras, el bordado y el tiempo.

—¿Qué hacían Vds., señoritas, antes de mi llegada?

Esperemos una respuesta distinta de cada una, porque han ocupado el día de diversa manera.

—Yo he estudiado un canto del Dante.

—Yo he remendado ropa vieja.

Apuntad al descuido un pasaje de un autor cualquiera, interrogándolas con la mirada para saber si se

acuerdan. La una mirará á la otra, pensará un poco, y luego, volviéndose hácia los otros con aire humilde y voz natural, os contestará como quien confiesa un pecadillo:

—No lo sé.

Y la otra, inmediatamente reponderá:

—No lo sé.

A cualquiera de las dos durante la conversacion se le ofrecerá oportuna la cita del pasaje de un libro, ó una sentencia, ó un verso. No es fácil que lo digan bien. Y ó se paran á la mitad sin turbarse, ó si la dicen tal y como es, no toman un tono pretencioso; porque temen que el que escucha, les oiga recitar el verso con énfasis, y eso les hace dudar; pero tampoco lanzan la sentencia con demasiada libertad para evitar que parezca presuncion más acentuada, sino que os dirán lisa y llanamente con ingenuidad:—"Espere usted" y volviendo los ojos al cielo, procuran hacer memoria para repetir la frase exacta, y se miran después las dos hermanas, se ayudan, sonrien, y á las veces sale la máxima, el verso ó la frase, fresca, sonora, sencilla y adorable como si brotase de repente y creada en aquel instante.

Expresáis vuestra opinion sobre un libro que han leído, y si vuestro parecer es igual al de ellas, apoyan con la mirada, con la sonrisa, con los gestos, con todo el cuerpo, en fin, afirmando así vuestras palabras y juicios; miranse repitiéndose la una y la otra;—sí, sí,—y acompañan con la expresion del semblante vuestros argumentos, y si os falta la última palabra

de una frase os la dicen, y si os interrumpen con una observacion completan vuestro pensamiento y exclaman despues á una, con acento lleno de gracia y de vigor:—¡verdad, verdad!

Pero si de aquel libro no tienen el mismo concepto, no esperéis silencio ó ficciones, entrambas hermanas os dirán con sinceridad y como si les doliera, no considerar el libro de la misma manera que vosotros:—no nos gusta—y mirándose de nuevo leeréis en sus ojos:—¡qué lastima!

¡Ah! Les habeis tocado en el vivo al nombrar uno de sus libros predilectos, un amigo de la infancia: dejadlas que abran su pecho y desahoguen sus secretas impresiones. Con una sola palabra se adivina por el ligero movimiento de sus frentes que aquel nombre ha despertado multitud de recuerdos queridos, reanimando los goces de las primeras lecturas. No saben cómo empezar; pero tambien ignoran cómo deben callar ó concluir. Y bien, expresarán las acostumbradas palabras, tales como:—he experimentado esto, he sentido esto otro, me parecía, pensaba, el alma, el corazon, la vida; pero las pronunciarán de tal manera, que os resultarán enteramente nuevas, como vocablos en los cuales se vierte el afecto en un desbordamiento impetuoso. Una recordará cuál escena; otra, impaciente, cogerá la instantánea suspension de las apreciaciones de su hermana para cortar el discurso recordando la que la impresionó vivamente; y así se confundirán sus voces, interrumpiéndose mutuamente, ora para afirmar, ora para negar en frases de

este estilo:—no es así, eso es, espera, escucha—y poco á poco vendrá el entusiasmo á animar su conversacion tiñendo de carmin las mejillas hasta los momentos supremos en que al unísono exclamarán:—¡qué hermoso, magnífico!—Y por el acento, por la mirada, por el ademán, por todo aquello que sirve para expresar en las criaturas humanas los impulsos del corazon, revelarán su alma ofreciendo trasparentes las chispas de aquellas fogosas imaginaciones tan bellas é inocentes como buenas, hasta que de repente se callarán á la vez y bajarán sus cabezas sobre la labor para volver á levantar el rostro despues de un instante, encarnado como la grana, deslizando con tímida sonrisa una frase semejante á esta:

—¡Oh, qué furial! ¿No es verdad?

Hacedles todavía hablar, interrogadlas, obligadlas á explicar sus pensamientos y sus sentimientos más familiares y ocultos, y vereis entonces que en aquellas inteligencias límpidas, cada libro leído ó cada razon escuchada, ha dejado una huella clara y distinta como una mano en la nieve. Y hasta se les han quedado en la mente las peregrinas formas del lenguaje literario, las cuales emplean en la conversacion sin darse cuenta de ello, vistiendo de gala pensamientos comunes y ordinarios de las cosas vulgares de la vida, con lo que resultan graciosísimos contrastes entre el objeto y la palabra que lo designa; pero bien pronto advertidas del hecho, y amantes más de la sencillez y de la verdad que encierra un tesoro de poética armonía, rompen el discurso emprendido para volver entre solíci-

tas y turbadas á la naturalidad de la conversacion, más bella y más graciosa que el contraste mismo notado.

Cada título de una obra reclama á la memoria de ellas variadas é interesantes imágenes, como la amiga de colegio, la gira de campo y dedican á cada paso un recuerdo iluminando la palabra con la belleza del afecto. Y quisieran decir entonces todo lo que sienten de prisa y á la par; pero si el deseo de comunicar sus ideas las impulsa, el temor de decir demasiado las enfrena; con lo que hablando, ora se interrogan, ora se interrumpen, ora vuelven á empezar; y las palabras ya surgen lentas y perezosas, ya se precipitan y atropellan en rápida y libre fuga, hasta que por último, no saben contener aquel entusiasmo de antes, y mal reprimido, enciende su fuego la tez, y con insegura voz prorumpe atrevido ostentando hermosos y apasionados conceptos...; y entonces las manos arugan el bordado y se suceden con rapidez anécdotas y bromas, nombres de autores, versos, rubor y carcajadas...; y uno se queda allí como un muchacho aturdido y abrumado por una lluvia de flores, de dulces y juguetes, que quisiera recoger de una vez sin perder nada; y está á punto de extender las manos con tal intento; y luego las retira advertido de su error; y acaba, en fin, por estrujárselas, frotárselas y cruzárselas, exclamando:—¡magnífico, bravo, qué placer!

Así es como han de reunirse en una mujer la cultura y la gracia, el corazón y el ingenio. Solo así que-

dará su imagen en vuestra mente á la manera como se halla grabada en la conciencia la imagen de una madre, de una amante ó de una amiga: imagen poética, espléndida y blanca.

¡Cuán grande es el poder de estas imágenes blancas en la vida del hombre!

Os ofrezco estas dos, y os aseguro que producen mucho bien.

Cuando os halleis vosotros, los que teneis necesidad y hábito de escribir, en vuestro cuarto, sentados á la mesa trabajando, y de repente, por ignota causa, inexplicable, pero no rara en las almas jóvenes; cuando los libros, el arte, el porvenir, la gloria todo palidece y se hielan ante vosotros y dentro de vosotros mismos; cuando una muchedumbre de gentes que entreveís con el deseo muda y ansiosa en torno á vuestra mesa, rompe en sonora carcajada; cuando las paredes del cuarto parece que se inclinan y estrechan y el techo se baja como para ahogaros, y la pluma se escapa de la mano, y la cabeza cae sobre el pecho; en aquel momento en el cual creéis vosotros medir por vez primera con sentimiento de tristeza infinita el oscuro y solitario espacio que os separa del mundo de los amores y de la embriaguez, al cual habeis dado un adiós ¡necios! por los estudios y la gloria,—en aquel instante quizá aquellas dos imágenes blancas se os presentarán delante preguntándoos con amorosa sonrisa:—¿y nosotras?—ah, sí—contestaréis entonces... y volviendo á tomar la pluma serenos y animosos, añadréis:

—¡Aunque no fuera más que por vosotras, trabajo y trabajaré toda mi vida!

Y cuando vosotros al poner os á escribir, viva la impresión de las lecturas, de las personas ó de los espectáculos que han despertado de pronto la parte ménos digna de vuestra alma, os repitais á vosotros mismos aquella frase de un escritor que yo conozco: "no quiero emborronar papel para chicos ni mujercillas"; cuando fantástica turba de cortesanas, jugadores, libertinos y adúlteras os vengan al encuentro con los rostros encendidos por las pasiones y las personas convulsas por sensaciones degradantes diciéndoos:—"escribe para los hombres, escribe para nosotros que somos la vida"; y vosotros, violentando villanamente vuestra índole, tendencias y naturaleza, empeceis á cambiar de rumbo por no parecer simples y tontos á ese tropel de desalmado público; entonces, ¡oh escritores! aparecerán también ante vuestra vista aquellas dos imágenes blancas, y señalando las cuartillas que hablais escrito y que á la presencia de ellas habeis ocultado avergonzándoos, os preguntarán con semblante entre turbado y severo:—¿qué escribes?

—¡Ah! no, contestareis entonces rompiendo en mil pedazos el papel:

—Jamás escribiré así para dar gusto á aquellas gentes aunque no fuese por otra cosa que por respeto á vosotras mismas, caras imágenes blancas!

Y cuando escribiendo con inspiración serena y honrada, venga á vuestro pensamiento á las veces un concepto elevado, bello, poético, ideal; y permanez-

cais algunos segundos inmóviles, con atención profunda, procurando abarcarlo con el entendimiento en el punto preciso que anima vuestra actividad intelectual; y después de esfuerzos más ó ménos largos, fructíferos, consigais recogerlo en la mente con el rayo de luz que os inspiró la idea, y pasados algunos instantes abandonéis la pluma diciendo:—basta; no logro expresar lo que deseo, el lector lo comprenderá ya que mi torpeza no se lo sabe mostrar claro—(desanimaciones artificiosas de artista, desilusiones artificiales de literato)—entonces, quizá, veais agitarse algo en vuestro númen creador, y alzando la pupila del pensamiento distinguireis confusas primero, percibireis claras, después, las dos imágenes blancas allá á lo lejos, y altas, muy altas, las dos, bellas, blancas, sonrientes y tranquilas que os indicarán:—ánimo, es preciso llegar hasta nosotras; un esfuerzo más; esforzoso arribar hasta nosotras; falta poco... Y entonces os repondreis ¡oh escritores! se desvanecerá el desaliento y aferrareis aquel concepto que se escapaba y quién sabe si en aquel instante y con aquella excitación, ya lo habreis cogido, para no dejarlo escapar.

¡Ah! vosotras, caras imágenes blancas, ¿no creéis por ventura, vosotras inocentes y modestas, poder tanto, gozar de tanto influjo en el ánimo de los que escriben? Y bien: ¿y si se os dijera que hay quien hablando con vosotras le duele y se lamenta acerbamente no poder llenar todas las lagunas que existen en su cerebro; si se os dijera que al salir de vuestra casa forma el propósito siempre de ponerse á trabajar y aprender de pri-

sa, muy de prisa, multitud de cosas para satisfacer vuestras preguntas, vuestras dudas, con objeto de satisfacer vuestra natural curiosidad; si se os dijera por la noche, tarde tal vez, mientras vosotras en brazos de Morfeo se os escapa el libro de la mano, él coge los suyos y abre uno, cierra otro, deseando febril verlos y leerlos todos juntos, sin lograr su ardiente aspiración y se inquieta y entristece diciendo:—¡antes debí estudiar!—y añade:—¡todavía tendré tiempo de estudiar!—y se alegra.... ¿qué diríais, qué diríais si se os contase todo esto? Pues bien: yo os aseguro que ese alguien que os indico y que acaso no es uno, sino muchos, exclama:

—¡Ellas me harán estudiar y trabajar sin reposo!

¡Benditas las mujeres que hacen amar el trabajo!

Y vosotras sois de estas y tenéis derecho á que se os dé las gracias, y más que á la gratitud, tenéis derecho á otra cosa: á un augurio.

Y yo os lo pronostico á mi modo.

¡Quiera Dios que otorgueis á cuantos se os acercan (así como á cuantos se acercan á otras imágenes blancas), serenidad y amor para el trabajo, y amor hácia una vida casta y pura, tal cual vosotras la inspiráis á todos aquellos que os miran y os escuchan.

Y si tenéis en vuestra existencia horas dolorosas y tristes, quiera el cielo que se os presenten á la imaginación todos los que obtuvieron con vuestro

trato fuerza, inspiración, paz y que os digan uno á uno:

—He escrito una novela; el más noble personaje es una mujer: es V.;—y otro:—He hecho una estatua que representa un ángel; venga V. y verá como la expresión de su semblante es la de V. cuando recita versos de esos que la hacen llorar;—y un tercero:

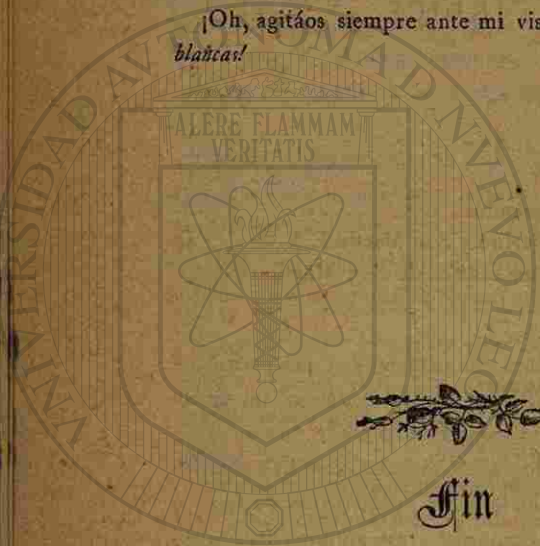
—He escrito una obra de matemáticas... ríanse ustedes, pero muchas veces, cuando he dejado caer sobre el papel la cabeza fatigosa, me acordaba de Vds. y he vuelto al trabajo con nuevo vigor; por eso les traigo este volumen aunque su asunto no sea cosa propia de señoras!..

Y... os diré ahora una originalidad más, pero con todo el corazón. ¡Plegue al cielo que llegue un día en el cual cada una de vosotras seáis madre de un hombre insigne, por honradez, virtudes, mérito y laboriosidad; y que cuando en la noche callada esteis en vuestro cuarto, leyendo por acaso un libro que os recuerde vuestra lozana juventud, ó el relato de las horas de colegio de vuestro hijo, oigais de pronto confuso rumor que aclama un nombre entre los ecos de una música alegre; y en aquel punto éntre en vuestra habitación el hijo de vuestras entrañas con un amigo suyo que os diga:—"Es el pueblo que aclama á vuestro hijo,"—y éste, cogiéndoos del brazo os conduzca al balcón iluminado por la luz de cien antorchas, y os diga al oído después de daros un beso en la mejilla:

— ¡Madre! tú eres la que debes estar aquí; este puesto te pertenece; es á tí la ovacion en realidad!

¿Y quién puede asegurar que no amanecerá ese día para vosotras?

¡Oh, agitáos siempre ante mi vista, caras *imágenes blancas!*



Fin

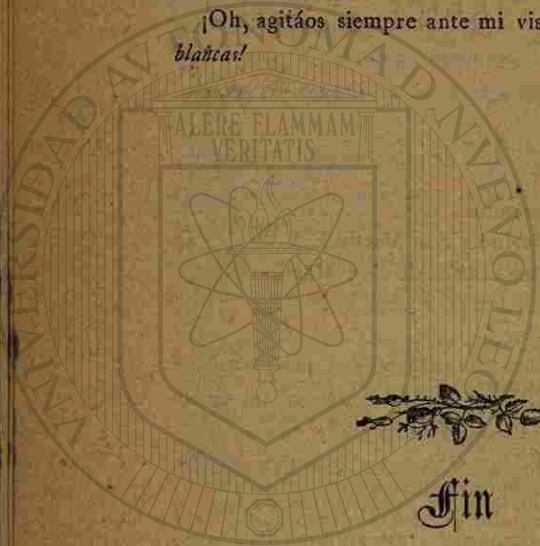
ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
A LA JUVENTUD ITALIANA.	
Adios á Florencia.....	17
Distribucion de premios.....	33
La batalla de Solferino y San Martino.....	49
Inauguracion de los osarios de San Martino y Solferino.....	97
A Francia.....	115
Recuerdos de Roma:	
La entrada del ejército en Roma.....	157
Curas y frailes.....	191
Las termas de Caracalla.....	203
Reunion popular en el Coliseo.....	213
La instruccion de la mujer (anécdota).....	227
El capitán Hugo Foscolo.....	243
A los quintos.....	257
La adolescencia.....	285
Un ejemplar.....	289
Inauguracion de la galería de los Alpes.....	305
Ciertas epístolas.....	319
El círculo filológico.....	333
Las «Imágenes blancas».....	347

— ¡Madre! tú eres la que debes estar aquí; este puesto te pertenece; es á tí la ovacion en realidad!

¿Y quién puede asegurar que no amanecerá ese día para vosotras?

¡Oh, agitáos siempre ante mi vista, caras *imágenes blancas!*



Fin

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
A LA JUVENTUD ITALIANA.	
Adios á Florencia.....	17
Distribucion de premios.....	33
La batalla de Solferino y San Martino.....	49
Inauguracion de los osarios de San Martino y Solferino.....	97
A Francia.....	115
Recuerdos de Roma:	
La entrada del ejército en Roma.....	157
Curas y frailes.....	191
Las termas de Caracalla.....	203
Reunion popular en el Coliseo.....	213
La instruccion de la mujer (anécdota).....	227
El capitán Hugo Foscolo.....	243
A los quintos.....	257
La adolescencia.....	285
Un ejemplar.....	289
Inauguracion de la galería de los Alpes.....	305
Ciertas epístolas.....	319
El círculo filológico.....	333
Las «Imágenes blancas».....	347

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

Van traducidas al castellano:

España; dos ediciones, pts. 5.—Un vol.

Marruecos, pts. 4.—Un vol.

Recuerdos de París y Londres, pts. 2,50.—Un vol.

Constantinopla, dos tomos, á pts. 2,50.

Holanda, pts. 4.—Un tomo.

Recuerdos de 1870 y 1871, pts. 2,50.—Un tomo.

Nos proponemos publicar las siguientes, algunas de las cuales tenemos en prensa.

La vida militar, dos tomos, á pts. 2,50.

Novelas, un tomo, 2,50.

Páginas sueltas, un tomo, 2,50.

Retratos literarios, un tomo, 2,50.

Los amigos, tres tomos, á 2,50.

Poetas, un tomo, 2,50.

Los pedidos á D. Emilio Guijosa y Gomez, Infantas, 42, Madrid.

